COLOMBIANITUD

Reflexión de cómo un sistema educativo de vanguardia puede orientar nuestra visión colectiva de nación próspera y en paz.



JAIME LEAL AFANADOR



Sello Editorial
Universidad Nacional
Abierta y a Distancia

COLOMBIANITUD

Jaime Alberto Leal Afanador

302.09861
L435

Leal Afanador, Jaime Alberto

Colombianitud / Jaime Alberto Leal Afanador – [1.a. ed.]. Bogotá: Sello Editorial UNAD /2024.

ISBN: 978-958-651-964-9

e-ISBN: 978-958-651-965-6

1. Sociología Colombiana 2. Desarrollo social 3. Diversidad cultural en Colombia 4. Educación y cultura I. Leal Afanador, Jaime Alberto.

Catalogación en la publicación – Biblioteca Universidad Nacional Abierta y a Distancia

Colombianitud
Autor: Jaime Alberto Leal Afanador

ISBN: 978-958-651-964-9
e-ISBN: 978-958-651-965-6

©Editorial
Sello Editorial UNAD
Universidad Nacional Abierta y a Distancia
Calle 14 sur No. 14-23
Bogotá D.C.

Febrero de 2024

Corrección de textos: Carlos Mario Lopera
Diseño y Diagramación: Katherine Cubides Olivares
Diseño de portada: Katherine Cubides

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons - Atribución – No comercial – Sin Derivar 4.0 internacional.
https://co.creativecommons.org/?page_id=13.

"A Colombia, fuente de inspiración que representa a la nación soñada por tantas generaciones, para que la educación de los actuales y futuros compatriotas sea insumo de la inteligencia colectiva soportada en nuestra propia conciencia moral y ética para aprender a caminar desde la calidez y la solidaridad de sus gentes"

Jaime Alberto Leal Afanador

Tabla de contenido

PRÓLOGO *11*

INTRODUCCIÓN *15*

..... *23*

Capítulo 1 ..... *23*

¿Por qué escribir sobre Colombianitud? *23*

Capítulo 2 ..... *35*

¿Por qué somos como somos? *35*

La impronta heredada 39

¿Culpa de nuestros antepasados? 42

Los españoles, ¿"víctimas" de los indígenas? 55

Capítulo 3 ..... *65*

La diversidad del ser Colombiano *65*

¡Tantas cosas bellas, tanta gente buena! 66

La herencia atropellada de generaciones conquistadoras, coloniales y libertadoras 68

Etapas de una Madre Patria con una bella hija diversa, inteligente e inequitativa 72

Capítulo 4 ..... *79*

El legado guerrerista y no siempre visionario ni solidario de nuestros gobernantes *79*

Desconexión de los mandatarios con las expectativas de la nación 81

Presidentes colombianos (1810-2023) 82

Recontar la historia 86
Costosas y riesgosas herencias 88
La Patria Boba... también en el siglo XX 89
Una nueva visión ética y moral de los dirigentes 95
Reseña breve de los Presidentes de la historia de Colombia *101*
Capítulo 5 ..... *121*
La ignorancia, insumo clave de un cóctel explosivo *121*
Capítulo 6 ..... *159*
La educación desarraigada y sembrada para ser dependiente y mendicante *159*
Hacia una educación con sentido 173
Del conflicto a la convivencia 178
Capítulo 7 ..... *187*
Una nueva oportunidad para la educación híbrida de vanguardia. La UNAD y la educación virtual *187*
Resignificando la labor educativa 196
Capítulo 8 ..... *209*
Autonomía y confianza, motores claves para la mejora continua de la educación colombiana *209*
UNAD: Autonomía con calidad 212
El ejercicio responsable de la autonomía 216
La confianza recíproca 219
Capítulo 9 ..... *225*
El papel de Colombia en la globalización, y viceversa *225*

Una educación para transformar la realidad y consolidar la democracia 230

Revisando el paradigma educativo 239

Una nueva forma de "ser inteligente" 243

Capítulo 10 ..... *249*

La pasión por el bienestar y el vivir sabroso *249*

Hacia una vida con sentido... y sabor 252

Superarnos y trascender a sí mismos 257

Colombia: disposición positiva 258

La consolidación de una real ciudadanía 259

La Colombia soñada... y posible 265

Capítulo 11 ..... *267*

El tránsito colectivo hacia el bien común *267*

El salto tecnológico... hacia el bien común 279

Capítulo 12 ..... *283*

Reflexión final en torno a un buen café colombiano *283*

¡Manos a la obra! 289

EPÍLOGO *301*

FUENTES CONSULTADAS Y CITADAS *305*

PRÓLOGO

Por mi trabajo he tenido múltiples oportunidades de comprobar que, pese a las críticas académicas, algo hay de cierto en el concepto de carácter nacional. A menudo entendido como el conjunto de rasgos, valores, actitudes y creencias que son comúnmente compartidos por los miembros de una nación, el carácter nacional se manifiesta en las costumbres, tradiciones y formas de vida de un pueblo. Este concepto no solo refleja la identidad colectiva de una nación, sino que también juega un papel crucial en la formación de políticas educativas y prácticas pedagógicas. En efecto, la educación es un reflejo de la sociedad en la que se desarrolla y, como tal, está profundamente influenciada por el carácter nacional. Los sistemas educativos no solo transmiten conocimientos y habilidades técnicas, sino que también son instrumentos para la transmisión de valores, normas y creencias que son centrales para el carácter nacional. Por ejemplo, un país que valora la independencia y el individualismo puede enfatizar en su sistema educativo el pensamiento crítico y la autoexpresión, mientras que una sociedad que valora la comunidad y la conformidad puede poner un mayor énfasis en la cooperación y el respeto por la autoridad. De hecho, hay una larga tradición de estudios históricos, sociológicos y culturalistas que consideran el carácter nacional como un elemento configurador de los sistemas nacionales de educación que emerge con fuerza cuando se comparan internacionalmente. Es más, el concepto de carácter nacional puede ser tomado, en cierto modo, como un factor residual, en el sentido matemático del término, que, a pesar de no saber bien qué contiene, ayuda a entender las diferencias entre sistemas educativos de distintos países, tanto en América Latina como en el resto del mundo.

La vitalidad de este concepto se ha visto fuertemente afectada, por una parte, por las críticas que, desde la sociología, en particular, se han vertido, así como por los innegables riesgos de vinculación entre carácter nacional y nacionalismo excluyente. Aunque el carácter nacional es una herramienta útil para entender cómo se desarrolla la educación en diferentes contextos, no está exento de críticas y desafíos. Uno de los principales problemas es el riesgo de estereotipar y sobre generalizar. La idea de un carácter nacional único puede ignorar la diversidad y las múltiples identidades presentes dentro de una nación, especialmente en países con una gran variedad de grupos étnicos, lingüísticos y culturales. Además, el énfasis en un carácter nacional específico puede llevar a la exclusión o marginación de minorías y a la imposición de una "identidad dominante". Esto es especialmente problemático en contextos donde la nación ha sido construida sobre la exclusión o supresión de ciertos grupos. Otro desafío es la tendencia a resistir el cambio. El carácter nacional, cuando se entiende como un conjunto de valores y prácticas inmutables, puede ser un obstáculo para la innovación y la adaptación a nuevas realidades, como la globalización o los cambios tecnológicos. Además, más allá de las discusiones académicas, los hechos han venido a poner igualmente en tela de juicio este concepto. De una parte, la globalización de determinadas prácticas culturales y, de otra, los movimientos migratorios, han hecho que el carácter nacional, si alguna vez existió, se diluya cada vez más.

A simple vista, podría parecer que este ensayo del Rector Jaime Leal tiene el objetivo de recuperar la vigencia del carácter nacional en el caso específico de Colombia. Y las páginas que dedica a mostrar la génesis de la colombianitud muestran no solo una magistral aproximación a la historia y la configuración política y

cultural del país como nación, sino también un ejercicio de análisis que tiene por objetivo preguntarse no solo por el pasado y el presente sino también sobre el futuro. Este es, para mí, el principal valor de este ensayo: preguntarse por el futuro del país y el papel que la educación debería tener en él. Y es en este sentido que el Rector Jaime Leal hace una aportación no solo reflexiva sino basada en su propia experiencia como líder educativo de la mayor universidad de Colombia.

En la era de la globalización, el concepto de carácter nacional en educación enfrenta nuevos desafíos y oportunidades. Por un lado, la creciente interconexión global exige una educación que prepare a los estudiantes para ser ciudadanos del mundo, lo que puede estar en tensión con las tradiciones y valores nacionales. Por otro lado, la globalización también ofrece oportunidades para enriquecer el carácter nacional mediante la incorporación de perspectivas y prácticas internacionales. ¿Qué significado tiene hoy la colombianitud? ¿Cuáles son sus implicaciones para afrontar los retos a los que se enfrenta el país, empezando por la consolidación de la paz y de la democracia? ¿Qué papel debe jugar la educación en la configuración de un futuro en el que nadie quede atrás? Y, en particular, ¿cómo desde la universidad se puede contribuir a la necesaria transformación de la educación y, por ende, del país? He aquí algunas de las preguntas a las que el Rector Leal intenta aportar, con toda modestia, su buen saber y hacer.

Pocas veces he tenido la oportunidad de tener en las manos un ensayo que no solo es rico en contenido, sino que habla desde la experiencia. El Rector Leal pertenece a esa rara especie de intelectuales comprometidos con la gestión que ejercen un liderazgo educativo y social hoy más necesario que nunca y que lo hacen con éxito incontestable. Y, por esta razón, las páginas que

siguen merecen ser leídas con calma como parte del legado vivo de una persona de referencia en el mundo educativo, un maestro en el sentido clásico del término, a la que muchos admiramos en lo profesional y en lo personal.

Francesc Pedró

Director del Instituto Internacional de la UNESCO para la Educación Superior en América Latina y el Caribe.

Caracas, Enero de 2024.

INTRODUCCIÓN

¡Apreciado lector!

Muchas gracias por interesarse en este escrito y, ojalá, confiar en que las ideas aquí presentadas puedan contribuir a la reflexión y a la acción.

Con el fin de expresar de la mejor manera ese "orgullo de ser colombiano" y lo que ello significa y nos compromete a todos los connacionales en el ejercicio de nuestra idiosincrasia y aspiraciones como originarios de este país, me he tomado la licencia de acuñar el término "Colombianitud", que no figura ni en la Real Academia de la Lengua, ni en el *Diccionario de Colombianismos*, pero que considero constituye la mejor expresión para describir la integración del talante, la fuerza, las expectativas, virtudes y hasta debilidades de los nacidos en esta tierra.

He escrito este ensayo porque desde hace tres décadas tomé conciencia de que estamos frente a un momento crucial en la historia de la humanidad en donde más que obstáculos y amenazas es imperativo leer oportunidades para garantizar y construir un futuro asertivo, y que ello solo será posible con una educación al alcance de todos, en calidad y pertinencia, que forme en criterio, contexto y carácter, y permita a las actuales y próximas generaciones construir a partir de sus necesidades y expectativas, desligados de prejuicios, imposiciones o paradigmas de terceros.

Escribo esta obra en mi condición de académico y de rector de la más grande universidad pública de Colombia, la Universidad

Nacional Abierta y a Distancia - UNAD[1], la que me precio dirigir durante las últimas dos décadas, y con la cual, gracias a su proyecto educativo, hemos logrado llegar casi a la totalidad de municipios del país y conocer en el ámbito propio de nuestros estudiantes de todos los niveles educativos y condiciones socioeconómicas, tanto sus sueños como sus heridas históricas y frustraciones. Esos proyectos de vida, acompañados de diversas investigaciones y aportes de académicos, sociólogos, antropólogos, historiadores y analistas políticos, permiten confirmar que los colombianos de hoy son hijos de una patria que se ha ido construyendo en medio de la improvisación, de la pugna de intereses de los políticos que nos han gobernado, del desconocimiento y, a la vez, abuso de la calidez, pujanza, riqueza y diversidad de esta tierra y de sus gentes, y del desaprovechamiento de la educación como principal dispositivo social con el que los dirigentes podrían, y pueden, potenciar la inclusión, la paz, la armonía y el bienestar extendido de la patria.

Esta publicación no pretende ser un relato histórico, aunque sí advierte sobre la historia que mal nos han contado sobre los aborígenes de estas tierras y el rol de las diversas tribus y razas, así como de los mandatarios que nos han gobernado desde la etapa preindependista hasta la República de Colombia, pasando por La Gran Colombia, la Nueva Granada, la Confederación

---

[1] La UNAD es la primera universidad pública de Colombia con un cuarto de millón de estudiantes matriculados en más del 90 % de municipios del país. Oferta programas educativos en todos los niveles, desde primaria y secundaria hasta formación posgradual. Su calidad ha sido reconocida por el Consejo Nacional de Acreditación de Colombia, y su modalidad virtual y a distancia le ha permitido extenderse a compatriotas de todos los continentes.

Granadina, y los Estados Unidos de Colombia. Y tampoco responde a un análisis antropológico y sociológico, aun cuando parte de las descripciones, hábitos, culturas y relaciones sociales originarias y luego heredadas o impuestas a nuestros antepasados. Para ello me he apoyado en una extensa lectura de teorías diversas de sociólogos, historiadores, economistas, educadores, estadistas y, en fin, de profesionales de muy diversas áreas y campos del conocimiento, sobre nuestro pasado y presente.

Sí, refleja la mirada de un educador que, como el suscrito, se atreve a formular escenarios de futuro en los que el sistema educativo tiene que ser generador de transformaciones necesarias y radicales, empezando por su propio devenir, y para ello, como académico y directivo universitario, he buscado llenarme de argumentos, hechos y cifras para justificar mis juicios. Por lo mismo, allano un camino realista, que a veces suena desesperanzador, sobre lo que pasa en nuestra Patria.

Los textos analizados que sustentan este ensayo, como parte de la bibliografía consultada, se refieren a la valoración investigativa, cronológica y a veces anecdótica de una historia patria que generalmente se muestra enmarcada en una violencia endémica cuyos impactos negativos no han dejado prosperar múltiples iniciativas de consolidación democrática.

Como colombiano y líder al frente de una organización que ha tenido y mantiene un impacto directo sobre más de medio millón de connacionales, estoy llamado a ser optimista, a pensar en grande, a henchir el corazón, a buscar las mejores prácticas, a motivar a quienes me rodean y a demostrar que la educación es la palanca que definitivamente, nos permitirá dar un giro copernicano a esta realidad.

A lo largo de 12 capítulos recorro la génesis de nuestra patria, desde la descripción de nuestros antepasados y su evolución como sociedad, analizo el papel jugado por la educación en la construcción de nuestra actual composición y desarrollo social y desde diversas aristas insisto en la urgencia de revitalizar la educación, como estructura, sistema y política pública, para recuperar la esencia de nuestra nacionalidad, nuestra Colombianitud y nuestras posibilidades, para ser una nación progresista y en paz.

En el capítulo 1, **"¿Por qué escribir sobre *Colombianitud*?"** desarrollo dicho concepto y explico cómo su "rescate", gracias a la educación, puede evitar que la violencia, la exclusión, la inequidad y la corrupción sigan siendo los elementos que definan el imaginario de lo que somos.

A partir de una descripción sobre nuestros antepasados y un recuento histórico explico, en el capítulo 2, **"¿Por qué somos como somos?"** y cuáles fueron los orígenes y antecedentes de los aborígenes indígenas que fueron sometidos por los conquistadores españoles y reflexiono sobre si estas circunstancias han determinado nuestra actual evolución social y cultural como nación.

Una nación enormemente diversa, rica en ritos, culturas, hábitos y expresiones sociales. En el capítulo 3, **"La diversidad del ser colombiano"** describo las características étnicas, culturales y sociales de los muy diversos pueblos que habitan nuestra geografía y de cómo la mayoría de estas fueron "aplastadas" por la llamada "Conquista Española".

La revisión de quiénes han sido los presidentes que nos han gobernado (más de 80 en propiedad y cerca de 30 en encargo o

interinidad, hasta la fecha), sus perfiles y desarrollos programáticos, nos confirman, como lo indica el título del capítulo 4 **"El legado guerrerista y no siempre visionario de nuestros gobernantes"** que los Gobiernos y mandatarios han tenido una recurrente desconexión frente a las expectativas de la nación, y que el concepto de Patria Boba del siglo XIX parece haberse extendido en el tiempo.

En un lamentable juego de huevo y gallina, en donde no se sabe hasta dónde muchos de nuestros problemas se han causado por erróneas o ausentes políticas de Gobierno y de Estado, o si han sido previos a estas, enumero en el capítulo 5, **"La ignorancia, insumo clave de un cóctel explosivo"** los diez principales y profundos detonantes de las rupturas del tejido social colombiano, resumidos en corrupción, criminalidad, educación sin impacto, crisis de la familia, machismo, depredación de las riquezas naturales, trabajo informal improductivo, prejuicios, migraciones y escasa credibilidad de una religiosidad inoperante.

Entonces profundizo en el capítulo 6, "**La Educación desarraigada y sembrada para ser dependiente y mendicante"** cómo la visible ausencia del Estado para garantizar una buena educación nos debe invitar a reconsiderar, bajo una óptica de costo-beneficio social, cómo sería de útil medir la ineficiencia acumulada de la institucionalidad educativa pública colombiana en todos sus ciclos y niveles, así como de sus impactos logrados en la formación integral de generaciones completas.

Paso entonces a mostrar, en el capítulo 7 **"Una nueva oportunidad para la educación híbrida de vanguardia. La UNAD y la educación virtual"**, parte de la exitosa e impactante experiencia de la UNAD en llevar educación de calidad, gracias a la virtualidad y a los modelos híbridos, como el camino ineludible para

garantizar la respuesta social a las actuales necesidades de formación de la población.

Eso sí, como condición de calidad, independencia, diversidad y reconocimiento a lo propio, que es connatural a todo lo educativo, remarco, en el capítulo 8 **"Autonomía y confianza, motores claves para la mejora continua de la educación colombiana"** que, en un ejercicio de corresponsabilidad, la autonomía de las instituciones educativas debe atender a su compromiso con la mejora social a partir de la génesis de las poblaciones.

Lo anterior sin desconocer el contexto de la globalidad que, como humanidad, vive una realidad inocultable, una apertura más allá de las fronteras, al igual que nuevos desafíos derivados de la masificación de la tecnología, del internet y de la inteligencia artificial. En el Capítulo 9 **"El papel de Colombia en la globalización, y viceversa"** analizo cómo esto debe convertirse en una oportunidad para dar el salto histórico esperado como sociedad.

En un juego de palabras, en medio del actual contexto político de Colombia pero sin hacer política, en el capítulo 10 hablo de **"La pasión por el bienestar y el vivir sabroso"** para expresar cómo la apuesta por vivir sabroso debería permitirnos acercarnos como colectivo social, a una nación participativa que reconozca en la falla de su propia historia el interés por la construcción solidaria, equitativa y en paz, que integre las visiones étnicas, las diversidades culturales de pueblos y de razas que hoy integran la identidad colombiana.

Lo hasta aquí analizado debería abrirnos espacio, en el capítulo 11, hacia lo que llamo **"El tránsito colectivo hacia el bien común"**

representado, entre otras múltiples acciones, en la urgencia de respetar y de vivenciar los derechos universales, fundados en la ética y en una educación que contribuya a darle poder a la legitimidad al Estado, que corresponde a un constructo social, de todos y no de unos pocos.

Como lo he acostumbrado en mis anteriores libros, cierro en el Capítulo 12 con una **"Reflexión final en torno a un buen café colombiano"**, en la que recapitulo las apuestas y compromisos que debemos abordar para que la Colombianitud descrita y anhelada, recupere su real espacio gracias a la educación, y de cómo un sistema educativo bien planeado puede orientar nuestra visión colectiva de nación.

Finalmente, antes de pasar al desarrollo de los capítulos, permítanme hacer un reconocimiento al trabajo del equipo que me ha ayudado durante más de un largo año en la construcción de este nuevo texto. Un analítico y respetuoso grupo de líderes que favoreció a mis ideas y enriqueció el objetivo de este ensayo: Francesc Pedro con su prólogo crítico y futurista; Carlos Mario Lopera, María Paula Leal, Liliana Beltrán y Katherine Cubides que con gran sentido de cooperación y un compromiso activo, me condujeron a sentir la satisfacción de haber dedicado un tiempo necesario y productivo al cimiento que hoy da vida a esta producción literaria. Igualmente, mi reconocimiento a Luis Enrique Antolínez quien contractualmente dibujó las caricaturas de los presidentes colombianos.

Nuevamente, gracias por leer este ensayo, ojalá hasta el final, para llegar a tomarnos un delicioso café colombiano.

Capítulo 1

¿Por qué escribir sobre Colombianitud?

El texto que he trabajado parte del análisis sobre la siempre crítica situación vivida en nuestra Colombia, que sintetizo con la pregunta, transversal a esta publicación: **¿Por qué somos corresponsables de no hacer los mínimos esfuerzos para afianzar el desarrollo de esta nación, que no ha logrado la movilidad social para garantizar el continuo progreso, la democracia participativa y la convivencia deseadas, y cuya principal raíz estructural está en la insuficiente y escasamente buena educación?**

Para quien escribe estas líneas, la debilidad estructural de nuestro sistema educativo es producto del deterioro histórico de la estructura socioeconómica y cultural, gestada por el establecimiento estatal y su limitada visión del país desde su constitución como nación. La esperanza y expectativa está dada en que solo a medida que los gestores de política pública y los educadores recuperen el espíritu nacional, potencien sus riquezas materiales y espirituales y empoderen el orgullo de ser colombiano, será posible construir, desde la educación, el país que se merecen las presentes y futuras generaciones.

Identifico dicho ***orgullo de ser colombiano*** con el término ***Colombianitud,*** término que no aparece definido por la Real Academia de la Lengua, ni por el *Diccionario de Colombianismos*, pero que quisiera, tras la lectura de este ensayo, que los lectores compartieran el significado que propongo: fuerza interior, personal y social, innata y común a los nacidos en esta patria, que llevamos impregnada en nuestro espíritu y que nos lleva a mostrar en las conductas, actuaciones y pensamientos, la armonía de la calidez del ser colombiano(a), y que nos ha distinguido por dejar una semblanza positiva de nuestra identidad, pero que desafortunadamente por el actuar criminal de unos pocos desde hace décadas se ha deteriorado y ha alimentado una percepción

general, en buena parte del planeta, de que los colombianos somos sinónimo de maledicencia humana.

Planteo, igualmente, que solo será posible mediante la educación, "rescatar" dicha *Colombianitud* como fórmula redentora para que la violencia, la historia de exclusión e inequidad y la corrupción, que como males endémicos acompañaron a miles en las generaciones anteriores, y a gran parte de la actual, no sigan siendo los elementos que definan el imaginario de lo que somos. Solo con una pertinente educación a la altura de nuestra humanidad y nuestras realidades se podrá resarcir y sacar lustre a nuestra afirmativa disposición para construir una Colombia acorde con lo que somos y no con lo que nos han querido imponer "carteles" compuestos por unos cuantos quienes hacen parte de un entramado de corrupción y de crimen organizado. La responsabilidad de andar en el justo medio, con una mirada racional y holística de nuestra realidad, me llevan a reconocer que la Colombia de hoy ha sucumbido miserablemente a la violencia endémica y a la criminalidad.

Es una situación que más allá de algunos indicadores económicos positivos[2], nos cuestiona sobre si estamos lejos de ser la nación próspera y equitativa, con una economía pujante, que compita por estar entre las primeras cinco, de un poco más de 30 países de América Latina y el Caribe, tal y como algunos políticos, literatos,

---

[2] No obstante conflictos de gobernabilidad en el orden nacional, enfrentamientos entre las ramas del poder público, violencia criminal y problemas de infraestructura (vías, conectividad y turismo, entre otros aspectos), Colombia es una nación muy llamativa para la inversión extranjera, con una activa balanza comercial e importantes y dinámicos rubros de la economía que generan trabajo (petróleo, café, flores, textiles, manufactura y servicios personales...).

economistas o idealistas nos han mostrado. Por culpa de unos pocos, los colombianos llevamos el lastre de ser violentos y terroristas, cuando la realidad es que la gran mayoría de compatriotas se esfuerzan por afianzar una identidad nacional fundada en valores ancestrales, en el sustento obtenido con el sudor y la inteligencia del trabajo honesto, en el respeto a las creencias espirituales, en la convivencia con el diferente y en el garantizar valor a la vida ajena.

En 1992, el entonces candidato a la presidencia de Estados Unidos, Bill Clinton, derrotó en la contienda electoral a George Bush (padre). Parte de su "éxito" fue haberle cuestionado al entonces primer mandatario su acción política, con la frase *It's the economy, stupid* (es la economía, estúpido), en referencia a que solo valdrían, para una nación como esa, sus cifras y logros económicos. Esa es una buena píldora de la mentalidad de dicha nación; si bien los indicadores del dinero hablan mucho del estado de salud de un país, estos no reflejan ni su espíritu, ni sus anhelos y, sobre todo, la situación de quienes viven en condiciones muy básicas de supervivencia y de convivencia.

De nada nos sirve como país, vanagloriarnos de aparecer entre las primeras 50 economías del mundo (de un escenario de casi 200)[3] cuando, por ejemplo, ocupamos los últimos lugares, entre los países de la OECD, en el rendimiento de lectura, matemáticas y ciencia de parte de nuestros niños y jóvenes. Ello, simplemente, es una muestra de la escasa oportunidad para que nuestra ciencia y nuestros saberes den paso a la creación de una masa crítica de

---

[3] Según el Fondo Monetario Internacional, puesto 42 en 2022; para el Banco Mundial, el puesto 40 en 2020; y según la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos, el puesto 39 entre 2000 y 2017.

científicos que deriven, con trabajo riguroso, en la gestión del conocimiento desde la investigación aplicada, la innovación para desarrollo tecnológico apropiado y el fomento de un sistema educativo de altísima calidad y pertinencia para todos.

A fin de adentrarnos en la problemática que desarrollaré, y para jugar con las palabras del hoy expresidente de Estados Unidos Bill Clinton, en vez de hablar de economía, sugiero cambiar la dura sentencia: "*es la pobreza, amigo, la que habla*", la que refleja la sed de justicia, de conocimiento, de oportunidades, de hambre y de trabajo digno, por la que imploran la gran mayoría de colombianos. Ni siquiera la irónica versión según la cual somos uno de los países más felices del mundo sirve para desviar la mirada sobre lo esencial de una situación que orienta su centro de atención hacia la necesaria valoración de los principios esenciales de la vida y la ética ciudadana.

Esta situación paradigmática me ha llevado a tratar de entender el porqué de esta. Un analista extranjero, hace ya 30 años, estructuró una hipótesis que da línea al presente escrito. Se trata de la magistral descripción del profesor de la Universidad de Harvard (QEPD), David Bushnell, en su obra *Colombia, una nación a pesar de sí misma*, en la que al intentar interpretar la evolución histórica de nuestra patria, con un tratado objetivo, profuso y riguroso desde los tiempos precolombinos hasta nuestra reciente actualidad, concluyó que, **aunque los colombianos somos lo suficientemente resilientes como para dejarnos apabullar en nuestro futuro, no hemos encontrado aún las claves que direccionen una transformación radical y necesaria de nuestro presente.**

De ahí mi interés en profundizar y tratar de entender por qué Colombia no soluciona problemáticas estructurales tan sui

géneris frente al concierto de naciones latinoamericanas y del Caribe, que determinan las percepciones sobre lo que somos y algunas aspiraciones sobre lo que deberíamos ser.

Hemos padecido, y aún los sufrimos, flagelos como el narcotráfico y la criminalidad, inconclusos procesos de paz, corrupción en la administración pública, escasa competitividad internacional, inequidad en la distribución del ingreso, ciclos de crecimiento y decrecimiento económico sin rumbo claro, y bajo impacto de las políticas y leyes en cada sector (como, por ejemplo, las laborales, pensionales, de educación y de salud), que por lo general limitan los escasos avances e impactos sociales frente a un bienestar extendido para todos.

No puedo dejar aparte de este complejo escenario la inefectiva dinámica de un poder centralista que ha impedido un mayor y más competitivo desarrollo regional. Tradicionalmente, el Gobierno nacional, desde Bogotá, no ha sido asertivo en sus relaciones con las demás regiones y no se ha comprometido con el rol del país en el escenario global.

La Colombia que desde ya debemos seguir construyendo, no debe basarse en acuerdos politiqueros y pupitrazos gremiales que desde los tiempos previos y posteriores a Simón Bolívar solo buscan asegurar la repartición del poder entre pocos. Debe nacer del reconocimiento de la identidad solidaria del país, que potencie a todos nuestros niños y niñas como líderes transformadores del mañana.

Porque el sistema educativo es la concreción de una historia, de las raíces de una nación y de la visión de cómo los ciudadanos pueden ser actores del cambio y evolución social. La fortaleza o debilidad de la educación guardan directa relación con la fortaleza

de una nación. Más allá de aspectos de infraestructura, de contenidos, de docentes y de estudiantes, grados, niveles, títulos y presupuestos, el sistema educativo es el reflejo del espíritu (dominante o dominado, conquistador o conquistado, innovador o repetitivo, inspirador o apático), al igual que el sistema social que lo acoge. Para comprender el ritmo cardiaco de una nación, basta con diseccionar su sistema educativo, y viceversa. Para comprender la calidad de dicho sistema, es necesario entender las apuestas histórico - políticas y estratégicas de la sociedad y su vocación de progreso como comunidad social.

Parte del anacronismo de un sistema educativo que no responde a lo que la realidad y la modernidad le demandan, hace parte de la prevalencia hasta ahora del interés y dominio de una inoperante acción educativa que, de forma ortodoxa, léase rezagada, no acepta su urgente necesidad de cambiar y de adaptarse a los nuevos tiempos. Eso ha llevado a mantener una acrítica dependencia de lo que produzcan en lo científico y tecnológico naciones en donde la ciencia y la tecnología sí encuentran políticas para su evolución y, por ende, brindan aportes significativos a sus sociedades. Una educación que adapte, reproduzca y repita modelos foráneos, cultiva el olvido de las raíces y de los valores autóctonos.

Desafortunadamente, hoy los actores clave del sector educativo colombiano repiten modelos de décadas de atraso y hasta profetizan teorías, pese a las críticas y a su incapacidad de reconocer sus debilidades para promover una sentida autotransformación de la institucionalidad. Aun cuando lidero una institución de educación superior de carácter público, debo reconocer que muchos de estos personajes ortodoxos (¿o ciegos?) son parte de la educación pública, cuando es esa

institucionalidad educativa la que, precisamente, debería propiciar escenarios de bienestar, para una educación que sea protagonista del orden y de la libertad social y no, como ahora mayoritariamente ocurre, incitadora de desorden social.

Allí se halla el corazón de este libro: Hacer, de una parte, una crítica constructiva sobre la gran irresponsabilidad de nuestra educación, que no ha generado aún, a pesar de más de 200 años de existencia en la historia republicana, un diálogo franco entre quienes participamos en ella, bien como representantes de la institucionalidad del Estado, como de todos los demás miembros sociales. De otro lado, y en complemento, como autor aspiro a que, de una vez por todas, aprendamos y asumamos el rol de vanguardia que se nos demanda para que la educación adquiera la responsabilidad de formar a niños y jóvenes como gestores de una mejor sociedad para el mañana que Colombia merece.

Este país requiere educadores comprometidos con una visión basada en la transformación de su presente para proyectar su futuro. Si los educadores no comprenden la necesidad de cambiar sus prácticas para superar la limitada dinámica social existente, seguiremos siendo como mimos estáticos frente a los diversos y decisivos momentos de la historia de una nación que, como la colombiana, requiere afianzar y consolidar la ruta en consolidación de su democracia, pero que se ha adormilado para pensar, y sobre todo, actuar sobre nuestro devenir nacional.

Mi mirada es más optimista, aunque crítica, que pesimista, con miras a entender por qué nuestra sociedad necesita una visión prospectiva de Colombia, impulsada desde la formación de sus líderes en la academia, y que permita pensar un proyecto incluyente para todas las generaciones, para buscar igualdades y asumir desde los valores solidarios, la pasión requerida para dar

valor a la ciencia en todas sus expresiones, para afianzar la diversidad, para usar las tecnologías aplicadas que sirvan de base a la salud, a la economía, a la justicia, al medio ambiente, al arte, a la cultura, y en fin, para crear oportunidades para transformar e innovar en todos los sectores de la sociedad.

Más que una crítica a nuestra historia y a nuestros dirigentes, este texto retoma como unidad de análisis lo que algunos especialistas llaman la "historia del futuro", es decir, parte de los rasgos de nuestra trazabilidad humana desde la Prehistoria, la Conquista y la Colonia española e intenta mostrar desde una mirada autocrítica, mas no destructiva, quiénes somos, y a partir de allí proponer una simple idea de cómo en un futuro próximo deberíamos esforzarnos por ser muchísimo mejores seres humanos.

No busco predecir ni adivinar el futuro. A lo largo del texto intento avanzar en la explicación de por qué los rasgos de las primeras comunidades y su organización social y política fueron afectándose por diversos gobiernos, algunos mal ejecutados y por un sistema educativo indebidamente concebido, y para ello propongo dos premisas, que como tales deberán ser falseadas o verificadas por el lector al finalizar este ensayo.

Primera premisa: *por su escaso concepto y dinamismo, desde siempre el sector educativo ha sido el que más ha contribuido al reduccionismo que nos ha limitado en un actuar social visionario y equitativo.*

Segunda premisa: *como producto de nuestras fallas como sociedad y particularmente las del sector educativo, las nuevas generaciones cada vez pierden más orgullo de su nacionalidad colombiana y desprecian mayoritariamente haber nacido en este territorio, ya*

que sus riquezas morales, valores, enseñanzas, oportunidades e inteligencias, no las hemos sabido conducir con pedagogías que afiancen el valor por el conocer, la pasión por el saber, la curiosidad por investigar y el amor para defender y promover solidariamente al otro.

Ambas hipótesis apuntan a una necesaria nueva educación, o educación reformada o con una nueva mirada de país y de principios, que debe ser y hacer todo lo posible, y lo imposible, para garantizar que la nacionalidad y el espíritu colombiano vuelvan a brotar como propios en la mente y el sentimiento de orgullo por vivir la *Colombianitud*.

Por ello, analizo nuestra diversidad y nuestras especificidades regionales para ilustrar cómo las diversas idiosincrasias son la base para construir y reconstituir emprendimientos de notable impacto en la solución de problemáticas históricas de territorios y de microterritorios, así como desarrollar posibilidades cercanas a la creación de empresas asociativas que den valor a conglomerados importantes de comunidades.

Esto implicaría asumir una nueva postura desde la educación. Una apuesta por disminuir brechas de violencia y entender que la pereza intelectual educativa, hasta ahora para muchos casi invisible e imperceptible, es una de las principales causas del porqué muchas generaciones de connacionales han sucumbido a un modelo facilista, impregnado de mediocridad, que da lugar a la extendida y multifacética corrupción.

¡Hay que rebelarse! Hay que mirar más allá, ver las otras aristas de la realidad, comprender que la paz, la reflexión, el criterio, la libertad de pensamiento, los sueños y la posibilidad de realizarse como persona son posibles, incluso en sociedades con un

doloroso pasado como la nuestra. De allí que hablo de "*diversidad del ser colombiano*" y cómo producto de esta deba darse una educación no alienada.

A lo largo de cada uno de los capítulos de este ensayo hago planteamientos que buscan explicar cómo las necesidades mayoritarias, aún no satisfechas en más de 200 años de nuestra historia, encuentran la oportunidad de ser superadas si se saben aprovechar las grandes ventajas que los avances del conocimiento científico y las tecnologías procuran en un mundo que nos invita a descifrar cómo lograr un eficiente funcionamiento del Estado para evolucionar la sociedad colombiana, tal cual lo trazó la Constitución Política de 1991.

Advierto cariñosamente, apreciados lectores, que van a encontrar amplias franjas del texto que retratan a la colombiana y al colombiano en su otra cara de la moneda. Esta es la de un pueblo amable y sencillo que expresa en la mejor manera de sus ancestros su gran calidez humana, inspirada en bondad, respeto y servicio al otro, que miles de personas de otros países reconocen como propio del colombiano. *Colombianitud*, título dado a este libro, en honor justamente de aquella actitud que nos diferencia del resto de personas en el mundo y que, a mi manera de ver, debe convertirse en un objetivo de formación de la institucionalidad educadora.

Capítulo 2

¿Por qué somos como somos?

Si bien Colombia cronológicamente logró su primigenia independencia el 20 de julio de 1810, y comenzó su evolución como nación a partir del 7 de agosto de 1819, más de dos siglos después aún vivenciamos profundas desigualdades sociales que se resisten a ser resueltas. ¿Las causas de ello? Las respuestas pueden ser innumerables, pero para efectos de los objetivos buscados en este escrito, se podría hallar en un preocupante déficit acumulado de la gestión de un Estado que no ha estado, y en negligentes actitudes colectivas profundamente arraigadas en el ser social del colombiano.

Para entender esto, es fundamental remontarnos aún más en el tiempo, hasta la conquista española, para empezar a desanudar cuáles fueron y son esas características positivas y negativas que heredamos en lo cultural, más no en lo genético, de nuestros antepasados aborígenes indígenas, así como cuáles, además del idioma, fueron esas improntas que los españoles nos dejaron, los impactos de la incorporación forzada de la esclavitud negra traída por ellos a nuestro continente y, en particular, a nuestro país.

Desde entonces se forjaron nuestros comportamientos sociales, cuyo análisis constituye el punto de partida para intentar hallar una explicación que podría servir para verificar o falsear algunas hipótesis sobre por qué somos así y por qué actuamos como actuamos, y por qué padecemos o llevamos, como una marca imborrable, actitudes que generan más violencia a la hora de enfrentar los problemas, anteponiendo la agresión por sobre el diálogo.

Todos estos matices, propios de un estudio etnográfico, me han permitido hacer una aproximación a una de tan diversas interpretaciones sobre el sentir y acontecer de nuestra sociedad

y, a partir de ello, preguntar y buscar respuestas estructurales que, ojalá, se den urgentemente.

Nuestro ser diverso y nuestro actuar han sido cincelados por las simbologías y costumbres heredadas de los ancestros indígenas, de los conquistadores, vasallos y religiosos españoles, además de las negritudes que esclavizadas llegaron a este territorio con sus mitos y creencias. Esto también podría ayudarnos a entender por qué y cómo somos.

Además, el ayer y el hoy de nuestros comportamientos sociales han estado marcados por características endogámicas propias de cada una de nuestras regiones. Parte de dichas endogamias han estado signadas por un débil impacto del sistema educativo que no ha respondido a sus expectativas de brindar formación integral. Tenemos un distorsionado perfil formativo en nuestros educadores y tanto estos como los estudiantes no saben con claridad hacia dónde dirigirnos como sociedad.

Como educador, en ejercicio por cuatro décadas, permanentemente reflexiono positivamente, sobre la actitud colectiva colombiana, no vista como un derivado genético, sino como la superación y la resiliencia del espíritu frente a ausencias históricas de una buena educación con sentido y arraigada en valores. Esa actitud de superar las dificultades, aún sin la capacidad de diagnosticarlas y de comprenderlas, pero sí de armonizar, con sentido propositivo y paz espiritual es lo que da sentido al concepto de *Colombianitud*.

Son los especialistas de diversas disciplinas (historiadores, sociólogos, psicólogos y psiquiatras) quienes pueden generar el debate riguroso sobre los temas enumerados. Yo como educador, planteo diez hipótesis o premisas de análisis sobre el ser

identitario de quienes hemos nacido en este país y que aún hoy, tras más de 200 años de historia republicana, no podemos hallar la respuesta a cómo tener una sociedad más justa, incluyente y equitativa.

Porque la inclusión, la solidaridad y la calidad de vida son conceptos que, por principio, deben acompañar el origen de la naturaleza social, pero que el egoísmo o ignorancia de unos pocos, llámense gobernantes, dirigentes o políticos, llevaron a sentirlas como una pérdida existencial. Es fácil deducir que los intereses de la dirigencia del país, en toda su historia, han estado enmarcados por el deseo de quienes han reproducido la mirada reduccionista del acontecer nacional.

Como si fuera una mezcla química, las ganancias particulares y no sociales, las dádivas, el clientelismo y la corrupción han formado una aleación indisoluble con los dirigentes que, desde antaño, con discursos politiqueros, se han aprovechado de la falta de discernimiento y de pensamiento crítico de la mayoría de la sociedad civil.

Nos enfrentamos a muchos interrogantes sin respuesta que sirven de referentes de análisis, mas no constituyen el objetivo de este trabajo. Si la historia o ADN de nuestros antecesores han incidido o no en la miopía que sufrimos, es algo no determinante para lo que se pretende. En cambio, la apuesta sí busca hallar la punta del ovillo de esta enmarañada inoperancia de un sector educativo mediocre y secuestrado por un magisterio, a su vez secuestrado por intereses endogámicos y luchas sindicalistas que desvirtúan sus objetivos y terminan domeñando a miles de docentes para actuar como activistas alienados y que reproducen desesperanza e incertidumbre en pequeños y jóvenes

estudiantes, sobre los cuales perfilan sus vidas lejos de una crítica constructiva y una pasión por la ciencia y la tecnología.

La impronta heredada

Somos resultado de una mezcla de ancestros indígenas que, a su vez, fueron fruto del nomadismo asiático. Heredamos, con orgullo, raíces afro, mestizajes hispánicos y en menor porcentaje, particularmente en la Costa Norte del país, de migrantes árabes. Esta simbiosis delineó la idiosincrasia del colombiano, así como, regionalmente la del paisa, el andino, el costeño, el llanero… Incluso, puede ayudar a comprender no solo la gran diversidad regional y nacional sino también, seguramente siglos adelante, una sociedad planetaria, como la descrita magistralmente por Edgar Morin.

Como lamentablemente se nos hizo costumbre la violencia, casi a manera de generación espontánea, en algo sí podemos estar de acuerdo y es que los nacidos en Colombia, y en general en los demás países de América Latina y del Caribe, nunca fuimos fruto de un proceso previamente concebido y planificado de educación, bien por falta de interés consciente de los dirigentes de antaño o por una ausencia marcada de líderes visionarios. Entre tanto, aquellos pocos que plantearon una importante visión de futuro colectivo y fueron valientes al cuestionar la inamovilidad social y el *statu quo* dirigente, se vieron paralizados por el cúmulo de poder individualista y mal agremiado de parte de unos pocos.

Más adelante, en el capítulo 4 denominado "El legado guerrerista y no siempre visionario ni solidario de nuestros gobernantes" explicaré, tomando como referencia el profundo análisis de David

Bushnell (2021), cómo en el proceso de construcción de nación, varios de nuestros dirigentes copiaron, sin remordimiento, ni mayores ajustes, leyes, normas y modelos legislativos, económicos y educativos diseñados para otros contextos, culturas y realidades sociales, de países como España y Francia, negándonos la concepción del desarrollo creativo, pertinente e inteligente para construir un Estado acorde con nuestras propias realidades, problemáticas y oportunidades.

Tal vez ello sea uno de los factores para que nuestras políticas de Estado poco hayan surgido e impactado a fondo, pues no llegaron a ser coherentes ni continuas. En diversas épocas de nuestra trazabilidad histórica cada nuevo Gobierno y con cada gobernante de turno, salvo contadas excepciones, se partió de cero, antes que dar crédito al trabajo del antecesor y avanzar sobre lo avanzado y aprender de lo fracasado. Cuántas veces se han cometido los mismos errores (¡horrores!) mal incentivando en millones de nuestros habitantes el síndrome de la "*desesperanza aprendida*".

La Colombia de siempre. La naciente Gran Colombia, la Nueva Granada, luego Estados Unidos de Colombia y hoy la República de Colombia, se han caracterizado por rendir culto a la desigualdad, a la exclusión y a la inequidad. En vez de ser superados y desaparecidos, estos flagelos se acrecientan a diario. Es como si en vez de marcarse como conductas indeseables, la imposición, la soberbia, el culto a las formas y los rangos que, en su momento, representaron los guerreristas-españoles, malandros criollos, generales y hasta terratenientes en decenas de guerras fratricidas que solo buscaban obtener tesoros y propiedades que luego fueron patrimonios de alguna parte de las familias dominantes, estas improntas negativas se hubieran marcado como sellos

indelebles. Ha sido de tal magnitud esa incidencia que incluso hoy muchos no consideran como un propósito de vida y de compromiso social, hacer algo por las futuras generaciones, reproduciendo enfermizamente espacios generadores de desesperanza, de violencia y de conflicto social como un continuo sinfín que afianza la inmovilidad y la apatía social.

Mucho hemos fallado en la forma de educar para definir las rutas formativas apropiadas, para sentirnos orgullosos de nuestro ser colombiano y de nuestra forma de ver y de actuar en la vida, a partir de valores claves de comportamiento individual y colectivo. ¡Formar una genuina nacionalidad colombiana de manera clara y contundente ha sido una tarea compleja, difícil, incomprensible muchas veces y cada vez más desafiante!

Los protuberantes desequilibrios en regiones con comunidades desatendidas por un centralismo burócrata e incapaz, pasan cuentas de cobro manchadas por la sangre derramada en una violencia arraigada tras la expulsión de comunidades de sus propios territorios, por la desesperanza aprendida y por la incertidumbre que oxigena más conflictos cotidianos de toda índole, todos con el común denominador del desconocimiento del otro, de la vulneración de sus derechos y del no acatamiento de los deberes.

Este fenómeno ha dado paso a la intolerancia, al abuso, a la injusticia, a una absurda protección del hampa y hasta al absurdo reconocimiento premio de rutas de corrupción paradójicamente denunciadas, en muchos casos, por los propios corruptos, quienes se agazapan en los ropajes de políticos muy votados y que, a través de los micrófonos de los medios, insultan la dignidad de quienes proponen transformaciones estructurales. Colombia vive desde hace mucho en una incomunicación dialéctica, y en una

pavorosa crisis educativa que paradójicamente, aumenta brechas sociales.

Para soñar y diseñar una nación viable, es vital corregir estructuralmente el papel de un Estado que no olvide a sus regiones, deseosas de tener una convivencia pacífica, y las segregue.

¿Culpa de nuestros antepasados?

¿Será que debemos "culpar" de estas situaciones solamente a nuestros orígenes diversos de lo que es la Colombia de hoy y de las maneras como nos comportamos sus pobladores?

Para responder este interrogante, quisiera esbozar dos hipótesis para que sea usted, querido lector, quien pueda dilucidarlo con su propio análisis.

Primera hipótesis: *antes del encuentro de los dos mundos, nuestra realidad también era desesperanzadora y nuestros colectivos sociales aborígenes convivían en condiciones humanas inequitativas y excluyentes y de lejano bienestar.*

El encuentro de dos mundos, así denominada la conjunción de culturas tras la llegada de Cristóbal Colón a América en 1492 y la interacción entre el Viejo Mundo (Europa) y el Nuevo Mundo (América), estuvo caracterizado por realidades y costumbres muy distintas, que degeneraron una realidad marcada por la violencia en todo tipo de expresiones, por sobre la razón, la cordura y la dignidad.

A manera de contexto de esta situación me permito referir algunos interesantes aportes:

Los estudios realizados por el profesor y antropólogo Langebaek (2021), referenciados en su libro *Antes de Colombia: Los primeros 14 mil años,* nos demuestran cómo las sociedades que habitaron lo que hoy es Colombia se distinguían por ser especialmente agrarias y tenían diversas formas de vida, incluyendo el manejo diferencial que daban a los recursos que les propiciaba la naturaleza. Claramente, su visión de la sociedad y sus formas no eran, entonces, comparables con la óptica occidental de la Conquista, por lo que se presentaron dos cosmovisiones muy diferentes en la valoración objetiva de las estructuras políticas y socioeconómicas.

Por su parte, el historiador Arias (2023), en *¿Otra historia de Colombia?*, referenció cómo esta tierra fue vista inicialmente como un lugar de paso para migrantes que, al conocerla como nómadas, pudieron privilegiar su estancia aquí. Eran tierras que vieron cómo mientras los pocos y primeros ilustrados españoles actuaban como "conquistadores armados", los aquí residentes actuaron con calidez, agrado y extrema ingenuidad.

Por estas y otras razones no se puede determinar objetivamente que lo descrito en los textos de historia sea la única verdad, dado que el escenario leído para la época no se generó bajo los mismos parámetros que permitiesen valorar de otra forma ese gran legado ancestral dejado por quienes habitaron estas tierras en por lo menos cuatro mil años de existencia previa a la llegada de Colón. Es lamentable no contar con los estudios y restos arqueológicos que, en cambio, sí tuvieron las civilizaciones Incas, Mayas y Aztecas como constancia histórica de su existencia y que, con orgullo, hoy muestran peruanos, guatemaltecos y mexicanos.

A pesar de ello, una novel generación de historiadores y arqueólogos colombianos y de otras latitudes, con ahínco y rigurosa investigación, nos invitan a revisar con mayor discernimiento la versión española de la obra del explorador, militar, cronista y sacerdote español Juan de Castellanos, *Elegías de varones ilustres de Indias*, escrita bajo la mirada ideológica de la sociedad europea medieval. Aquí se pueden apreciar también estudios como los de la entrañable exdirectora del Museo del Oro, Clara Isabel Botero, quien antes de morir dejó un texto increíble sobre *El redescubrimiento del Pasado Prehistórico de Colombia* para demostrar con evidencias arqueológicas, el aprovechamiento que hicieron nuestros ancestros indígenas de todo tipo de recursos, especialmente de plantas y minerales, en una clara demostración de su civilización dentro de un mundo que privilegió un respeto profundo en su relación con el entorno.

Tal vez una de las primeras evidencias del tránsito humano por nuestra Colombia precolombina, como lo afirma David Bushnell (2021), pudo haber sido un recorrido por el actual departamento del Chocó, que no contaba con las adecuadas condiciones climáticas para albergar a nuestros primeros habitantes, contrario a lo que presentaba en la Sabana de Bogotá, cerca al hoy llamado Salto del Tequendama, en el departamento de Cundinamarca, en donde se cree que se dieron los primeros asentamientos humanos hacia el año 10 mil a. C. Este historiador también reseña culturas más evolucionadas en las zonas sur y norte del país, la primera en la región de San Agustín, hoy limítrofe de Huila y Cauca, y la segunda en el norte con la presencia de grupos indígenas en los actuales departamentos de La Guajira, Magdalena y Atlántico.

Bushnell (2021) señala cómo estos pueblos nativos dejaron evidencias de su dominio de la orfebrería y del comercio, reflejado

entre otras acciones con un constante intercambio con otros pueblos de Mesoamérica y el reconocido Imperio Inca, al sur. Aún hoy no dejan de sorprender nuevas evidencias sobre el aprovechamiento logrado con conocimientos propios para dar valor social a infraestructuras que demuestran su dominio sobre el cauce de ríos, lo que les permitió diseñar terrazas cultivables con riego y desagüe para las plantas y para el alimento, así como para la salud con técnicas de farmacopea para aliviar enfermedades, y el manejo de forrajes para alimentar extensivamente animales domésticos.

También fueron artesanos que supieron elaborar textiles para sus necesidades propias y para comerciarlos; supieron cazar y pescar animales para uso doméstico, manejar el agua para sembradíos y consumo colectivo, y construir habitaciones de hogar, lo que se acompañó de reglas de convivencia, con la consecuente disciplina y respeto a la autoridad. El concepto de bienestar colectivo y solidario, incluidos los escenarios de fiestas y deportes con otras culturas, les eran perfectamente aplicables.

Crearon técnicas de minería segura y expansión de sus tierras a largo plazo, haciéndolas fértiles, acompañado del creciente aumento en el número de habitantes. Estos desarrollos fueron extendiéndose y asimilándose con lenguas similares conocidas como lenguas chibchas, que poco a poco fueron denominándose como culturas muisca y tairona.

También contaban con diversas investiduras de autoridad y de mando, pese a no registrar sistemas de educación parecidos a las formas o modelos hoy conocidos. Eso sí, fueron estrictos en enseñar con el ejemplo y dar sentido al mérito para quienes sobresalieran. A sus líderes les rendían obediencia y lealtad, y rendían culto y honor a sus dioses, a través de los cuales

explicaban su cosmovisión de lo ideado e idealizado, para significar las cosas, lo que les sucedía y la necesidad de dar sentido a su existencia, directamente vinculada con la madre tierra, que les daba salud, alimento y lo mínimamente necesario para su bienestar.

¡Qué escenario tan radicalmente diferente de aquella generalizada y básica caracterización que nos enseñaron en nuestras clases de historia regulada para colegios y escuelas desde la colonia!

Son frecuentes los relatos que caracterizan a indígenas muiscas y taironas sin mayor soporte documental, dado que estos no conocieron la escritura. Pero una lectura objetiva de su transcurrir histórico queda a la espera de nuevas técnicas de arqueología y de antropología que nos den una mayor precisión sobre sus verdaderas dinámicas culturales, organizacionales e institucionales. Seguramente sus desarrollos sociales fueron evolucionando tras la conquista española. Se sabe muy bien, por ejemplo, que los habitantes del hoy conocido Altiplano Cundiboyacense fueron especialmente cultores de sus afluentes hídricos y que en ceremonias a sus dioses depositaban oro y piedras preciosas en señal de agradecimiento o de peticiones. También, que fueron agricultores y expertos textiles y que a diferencia de las culturas que habitaban los valles del actual río Sinú, estos no desarrollaron talentos y conocimientos de ingeniería para la mejora de su forma de habitar y del dominio que, como en las tribus del norte colombiano, se dio sobre los afluentes hídricos de sus cercanías.

Desde su llegada a finales del siglo XV, y especialmente por parte de los clérigos, se fue construyendo una narrativa desde la óptica y la interpretación de los conquistadores. Fueron las hazañas de

estos últimos las que dominaron el relato sobre el dominio del territorio y sus habitantes, equivocadamente llamados indios (nuestros ancestros indígenas) logrando extender su poder en todo Centro y Sur América. En el territorio de la hoy Colombia, la primera expedición llegó a la Península de La Guajira ocho años después de tocar tierra americana cuando, a excepción de Brasil, los españoles empezaron a explorar el llamado por ellos Nuevo Mundo, avasallando tribus.

1.492 es, tal vez, la fecha de mayor referencia en las clases de historia, por la llegada del genovés Cristóbal Colón a América cuando este, con un grupo mayoritario de exconvictos que ganaron su libertad en canje por servir en la expedición de la reina Isabel, vino también con algunos clérigos y misioneros católicos que impulsaron eficientemente, a la buena o a la mala, el dogma de fe, y el discurso "educativo" sobre la evangelización. A diferencia del mensaje colonizador español, vale destacar los relatos de Juan de Castellanos (2007), quien resaltó la sencillez y merecimientos de los pobladores originarios. Lo de don Juan de Castellanos (2007) tiene un reconocimiento en nuestra historia por su actuar transparente y su aporte a la educación indígena. No en vano hoy se le rinde homenaje por su férrea defensa y denuncia del trato inhumano que varios de sus coterráneos sometieron a los pobladores originarios de la Colombia prehispánica.

No obstante, imperan ligeras ideas de quienes describieron despóticamente a nuestros pobladores como "indiecillos" que llevaban colgandejos de oro y piedras preciosas en sus cuerpos, y que por lo mismo se convirtieron en objeto de mayor conquista para los españoles. Esos discursos también cuentan haberse encontrado desarrollos muy simples en la organización social de los indígenas, descritos sarcásticamente como cercanos a la

ignorancia crasa, haciéndoles parecer como animales, es decir como seres poco cercanos al conocimiento con las que, en el dominio de algunas ciencias y saberes, se desarrollaba Europa y Asia para dicha época.

En el listado de ocupantes de los navíos, denominados como La Niña, La Pinta y La Santamaría, parece ser que en su primer viaje Colón llegó sin ningún ilustrado o noble español o, por lo menos, con alguien estudiado en cualquier disciplina, salvo los sacerdotes. Se acompañó de algunos aspirantes a señores comerciantes y uno que otro hidalgo, como se les llamaba a quienes sin mayor oficio y ninguna renta tenían en común sueños de aventuras y de ambición desmedida ojalá sin tributación y aspiraban bajo cualquier circunstancia a la riqueza rápida, de fácil obtención y a títulos nobiliarios que les dieran derechos de propiedad, tesoros, minas, tierras y hasta esclavos. Este perfil de "conquistadores" fue el que se enfrentó a un error en su hoja de ruta de navegación y en vez de llegar a la India, desembarcaron aquí constituyéndose en la "nueva elite española".

Su fortuna cambió radicalmente. En vez de una nueva ruta para comerciar con la India, en Asia, se encontraron todo un continente al que expropiaron todo tipo de riquezas y a cuyos habitantes convirtieron en sus vasallos, sentando bases inéditas para nuestro trascurrir futuro como nación.

En 1510 se fundó el primer asentamiento por parte de Vasco Núñez de Balboa y Martín Fernández de Enciso. Fue Santa María la Antigua del Darién, que 15 años después se constituyó en la actual Santa Marta. Luego vendrían Cartagena en 1533, Popayán en 1535, Cali en 1536, Bogotá en 1539. Posteriormente serían Tunja, Vélez, Mariquita, Honda, Ibagué, Pamplona, y cientos más de municipios de la actual Colombia.

Fue Gonzalo Jiménez de Quesada quien, por mandato del Rey Felipe V, desarrolló las acciones de conquista en el Nuevo Reino de Granada (posteriormente Santafé de Bogotá) como uno de los sustentos de las bases de un imperio que nacía al otro lado del Atlántico, el que traería nuevos espacios de dominación cultural, y que en nombre de la evangelización creó rupturas históricas con las culturas precolombinas bajo el interés de imponer la conversión de los nativos al cristianismo, como parte de una justificación ética para ellos, de la necesidad de "acabar" con el politeísmo existente al considerarla una expresión diabólica. Todo esto justificó hechos de crueldad hacia los pobladores de toda América, así llamado el "nuevo" continente en honor al cosmógrafo italiano Américo Vespucio.

La magnitud de lo hallado en América dio para crear la figura político-administrativa del virrey (o vicario del rey). Fueron 17 los nobles españoles que gobernaron el Reino de la Nueva Granada hasta 1819, con una pausa entre 1723 y 1739 por razones financieras. Los virreyes viajaron, por cerca de tres siglos, acompañados de sus comitivas con nuevos señores hidalgos e ilustrados, que también eran autoridad en la tierra conquistada y luego colonizada. La violencia y la religión fueron los patrones de sometimiento para acumular y explotar, a nombre de los reyes de España, una geografía que, por lo general, fue tomada como botín para equilibrar las otras guerras que España libraba con Francia y el Imperio Otomano (hoy Turquía). En honor a la verdad, de aquella época aciaga también nos quedaron grandiosas fortalezas como el idioma y lo bello y bueno de una cultura que nos honra a varias naciones iberoamericanas.

Para el siglo XVI la población comenzó a incrementarse con criollos, o descendientes de españoles aquí nacidos y que

aspiraban a ser reconocidos con títulos nobiliarios para disfrutar de los honores de la nobleza española. En general los criollos demostraban una actitud genuflexa a fin de lograr reciprocidad y la anhelada cédula con la que accedían a los mismos privilegios de los representantes de la corona venidos de España; los mestizos que lograban ascender en la escala social podían casarse con las españolas.

Según cuenta el historiador colombiano Nicolás Pernett, el famoso *Memorial de agravios*, escrito por Camilo Torres en la señorial Santafé de Bogotá, en 1809, presentado como un valeroso llamado de igualdad de los españoles americanos o criollos hacia las autoridades españolas, y que constituyó una contribución esencial al ambiente independentista de esos años, fue una cruel paradoja de contradicciones, pues más que agravios se encuentran elogios, desagravios y disculpas anticipadas al rey, a quien se le juró la más devota devoción. Historiadores de antaño habrían sobredimensionado y distorsionado el valor real del documento.

Para mejor comprensión del lector, me permito compartir algunos apartes de dicho *Memorial de agravios*:

> *"América y España, son dos partes integrantes y constituyentes de la monarquía española, y bajo de este principio, y el de sus mutuos y comunes intereses, jamás podrá haber un amor sincero y fraterno, sino sobre la reciprocidad e igualdad de derechos".*
>
> *"Las Américas, señor, no están compuestas de extranjeros a la nación española. Somos hijos, somos descendientes de los que han derramado su*

sangre por adquirir estos nuevos dominios a la corona de España; de los que han extendido sus límites, y le han dado en la balanza política de la Europa, una representación que por sí sola no podía tener. Los naturales conquistados, y sujetos hoy al dominio español, son muy pocos o son nada en comparación de los hijos de europeos, que hoy pueblan estas ricas posesiones […]"

"…Así que no hay que engañarnos en esta parte: Tan españoles somos, como los descendientes de Don Pelayo, y tan acreedores, por esta razón, a las distinciones, privilegios y prerrogativas del resto de la nación, como los que salidos de las montañas, expelieron a los moros, y poblaron sucesivamente la Península; con esta diferencia, si hay alguna, que nuestros padres, como se ha dicho, por medio de indecibles trabajos y fatigas descubrieron, conquistaron y poblaron para España este Nuevo Mundo."

"No temáis que las Américas se os separen. Aman y desean vuestra unión; pero este es el único medio de conservarla" […]

Pernett (2022) invita a comprender la historia para dejar de señalar como próceres a algunos que no lo fueron realmente porque entregaron la dignidad de un pueblo por la ambición desmedida de migajas de poder, por mayor riqueza, por puestos burocráticos y de reconocimiento para la interacción clasista, desistiendo, sin pudor, del empeño independentista. No fue como nos lo habían contado y registrado en varios libros clásicos de historia colombiana. Ojalá que los noveles historiadores

empezaran pronto a contarnos la verdadera historia de una nación llamada Colombia.

Volvamos a los ancestros. Se puede concluir, aun cuando son escasos los estudios sobre este periodo de nuestra historia, que los habitantes precolombinos que, si bien no eran ilustrados en la lógica occidentalizada del siglo XVI, tenían muy claros sus conceptos sobre la vida, el valor de la existencia, el equilibrio y el respeto por la naturaleza. Axiologías simples, pero fundantes de los valores para el comportamiento individual y colectivo.

Desarrollaban labores claves como caza, pesca, labrado, cosecha y recolección, así como celebraban ceremonias para pedir, rogar, agradecer y venerar a sus dioses. De acuerdo con su lectura del firmamento, conocían los precisos tiempos de traslación y rotación del planeta, lo que les servía para sus siembras y el manejo de recursos como el agua; también eran artesanos y tenían gran talento para la orfebrería, a través de la cual contaban su cotidianidad; en el comercio, manejaban el trueque.

Hasta aquí el lector podría pensar que, como autor, considero a los autóctonos de esta América como un grupo signado solo de virtudes, pero la verdad es que como todo conglomerado humano, y según reconocidos investigadores como Felipe Arias Escobar en su libro *¿Otra historia de Colombia?,* nuestros ancestros indígenas también eran proclives a la fragilidad de la naturaleza humana, con serias tendencias a la violencia que ejercían, seguramente, para zanjar rivalidades entre ellos mismos, con sus dirigentes y con sus vecinos. En nombre de sus dioses, algunos ejercían la violencia y privilegiaban el machismo, se mataban embriagados por bebidas fermentadas de maíz, sucumbían por la sed de venganza con sus propios o con sus enemigos y hasta agredían por asuntos cotidianos. Eso sí, esas vivencias los llevaron

a aprender colectivamente y a buscar la justicia, en vez de la fuerza física, como medio de conciliación. Hasta donde se tiene conocida su trazabilidad, nunca fueron fratricidas.

La descripción que el propio Cristóbal Colón hizo de sus hallazgos en las Indias confirma lo aquí señalado. En su primera carta sobre su descubrimiento dirigida a Luis de Santángel, funcionario del reino de Castilla, quien convenció a la reina Isabel la Católica de financiar el viaje de Colón, describe la forma de ser de los habitantes que halló. Reproduzco parte de la carta, en su escritura original:

> *"La gente de esta isla y de todas las otras que he hallado y he habido noticia, andan todos desnudos, hombres y mujeres, así como sus madres los paren, aunque algunas mujeres se cobijan un solo lugar con una hoja de hierba o una cofia de algodón que para ellos hacen. Ellos no tienen hierro, ni acero, ni armas, ni son para ello, no porque no sea gente bien dispuesta y de hermosa estatura, salvo que son muy temeroso a maravilla. No tienen otras armas salvo las armas de las cañas, cuando están con la simiente, a la cual ponen al cabo un palillo agudo; y no osan usar de aquellas; que muchas veces me ha acaecido enviar a tierra dos o tres hombres a alguna villa, para haber habla, y salir a ellos de ellos sin número; y después que los veían llegar huían, a no aguardar padre a hijo; y esto no porque a ninguno se haya hecho mal, antes, a todo cabo adonde yo haya estado y podido haber fabla, les he dado de todo lo que tenía, así paño como otras cosas muchas, sin recibir por ello cosa alguna; más son así temerosos sin remedio. Verdad es que, después que se aseguran y pierden este miedo, ellos son tanto sin engaño y tan liberales de lo que*

tienen, que no lo creería sino el que lo viese. Ellos de cosa que tengan, pidiéndosela, jamás dicen de no; antes, convidan la persona con ello, y muestran tanto amor que darían los corazones, y, quieren sea cosa de valor, quien sea de poco precio, luego por cualquiera cósica, de cualquiera manera que sea que se le dé, por ello se van contentos. Yo defendí que no se les diesen cosas tan civiles como pedazos de escudillas rotas, y pedazos de vidrio roto, y cabos de agujetas aunque, cuando ellos esto podían llegar, les parecía haber la mejor joya del mundo; que se acertó haber un marinero, por una agujeta, de oro peso de dos castellanos y medio; y otros, de otras cosas que muy menos valían, mucho más; ya por blancas nuevas daban por ellas todo cuanto tenían, aunque fuesen dos ni tres castellanos de oro, o una arroba o dos de algodón hilado. Hasta los pedazos de los arcos rotos, de las pipas tomaban, y daban lo que tenían como bestias; así que me pareció mal, y yo lo defendí, y daba yo graciosas mil cosas buenas, que yo llevaba, porque tomen amor, y allende de esto se hagan cristianos, y se inclinen al amor y servicio de Sus Altezas y de toda la nación castellana, y procuren de ayuntar y nos dar de las cosas que tienen en abundancia, que nos son necesarias. Y no conocían ninguna seta ni idolatría salvo que todos creen que las fuerzas y el bien es en el cielo, y creían muy firme que yo con estos navíos y gente venía del cielo, y en tal catamiento me recibían en todo cabo, después de haber perdido el miedo. Y esto no procede porque sean ignorantes, y salvo de muy sutil ingenio y hombres que navegan todas aquellas mares, que es maravilla la buena cuenta que ellos dan que de todo; salvo porque nunca vieron gente vestida ni semejantes navíos.

En todas estas islas no vi mucha diversidad de la hechura de la gente, ni en las costumbres ni en la lengua; salvo que todos se entienden, que es cosa muy singular para lo que espero que determinaran Sus Altezas para la conversión de ellos a nuestra santa fe, a la cual son muy dispuestos.

En todas estas islas me parece que todos los hombres sean contentos con una mujer, y a su mayoral o rey dan hasta veinte. Las mujeres me parece que trabajan más que los hombres. Ni he podido entender si tienen bienes propios; que me pareció ver que aquello que uno tenía todos hacían parte, en especial de las cosas comederas.

En estas islas hasta aquí no he hallado hombres monstruosos, como muchos pensaban, más antes es toda gente de muy lindo acatamiento…"

Los españoles, ¿"víctimas" de los indígenas?

Sé que mucho de lo expresado hasta aquí puede generar reacciones encontradas, especialmente de quienes consideran que la Conquista Española permitió al mundo precolombino "hallar la luz" y ser salvado, pues nos encontramos ante un diverso cruce de versiones frente a épocas difícilmente documentadas y con la lógica ausencia vital de sus protagonistas. Asimismo, en aras de la pretendida objetividad y ética intelectual, no es válido ignorar posiciones diferentes de la aquí presentada.

Con miras a contextualizar la primera hipótesis que estoy desarrollando también debo presentar el planteamiento de investigadores como el sevillano Esteban Mira Caballos (2023), quien ha dedicado su trabajo a estudiar la Conquista, y quien en su último libro *"El Descubrimiento de Europa",* refiere que, de los indígenas llevados a España al poco tiempo de la llegada de Colón, el 95% eran de élite. Según Mira Caballos, *"la conquista fue pactada entre indígenas y españoles",* y reconoce que *"la historia es un largo camino de cadáveres. El hombre es horrible. Se impuso el más fuerte sobre el más débil".*

En su descripción, señala, por ejemplo, que *"la cepa virulenta de la sífilis llegó a España desde América cambiando hábitos de vida. Pero también llegaron plantas medicinales para combatirla que se administraron en Sevilla desde 152".* Asimismo, refiere que palabras indígenas fueron adoptadas culturalmente por el castellano (como por ejemplo: tiburón, piña, tomate), al igual que la gastronomía, pues varios de los tradicionales platillos españoles fueron creados con ingredientes de las indias, como el tomate y las papas.

Según este historiador, *"tenemos esa idea del indígena ingenuo y para nada. En cuanto llegaron a Europa, montaron redes clientelares para ayudarse entre ellos".*

La mayoría de lo descrito arriba corresponde a los estudios de Mira Caballos, y su experiencia investigativa particular con los indígenas de República Dominicana, Cuba, Puerto Rico, México y Perú. Pero quiero dejar claro que los indígenas precolombinos, como los de la hoy Colombia, no eran ignorantes, guerreros *per se*, y mucho menos brutos o perezosos, como en algunos relatos sobre la Conquista y la Colonia se ha mostrado; más bien, en su mayoría, eran ingenuos, sobre todo cuando pensaron que los

invasores eran semidioses e, inocentemente, abrieron paso a su genocidio.

No pretendo calificar de buenos o de malos a los precursores españoles, a los ancestros indígenas o a los provenientes de las demás etnias que afloraron en este territorio. De lo que se trata es de entender qué tipo de condiciones existían para visibilizar los efectos de la Conquista y de la Colonia en tierras americanas para dar una mirada sobre la valoración moral de estos comportamientos. Ello nos ayudaría a comprender los intereses de unos y otros, más que a ubicarlos en lugares contradictorios de la historia, para intentar describir por qué somos así.

A su vez, el español migrante de esa época daba vital importancia a sus creencias religiosas y a la acumulación de títulos nobiliarios para hacer crecer proporcionalmente su riqueza material, no solo en monedas y títulos de tierras sino también de recursos naturales, minas y hasta terrenos baldíos. Para ambos propósitos buscaba cercanía a la nobleza, pues los reyes y sus cercanos eran como representantes de Dios en la tierra.

Una desafortunada herencia de aquellos españoles migrantes fue su habilidad para recurrir a las prácticas corruptas que usaban para enriquecerse. Dicho entorno de explotación, de abuso, irrespeto y robo no permitió estructurar un ambiente ético, mucho más cuando la mayoría de la población, pobre e ignorante por falta de educación se dejó desorientar en su sentido común de paz y bienestar, por su urgencia de asegurar sustento y de responder a las exigencias de los ricos españoles. Dichos abusos ocasionaron que poblaciones enteras, desarraigadas, hubieran tenido que huir hacia otras latitudes y, adicionalmente, hubieran iniciado daños al medio ambiente.

Estos hechos, aunque son similares a los ocasionados por los conquistadores españoles que llegaron a nuestro territorio y seguramente también los portugueses que llegaron a Brasil, no fueron la excepción y tuvieron un interés manifiesto para acumular no solo riquezas sino también por convertirse en amos de los esclavos, dueños de minas de sal y fuentes de agua, señores de glebas y de explotaciones mineras de oro, de esmeraldas y de cuanto tipo de metales preciosos pudiesen extraerse en nombre de la corona. Hoy el fenómeno se extiende y se intensifica ya no por voluntad del rey invasor sino por la falta de conciencia del mafioso agresor y de la incapacidad que genera un pobre sistema de educación.

En complemento, no debe olvidarse que desde entonces llegaron y se expandieron en Colombia esclavos negros que, forzados, fueron traídos del continente africano, dada la necesidad de mano de obra surgida por la muerte de miles de indígenas cuyas poblaciones fueron reducidas por las guerras, las enfermedades y las pandemias. Aún hoy este flagelo no se supera y la población afrocolombiana ha sido igualmente marginada de oportunidades educativas y de bienestar social, dándose tensiones permanentes en regiones donde son población mayoritaria, sumida en un atraso en sus condiciones de vida, poco diferentes a las presentadas en la Colonia y la Independencia.

Otro elemento determinante en la Conquista, la Colonia y la Independencia fue cómo se fue imponiendo, a partir de una sostenida retórica evangelizadora de sacerdotes y misioneros, la doctrina religiosa católica. Esta, en una inquietante complicidad con el poder político, se fortaleció para consolidarse constitucionalmente desde 1886 y hasta 1991, como único dogma de fe de la hoy denominada Colombia. Ello no sería negativo si no

se hubiera mezclado la religión y la política en defensa de intereses partidistas gestados por los mismos Simón Bolívar y Francisco de Paula Santander. Dicha "alianza" dio origen a la llamada oligarquía. Desde las clases que sabían leer y escribir se usó la religión para fusionar, erróneamente, el poder político con el poder de Dios, constituyéndose en herramienta de opresión a un pueblo temeroso del dios castigador.

Me parece importante advertir que, como autor, me considero católico y admirador ferviente del significado de ese Dios absolutamente infinito descrito magistralmente por el filósofo holandés Baruch Spinoza.

En medio del complejo escenario que describo, en esas épocas también se dieron mezclas étnicas de blancos con indios o con negros, dándose como resultado los mestizos, pardos y zambos, y otras mezclas étnicas que terminaron siendo vistas como formas de exclusión e inequidad; casi todos ellos se convirtieron en católicos, iluminados por España, sin dejar de lado sus creencias ancestrales. Este dogma de fe tuvo especial énfasis en valores integrados con el núcleo de las propias creencias de los indígenas que habitaban cada microterritorio y los territorios de las comunidades y sociedades ancestrales, que fueron acumulando creencias y rituales afros, raizales y palenqueros; otro ingrediente que ayudó a marcar las diferencias entre las idiosincrasias regionales que hoy poseemos.

Esta mezcla religiosa determinó algunos rasgos feudalistas que dejaron vestigios que permiten entender el porqué de la gran diversidad pluriétnica, pluricultural y pluri-religiosa del pueblo colombiano, más allá de que por cerca de cinco siglos hubo una clara postura de participación de la jerarquía eclesiástica católica en acuerdos, explícitos o tácitos, con el Estado.

Respetuosamente me permito insistir, querido lector, en que seguramente habrá leído estudios y análisis de nuestra historia colombiana bastante superfluos, caracterizados por describir cronológicamente multiplicidad de hechos y conflictos generados generalmente en la defensa de intereses minoritarios, y que han sido determinantes como fuentes para explicar, entre otros, el porqué de la violencia política actual. No se puede desconocer que en nuestra historia también han existido y existen claras afectaciones a los derechos raciales de los grupos étnicos y de campesinos, y que estas no fueron debida ni suficientemente registradas, y aún hoy, siglos después, son las mismas poblaciones las que sufren desplazamientos promovidos por grupos irregulares armados, que desalojan de su territorio, sin misericordia, a campesinos, poblaciones negras, raízales e indígenas.

Dichos conflictos han sido exacerbados por otros fenómenos aparecidos en el siglo XX, como el tráfico de drogas y de armas, aparecidos en los años 70 del siglo pasado, y que desde entonces se han agravado con el secuestro, la trata de personas y la criminalidad, ejecutados por carteles mafiosos. Tristemente, todo esto crea un cóctel de desesperanza, en unas regiones más que en otras, donde la autoridad en varios casos la representan grupos armados al margen de la ley, que aplican sus propias normas y disciplinas, al punto de llegar a reclutar niños y niñas en condiciones de cargar un fusil. Este espiral perverso de continua violencia deshumaniza e impide la evolución social de una Colombia que desperdicia el caudal de talentos, inteligencias y calidez de lo autóctono en cada territorio y de cada comunidad.

Debemos denunciarlo a gritos: nuestros territorios se han convertido en fosas comunes de familias que, en el trascurrir de

una guerra fratricida, aprendieron a enterrar a sus niños, jóvenes y adultos, pero en especial sus sueños e ilusiones por una vida digna.

Esta cultura perversa, anodina y desesperanzadora, se ha sembrado en un país que, insisto, desperdicia sus talentos e inteligencias para afianzar lo bello de la tradición y la herencia de las idiosincrasias regionales que aún, y a pesar de todo, se esfuerzan por pervivir, ya que aquello que debería ser nuestro gran orgullo (el ser colombiano) lastimosamente se viene diluyendo con el transcurrir de los tiempos, haciendo más frágil nuestra identidad y marcando históricas distancias entre lo deberíamos ser como colombianos y colombianas con una clara identidad nacional y cultural frente a una oscura realidad que pareciera insuperable. Hoy esta siembra fatídica marca, para mal, lo que realmente somos y hacemos, pues aún no es claro para nuestra población la ruta sobre qué es lo que tenemos que hacer en una contradicción que sirve más para ampliar brechas sociales y educativas que para ir cerrándolas.

Segunda hipótesis *(derivada de la primera): la educación sembrada desde la colonia como estructura rígida y resistente al cambio nos sigue impactando en el reflejo de la escasa formación integral y el no haber respondido adecuadamente de manera dinámica a la evolución de Colombia como nación.*

La Colombia de hoy puede concebirse como una explicación *sui generis* del declive de muchos valores que debieron infundirse, primero desde el núcleo familiar y luego desde la institucionalidad educativa, para que existiese un auge homogéneo de valores como la convivencia, el respeto, la disciplina y la solidaridad.

La realidad nos confirma que, en las diversas épocas de nuestra historia, a los gobiernos y dirigentes les ha sido complejo dirigir a Colombia como una nación civilizada.

Un resultado de ello es que hoy los diversos colores de piel e idiosincrasias regionales, desde la del blanco dominante hasta la del indio aborigen, pasando por el negro martirizado o el mestizo suspicaz, todos hijos de la Colombia nacida de la América española, no profesamos entre nosotros los suficientes afectos fraternales por nuestra identidad nacional. Al contrario, y lo hemos visto con mayor intensidad en las últimas décadas, hay una clara polarización que advierte, con un llamado de urgencia, a los nuevos gobiernos sobre la necesidad de crear políticas de Estado que respondan a problemáticas estructurales como las que más adelante detallaré.

En otro de mis libros, denominado *Trabajo Inteligente Productivo TIP*, abordo esta situación desde una óptica organizacional, y allí pregunto ¿hay esperanza? aquí la reitero y respondo con un categórico "por supuesto". Este país convive con dos realidades paradójicas y casi antagónicas: Por un lado, enfrenta la amenaza latente de la ignorancia de millones de ciudadanos y, por otro, la inteligencia y calidez de estos. Y es con esta segunda con la que se puede empezar a corregir el rumbo, pues una inteligencia bien direccionada desde la educación constituye una forma directamente proporcional de responder a las carencias. Pero, dada la falta de voluntad para crear políticas educativas orientadas por estrategias de largo plazo, que den respuesta a las pretensiones sociales que se necesitan reivindicar urgentemente, el país no ha hallado la voluntad política, ni las normas y dispositivos institucionales para hacerlas realidad.

Lastimosamente, y más por su inercia, nuestro sistema educativo, gestado desde la Colonia española, ha contribuido, como ningún otro sector, a afianzar desequilibrios sociales crónicos, afianzando posturas inconsecuentes a favor de los privilegios de una minoría elitista, clasista y racista en todo tipo de regiones y comunidades territoriales.

Han sido más de dos siglos de estructuras políticas y sociales inermes, entre ellas la educativa, sometidas a intereses particulares, con poblaciones que en cada región han sido mayoritariamente afligidas por la ausencia de un Estado que les debería aportar y guiar. Incluso, aunque el presente sistema sociopolítico colombiano, modelado desde la Constitución Política de 1991, promueve una democracia participativa y actuante, en la práctica esta desarrolla una visión ortodoxa y decadente, que nunca se ha atrevido a ser pujante para rediseñar su educación.

Han sido más de dos siglos de pseudo educación para lo humano, de ignorancia extendida sobre lo vital de la existencia, de inteligencias y talentos desperdiciados por generaciones ante la imposibilidad de acceso, de pertinencia, de calidad y de cobertura educativa. Dos siglos de desperdicios productivos y de oportunidades de comercio abortadas por el privilegio maniqueo de inequitativas relaciones regionales e internacionales. Dos siglos que, tristemente, suman para que no hayamos podido constituir una verdadera democracia soportada en redes descentralizadas de regiones prósperas, que potencien el bien común y que gradualmente ganen espacios de cualificación productiva para hacer competitiva la exportación tanto de nuestros productos transformados como de nuestras materias primas que, desde siempre, económicamente depreciadas, nos

han limitado la verdadera competitividad. Dos siglos de escaso impacto para proveer productos y servicios a otros lares de la tierra, mal guiados por unas teorías económicas que nos han ubicado en contextos históricos simplificados de subdesarrollo. En fin, dos siglos de no superación del pensamiento económico que distribuye la pobreza, en vez de uno que hubiera permitido extender la riqueza y el bienestar a nuestros conciudadanos.

Capítulo 3

La diversidad del ser Colombiano

¡Tantas cosas bellas, tanta gente buena!

Colombia es tierra de talentos que cantan, recitan y bailan lo hermoso de la vida. Viene su nombre del homenaje que siempre quiso hacer el precursor venezolano Francisco José Miranda, al descubridor Cristóbal Colón, dándole a este para la posteridad el nombre de Colombia, país por él soñado al que incluso le describió los colores amarillo, azul y rojo de nuestra bandera.

Tiene un brazo norte en el territorio Caribe, a lo largo del Océano Atlántico, donde se levantan las polleras de sus mujeres que con sus caderas invitan con amor al danzar la cumbia, el merengue y el vallenato; que rellenan arepas con huevo y hacen sopillas de queso salado; que engolosinan los frutos con sabores dulces. Allí conviven hombres y mujeres formados o empíricos, empresarios, profesionales y líderes que, junto a otros miles, saben del mar y aprovechan el sol en paradisiacas playas en las que, con sonrisa picaresca, se disfruta del comercio de artesanías. Son hombres y mujeres que saben del cultivo agrario y del engorde ganadero en grandes sabanales, y que han sido bautizados con nombres muy especiales, heredados de los ancestros indígenas wayuu, zenú, koguis, arahuacos, taironas y otros que, con diversidad de legados prehispánicos y hasta descendientes árabes, aprendieron el valor el comercio honesto y simple, y hasta de las cocadas que antes de degustarse se exhiben en las cabezas de palenqueras, mujeres mulatas con cabelleras negras, grandes sonrisas y alta gracia.

Este, nuestro país, posee también otro gran brazo en el mar Pacífico, al occidente, bravo y profundo, donde se come pescado, manjar de azúcar y leche y se energiza el cuerpo con chontaduro. Allí la gente bondadosa de piel blanca, mestiza y morena crea, goza y disfruta los ritmos de la salsa, del son y del currulao; las

flores caminan por las calles desde muy pequeñas para convertirse en mujeres esbeltas que saben, de generación en generación, transmitir un fenotipo de picardía, de gracia y de dulzura. También es cuna de extensos ríos, valles y montañas que se expanden en un territorio con pueblos étnicos milenarios como los tumacos y calimas.

A su vez, en el centro de nuestro país disfrutamos de cordilleras andinas, que permiten avistar paisajes, aves y fauna de ensueño, que luego se describen en tertulias, y a quienes se les componen serenatas al ritmo de pasillos, bambucos y guabinas, mientras comemos bandeja con fríjol, carne y arepas con sopas calientes para el frío de montaña, y se cuecen deliciosos olores que, como pócimas al paladar, nos acercan al alimento como fuente de sabores que fortalecen la gastronomía autóctona. Allí también degustamos el tamal con queso y almojábana que acompañamos con el aroma del chocolate o del agua de panela caliente.

Es este territorio colombiano en donde su centro, sur, oriente y occidente se vierten herencias de trágicas explotaciones mineras, que también disfruta del caudal de sus ríos como el Orinoco para juntarse con más afluentes en extensas llanuras que llegan al Amazonas, selva viva pulmón del planeta; selva que desde el Vichada, el Putumayo y el Guaviare se entroniza para encontrar la mayor biodiversidad del mundo.

Esta corta caracterización intenta mostrar nuestra limitada porción en el planeta tierra: Colombia, cuna de verdes esmeraldas y de hermosas mujeres, es el segundo país más poblado de América del Sur, con más de 50 millones de habitantes.

Esa Colombia, que no hemos aprendido a cuidar y a defender colectivamente, también se destaca por su diversidad cultural. Es

el segundo país del mundo con mayor diversidad étnica. Quienes aquí vivimos no siempre somos conscientes de ser los privilegiados que nacimos en esta hermosa tierra. Hoy somos mayoritariamente mestizos, como resultado de nuestra composición étnica indígena ancestral y afro legada en épocas de la conquista española, y coincidimos idiosincráticamente con rasgos mayoritariamente de la colonización vasca. Toda esta sumatoria nos premia porque nos dejó una singular y maravillosa diversidad humana, y ello sin dejar de lado la primera ascendencia árabe que se instaló en buena parte de la costa Caribe; por ello provenimos de una curiosa mezcla que nos hace un conglomerado de singular y desbordante riqueza humana y cultural, una nación con una enorme diversidad de rasgos poblacionales que son fruto de la interconexión entre indígenas nativos, europeos y africanos.

Somos un país de características culturales y sociales diversas y por supuesto parecidos, pero diferentes a otros pueblos latinoamericanos. Mayoritariamente, y con orgullo, somos la Colombia pluriétnica que hoy representa esta bella mezcla de hombres y mujeres que ubicados en diferentes territorios recrean expresiones culturales e idiosincráticas que nos deben despertar orgullo y admiración.

La herencia atropellada de generaciones conquistadoras, coloniales y libertadoras

Heredamos, también con orgullo, el castellano como lengua inserta en nuestros rasgos culturales llegados con varios desadaptados españoles que no tenían opción diferente a la cárcel, así como de una estirpe española medieval europea con

múltiples tendencias feudales que imperaban para esa época y que se autodescribían como blancos al servicio de la monarquía y se denominaban señores hidalgos. Ambos, presos e hidalgos, llegaron a América y encontraron una oportunidad única para satisfacer rápidamente su aspiración de libertad, de riqueza y de ascensos nobiliarios hacia la reverente nobleza de la época. En torno de ellos se creó una aureola de superioridad que daba preeminencia a sus deseos y que dentro de América y particularmente en este territorio de la Colombia actual, juntaron a estos cuasi nobles con los indios primero, luego con sus descendientes los mestizos, también con otras etnias como los negros, dando como resultado los zambos y pardos y, en fin, así se fueron construyendo espacios de convivencia organizada como aldeas, pueblos y ciudades, siempre con una marcada necesidad de arribismo social que aún hoy se hace vigente por el anhelo del poder y del gobernar para afianzar, especialmente, la riqueza material.

Dejo a su consideración, querido lector, la siguiente hipótesis para que la falsee o verifique según su criterio derivado entre otras de la lectura de este capítulo.

Tercera hipótesis: *como nación tenemos un saldo en rojo tras la insuficiente formación ética y moral. Sucumbimos en la espiral maldita de ese afán de lucro que ha generado violencias, odios, iras y engaños que debilitan nuestra identidad y la oportunidad de un mínimo bienestar social para todos, socavando así la equidad e igualdad que debería representar a nuestra democracia.*

De aquellas épocas de la Conquista, es fácil colegir por los relatos de quienes se encargaban de hacerlos, especialmente sacerdotes y misioneros, que la presencia española no fue realmente un descubrimiento sino un error de la casualidad, y que luego,

durante la colonización, se creó una inconmensurable y aún vigente división social que no hemos sido capaces de superar y, menos aún, de disminuir frente a las resistencias políticas y económicas permanentes, derivadas de tensiones sociológicas y psicológicas que determinan una ansiedad enfermiza por el dominio de un enriquecimiento material a cualquier precio.

Las primeras expediciones de los españoles migrantes que llegaron a la Costa Caribe colombiana datan de 1499, cuando comenzaron a enraizarse para establecer poblaciones, como ocurrió en 1525, cuando se fundó la bella ciudad de Santa Marta, que, de paso, se convirtió en la ciudad más antigua de Colombia y la segunda más antigua de América del Sur[4].

Antes de la llegada española, como ya lo señalé, el territorio colombiano se hallaba habitado por aborígenes que, según los reconocidos científicos Gonzalo Correal y Thomas Van Der Hammen (1977), datan de entre 14 y 16 mil años a. C., y que habrían llegado, movilizándose por el estrecho de Bering, desde Asia y algunas regiones de Oceanía.

Otros estudios indican que, desde entonces, se constituyeron grupos indígenas en un proceso migratorio que, en primera instancia, colonizó playas, valles, llanuras y que inclusive intercambió, entre ellos, especies agrícolas y de animales. Fueron estos los ancestros de los indios caribes, zenúes, arahuacos, taironas, koguis, guayús, motilones, opones, carares, muiscas, chibchas, pijaos, quimbayas, embera-katios, pastos, camentsá, ticunas, paeces, sicuani, panches, coyaimas, lilies, gorriones,

---

[4] La primera fue Santa María de la Antigua del Darién, en la que hoy es la República de Panamá, en 1510.

andoques, awa, cuaiquer, timiuas, chagguas, charuros, ingas, nasa, entre muchos otros.

En fin, se calcula que fueron más de 100 millones de habitantes que aunque no gozaron de la fama de sus vecinos como los de los imperios Inca, Maya y Azteca, sí habrían alcanzado un importante grado de cultura y de civilización, hoy reconocida en la organización social como confederaciones de pueblos, con saberes en todos los órdenes, como orfebrería, arte, deporte y en especial sus técnicas para el manejo de cultivos agrícolas, de aguas y acueductos, y que con desagües y canales de riego conectaron pueblos por medio de caminos de piedra y puentes de madera.

Las agrupaciones indígenas más poderosas se constituían por la unión de diferentes y diversos pueblos cercanos territorialmente. En la época del arribo de los conquistadores españoles, dichas tribus tenían costumbres marcadamente machistas. Un estudio de la Presidencia de la República (2008) resalta cómo algunas de las mujeres sin mayor atributo físico eran despreciadas, ya que se consideraba que *"al no tener pareja poseían poco valor dado que nadie se involucraba con ellas"*. Los hombres, por lo general, consumían un alcohol que preparaban con maíz fermentado (conocida como chicha), fumaban tabaco y dormían en cuencas[5]. Se sabe que no daban mayor valor material al oro, aunque sí lo usaban en ofrendas a sus dirigentes y dioses. Vale recordar que aquí nació *"la leyenda de el dorado"*, mito originado por la creencia de que, en las ceremonias de los indios muiscas, el cacique, recubierto de polvo de oro y esmeraldas, realizaba ofrendas en la

[5] Se refiere a recipientes de madera, tallados a mano, usados como almohadas.

laguna llamada Guatavita. La búsqueda de "el dorado" por los españoles dio origen a la fundación de varias poblaciones que se convierten hoy en importantes ciudades de Colombia.

Etapas de una Madre Patria con una bella hija diversa, inteligente e inequitativa

Hoy se estima que, aproximadamente, las tres cuartas partes de los colombianos llevamos sangre mestiza; y que solo el 3% son indígenas descendientes directos que buscan mantener sus tradiciones vivas, en especial en la zona Caribe, el Chocó, el Cauca con mayor énfasis en la parte andina, y los territorios de Vaupés, Vichada y Amazonas; cerca del 15% es población blanca y el 12% restante población afrocolombiana. Aunque en la vigente Constitución Política, de 1991, se reconoció a las comunidades raizales para proteger sus derechos, en la práctica ello no ha sucedido con el impacto social que se esperaría.

Colombia quedó afuera de la recepción de las grandes oleadas de inmigrantes de Europa, Asia y América de fines del siglo XIX y comienzos del XX que se asentaron principalmente en Estados Unidos, Canadá, Argentina, Uruguay, Chile y Brasil. Con escasas excepciones, la gran mayoría de los migrantes llegados a Colombia tuvieron origen español, la mayoría de ellos del sur de esa nación y de un grupo particularmente en Antioquía.

Otro aspecto para considerar es el hecho de que durante la Conquista hubo un gran desequilibrio entre los varones y mujeres que llegaban desde España. Apenas el 10 % de quienes llegaron a Colombia eran mujeres. Volviendo al caso de Antioquia, en esa zona el 90 % del linaje paterno es originario de España mientras

que el 90 % de linaje materno proviene de mujeres nativas de esta parte de Colombia, según un estudio de *American Journal of Human*.

Otro origen de los primeros pobladores de Colombia se encuentra en los descendientes africanos. La población negra llegó esclava al país simultáneamente con quienes llegaron en dicha condición también a Europa. Estos hacían labores en la agricultura, la minería y el servicio doméstico, y erróneamente eran considerados como un "producto de lujo". Al Virreinato de la Nueva Granada entraron, como mínimo, 250 mil esclavos, y Cartagena de Indias fue uno de los centros más importantes de América latina y del caribe de este comercio humano más importante[6]. Un hecho que no se puede desconocer es el caso de los esclavos fugitivos que formaron el primer pueblo libre de América: San Basilio de Palenque (en el actual Departamento de Bolívar) en 1713. Allí se habla aún el "criollo palenquero", dialecto que tiene como base el castellano con elementos de las lenguas y fonemas africanos.

La diversidad del ser colombiano implica reconocer lo que fue nuestra primera estructura como país. Para comprender el contexto, hay que revisar lo ocurrido entre 1550 y 1810, tiempo definido por los relatos históricos como la época de la Colonia Española en la denominada Nueva Granada. Un contexto social marcado por comunidades muy diferentes entre sí, no solo por su

---

[6] A manera de contexto, vale recordar el nombre San Pedro Claver S. J. (nacido como Pere Claver Corberó), misionero y sacerdote jesuita español, quien trabajó por la vida digna de los esclavos del puerto de Cartagena, en el siglo XIX.

condición étnica sino también por los rasgos idiosincráticos y culturales de cada una de ellas.

Eso sí, todos los habitantes dependían de España y eso generó choques culturales y de desarrollo económico entre los aquí nacidos descendientes de la Conquista Española con los nuevos esclavos y los pocos indígenas que habían quedado tras la conquista hispánica. Parte de esto se reflejó en la pugna por la explotación del oro y de otros minerales y piedras preciosas, de tierras colombianas y de otros países de la América Latina y del Caribe incluido Brasil, que sostenían económicamente a la corona española y sus guerras euroasiáticas. La prosperidad favoreció a unos pocos que habían heredado lo atesorado por los españoles conquistadores, en especial por títulos de propiedad sobre las grandes minas y extensiones de tierra.

Esta situación se dio por casi tres siglos. Sobre esta forma de economía poco equitativa giraba la interacción entre españoles, criollos nobles, campesinos, indígenas y esclavos que trabajaban la tierra para surtir de alimentos a villas y pueblos que se fueron constituyendo a lo largo de la principal vía fluvial, el río Magdalena, entonces navegable y ruta para sacar productos hacia España.

Para este territorio, la máxima instancia política creada por el rey era la Real Audiencia de Santa Fe, un dispositivo que servía para organizar transacciones comerciales y financieras y evitar los conflictos en las tierras conquistadas desde 1492. Desde allí se creó el impuesto de la alcabala (aplicable a todas las transacciones comerciales) que sumados a los títulos nobiliarios que se entregaban desde la Corona, ayudaban a sostener también a la Iglesia Católica (también mediante los diezmos), pues sus clérigos

fungían como representantes de los dos poderes (la Corona y la Iglesia).

En la práctica, el nuevo y rudimentario sistema era objeto de actos de corrupción. La lejanía geográfica del rey de sus dominios recién conquistados haría que los funcionarios reales usurparan sus funciones en tan extensos territorios, presentándose malos manejos en la distribución de tierras, minas y de las finanzas en general.

Como la ambición es ciega y sorda, el pseudo régimen colonial español desdeñosamente incrementó los impuestos creando descontento social y ampliando la brecha entre amos y súbditos. También incrementó la incertidumbre política tras las rebeliones que nacían con amenazas y continuas formas de levantamiento de comunidades territoriales, y que, de no haber sido por la intervención de la Iglesia, hubieren creado mayor desestabilización al poder político y económico español, seguramente antes de lo registrado cronológicamente. Recordemos que era el rey quien nombraba a los líderes religiosos, en especial a sus obispos, y no sobra decir que varios de los virreyes tuvieron ese doble papel que buscaba integrar a las comunidades ante la continua amenaza de franca rebeldía.

En este escenario creció la sociedad colonial sin mayor orden financiero. La nueva comunidad constituyó un agregado de grupos étnicos, nunca articulados de forma armónica, mientras que sus actores más influyentes (la iglesia y el *statu quo* del rey) aprovecharon para apropiarse de los cargos y puestos públicos. Así, las prácticas de la Colonia se constituyeron en malas copias de las prácticas sociales que existían en Europa; de allí podríamos colegir buena parte de por qué aún actuamos así.

En estos tres siglos se fueron tejiendo, entonces, las condiciones para que el denominado Primer Grito de Independencia de la hoy Colombia se basara, en gran medida, en la necesidad de defender los intereses económicos y políticos de una minoría de criollos (hijos de españoles nacidos en este territorio), y no solo como se nos ha dictado por los libros de historia de la escuela básica influidos bajo la entonces vibrante ideología de la Francia de Montesquieu y de Rousseau y de otros autores de múltiples obras que, incluso, fueron prohibidas por el Virreinato y por la Iglesia Católica de la época.

Somos producto de una herencia diversa, hermosa y colorida, pero también enajenada por la ambición de quienes se apropiaron del Estado. El resultado: una sociedad que no ha cambiado su actitud por observar, impávida, la violencia en todas sus manifestaciones y que, asumiendo radicales posturas de pensamiento, desarrolla un exacerbado interés por resolver los problemas de manera visceral. Somos fruto de una sociedad que pudiendo ser igualitaria se alimentó de odios, rencores y venganzas ente dirigentes que sirvieron y sirven de ejemplo desastroso para viejas y nuevas generaciones.

La actual Constitución Política reconoce la autonomía e identidad, pero las prácticas heredadas y no erradicadas y los escenarios de institucionalidad no han sabido ejercer cabal ni debidamente lo que esto significa y el bien que conlleva.

Somos una sociedad que nunca ha valorado suficientemente la educación como oportunidad fundamental para el ascenso social para todos. Somos una sociedad cuya construcción social, jurídica y política no logró definir su propio rumbo, frustrando hasta hoy el sueño de una verdadera independencia como nación próspera, equitativa y sostenible.

Somos una sociedad cuyos dirigentes, en su mayoría, nunca fueron inspirados a construir una estructura de Estado original, porque en aquella pereza mental que se volvió un lugar común, sucumbió el propósito de asumir con entereza, dedicación e inteligencia los grandes desafíos de una verdadera democracia. En contraste, países con menos oportunidades y recursos, pero con un marcado liderazgo, se fueron convirtiendo en escenarios de prosperidad social extendida.

Cientos de generaciones colombianas con talentos frustrados han visto, impávidas, cómo nuestros mal llamados dirigentes simbolizaron la violencia para enseñar a callar al vecino y al hermano, para avasallar familias que dejaron sus tierras al ser desplazadas por la fuerza, generando hambre, miseria y un desprecio colectivo por la autoridad, por la ley y por la justicia.

Somos una sociedad en la que la riqueza empezó a distribuirse inequitativamente, y en la que la multiplicación de la propiedad de terrenos, minas y riqueza del subsuelo se ganó a fuerza por la guerra, a manera de trofeo y de premio tras ensangrentadas batallas, primero contra los españoles y, con la expulsión de estos (tras las gestas libertadoras) por las guerras banales de la llamada Patria Boba[7], así como también por la distribución acomodada de tierras y minas recuperadas y no explotadas por parte de generales de los ejércitos patriotas.

---

[7] Se atribuye el concepto de "Patria Boba" a la forma como Antonio Nariño describió, de manera irónica, al período dado entre la declaración de Independencia (julio de 1810) y el comienzo de la reconquista española por Pablo Morillo (1815). Por extensión, el concepto se heredó para referir a un país sin claridad en sus objetivos, actuar y con carencia de visión de futuro.

Capítulo 4

El legado guerrerista y no siempre visionario ni solidario de nuestros gobernantes

Debo reiterar cómo lo ocurrido en la Conquista y en la Colonia marcó gran parte de nuestra actual apatía social. La voracidad de los partidos y de los movimientos políticos a los que pertenecieron la mayoría de los dirigentes se tradujo en la obsesión por apoderarse de las tierras y de todo tipo de bienes de la geografía nacional, para familiares, amigos y copartidarios del poder centralista.

Esto aún es visible en una sociedad que no ha sabido desarrollar una rigurosa política de distribución equitativa de tierras y de bienes de producción y que, por lo mismo, tampoco ha afianzado su vocación agraria, impulsado la construcción de industrias competitivas y productivas. Esta nación ha sucumbido a los intereses de las minorías afines a cada gobierno; mientras estas incrementan exponencialmente su riqueza y su inefectividad, aumenta la angustia por la exclusión, la pobreza y la desigualdad popular.

Si hubiera una mejor trazabilidad documentada sobre la historia precolombina, se pudiera aventurar una conclusión en el sentido de que antes de la Conquista española hubo más justicia social con las decisiones de los dirigentes de nuestros ancestros indígenas, pues se daban entre ellos muestras de respeto, conciencia y devoción por el valor de una tierra a la que rendían culto, en el furor de un politeísmo que creaba dioses para la protección y para agradecer a quienes, ellos pensaban, les cubrirían y resolvían sus necesidades y problemas cotidianos.

Ahora pretendo observar las características del que considero uno de los gérmenes de lo que hoy somos como sociedad, tras la integración de los ancestros culturales de indígenas y de negros, que dieron lugar a diversas formas culturales, idiosincráticas y sociales, entre ellas un Estado de derecho que se enfrenta al

deseo inconsciente o consciente por violar o interpretar las normas al acomodo.

En lo religioso, hay que hablar del catolicismo heredado como dogma de fe, que se alió mayoritariamente con quienes nos dirigieron desde la llegada española y que, en contubernio, fueron parte de la jerarquía social prevalente en cada época. Entonces, la minoría gozaba de una especie de "absolución divina" al tiempo que se apoderaron de tierras y de múltiples bienes materiales, creando una realidad de estirpe feudalista.

Desconexión de los mandatarios con las expectativas de la nación

Desde El Libertador, Simón Bolívar y los presidentes de la etapa preindependista, hasta lo corrido del actual siglo XXI, y todos quienes han estado al frente de dicha dignidad, han acumulado más desesperanzas y frustraciones que réditos sociales perdurables. A manera de saldo en rojo, la conciencia crítica social nos debe hacer sentir con una deuda histórica con las actuales y futuras generaciones.

La política económica y la economía, para ser triunfadoras, deben ser sociales. Ello implica una concepción moral y ética de la distribución de la riqueza que debería reflejarse en valores axiológicos y en mayores ganancias mercantiles para la nación. Pero, parece que quienes, debieran legislar para dar sentido y significado incluyente a la distribución de réditos y de tributos, hubieran olvidado o nunca considerado el para qué de las leyes creadas y el destino de los recursos públicos que deben de tener

como única finalidad, el bienestar colectivo para todos los miembros de la nación.

Adosado a lo anterior, también hemos olvidado que para que haya disciplina social debe haber rigor y objetividad en la aplicación de las normas y de las políticas frente a los tributos que se pagan.

Planteo aquí una cuarta hipótesis para que, como una sugerida tarea, propongo a usted, querido lector, que la falsee o verifique:

Cuarta hipótesis: la escasa visión de nuestros dirigentes, en especial, de un buen número de los más de cien presidentes que han gobernado esta nación, ha contribuido a perfilar una realidad desesperanzadora y posiblemente, de no reaccionar ahora, seguiremos sumidos en el desdén ideológico, burocrático y hereditario de litigios y de repartición de bienes y tierras como remedo de democracia, un teatro en donde quien ostenta el poder pretende crear e interpretar leyes y normas a su acomodo para defender especialmente los intereses de sus más cercanos. Correligionarios, copartidarios, familiares o amigos.

Presidentes colombianos (1810-2023)

La figura de "presidente" como máxima autoridad del país se identifica, para la actual Colombia, desde 1819, aunque ya desde 1810 aparecen registrados los precursores de esta máxima dignidad. Desde entonces ha habido primeros mandatarios elegidos por el Congreso de la República o Junta Suprema, presidentes que han llegado a dicha posición por golpe de Estado, por encargo, por designación, por interinidad, por triunviratos o juntas, por auto designación y desde 1910 por elección popular, salvo el golpe militar del año 1953. Varios de ellos ostentaron dicha

dignidad por escasos intervalos de tiempo (algunos duraron solo días y otros, incluso, horas); otros fueron premiados por ser amigos, y muchos familiares, de los dueños del poder omnímodo, e incluso, se dieron momentos en los que, por la geografía y las limitaciones en las comunicaciones, hubo dos presidentes al mismo tiempo.

Según el proceso de arqueología informativa realizada para este libro, formalmente se han identificado, a la fecha, 81 mandatarios a los que la oficialización de su mandato, el tiempo en el mismo y su gestión, históricamente les ha significado dicho reconocimiento. Si bien hay cerca de 30 más que en algún momento actuaron como presidentes, a juicio del autor de este libro, su rol como interinos o encargados, el poco tiempo en el cargo y su poca incidencia en el desarrollo político e histórico del país, no permiten configurar el pensamiento e ideología cultural y social de la patria, en las líneas esbozadas en la Colombianitud. Las páginas que más adelante se muestran con diseño de caricatura a color de los presidentes, me permiten sintetizar algunos de los logros y características de cada gobierno.

El listado muestra que muchos de los presidentes del siglo XIX fueron militares de contienda partidista, mientras que la mayoría de los del XX fueron dirigentes políticos de estirpe liberal o conservadora. A juicio del autor de este libro, aunque seguramente en todos los casos sus iniciativas estuvieron acompañadas de buenos propósitos y de diagnósticos profundos e interesantes estudios, salvo contadas excepciones, hoy no podemos vanagloriarnos de un gran legado democrático y de haber contado mayoritariamente con presidentes de talante estadista.

Otra característica común es que en su gran mayoría fueron presidentes empeñados, ¿obsesionados?, por la violencia derivada de la defensa partidista, por la vanagloria personal, por la defensa de la propiedad y por la tradición de oligarquías, pero salvo excepciones, pocos estuvieron interesados en extender bienestar social a poblaciones mayoritarias.

Hay que advertir que en el siglo XIX y XX las decisiones de guerra y de paz se ampararon en un particular sentido ideológico personificado en las figuras de Francisco de Paula Santander, reconocido por los liberales, y de El Libertador, Simón Bolívar, asumido como referente de los conservadores, dada su connotación de próceres de la Independencia. En torno de sus ideas y gestas, se defendieron diferentes tradiciones y dogmas; en el fondo, lo que se dio fue una división en la forma de seguir concentrando el ejercicio del poder político en sectarismos y castas familiares que, a nombre de la burguesía de cada partido, de la vida santa y de aquellas nobles tradiciones heredadas del feudalismo arraigado desde la colonia, se traducían en violencia soterrada y en declaraciones de guerras periódicamente fratricidas.

Y es que como lo demuestran varios historiadores, la inconformidad de los pueblos determinó también para Colombia, una espiral de violencia continua, independientemente de sus motivaciones, bien para instaurar o reivindicar nuevos y viejos poderes, o bien para colocar y remover a muchos presidentes que, a manera de idílicos salvadores, terminaron como villanos por su reducida capacidad de ejercer un liderazgo social y republicano. Hoy somos la herencia de una sociedad ansiosa, que alaba de manera desbordada al gobernante de turno en sus primeros meses de mandato y, paradójicamente, al poco tiempo se le tacha,

a veces de manera injusta, porque lo prometido en campaña no se ve reflejado en sus decisiones dado que la necesidad popular y la desesperanza quiere que se viabilicen verdaderos cambios en tiempos limitados e inmediatos.

Este relato busca resaltar a quienes aportaron más para consolidar a Colombia como nación democrática, pero no desconoce que, tal y como sucedió con el *Memorial de Agravios* y el relato sobre "el Grito de Independencia" que en el balance fue más de dependencia, ya que salvo elogios y peticiones genuflexas al rey de España, marcó un estilo político ambivalente que se invisibilizó desafortunadamente en la mayoría de los libros que relatan para diversos gustos, a veces acomodados, la historia de nuestra República. Ello da como resultado que varios de nuestros presidentes fuesen llamados precursores de la Independencia, libertadores o prohombres con exceso de elogios y prebendas, sin no siempre una objetiva valoración de sus reales logros y merecimientos.

No todos los llamados "Padres de la Patria", tanto en el Ejecutivo como en el Legislativo, tuvieron la sensatez de sembrar la aún no consolidada y esquiva, social democracia. A casi todos ellos se les suele reconocer como grandes e ilustres figuras del pasado, eminencias que no siempre lo fueron, tal como lo plantean hoy diversos y noveles historiadores como Felipe Arias Escobar, Nicolas Pernett o Clara Isabel Botero, entre otros. Gracias a estos analistas podemos tomar conciencia de que nuestra historia patria no siempre nos fue bien contada, y lo peor, así ha sido difundida erróneamente para varias decenas de generaciones, lo que deja un sinsabor al no disponer de suficientes y rigurosos pilares del devenir histórico y del entramado de nuestra génesis democrática.

Recontar la historia

Nuestra verdadera historia solo ahora empieza a ser contada desde una mirada más ajustada a la realidad. Las versiones hasta hoy generalmente enseñadas han sido acríticas frente a los hechos y circunstancias, y peor aún, han invisibilizado los errores del pasado sin darnos la opción de aprender de ellos. Nuestra historia nos ha sido contada por autores de cada tiempo que por lo general heredaron la mala costumbre de querer quedar bien con todos, sin el rigor que determina el verdadero conocimiento científico y la objetividad histórica. Por todo esto, nuestra historia debería ser reescrita para sacarla del lugar fantasioso y estrecho con el que nos ha sido relatada. Aprovecho este espacio para reiterar el valioso legado que nos dejó en su extensa bibliografía sobre Colombia, David Bushnell (2021), como la mejor expresión de una crónica propia de la historia apropiada con rigor, hasta hoy desafortunadamente incapaz de ser aun integralmente contada por los historiadores connacionales.

Salvo el interés fugaz de Francisco de Paula Santander, en la génesis de la nación y de los de algunos recientes presidentes de la república, no se halla explícito, en los anuarios de cada época, que la educación hubiese sido pensada como unidad estructural para una visión de nación a crear, desarrollar y consolidar. La escasa "buena educación" que existió y existe, se orientó, generalmente, a satisfacer las necesidades del poder de una clase socialmente hegemónica y a refrendar las tradiciones religiosas del contubernio y tan solo de manera ligera y con poca proyección se dio importancia a una educación extendida para todos. Desde el siglo XIX y la primera mitad del XX ello se reflejó en el interés de contar con una clase alta, generalmente educada en Europa y

Estados Unidos, una pequeña clase media dedicada a satisfacer los requerimientos de profesiones como derecho y medicina, y un nivel de preparación intermedia con énfasis en oficios de cuya formación se encargó la instrucción pública[8]. Es decir, que una educación de calidad y pertinente para todos, según sus talentos y méritos, era inaceptable en los círculos de poder y de decisión social y política.

Para completar esta retaguardia educativa, buena parte de nuestros presidentes no tuvieron interés en propiciar un sistema educativo relevante para la nación y para las regiones. A Simón Bolívar se le reconoce una adecuada auto ilustración, como se puede observar al leer sus diversas trayectorias motivaciones e inclinaciones académicas; igual sucedió con Francisco de Paula Santander quien, como El Libertador, tuvo su propio afán de satisfacer motivaciones académicas, científicas o literarias de acuerdo con las tendencias de la época. Pero en contraste con estos dos grandes protagonistas de la independencia colombiana, también existieron varios dignatarios cuyas condiciones formativas, morales y éticas no fueron de resaltar por la historia ni antes ni durante sus gobiernos. En realidad, son contados los presidentes cuyas condiciones académicas les marcaron su rumbo de gobierno como verdaderos estadistas. El común denominador fue un interés especial por mantener las ventajas de un clasismo rígido, amparado en una maniquea ética religiosa, dada la visible coexistencia con la jerarquía de la Iglesia Católica; ello ha permitido identificar a una sociedad que surgió en sus inicios más pensada en lo clerical que en lo civil y que se ha debilitado de tal

[8] Su principal expresión ha sido el Servicio Nacional de Aprendizaje SENA, creado en 1957.

forma, que hoy, ni lo uno ni lo otro es visible; una sociedad en la que pocas leyes impulsaron para que la llamada nación democrática se proyectara con un énfasis social de fondo como fue el querer constitucional del año 1991 .

Ello ha permitido identificar a una sociedad más clerical que civil, en la que pocas leyes impulsaron a que la llamada nación democrática se proyectara con un énfasis social de fondo.

Costosas y riesgosas herencias

Con la mayoría de los presidentes, el mundo heredado de la Colonia mantuvo un continuismo centralista, en defensa de intereses minoritarios y pocas acciones a favor de la ordenación de territorios regionales productivos y equitativamente distribuidos para garantizar la explotación, transformación y comercialización de todo tipo de riquezas naturales.

Esas herencias se mantienen con luchas intestinas por la propiedad del suelo y del subsuelo en cada región. Estos continúan siendo una especie de territorios feudales dado que la mayoría de la población ha carecido, por falta de capacitación y de medios productivos, de posibilidades para potenciar un efectivo desarrollo rural, aumentándose la postración y la desesperanza en comunidades étnicas y de trabajadores campesinos.

En esas épocas pasadas no pudimos alejarnos de la sumisión heredada y de rendirnos ante los representantes de culturas externas consideradas superiores, como las de Europa y Estados Unidos. Sin sonrojo, nuestros dirigentes copiaron normas y leyes para forjar el país; al leer dichas normas, queda claro el interés preponderante por tener un país feudal y centralizado en Santa

Fe de Bogotá, desde donde se orientaba la gestión administrativa, de salud y judicial para toda la nación.

Otro heredado factor desesperanzador fue la recurrente violencia como expresión de conflictos y de guerras que buscaban superponer el poder de unos sobre otros. La Colombia de hoy viene acompañada de avasallamientos sociales contra las grandes mayorías, autojustificados en la defensa de supuestos linajes y de derechos y bienes atribuidos al latifundio como base económica de la economía, que en el dominio de grandes extensiones de tierra permitieron que se crearan clases sociales, como si fueran castas, que en cierto sentido mantienen grandes privilegios económicos heredados desde la cuna y no desde el mérito.

Otra lamentable herencia es la burocracia, sembrada por los altos dirigentes nacionales y regionales. Esto dio paso a un paquidérmico aparato gubernamental, repleto de funcionarios provenientes del clientelismo y del amiguismo, en su mayoría poco eficientes y algunos de ellos corruptos que, de modo arbitrario, asumen su labor en defensa de su propia estabilidad para pagar favores y servir a unos pocos por sobre el interés del debido servicio público. Ello derivó en ineficiencias acumuladas en un trabajo estatal, originalmente creado para satisfacer con un manejo transparente y eficiente el bienestar que como obligación debe proveer el Estado en cualquiera de sus sectores y manifestaciones.

La Patria Boba… también en el siglo XX

Fue solo hasta inicios de los años 50 del siglo XX, cuando a raíz del gran caos y de la destrucción generada por el denominado

Bogotazo de 1948, ocurrido por el asesinato del político liberal Jorge Eliécer Gaitán, cuando se empezó a repensar la visión de nación, más por circunstancias políticas que por un ejercicio planificado basado en principios democráticos equitativos.

Allí Colombia tuvo una gran oportunidad para transformarse en todas sus dimensiones, pero como siempre sus dirigentes se confundieron al pretender solo apagar incendios, en un contexto mundial en el que, para esa época, vivió el mundo con la Guerra Fría, o tensión global por la pugna ideológica, económica, política, militar y social tras el fin de la Segunda Guerra Mundial en 1945, entre los bloques Occidental y Oriental, liderados por los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Entre tanto, Colombia continuaba viviendo el periodo conocido como la "Patria Boba", inicialmente comprendido entre 1810 y 1819, pero que realmente se ha extendido por gran parte de nuestra historia moderna y que se caracteriza por un inútil enfrentamiento entre propuestas clientelistas, una enorme desorganización política y la anarquía entre gobiernos, ciudadanos y regiones. Así pues, en lugar de crear un modelo económico social pertinente como sí lo hicieron buena parte de las naciones devastadas por la guerra, nuestros relevos dirigenciales pasaron el tiempo alegando y no debatiendo, qué orientación ideológica foránea triunfaría: unos se volvieron comunistas, otros afianzaron su papel capitalista feudal conservador y otros, los liberales, apostaron a una libre expresión del mercado. Estas premisas, acompañadas de muy diversas interpretaciones prácticas, dieron pie a que se crearan expresiones ideológicas confusas en medio de las cuales nacieron las guerrillas, autojustificadas como una expresión popular de reacción al Gobierno de turno (reconocido como "el

establecimiento") y de "defensa" de los intereses del pueblo. Entonces, el sector educativo público fue receptivo en su mayoría a dicho fenómeno y en las aulas en la que se formaban normalistas, profesionales en diversos campos y maestros universitarios, también se empezaron a forjar dirigentes para la subversión y la anarquía (particularmente en las últimas décadas del siglo XX), a tal punto que algunos se alzaron en armas y se desplazaron a combatir desde las montañas, imbuidos de las ideas del marxismo, del leninismo y de la China de Mao Tse Tung. Desde allí se originaron diversos movimientos guerrilleros a los que intentaron unir a los trabajadores y campesinos más humildes, sobre propuestas que al final tenían más de discurso y de creación de tensión social frente a las clases dirigentes, que un verdadero afán de transformación social estructural que fortaleciera nuestra democracia. Esto derivó en un conflicto social y de orden público que en más de 50 años sigue dejando un saldo estimado de más de 200 mil muertos: compatriotas de todos los sectores y estratos sociales, regiones apartadas y orientaciones políticas diversas (de derecha e izquierda), dirigentes y lideres sociales y sindicales, integrantes de fuerza pública, guerrilleros, paramilitares, líderes sectoriales, educadores, candidatos presidenciales o a diversas corporaciones del estado y población civil de todo orden.

Para la década de los años 60 del siglo XX, Colombia crea el modelo de estratificación social para determinar el valor de la riqueza sobre la posesión de bienes inmuebles. Aquella expresión antagónica entre burgueses y pueblo, como lo denominó el marxismo, volvió a acaparar la atención y señaló como enemigos a vencer a quienes poseían títulos de propiedad y bienes de producción. Fueron momentos en los que nació de manera precaria, una novel industria que intentó ser productiva y

aumentar la plusvalía para ir más allá de las herencias apropiadas en la independencia de Colombia.

En esos años también se dio la urbanización del país, fenómeno necesario pero que por falta de visión de futuro fue instalado en desmedro de nuestra condición esencial de país de vocación agropecuaria. Con limitadas políticas de reforma agraria, el campo se fue deteriorando rápidamente, llenando de incertidumbre sobre su futuro a los campesinos. Muchos de ellos fueron cooptados por los nacientes grupos guerrilleros y por el discurso esperanzador de igualdad. A hoy, la reforma agraria nunca se ha realizado seria ni extensivamente y la distribución equitativa de las tierras y la ubicación de medios de producción para que el campo se transforme en agroindustria, siguen siendo sueños que, aunque posibles en algún momento, por ahora están en manos de burócratas que no tienen claro, a mi parecer, las rutas estratégicas para retornar estos derechos a las clases sociales menos favorecidas, entre ellos trabajadores y campesinos. En Colombia todavía tenemos por construir una misión-acción público-privada de igualdad e inclusión social, para asegurar el derecho fundamental de propiedad productiva a estos pobladores del campo, muchos de ellos en desbandada por la expulsión de su territorio o por la ausencia de oportunidades para vivir dignamente. Nuestra Colombia de hoy es fruto de tradiciones y traiciones coloniales y modernas, pero ante todo de una ceguera espantosa de varios de nuestros dirigentes de todas las épocas.

Siempre hemos pensado en pequeño. Así se nos ha refundido la visión de país, de su economía, de su infraestructura física, de nuestros proyectos industriales y tecnológicos a gran escala, de nuestras inmensas posibilidades para atraer al mundo como destino turístico de gran esplendor, de transformarnos para ser

un destino especial en el planeta, que atraiga foráneos en búsqueda de salud, de descanso, de alegría y de bienestar y del aprender por el respeto a la naturaleza, que como ejemplo viviéramos cotidianamente los habitantes de nuestra hermosa y bella Colombia.

Si la educación también se piensa en pequeño, ¿cómo podrán pensar los que de ella egresan, si es que ingresan?

Eso sí, sabemos sobredimensionar los pequeños logros, nuestras grandes batallas en la historia, nuestros intentos revolucionarios como la de "los Comuneros"[9] hasta los miles que hoy vemos en las calles, que han tomado protagonismo inusitado, más por sus acciones de violencia que por sus propuestas inteligentes en torno a la necesaria visión auténtica de un país cuya expresión se desarrolle aprovechando las oportunidades de la evolución humana expresadas en conocimiento, en ciencia, en tecnología, en investigación e innovación.

Difícilmente los movimientos políticos sobreviven en el tiempo. Perviven muy pocos. Su devenir es cortoplacista, se crean para sobrevivir un rato. Se fundan sobre intereses personalistas más que por una intencionalidad ideológica a favor de la igualdad, la inclusión y la equidad. Los vínculos políticos en Colombia surgen y desaparecen en la medida que sus rasgos están signados por el oportunismo individual que, tal vez en algún momento, podrían haber satisfecho coyunturas en un conglomerado social, pero que a la larga resultan siendo factores que, en la debilidad

[9] La Revolución de Los Comuneros consistió en la protesta de habitantes del actual municipio de El Socorro, en Santander, en 1781, contra las medidas tributarias del Virreinato. El movimiento armado fue rápidamente sofocado.

democrática, constituyen propuestas superficiales frente a la real problemática estructural de comunidades y de regiones.

Vemos con optimismo cómo a lo largo del siglo XX y en los años corridos del actual XXI cómo se han formado grandes e íntegros técnicos, tecnólogos profesionales, especialistas en todas las disciplinas y campos del saber (médicos, abogados, ingenieros, sociólogos, administradores, historiadores, filósofos, arquitectos, odontólogos, veterinarios, zootecnistas, comunicadores…), aunque no tantos como se requieren y mucho menos ubicados en las regiones donde más se necesitan.

Pero también hemos visto cómo han aparecido pseudo líderes de todos los pelambres, de múltiples sectores de la sociedad, que crean ilusiones falsas, muchas de ellas producto de furias acumuladas por el resentimiento. Han transformado poco a poco y con oropel, el despotismo, el cortoplacismo y las diminutas opciones de progreso que crearon en sus tiempos de gloria los mal llamados partidos tradicionales, hoy anacrónicos y desvalorizados. Estos nuevos movimientos y liderazgos penetran o crean sus propios medios y redes de comunicación, que apoyados por algunos informadores que fungen como periodistas sin ética asumen posturas de sanedrín para la defensa social. A ellos bien se les puede considerar también como déspotas pseudo ilustrados de la actualidad, ya que su concepción de la realidad gira en torno del escándalo mediático y no en lo que debería ser lógico: su orientación a la opinión donde no se afrente la inteligencia y la dignidad ciudadana.

A hoy se ha desgastado el ideal de una república reconocida por su seria y consolidada trayectoria democrática. La Colombia de hoy se ha convertido en una nación inerme casi impotente de reaccionar, no por la falta de inteligencia sino por falta de una

cualificada, potente y pertinente formación integral de sus líderes, dirigentes y pobladores.

Para completar, hoy se reproduce un nuevo ADN de una mayoritaria generación política despótica, con varios dirigentes que aparentemente ilustrados posan ser sensibles a las necesidades de sus coterráneos y coetáneos, pero que asumen de manera irresponsable las funciones que generan los poderes legislativo y ejecutivo obstaculizando o favoreciendo las más de las veces, con su irónica y prepotente ignorancia, la creación de nuevas leyes y su potencial aplicación como pseudo políticas del orden social.

Una nueva visión ética y moral de los dirigentes

Necesitamos más y más líderes éticos de espíritu moral social y solidario que comprendan que los problemas se resuelven aplicando los recursos de manera transparente y eficiente, que se solucionan donde se originan: en las regiones. Que comprendan que la riqueza del país es para distribuirse entre todos y no para el lucro de unos pocos, y que ser ciudadano implica, primero, ser persona integral, con valores que deben forjarse con buena educación para ayudar, solidariamente, a superar la condición de estatismo social. Hay que actuar frente a esa condición antes de caer en la ruina social, no solamente económica, sino más gravemente la moral, que no coadyuvan a la movilidad social.

Salvo excepciones, que se pueden ver en las reseñas de los presidentes, buena parte de ellos actuaron a nombre y en defensa de lo que fueron sus partidos que, con el fracaso programático de sus ideas al momento de llevarlas a la práctica, se fueron

desmoronando en medio de una crisis de identidad ideológica, ojalá muy pronto rescatada. Desde entonces en las últimas décadas, se ha dado rienda suelta a la creación, por generación espontánea, de decenas de movimientos y de facciones políticas que han defendido el tradicional esquema acumulador de poder, de recursos malversados, de organismos y de bienes al servicio de unos cuantos, de limitados impactos en las políticas públicas y de los programas y proyectos derivados en servicios inadecuados, siempre arropados de un lenguaje de activismo polarizador y de discursos lejanos a hechos efectivos; es decir con escasas realizaciones.

Insisto en que será imperdonable seguir negándole a esta Colombia una vez más, la oportunidad de dar un paso definitivo hacia la verdadera prosperidad social para todos los compatriotas, y para que, de una vez por todas, se consolide un Estado que realice una transformación a fondo de la institucionalidad educativa en la que se formen buenos ciudadanos, con las seguridades de todo tipo, incluidas las financieras, y que nos permita sembrar cunas de liderazgo transformador en nuevos dirigentes y líderes que prioricen el bienestar colectivo y la equidad y la armonía social.

En síntesis, la Colombia de hoy sustituyó las clases privilegiadas por castas de dirigentes que se nutren del engaño y de la criminalidad y que se vienen apoderando de la nación y sus regiones, propiciando programas y proyectos de escaso impacto, sin mayores resultados, del poder político y económico representado entre otras por la creciente, inefectiva y clientelista burocracia gubernamental, que coadyuva al despilfarro de dineros del tesoro público y del manejo de privilegios, incluso para criminales reconocidos. Son contados quienes llegaron al solio de

Bolívar gracias a los méritos de su formación y de sus realizaciones acompañados de una inteligencia estadista y solidaria, ilustrada y pragmática; aún en estas últimas décadas el poder lo detentan personas con gran sagacidad política, lamentablemente nos mantienen en periódicas incertidumbres sociales y que nos han sumido en una discontinua parálisis de democracia efectiva dado que estrategias y programas implementados aún son expresiones siguen perpetuando violencias crónicas e inseguridad social latente. Otra cara de esta historia debe reconocerse en letra mayúscula, nos ha mostrado extraordinarios casos de cientos de mujeres y hombres que dejaron la piel por construir un mejor país desde sus diversos sectores y regiones forjando impactos sociales exitosos en ciencia, política, arte, cultura, educación, deportes, tecnología, literatura, entre otros, que para la historia enorgullecen la Colombianitud de nuestra nación.

Nuestra historia nunca debió maquillarse. Pero "no hay que llorar sobre la leche derramada". De lo que se trata ahora es de construir nuevos espacios de convivencia, para el crecimiento de niños y jóvenes como personas integras y para cimentar liderazgos transformadores, que entiendan el valor de construir una evolución social y política sólida, que lideren el enfoque sin ambages de una educación con valores como el respeto, la confianza, la disciplina y tantos otros que acompañan a los buenos seres humanos. Se trata de que la educación influya en los niños como ciudadanos del futuro que deben reconocer el trayecto para hacer de Colombia la nación de sus sueños, que tejerán solidariamente con sus mentes y manos; una patria que pueda dejar atrás turbias épocas, en donde la riqueza sea para compartir y la justicia siempre esté de pie para garantizar la seguridad y la evolución social.

La Colombia de hoy requiere valorar su condición sociológica y las garantías de su cohesión psicológica para entender que es urgente formar nuevos líderes que, transformados, sean transformadores. Debe dar paso a la educación de poblaciones campesinas y trabajadoras, para llenarlas de certidumbre y esperanza. Si los niños de estos dos núcleos poblacionales sienten el más profundo respeto por su sociedad, fomentarán la convivencia pacífica, la acción social y el respeto por la autoridad, contrarios a la inacción y a la pasividad reflejada en una escasa participación democrática durante toda la existencia de la Colombia republicana.

Hoy, Colombia necesita superar duelos históricos de violencia acumulada, del agobio de la desesperanza y de la necesidad de un cambio en nuestras estructuras económicas y sociales. Eso, y no me canso de repetirlo, empieza por la restructuración del sector educativo sumido en la añoranza por un pasado que tampoco supo construir; ojalá no quede atrás la necesaria innovación en los modelos pedagógicos y tecnológicos, que nos sirvan para sacarnos del escaso impacto social educativo hasta hoy logrado.

Lo presentado aquí sobre esta historia de dominio y de manipulación de varios de nuestros políticos y dirigentes, debe servirnos para conectar objetivamente nuestra historia con nuestro presente y con unos poderosos sueños de futuro que nos lleven a superar la inacción y sacar lo mejor de nosotros, con ayuda de una buena educación. Eso nos permitirá visionar un país que permita a nuestra economía y a nuestra sociedad ser competitivas en el entorno de la globalidad, reduciendo las grandes brechas identificadas y de las cuales daremos cuenta en los capítulos posteriores de este libro.

En fin, se trata de vislumbrar cómo será la verdadera democracia proyectada en la Constitución Política del año 1991, ruta de un ideal de nación que debe enorgullecer a todo connacional; ella es la herramienta de participación que colectivamente, como lo proyectaron sus visionarios constructores, nos permitirá, con ayuda de la educación, superar problemas estructurales marcados por la desigualdad, con actitudes profundamente solidarias para que las nuevas generaciones dimensionen su verdadera responsabilidad como hacedoras de una visionaria y próspera ruta de país.

Presidentes de la historia de Colombia





Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar Ponte y Palacios Blanco Presidente

Será conocido por siempre como el gran libertador de América Latina, Simón Bolívar representa para la humanidad el símbolo de un sueño libertario hecho realidad, que surgió de la necesaria revolución enmarcada en la América hispánica para recuperar sus derechos vitales en la dignidad humana. Trazó nuevos límites al desafío que implica transformar un hombre en un mito para trascender en la gloria que sólo da la historia a los mejores hombres y mujeres de todos los tiempos.

Estadista determinante en la independencia de lo que son hoy Venezuela, Colombia y Ecuador, coadyuvó a consolidar la República de Perú, fue la inspiración en la última etapa independentista de Panamá y su aporte invaluable le valió para que su nombre se consagrará para la República de Bolivia.

Su sueño frustrado fue la Gran Colombia, aquella gran nación que pudiendo ser nunca lo quiso, tal vez por la natural envidia y ambición humana de quienes le acompañaron como sus principales generales en las cientos de batallas por el libradas.

Nació en Caracas, se formó dentro del aprender a aprender en sus vivencias de infancia, como huérfano de madre que al ser adoptado en tal función por una negra esclava aprendió del valor de la igualdad y de la necesaria libertad, la vida y su condición económica le permitieron aprender de la vida con valiosos tutores que le tallaron en su espirítu la causa de la libertad de su pueblo. Sus experiencias con la nobleza Europea y la admiración-frustración por Napoleón Bonaparte le permitieron consolidar sus ideas independistas.

Dirigió los ejércitos patriotas y lideró el triunfo sobre los realistas en múltiples batallas. Tras varios años de conquistas militares asumio la Presidencia de la Gran Colombia y luego de los conflictos generados por sus más cercanos se fracturó el sueño de la integración entre los países de la naciente América Latina. Sufrió humillaciones contra su dignidad así como de conspiraciones contra su vida, por lo que decide retirarse en la humildad de su espíritu dejando la Presidencia de Colombia para iniciar un viaje sin retorno al fallecer el 17 de diciembre de 1830 en Santa Marta.

Presidentes de la historia de Colombia

1



José Miguel Pey y Andrade
Presidente

- Del 25 de julio de 1810 al 1º de abril de 1811
- Del 28 de julio de 1815 al 17 de agosto de 1815

Primer presidente de Colombia, y criollo, nombrado como designado, tras ser alcalde de Santafé. Ordenó el arresto del virrey Antonio Amar y Borbón. Decretó el fin de los resguardos indígenas en la Nueva Granada, con lo que los hacendados criollos se hicieron a las mejores tierras. Ocupó la presidencia en tres ocasiones: Entre 1810 y 1811 (7 meses), en 1815 (3 meses) y en 1831 (por 3 días).



Jorge Tadeo Lozano de Peralta y González Manrique
Presidente

- Del 24 de marzo de 1811 al 19 de septiembre de 1811

Este militar fue alcalde de Santafé. En el colegio del Rosario estudió literatura, filosofía y medicina y en Europa se formó en química, conocimientos que le ayudaron a ser clave en la Expedición Botánica. Ayudó a financiar el proyecto de la emancipación. Debió renunciar, tras denuncias de Antonio Nariño, por la forma como manejó las finanzas, además de algunos escándalos de corrupción y nepotismo. Fue fusilado en 1816.



Antonio Amador José Nariño y Álvarez del Casal
Presidente

- Del 19 de septiembre de 1811 al 23 de septiembre de 1811
- Del 24 de diciembre de 1811 al 25 de junio de 1812
- Del 5 de agosto de 1812 al 26 de noviembre de 1812

Llamado el Precursor de la Independencia. Pasó muchos años encarcelado luego de traducir la Declaración de los Derechos del Hombre, promover la cultura política al difundir textos de su imprenta e impulsar el periodismo. También fue alcalde de Santafé. Peleó contra la reconquista española y lideró la defensa de Pasto, pero debió volver a la cárcel. También fue vicepresidente de Simón Bolívar. Murió de tuberculosis y bronconeumonía a los 58 años.



Manuel Benito de Castro Arcaya
Presidente

- Del 24 de marzo de 1811 al 19 de septiembre de 1811

Militar, médico y novicio de la Compañía de Jesús, donde estudió teología, gramática y filosofía. Ocupó la presidencia de Cundinamarca por ausencia temporal del presidente Antonio Nariño, del que fue su primer consejero. Fue alcalde de Santafé. Fue muy criticado por sus conductas, que habrían incidido sobre la calidadd de su gestión.



Luis de Ayala y Vergara
Presidente

- Del 25 de junio de 1812 al 8 de agosto de 1812

Miembro de una de las familias más ricas del nuevo reino (dividida entre patriotas y realistas) y colaborador de los esfuerzos de la Independencia. Fue contador principal del tribunal superior de cuentas. Compartió la presidencia durante 42 días.



Manuel Bernardo Alvarez del Casal
Presidente

- Del 13 de agosto de 1813 al 12 de diciembre de 1814

Abogado del Colegio Mayor de San Bartolomé y político neogranadino, que ocupó la presidencia de Cundinamarca en reemplazo de su sobrino (antonio Nariño) durante la campaña al sur. Desarrolló muy polémicas actuaciones en torno del destino de la patria y murió fusilado por orden de Pablo Morillo.

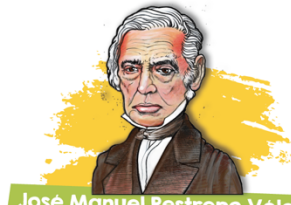
2



Camilo Torres y Tenorio
Presidente

• Del 27 de octubre de 1812 al 5 de octubre de 1814

Abogado de Popayán, e hijo de español. Por oratoria, se le conoce como El Verbo de la Revolución. Aprendió latín, griego, retórica, matemáticas, filosofía y teología. Fue el más eminente de los abogados en su época. Se inmortalizó con su Memorial de Agravios. Lideró a los federalistas, que abogaban por convertir a las Provincias Unidas en una federación, ante los centralistas, encabezados por Nariño, que querían un sistema unitario desde Santafé. Fue capturado y fusilado por las fuerzas de Morillo.



José Manuel Restrepo Vélez
Presidente

• De 1813 a 1814

Formalmente no fue presidente de Colombia, aunque sí presidente del Congreso Nacional. Este antioqueño ocupó la Secretaría del Interior en los gobiernos de Bolívar y Santander, siendo el primero en ocupar el cargo. Desde allí fue pionero de la archivística dando origen al Archivo General de ese país. Estudió filosofía, botánica y derecho en el Colegio de San Bartolomé. En 1804 la U. de Santo Tomás le dio el título de bachiller en filosofía y en 1809 de doctor en derecho canónico.



Custodio Garcia Rovira
Triunviro
período 28 Nov 1814-28 Mar 1815

•Del 28 de noviembre de 1814 al 28 de marzo de 1815
•Del 22 de junio de 1816 al 19 de julio de 1816

Militar bumangués. Profesor de Matemáticas, Filosofía, Metafísica y Moral. Gobernador del Socorro. En el Colegio Mayor de San Bartolomé se graduó de bachiller en Filosofía; bachiller en Derecho Civil y doctor en Teología. En el Colegio de Santo Tomás cursó música y pintura, como bachiller en Artes. Fue doctor en Derecho, y la Real Audiencia de Santa Fe de Bogotá lo recibió como abogado. Lideró el ejército patriota tras la derrota en Chitagá y fue derrotado en la Batalla de Cachirí. Fue acusado de traición y condenado a muerte por el Consejo de Guerra realista y fusilado.



Manuel Rodríguez Torices
Presidente

• Del 28 de julio de 1815 al 17 de agosto de 1815

Abogado y periodista cartagenero. Fue vicepresidente de Camilo Torres. Fue activo protagonista en la independencia de Cartagena en donde, en 1812, había sido elegido presidente de ese Estado. En 1814, el Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada formó un triunvirato en el poder ejecutivo, conformado por Rodríguez Torices, Custodio García Rovira (reemplazado por Antonio Villavicencio) y José Miguel Pey. La reconquista española lo condenó a la pena capital y la confiscación de sus bienes.



Crisanto Valenzuela y Conde
Presidente

• Del 25 de julio de 1815 al 17 de agosto de 1815

Santandereano. Estudió en el Colegio Mayor de San Bartolomé. Enseñó filosofía. Luego se licenció como abogado de la U. Santo Tomás. Fue agente Fiscal, secretario del Senado; secretario de Estado y de Relaciones Exteriores del Gobierno General. Fue fusilado por las fuerzas realistas por su participación en el proceso revolucionario contra España



Antonio de Villavicencio y Verástegui
Presidente

• Del 17 de agosto de 1815 al 15 de noviembre de 1815

Nació en Quito. Estudió en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en Santafé. En España hizo estudios militares. Llegó al Nuevo Reino de Granada enviado por el Consejo de Regencia de España para mantener la autoridad real en los dominios americanos. En torno de su llegada se configuraron los hechos de El Florero de Llorente. Villavicencio decidió, entonces, abrazar la causa patriota. Cuando Custodio García Rovira renunció a su cargo en el triunvirato, Villavicencio fue designado en su lugar. En 1816 fue fusilado por tropas realistas.

3



Liborio Mejia Gutiérrez de Lara
Presidente

•Del 22 de junio de 1816 al 30 de junio de 1816

Con 24 años, y nacido en Rionegro, se convirtió en el presidente más joven en llegar al cargo. Estudió en el Colegio Mayor de San Bartolomé entre 1808 y 1812 en Bogotá. Luego se trasladó a Medellín donde enseñó filosofía en el entonces llamado Colegio Provincial, actual U. de Antioquia. Fue ejecutado tres meses después durante la Reconquista liderada por Pablo Morillo.



Manuel Fernando Serrano Uribe
Presidente

•Del 16 de julio de 1816 al 16 de septiembre de 1816

Santandereano, militar y abogado de la U. del Rosario. Gobernador de la provincia de Pamplona, escribió su Constitución en 1815 y fue Presidente de las Provincias Unidas de Nueva Granada en 1816. Fue derrocado por José Antonio Páez.



Simón José Antonio de la Santisima Trinidad Bolivar Ponte y Palacios Blanco
Presidente

•Del 21 de septiembre de 1819 al 4 de mayo de 1830

Conocido como Simón Bolívar o el Libertador de América. Militar y estratega determinante en la independencia de lo que son hoy Venezuela, Colombia y Ecuador, ayudó a consolidar la de Perú, fue la inspiración en la última etapa independentista de Panamá y su nombre fue homenajeado en la fundación de Bolivia. Se le considera el gestor de la Gran Colombia. Nació en Caracas, se formó de manera autodidacta que junto con sus experiencias europeas consolidarón sus ideales independistas. Dirigió los ejércitos patriotas y lideró el triunfo sobre los realistas en gloriosas batallas. Tras varios años de triunfos y derrotas políticas y militares decide retirarse de la Presidencia y emprender su último viaje para fallecer en Santa Marta.



Domingo de Caycedo y Sanz de Santamaría
Presidente

•Del 25 de julio de 1810 al 1º de abril de 1811
•Del 28 de julio de 1815 al 17 de agosto de 1815

Este bogotano fue militar, gobernador y comandante de Neiva. Estuvo en Cámara y en Senado. Sancionó la Constitución de 1830 que nunca rigió debido a la disolución de la Gran Colombia. Fue abogado de la U. del Rosario, a donde llegó a ser vicerrector. 11 veces fue presidente y vicepresidente entre 1830 y 1841, siendo la persona que más veces lo ha hecho. Como presidente del Consejo de Ministros, ocupó la Presidencia de la República en reemplazo de Bolívar, tras su dimisión. También ministro de Hacienda



Joaquín Mariano de Mosquera-Figueroa y Arboleda-Salazar
Presidente

•Del 13 de junio de 1830 al 4 de septiembre de 1830

Jurista nacido en Popayán, ministro plenipotenciario en Perú, Chile y Argentina, nombrado por el propio Bolívar. Ocupó la presidencia dos veces: En 1830 y luego, de forma simbólica, en 1831. También fue vicepresidente de la Nueva Granada en el gobierno de José Ignacio de Márquez. Fue víctima de un golpe de Estado en 1830 dirigido por Rafael Urdaneta. Intentó sanar las finanzas del país bajando los salarios de los funcionarios públicos. Intentó frenar la separación de Ecuador de Colombia, pero sus esfuerzos se desvanecieron. Fue hermano de Tomás Cipriano de Mosquera. Fue uno de los firmantes del acta de creación e instalación de la U. del Cauca.



Rafael José Urdaneta Farías
Presidente

•Del 4 de septiembre de 1830 al 30 de abril de 1831

Militar venezolano considerado uno de los próceres de la Independencia de Venezuela, apodado el "más fiel de todos los fieles a Simón Bolívar". Se apropió de la presidencia de la Gran Colombia en representación de Bolívar, tras la crisis que derivó en la disolución de la Gran Colombia en las actuales Colombia, Ecuador, Panamá y Venezuela. Acechado por los partidarios de Joaquín Mosquera (a quien derribó Urdaneta), y muerto Bolívar, Urdaneta se vio obligado a renunciar.

4



José María Ramón Obando del Campo
Presidente

- Del 23 de noviembre de 1831 al 10 de marzo de 1832
- Del 1 de abril de 1853 al 17 de abril de 1854

Caucano considerado miembro fundador del Partido Liberal. Estudió en el seminario de Popayán y la U. del Cauca. Fue vicepresidente de la República de Nueva Granada en 1831, por ausencia de Santander. En 1832 sancionó la Constitución que configuró la República de Nueva Granada, tras la separación de Ecuador y Venezuela. En su segunda presidencia, sancionó la Constitución de 1853, potenció el federalismo, abolió de la esclavitud, permitió la libertad religiosa y eliminó la personería jurídica la Iglesia. Abandonó el poder por una conspiración. Fue asesinado en la guerra civil de 1861, tratando de derrocar el gobierno conservador de Mariano Ospina Rodríguez.



Francisco José de Paula Santander Omaña
Presidente

- Del 10 de marzo de 1832 al 1 de abril de 1837

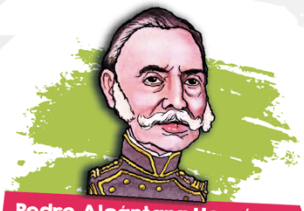
Nació en Villa del Rosario. Es llamado el Hombre de las Leyes. Estudió en el Colegio Mayor de San Bartolomé y estudió Derecho en la U. Santo Tomás. Es, con Bolívar, uno de los grandes protagonistas de la Independencia. Ingresó como voluntario en las filas patrióticas hasta ser general. Fue vicepresidente entre 1819 y 1827 y presidente de la República de la Nueva Granada. Construyó el primer sistema de educación pública, impulsó escuelas y universidades con espíritu liberal y laicista. Eso provocó la reacción de sectores más moderados que serían identificados, con Bolívar, como el Partido Conservador Colombiano. Santander también ha sido considerado fundador del partido Liberal.



José Ignacio de Márquez Barreto
Presidente

- Del 1 de abril de 1837 al 1 de abril de 1841

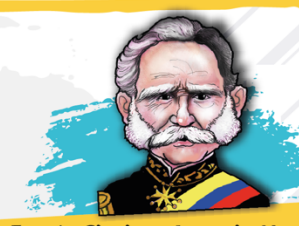
Boyacense, doctor en derecho, considerado el primer presidente civilista (elegido por voto popular). Fue presidente del Congreso, rector de la U. de Boyacá, gobernador de Cundinamarca y ministro de Hacienda. Fue vicepresidente de Santander. Lanzó su candidatura y superó a José María Obando, y Vicente Azuero. El Congreso lo eligió y en su gobierno se desató la Guerra de los Supremos tras la orden de suspender conventos católicos con menos de 8 religiosos, lo que desencadenó un levantamiento de los religiosos. Márquez se alejó de la política y ejerció como abogado y profesor universitario en la U. Nacional, y Magistrado de la Corte Suprema de Justicia.



Pedro Alcántara Herrán y Martínez de Zaldúa
Presidente

- Del 1 de abril de 1841 al 1 de abril de 1845

Bogotano. Estudió hasta los 13 años, para enfilarse en el ejército. Debido a sus conexiones con la Iglesia y su militancia en el partido de los ministeriales, se considera el primer político conservador de la historia. Tras la guerra de los supremos, fue propuesto como candidato y aunque perdió ante Vicente Azuero, candidato progresista, éste no alcanzó la mayoría absoluta de los votos de los colegios electorales, por lo que el Congreso dominado por los ministeriales lo eligió como presidente. Impulsó la instrucción primaria pública y estableció un modelo de educación confesional.



Tomás Cipriano Ignacio María de Mosquera-Figueroa y Arboleda-Salazar de Mosquera
Presidente

- Del 1 de abril de 1845 al 1 de abril de 1849
- Del 18 de julio de 1861 al 4 de febrero de 1863
- Del 10 de febrero de 1863 al 14 de mayo de 1863
- Del 14 de mayo de 1863 al 29 de enero de 1864
- Del 29 de febrero de 1864 al 1 de abril de 1864
- Del 20 de mayo de 1866 al 12 de mayo de 1867

Caucano que aún sin título universitario, fue autodidacta en varios idiomas. Fue también matemático, geógrafo, físico e historiador. Fue presidente de la Nueva Granada, de la Confederación Granadina, y de los Estados Unidos de Colombia. Ha sido el único militar presidente en 4 ocasiones. Rompió con el Partido Conservador y se alineó con el Partido Liberal. Derrocó al conservador Mariano Ospina Rodríguez, y gobernó como dictador. Con la Convención de Rionegro redujo poder a la Iglesia e impulsó el federalismo. Hizo el primer censo, instauró el sistema métrico decimal, promovió la navegación a vapor por el río Magdalena y construyó el Capitolio Nacional.

5



José Hilario López Valdez
Presidente

• Del 1 de abril de 1849 al 1 de abril de 1853

Caucano, miembro fundador del partido liberal y primer presidente liberal. Con una amplia carrera militar, logró ser presidente por la división de los conservadores y por presiones del sector de los artesanos y sus sociedades democráticas. Se hizo famoso por haber abolido la esclavitud, impulsó la ley agraria, la libertad de prensa, la federalización, la disolución de los resguardos indígenas y la división de la Iglesia y el Estado



José María Dionisio Melo Ortiz
Presidente

• Del 17 de abril de 1854 al 4 de diciembre de 1854

Militar tolimense, de origen indígena y miembro del Partido Liberal Colombiano (actualmente identificado con la izquierda), que acompañó a Bolívar en muchas batallas, pero luego participó de la Conspiración Septembrina contra El Libertador, por lo que fue expulsado de Colombia, asilándose en Venezuela y activo militante en los conflictos militares de diversos países. Derrocó al presidente Obando. Algunos lo consideran el primer presidente popular de Colombia. Murió fusilado en 1860. Sus restos reposan actualmente en México.



José Arsenio Vicente del Carmen de Obaldía y Orejuela
Presidente

• Del 4 de diciembre de 1854 a 1 de abril de 1855

Abogado nacido en Panamá y estudiado en España y luego formado como abogado en la U. Central de Bogotá (hoy U. Nacional de Colombia). Antes de ser presidente de la nueva Granada había apoyado un intento de separación de Panamá de la Nueva Granada. Ocupó 7 veces, como interino, la presidencia, en reemplazo de José Hilario López. Tras el derrocamiento del presidente Obando, se declaró en ejercicio del poder como presidente interino de la república, pero luego fue destituido por el Congreso. Luego fue presidente del Estado Soberano de Panamá.



Manuel María Ramón Mallarino Ibargüen
Presidente

• Del 17 de abril de 1854 al 4 de diciembre de 1854

Abogado (U. del Cauca) caleño, uno de los fundadores del Partido Conservador y primer presidente de ese partido. Designado presidente por el Congreso tras la destitución de Obaldía, para terminar el periodo de Obando. Fue congresista, gobernador provincial, canciller y secretario de educación nacional, también fue uno de los fundadores de la Academia Colombiana de la Lengua, de la que fue director. Reformó el sistema educativo y potenció bibliotecas y museos. Intentó sin éxito regresar a la presidencia en 1872



Mariano Ospina Rodríguez
Presidente

• Del 1 de abril de 1857 al 22 de mayo de 1858
• Del 22 de mayo de 1858 al 1 de abril de 1861

Nació en Guasca, Cundinamarca. Reconocido como fundador del Partido Conservador. Fue diputado de Antioquia, prefecto de la Provincia de Antioquia, gobernador de Santa Fe de Bogotá, secretario de relaciones Exteriores de la Nueva Granada, secretario de Educación y rector de la U. de Antioquia. Fue el primer presidente elegido por voto directo. Al ver una Nueva Granada que, aunque centralista, permitía estados federados (Panamá y Antioquia), convocó una reforma constitucional, que creó la Confederación Granadina, ocasionándose una guerra civil. Ospina se enfrentó a Tomás Cipriano de Mosquera, y fue derrotado. Abandonó el cargo y se exilió en Centroamérica.



Juan José Nieto Gil
Presidente

• Del 25 de enero de 1861 al 18 de julio de 1861

Nacido en la provincia de Cartagena es el primero y, hasta ahora, único presidente afrodescendiente de Colombia. Un autodidacta que, de joven, fue sacristán y luego fue masón. Su mandato, liberal, se caracterizó por estar en medio de una guerra civil y por no haber sido elegido democráticamente. Fue representante a la Cámara, gobernador y primer presidente constitucional del Estado Soberano de Bolívar.

6

Gobierno Ejecutivo Plural: La Asamblea Constituyente de Rionegro que convocó el presidente Tomás Ciprianode Mosquera designó un Ejecutivo Plural para gobernar al país mientras se redactaba la Constitución de 1863





Froilán Largacha Hurtado
Presidente

- Del 1º de febrero de 1863 al 14 de mayo de 1863

Caucano que fue ministro de tesoro y magistrado de la Corte Suprema de Justicia. Abogado de la U. del Cauca, en donde fue secretario general. También fue juez parroquial en Popayán, jefe civil y militar del Cauca y procurador general de la Nación



Eustorgio Salgar
Presidente - Ejecutivo Plural

- Del 1º de febrero de 1863 al 14 de mayo de 1863
- Del 1º de abril de 1870 al 1 de abril de 1872

Abogado de la U. Central de Bogotá (hoy Nacional de Colombia) y general bogotano, del Partido Liberal. Gobernó el Estado de Santander. Se le reconoce como el "Presidente Caballero", tras su gobierno en una época de florecimiento de la cultura nacional y la consolidación de la educación, con la creación de las escuelas normales para la formación de los maestros colombianos. Luego es secretario de Hacienda y embajador en Estados Unidos, de donde regresa para ser nuevamente presidente, en 1870. Impulso la Academia Colombiana de la Lengua.



José de los Santos Gutiérrez Prieto
Ejecutivo Plural

- Del 1º de febrero de 1863 al 14 de mayo de 1863
- Del 1º de abril de 1868 al 20 de diciembre de 1868
- Del 2 de enero de 1869 al 1 de abril de 1870

Abogado (U. Central de Bogotá) y militar liberal radical nacido en El Cocuy -Boyacá-, que participó en la Guerra de los Supremos y en la caída del presidente Melo, llegando a ser comandante del ejército. También fue presidente de los estados de Boyacá y de Cundinamarca. En su gobierno dio importancia a la educación pública, y restauró los colegios de San Bartolomé y del Rosario.



Manuel Murillo Toro
Presidente

- Del 1 de abril de 1864 al 1 de abril de 1866
- Del 1 de abril de 1872 al 1 de abril de 1874

De Chaparral (Tolima), este liberal radical fue representante a la Cámara y senador, secretario de Hacienda, presidente de Santander, diputado de Cundinamarca, dos veces presidente de los Estados Unidos de Colombia (tras la Convención de Rionegro), canciller y Secretario de Hacienda. Fundó el Diario Oficial, trajo el telégrafo al país. En su segundo gobierno, redujo la deuda externa e interna, impulsó la navegación del Río Magdalena, inició el ferrocarril de Buenaventura, y dotó a Bogotá de iluminación pública a base de gas.



José María Rojas Garrido
Presidente

- Del 1 de abril de 1866 al 20 de mayo de 1866

Este abogado fue gobernador de Neiva, representante a la Cámara, ministro plenipotenciario y llegó a ocupar la presidencia por 50 días, luego que Tomás Cipriano de Mosquera tuviera que salir exiliado. Fue el primer designado presidencial. Es considerado como uno de los mejores oradores de la historia de Colombia. Sobresalió como periodista de corte radical, especialmente en materia religiosa (fue un feroz perseguidor de la hegemonía católica en Colombia), y como un orador elocuente y miembro activo de la masonería colombiana.

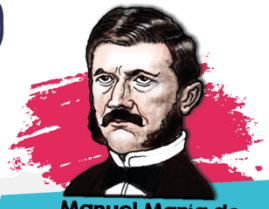


Joaquín Riascos García
Presidente

- Del 12 de mayo de 1867 al 28 de junio de 1867

General nacido en Panamá, presidente por 47 días, ante la ausencia de Tomás Cipriano de Mosquera y tras desconocer la decisión de Mosquera de ejercer el control pleno al decretar la disolución del Congreso. Fue diputado y presidente del Estado Soberano del Magdalena, senador y representante en varias ocasiones. Murió en combate en San Juan del Cesar.

7



Manuel María de los Santos Acosta Castillo Presidente

- Del 28 de junio de 1867 al 1 de abril de 1868

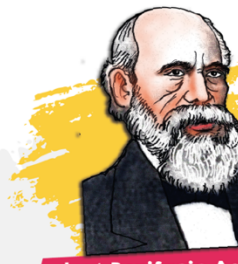
Militar, médico y abogado boyacense, liberal radical, graduado en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y la Facultad de Medicina en el Colegio Nacional de Bogotá. Se considera un mecenas de la cultura. Fue rector del Colegio-U. de Boyacá. Fue representante de Tunja en el Congreso Nacional de la Nueva Granada y gobernador de Boyacá. Durante su administración se creó la U. Nacional de Colombia, organizó el Archivo Nacional y la Biblioteca Nacional de Colombia.



Santiago Pérez Manosalva Presidente

- Del 1 de abril de 1874 al 1 de abril de 1876

Nació en Zipaquirá (Cundinamarca). Liberal que fue designado de la Presidencia y luego presidente. Estudió en el Colegio del Espíritu Santo donde obtuvo el grado de doctor en derecho. En su discurso de posesión dijo: "la instrucción, la moralidad y la riqueza son los factores de la República". Inicio las obras del Ferrocarril del Norte e impulsó la educación. Fue rector de la U. Nacional de Colombia y del Externado (Colombia).



José Bonifacio Aquileo Elías Parra Gómez Presidente

- Del 1 de abril de 1876 al 1 de abril de 1878

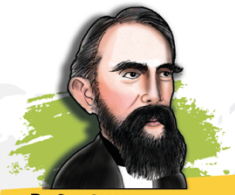
Liberal Santandereano (de Barichara). Autodidacta, con un nivel de escolaridad básico. Inició como comerciante, logrando constituir una fortuna. En la guerra civil de 1854 se unió a las tropas del general Tomás Cipriano de Mosquera. Fue Diputado a la Asamblea de Bolívar, y representante a la Cámara por Santander. Fue el primer santandereano en la Presidencia de Colombia. Enfocó su gobierno en desarrollar las comunicaciones (específicamente a través del Ferrocarril del Norte) y fortalecer la educación pública y laica.



Julián Trujillo Largacha Presidente

- Del 1 de abril de 1878 al 1 de abril de 1880

Liberal payanés. Se graduó como abogado en la U. del Cauca, pero fue más militar. Fue ministro de Estado, representante a la Cámara, gobernador del Cauca, jefe civil, secretario de Hacienda, senador, ministro plenipotenciario en Ecuador y militar del Estado Soberano de Antioquia. Llegó a general y fue nombrado Inspector Mayor General del Grande Ejército. Fue presidente elegido sin rival alguno, aunque tuvo que lidiar con los intereses y peleas entre los partidos.



Rafael Wenceslao Núñez Moledo Presidente

- Del 1 de abril de 1845 al 1 de abril de 1849
- Del 18 de julio de 1861 al 4 de febrero de 1863
- Del 10 de febrero de 1863 al 14 de mayo de 1863
- Del 14 de mayo de 1863 al 29 de enero de 1864
- Del 29 de febrero de 1864 al 1 de abril de 1864
- Del 20 de mayo de 1866 al 12 de mayo de 1867

Cuatro veces presidente, este cartagenero, diplomático y congresista, lideró la Regeneración (o regreso de los conservadores al poder), aunque primero fue liberal. Su débil salud lo llevó a alejarse reiteradamente del cargo y gobernar con encargados. Con él finalizó el régimen federal de los Estados Unidos de Colombia y la hegemonía liberal radical, y promulgó la Constitución de 1886 (que tuvo vigencia por más de u siglo). También fue el autor de la letra del himno nacional de Colombia e inició la construcción del Canal de Panamá

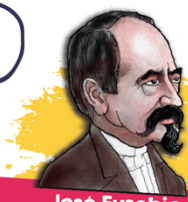


Francisco Javier Martínez de Zaldúa y Racines Presidente

- Del 1 de abril de 1882 al 21 de diciembre de 1882

Abogado y teólogo que, antes de graduarse, fue nombrado vicerrector académico del Colegio de San Bartolomé. Este bogotano solo fue presidente por ocho meses, al ser el primer mandatario colombiano que falleció durante su mandato (con 70 años). Fue senador por Cundinamarca, secretario de Relaciones Exteriores, magistrado de la Corte Suprema de Justicia y un dedicado docente, lo que le llevó a ser rector de la U. Nacional de Colombia

8



José Eusebio Otálora Martínez Presidente

- Del 22 de diciembre de 1882 al 1 de abril de 1884

Liberal cundinamarqués (Fómeque), designado para completar el período del fallecido presidente Zaldúa. Abogado del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Fue diputado de la Asamblea de Boyacá y representante a la Cámara. Cónsul en Italia y en Gran Bretaña. Secretario de Hacienda y presidente del Estado de Boyacá.



Ezequiel Hurtado Hurtado Presidente

- Del 1 de abril de 1884 al 10 de agosto de 1884

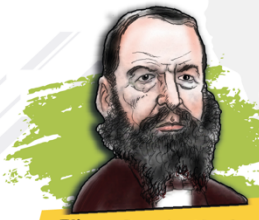
Liberal y abogado caucano (Silvia) que se destacó como militar laureado, participando en algunas guerras civiles colombianas. Fue diputado en la Asamblea del Estado del Cauca, y presidente de ella. Posteriormente fue representante y senador al Congreso de la República. Asumió como Primer Designado ante la demora de Rafael Núñez para posesionarse. Pese a ser quien ocupó la presidencia de Núñez como su reemplazo, se opuso activamente a su gobierno y fue exiliado de Colombia.



José María Campo Serrano Presidente

- Del 1 de abril de 1886 al 5 de agosto de 1886
- Del 5 de agosto de 1886 al 7 de enero de 1887

Nacido en Santa Marta, este general fue el último presidente de los Estados Unidos de Colombia y el primero de la República de Colombia. Fue congresista, gobernador en varias ocasiones del Estado Soberano del Magdalena, Procurador General del Estado, Secretario de Hacienda y jefe civil y militar de Antioquia. Ejerció el cargo de manera designada por reemplazo al titular Núñez por renuncia voluntaria, siendo elegido por el Consejo Nacional Constituyente. Promulgó la Constitución de 1886.



Eliseo Payán Hurtado Presidente

- Del 7 de enero de 1887 al 4 de junio de 1887

También abogado y militar (General), este caleño asumió como designado por la enfermedad del presidente Núñez. Dejó el cargo para que Núñez lo reasumiera y fue elegido nuevamente, ya que Núñez renunció nuevamente, pero Núñez reclamó de nuevo el poder y apartó a Payán acusándolo de vínculos con los liberales radicales y envió a Payán al destierro. Las actitudes críticas al presidente Núñez se llamaron "Payanización", y llevaron a que se eliminara la figura del vicepresidente, por considerarla contraria al primer mandatario.



Carlos Holguín Mallarino Presidente

- Del 7 de agosto de 1888 al 7 de agosto de 1892
- Del 12 de Noviembre de 1921 al 7 de agosto de 1922

Nacido en Nóvita (Chocó). Abogado Rosarista que inició la Hegemonía Conservadora. Periodista, literato y director de periódicos y miembro de una aristocrática familia del Valle del Cauca, fue Magistrado de la Suprema Corte de Justicia, representante y senador, ministro plenipotenciario en Inglaterra y España y, como presidente, también fue ministro de guerra y canciller. Su hermano Jorge también fue presidente, y su tío, Manuel María Mallarino, antes fue vicepresidente y candidato presidencial. Carlos Holguín implementó los servicios de teléfono y alumbrado público en Bogotá y creó la Policía Nacional. Entregó sin autorización del Congreso el tesoro Quimbaya a la reina de España



Miguel Antonio Caro Presidente

- Del 1 de abril de 1886 al 5 de agosto de 1886
- Del 5 de agosto de 1886 al 7 de enero de 1887

Miguel Antonio José Zolio Cayetano Andrés Avelino de las Mercedes Caro Tobar, conservador, bogotano, hijo del escritor José Eusebio Caro. No estudió formalmente, aunque fue reconocido con un honoris causa en Jurisprudencia en U.es de México y Chile. Fue diputado, presidente del Consejo de Estado, Vicepresidente y Presidente, y dirigió la Academia de la Lengua. Influyó mucho en la Constitución de 1886 dándole mayor poder al gobierno estatal e impulsando los valores católicos. En 1892, con la reelección de Núñez como presidente, Caro fue su vicepresidente y con las complicaciones de salud de Núñez, se encargó de la presidencia. Tras la muerte de Núñez, Caro extendió su poder.

9



Manuel Antonio Sanclemente Presidente

- Del 7 de agosto de 1898 al 31 de julio de 1900

Nacido en Buga (Valle). Este abogado (U. del Cauca) conservador, representante y senador, secretario de Gobierno y de Guerra, magistrado de la Corte Suprema de Justicia y gobernador del Cauca, fue el presidente de Colombia con mayor edad en ejercer el cargo, 84 años. En su mandato estalló la guerra de los Mil Días, que determinó su derrocamiento pacífico, el debilitamiento de Colombia y la pérdida de Panamá.



José Manuel Marroquín Ricaurte Presidente

- Del 31 de julio de 1900 al 7 de agosto de 1904

Humanista y periodista bogotano conservador (no graduado como universitario), reconocido como un gran escritor costumbrista. Confundó la Academia de la Lengua. Como vicepresidente dio golpe de Estado cívico a su fórmula presidencial y asumió el poder, tras un complot con los partidos políticos. En su gobierno el departamento de Panamá se separó de Colombia, se organizó el sistema educativo en un sistema escolar y universitario y se fundó la Academia Colombiana de Historia. También se pidió al papa León XIII la consagración del país a la devoción del Sagrado Corazón de Jesús.



José Gregorio Rafael Reyes Prieto Presidente

- Del 7 de agosto de 1898 al 31 de julio de 1900

General conservador, de Santa Rosa de Viterbo (Boyacá), que luchó en la Guerra de los Mil Días. Creó el Banco de la República y el Ministerio de Obras Públicas, e impulsó el ferrocarril de Girardot. Como el Congreso no sacaba normas para salir de la quiebra, ordenó el destierro de opositores, cerrando el Congreso y creando una Asamblea Nacional Constituyente que definió una nueva organización territorial del país. La separación de Panamá y los acuerdos con Estados Unidos causaron indignación popular, con muchas revueltas que obligaron a Reyes a entregar la presidencia.



Jorge Holguín Mallarino Presidente

- Del 1 de abril de 1886 al 5 de agosto de 1886
- Del 5 de agosto de 1886 al 7 de enero de 1887

De una aristócrata familia vallecaucana conservadora, fue sobrino de Manuel María Mallarino y hermano Carlos Holguín, presidentes en los años de la Regeneración. Además de industrial, comerciante y autodidacta, fue general que batalló en diversas guerras, ministro del Tesoro, de Relaciones Exteriores y de Guerra. Cuando renunció Reyes, Holguín ejerció como designado, así como en 1921 tras la renuncia de Suárez. Atendió el litigio de límites con el Perú y se interesó por la construcción de los ferrocarriles del Norte y del Pacífico.



José Rafael Ramón Eufrasio de Jesús González Valencia Presidente

- Del 4 de agosto de 1909 al 7 de agosto de 1910

Nació en Chitagá (Norte de Santander), este conservador fue conocido como "El Bayardo" y participó en la Guerra de los Mil Días. Fue ministro de guerra y vicepresidente. Realizó una reforma a la Constitución de 1886, que abolió la pena de muerte, estableció el voto directo para la elección del presidente por 4 años, y creó los departamentos de Valle del Cauca, Atlántico y Norte de Santander.



Carlos Eugenio Restrepo Restrepo Presidente

- Del 4 de agosto de 1910 al 7 de agosto de 1914

Abogado antioqueño, conservador moderado, opositor de Rafael Reyes y dirigente de la Unión Republicana, movimiento creado por liberales y conservadores. Fue inspector de Instrucción Pública, Secretario de Juzgado, Juez Superior, Concejal de Medellín, Secretario de Gobierno, ministro de Gobierno y embajador en la Santa Sede. Trabajó por la separación de las ramas del poder público, la autonomía del Estado ante la Iglesia, las libertades individuales, la transparencia electoral y la libertad de prensa.

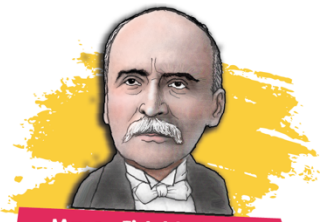
10



José Vicente Concha Ferreira
Presidente

• Del 7 de agosto de 1914 al 7 de agosto de 1918

Abogado conservador, periodista y orador bogotano, que fue senador, ministro de Guerra, embajador en Estados Unidos. Enfrentó un devastador invierno, una plaga de langostas. Rechazó contratar empréstitos internacionales para conservar la soberanía del país, que fue neutral ante la Primera Guerra Mundial. Reanudó obras ferrocarriles, el Capitolio Nacional, la línea telegráfica con Caquetá y la que unía a Bogotá con Arauca. Acordó con Ecuador la línea fronteriza.



Marco Fidel Suárez
Presidente

• Del 7 de agosto de 1918 al 11 de noviembre de 1921

Nacido en Bello (Antioquia), en un hogar muy humilde. Este conservador hizo múltiples estudios (latín, filosofía, sagrada escritura, derecho canónico, teología). Fue maestro. Quería ser sacerdote, pero terminó se uniéndose al ejército. Fue canciller de Colombia en tres gobiernos. Promovió la aviación (fundó la compañía Scadta - hoy Avianca) y sentó las bases para la creación de la Fuerza Aérea. Debió renunciar tras una carta suya al gobierno estadounidense para pedir la remoción de Alfonso López Pumarejo y de Luis Samper Sordo del Banco Mercantil Americano. A raiz de su renuncia quedo a cargo el General Carlos Holguín durante los 9 meses faltantes de su perodo.



Pedro Nel Ignacio Tomás de Villanueva Ospina Vásquez
Presidente

• Del 7 de agosto de 1922 al 7 de agosto de 1926

Primer Presidente ingeniero. Bogotano, conservador y empresario de café, la extracción minera y la ganadería. Hijo de Mariano Ospina Rodríguez. También fue militar y ministro de Defensa. Cofundó con su hermano Tulio la Escuela Nacional de Minas, hoy facultad de Minas de la U. Nacional de Colombia, de la que fue rector. En su gobierno se creó la Contraloría General, el Banco Agrario Hipotecario, el Ferrocarril del Pacífico y el puerto de Buenaventura.



Miguel Abadía Méndez
Presidente

• Del 7 de agosto de 1926 al 7 de agosto de 1930

Nació en el Tolima. Doctor en Derecho y Ciencias Políticas (U. del Rosario). Ministro de Instrucción Pública, Hacienda, Relaciones Exteriores, Gobierno, Guerra y Correos y Telégrafos, consejero de Estado, magistrado de la Corte Suprema de Justicia, embajador y miembro de las Academias de Jurisprudencia y de la Lengua. Enfrentó la crisis económica durante la recesión mundial de 1929. Atendió los temas limítrofes, creó la Federación de Cafeteros e inauguró la radio en el país. En su gobierno se presentó la masacre de las bananeras. Fue el último presidente de la Hegemonía Conservadora.



Enrique Olaya Herrera
Presidente

• Del 7 de agosto de 1930 al 7 de agosto de 1934

De Guateque (Boyacá), estudió derecho en la U. Libre y sociología en Bélgica. Participó en la guerra de los Mil Días. Fue ministro de Relaciones Exteriores y de Agricultura, canciller y embajador en Estados Unidos. Con una gran crisis económica, atendió el conflicto con el Perú. Fomentó la industria, construyó carreteras, puertos y ferrocarriles, estimuló la educación y el magisterio. Fundó el Banco Central Hipotecario e inició la Hegemonía Liberal que se preocupó por reformas sociales: mejora de las condiciones de los trabajadores y asistencia pública.



Alfonso López Pumarejo
Presidente

• Del 1 de abril de 1934 al 5 de agosto de 1938
• Del 5 de agosto de 1942 al 7 de enero de 1945

Nació en Honda (Tolima). Estudió finanzas y economía en el exterior. Fue representante a la Cámara. Hizo una reforma (1936), que replanteó las relaciones obrero-patronales, la tributación y un esquema de reforma agraria. Potenció el sindicalismo y garantizó el derecho a huelga. Potenció la ciudadela de la U. Nacional de Colombia. Su segundo gobierno vivió una crisis económica por la Segunda Guerra Mundial. La oposición, la desunión del liberalismo y la salud de su esposa le llevaron a renunciar, pero un paro de obreros lo obligó a reasumir. Hizo otra reforma (1945) que dio ciudadanía a la mujer, sin derecho a voto y prohibió el voto de los militares, entre otros.

11



Eduardo Santos Montejo
Presidente

• Del 7 de agosto de 1938 al 7 de agosto de 1942

Bogotano, descendiente de la heroína de la Independencia Antonia Santos. Obtuvo el título en Derecho y Ciencias Políticas en la U. Nacional y especializaciones en Literatura y Sociología en París. Compró el diario El Tiempo desde donde ejerció el periodismo. Fue canciller de la República, delegado de Colombia a la Asamblea de la Sociedad de Naciones, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario ante todos los gobiernos de Europa, consejero municipal de Bogotá, gobernador de Santander, diputado a la Asamblea de Cundinamarca, representante a la Cámara y dos veces presidente del Senado.



Dario Echandia Olaya
Presidente

• Del 19 de octubre de 1942 al 16 de mayo de 1945

Nació en Chaparral (Tolima), abogado de la U. del Rosario, y considerado un humanista. Fue diputado en la Asamblea del Tolima, miembro de la Dirección Nacional Liberal, senador y representante a la Cámara, ministro de Gobierno tres veces y ministro de Educación. También fue designado y ministro de Relaciones Exteriores. Tras el golpe militar contra el presidente López en Pasto, Echandía se hizo presente en el palacio de gobierno y, una vez el Consejo de Estado lo autorizó para asumir el poder, tomó posesión de él y se hizo reconocer por las tropas.



Alberto Lleras Camargo
Presidente

• Del 7 de agosto de 1945 al 7 de agosto de 1946
• Del 7 de agosto de 1958 al 7 de agosto de 1962

Bogotano. Estudio en las U.es del Rosario y Externado, en Ciencias Políticas, sin titularse, y obtuvo doctorados honoris causa en Harvard, Princeton, Columbia, Johns Hopkins, Georgetown, California, del Cauca y de Antioquia. Fue congresista, ministro de Educación, de Gobierno y de Relaciones Exteriores, embajador en Estados Unidos, secretario general de la OEA y designado. Fue también rector de la U. de los Andes. Ejerció el periodismo en muy diversos medios masivos. Tras una década de violencia liberal-conservadora, le correspondió ser el primer mandatario del Frente Nacional.



Luis Mariano Ospina Pérez
Presidente

• Del 19 de octubre de 1946 al 16 de mayo de 1950

Nació en Honda (Tolima). Estudió finanzas y economía en el exterior. Fue representante a la Cámara. Hizo una reforma (1936), que replanteó las relaciones obrero-patronales, la tributación y un esquema de reforma agraria. Potenció el sindicalismo y garantizó el derecho a huelga. Potenció la ciudadela de la U. Nacional de Colombia. Su segundo gobierno vivió una crisis económica por la Segunda Guerra Mundial. La oposición, la desunión del liberalismo y la salud de su esposa le llevaron a renunciar, pero un paro de obreros lo obligó a reasumir. Hizo otra reforma (1945) que dio ciudadanía a la mujer, sin derecho a voto y prohibió el voto de los militares, entre otros.



Laureano Eleuterio Gómez Castro
Presidente

• Del 7 de agosto de 1950 al 5 de noviembre de 1951

Periodista y diplomático bogotano. Considerado uno de los más férreos defensores del conservatismo. Llamado "el Hombre Tempestad", "el Monstruo", "el Basilisco". Activo miembro de asociaciones religiosas. Estudió ingeniería civil en la U. Nacional de Colombia. Fue diputado a la Asamblea de Cundinamarca, de Santander y de Antioquia, representante a la Cámara; y senador. Fue ministro de Obras y de Relaciones Exteriores. Convocó una Asamblea Nacional Constituyente y adelantó muy variadas obras civiles. Sufrió un síncope cardíaco y fue obligado a retirarse de la Presidencia.



Roberto Urdaneta Arbeláez
Presidente

• Del 5 de noviembre de 1951 al 13 de junio de 1953

Conservador bogotano, hijo del general Urdaneta. Estudió Derecho y Ciencias Sociales en la U. de Deusto y se graduó en la U. Nacional. Presidió el Concejo de Bogotá y la Asamblea de Cundinamarca. Fue representante a la Cámara, ministro de Relaciones Exteriores, de Gobierno, de Guerra y embajador de Colombia en Perú. Dirigió varios periódicos. Llegó a la presidencia tras el retiro de Laureano Gómez. Su reto fue buscar la paz en un ambiente de violencia política y guerrillas. Potenció obras públicas, la construcción de viviendas y fomentó la pequeña y mediana industria.

Junta Militar de Gobierno

Órgano colegiado que rigió a Colombia tras la salida de Rojas Pinilla, compuesto por 5 generales, que permitió a los partidos liberal y conservador adelantar un Frente Nacional, para alternarse la vpresidencia, favoreciendo la transición de un gobierno militar a uno democrático. Los generales fueron: El ibaguereño y ministro de Guerra Gabriel París Gordillo; el director de la Policía Nacional, Deogracias Fonseca Espinosa; el ministro de Obras Públicas, Rubén Piedrahíta Arango; el comandante del Ejército Nacional; Rafael Navas Pardo; y el Director del Servicio de Inteligencia Colombiano, Luis Ernesto Ordóñez Castillo.



Gustavo Rojas Pinilla
Presidente

• Del 13 de junio de 1953 al 10 de mayo de 1957

Nació en Tunja, hizo carrera militar hasta ser general y comandante de las Fuerzas Armadas. Estudió ingeniería civil en Estados Unidos. Fue ministro de Correos y Telégrafos. Dio golpe militar contra Laureano Gómez. Fortaleció la educación popular y rural. Estimuló las Escuelas Radiofónicas de Sutatenza y la televisión educativa. Creó el SENA. Impulsó el aeropuerto Eldorado y 18 más; acueductos, alcantarillados, avenidas y carreteras. Trajo la televisión y automatizó la telefonía. Potenció la U. Pedagógica de Colombia y reconoció los derechos políticos a la mujer. Un paro nacional de 10 días y la crisis política presionó a que dejara el mando y encargara la Presidencia a una Junta Militar.



Guillermo León Valencia Muñoz
Presidente

• Del 7 de agosto de 1962 al 7 de agosto de 1966

Nació en Popayán. Hijo del poeta y político Guillermo Valencia. Fue abogado, senador y embajador en Naciones Unidas y España. Recibió el doctorado Honoris causa por la U. del Cauca. En medio de la polarización política, cubrió "milimétricamente" los puestos públicos entre conservadores y liberales. Enfrentó el movimiento estudiantil de 1965, que condujo a la declaratoria del estado de sitio y a que el propio presidente pidiera la renuncia del rector de la U. de Antioquia. Creó la Junta Monetaria, devaluó el peso y creó nuevos impuestos. Aumentó el presupuesto para la educación y potenció múltiples obras públicas.



Carlos Lleras Restrepo
Presidente

• Del 7 de agosto de 1966 al 7 de agosto de 1970

Liberal bogotano, abogado de la U. Nacional. Diputado de Cundinamarca, secretario de Gobierno de Bogotá y de Cundinamarca, senador y presidente de la Cámara, así como contralor general, ministro de Hacienda, director de El Tiempo y designado presidencial. En su mandato firmó recorrió 96 veces el país, impulsó una reforma agraria, suprimió el mercado libre de divisas, reguló la inversión extranjera, estableció la retención en la fuente, inició la interconexión eléctrica, creó los departamentos de Risaralda y Quindío e hizo una reforma constitucional que permitió, entre otros, crear el Fondo Nacional del Ahorro, el Instituto de Bienestar Familiar, Colciencias, Colcultura, Icfes y Coldeportes.



Misael Eduardo Pastrana Borrero
Presidente

• Del 7 de agosto de 1970 al 7 de agosto de 1974

Conservador huilense y abogado de la U. Javeriana (donde sería el primer decano de Economía) que fue el último presidente del Frente Nacional. Fundó un periódico en Neiva, fue juez de circuito, secretario privado del presidente Mariano Ospina, ministro de Fomento (Desarrollo), de Obras Públicas, de Hacienda y de Gobierno, y ocupó muy diversos cargos diplomáticos. Se especializó en Derecho Penal en Roma. En su gobierno inició el sistema de asociación para explotaciones petroleras, reglamentó la inversión extranjera en la banca, introdujo el sistema UPAC, creó el Banco de los Trabajadores, desarrolló muy diversas obras públicas y se impulsaron las exportaciones de manufacturas.



Alfonso López Michelsen
Presidente

• Del 7 de agosto de 1974 al 7 de agosto de 1978

Hijo del expresidente López Pumarejo, nació en Bogotá. Abogado de la U. del Rosario también estudió en Santiago de Chile y Washington. Fue concejal de Engativá, representante a la Cámara, gobernador del Cesar, ministro de Relaciones Exteriores. Fundó el Movimiento Revolucionario Liberal. Como presidente buscó "cerrar la brecha" entre el campo y la ciudad. Decretó una emergencia económica y una reforma tributaria y fiscal, creó nuevos institutos administrativos, aumentó en un 200% el salario mínimo, reconoció 1100 sindicatos, construyó gasoductos y oleoductos, y mejoró la capacidad energética de un país que, entonces, vivió una bonanza cafetera.

13



Julio César Turbay Ayala
Presidente

• Del 7 de agosto de 1978 al 7 de agosto de 1982

Autodidacta bogotano, hijo de inmigrante libanés, reconocido con doctorados honoris causa por las Universidades Libre, Rosario, Cauca y Tadeo Lozano. Fue presidente de la Asamblea de Cundinamarca y la Cámara de Representantes. 5 veces senador, embajador en Londres, ministro de Minas y Petróleos, y de Relaciones Exteriores y designado. Priorizó el sector energético, la exploración de yacimientos y obras públicas. Creó el Caquetá, trajo la televisión a color, y rompió relaciones con Cuba. Creó un polémico Estatuto de Seguridad contra la subversión y el narcotráfico y vivió la aparición de la guerrilla del M-19 y la toma de ésta de la embajada de la república Dominicana.



Belisario Betancur Cuartas
Presidente

• Del 7 de agosto de 1982 al 7 de agosto de 1986

De humilde familia de Amagá, Antioquia, este conservador fue abogado en la U. Pontificia Bolivariana y honoris causa en Humanidades en las U. es de Colorado y Georgetown. Fue un humanista, poeta y literato, diputado a la Asamblea de Antioquia; representante a la Cámara, ministro de Trabajo, y embajador en España. Creó la Asociación Nacional de Institutos Financieros, impulsó el Grupo de Contadora por la paz en Centroamérica, lo que le valió el Premio de la Paz Príncipe de Asturias, promovió la vivienda "sin cuota inicial", la U. "abierta y a distancia" (UNAD), la campaña Camina, orientada a la alfabetización masiva, y la amnistía tributaria.



Virgilio Barco Vargas
Presidente

• Del 7 de agosto de 1986 al 7 de agosto de 1990

Ingeniero cucuteño y doctor en economía, formado en la U. Nacional, en la de Boston y en el MIT. Concejal en Durania, Norte de Santander, y en Cúcuta. Representante a la Cámara, varias veces senador y ministro de Obras Públicas y de Agricultura, así como alcalde de Bogotá. Embajador de Colombia en Gran Bretaña, y en Estados Unidos. Como presidente puso en marcha un esquema de "gobierno-oposición", para superar el bipartidismo. Enfrentó una ola criminal de guerrilla, paramilitarismo y narcotráfico. Continuó el Plan Nacional de Rehabilitación y puso en marcha el Plan de Lucha contra la Pobreza. Logró un acuerdo de Paz con el Movimiento 19 de Abril, M-19.



César Augusto Gaviria Trujillo
Presidente

• Del 7 de agosto de 1990 al 7 de agosto de 1994

Economista (U. de Los Andes) pereirano. Concejal y representante a la Cámara, viceministro de Desarrollo, y ministro de Hacienda y de Gobierno. Cuando era jefe de debate del asesinado aspirante presidencial Luis Carlos Galán, fue candidatizado y llegó a la presidencia como líder del partido liberal. Promovió la Constitución de 1991, que impulsó la democracia participativa, creó la Corte Constitucional, la Fiscalía General, la Defensoría del Pueblo y el Consejo Superior de la Judicatura, y nació la acción de tutela. Promovió la apertura económica, creó el Ministerio de Comercio Exterior, y libró una fuerte guerra del Estado contra los carteles del narcotráfico.



Ernesto Samper Pizano
Presidente

• Del 7 de agosto de 1994 al 7 de agosto de 1998

Hijo de una acomodada familia bogotana, estudió Derecho y Economía en la U. Javeriana, donde luego sería profesor. Fue presidente de ANIF, embajador extraordinario a la Asamblea de las Naciones Unidas y en España, diputado a la Asamblea de Cundinamarca, concejal de Bogotá; senador, ministro de Desarrollo Económico y dirigente del Partido Liberal. Su gobernabilidad estuvo muy afectada por las denuncias de políticos cercanos a la misma de ingreso de millonarios aportes del narcotráfico en el tristemente famoso Proceso 8.000. Por lo mismo, en su Gobierno Samper intentó limpiar su imagen combatiendo a los carteles del narcotráfico.



Andrés Pastrana Arango
Presidente

• Del 7 de agosto de 1998 al 7 de agosto de 2002

Bogotano, hijo del expresidente Misael Pastrana Borrero. Abogado conservador de la U. del Rosario, posgraduado en Derecho Público y estudios de especialización en Harvard. Presentador de televisión, concejal de Bogotá, director de noticiero y revista de actualidad y senador. Sobrevivió a un secuestro del " Cartel de Medellín " y pasó a ser el primer alcalde de Bogotá elegido popularmente. Buscó acercamientos con la guerrilla para llegar a acuerdos de paz, infructuosos. Trabajó campañas de seguridad, programas contra la drogadicción, privatizó la recolección de basuras, y enfrentó la violencia terrorista de los narcotraficantes. Potenció la gestión internacional del país.

14



Álvaro Uribe Vélez
Presidente

- Del 7 de agosto de 2002 al 6 de agosto de 2006
- Del 7 de agosto de 2006 al 6 de agosto de 2010

Abogado (U. de Antioquia, con estudios en Harvard) nacido en Medellín. Inició como liberal, y llegó a ser el líder de la derecha, tras participar en diversos movimientos políticos. Fue alcalde de Medellín, senador y gobernador de Antioquia. Sus ideas sobre la seguridad y la defensa le llevaron a ser uno de los mandatarios más populares tras reducir los indicadores de inseguridad (secuestro y homicidio) y mejorar los indicadoires de la economía. tuvo un segundo mandato por su forma de orientar el manejo del orden público y las acciones frente a la guerrilla y el narcotráfico, así como los movimientos de autodefensa. La historia del país definira sus aciertos y logros, así como sus errores políticos antes y despues de sus mandatos presidenciales.



Juan Manuel Santos
Presidente

- Del 7 de agosto de 2010 al 6 de agosto de 2014
- Del 7 de agosto de 2014 al 6 de agosto de 2018

Este economista, de origen liberal, miembro de una tradicional familia, dueña del periódico más leído, y tras haber sido ministro de Comercio, de Gaviria; de Hacienda, de Andrés Pastrana; y de Defensa, de Alvaro Uribe, Santos llegó a la presidencia con el apoyo de este último, y luego se distanciaron y Santos se reeligió superando al candidato de Uribe. Por sus negociaciones con la guerrilla de las Farc y la firma de un polémico acuerdo de paz, obtuvo el Premio Nobel de Paz (2016) siendo el primer mandatario colombiano en lograrlo.



Iván Duque Márquez
Presidente

- Del 7 de agosto de 2018 al 7 de agosto de 2022

Abogado (U. Sergio Arboleda) bogotano e hijo del exministro de Minas y exgobernador de Antioquia, Iván Duque Escobar, llegó a la presidencia luego de ser Senador y representante del partido del expresidente Alvaro Uribe Vélez, Centro Democrático Alternativo. Fue representante de Colombia ante el Banco Interamericano de Desarrollo (BID). Se convirtió en el presidente más joven de la historia reciente de Colombia. Debió gestionar los acuerdos con la guerrilla, heredados del gobierno anterior, la pandemia del Covid 19 y un cruento paro nacional liderado desde la oposición de la izquierda por los anuncios del Ejecutivo de impulsar una reforma tributaria. Rompió relaciones con Venezuela.



Gustavo Francisco Petro Urrego
Presidente

- Desde el 7 de agosto de 2022 - Actualidad

De Ciénaga de Oro - Córdoba- Petro Urrego es el primer presidente oficialmente adscrito a la izquierda política, a nombre del movimiento Pacto Histórico, y tras cuatro intentos de llegar al cargo. Este economista (U. Externado de Colombia) fue guerrillero del Movimiento 19 de abril (M-19), desmovilizado y transformado en Alianza Democrática M-19. Fue representante a la Cámara y senador de la República por el Polo Democrático Alternativo (PDA). Fue alcalde de Bogotá. Su presidencia se ha caracterizado por una permanente polémica con el congreso, los medios y el empresariado, por sus ideas de democratizar, dar más subsidios y estatalizar organismos y servicios públicos.

Presidentes que han llegado a dicha posición por golpe de Estado, por encargo, por designación, por interinidad, por triunviratos o juntas, por auto designación y por elección popular, Sin embargo, cómo lo nombre anteriormente su rol como interinos o encargados, el poco tiempo en el cargo y su poca incidencia en el desarrollo político e histórico del país, no permiten configurar el pensamiento e ideología cultural y social de la patria.



José Maria Arrubla
Junta Encargada
período 26 Nov 1812-
13 Dic 1812



Felipe de Vergara
Junta encargada
período 26 Nov 1812-
14 Dic 1812



José Manuel Restrepo
Triunviro Electo
período 1813-1814



José fernandez Madrid
Triunviro
período 5 Oct 1814-
21 Ene 1815



Joaquin Camacho
Triunviro Encargado
período 5 Oct 1814 -
21 Ene 1815



Estanislao Vergara
consejero de gobierno
período 28 Dic 1828-
15 Ene 1830



Juan Garcia del Rio
Ejecutivo plural
período 30 Abr 1831 -
2 de May 1831



Juan de Dios Aranzazu
Presidente
período 5 Jul 1841 -
19 May 1842



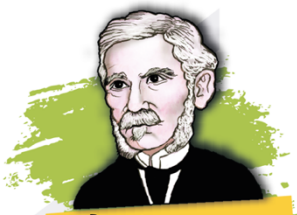
Rufino Cuervo
Vicepresidente
período 14 Ago 1847 -
14 Dic 1847



Francisco Antonio Obregón
Presidente
período 20 May 1854 -
2 Jun 1854



Tomás de Herrera
Presidente
período 21 Abr 1854 -
5 Ago 1854



Bartolomé Calvo
Presidente
período 1 Abr 1861 -
10 Jun 1861



Ignacio Guitierrez Vergara
Presidente
período Jul 1861 -
Ago 1861



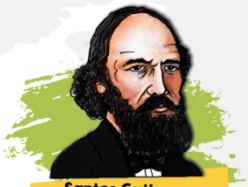
Leonardo Canal
Presidente
período 18 Jul 1862 -
6 Nov 1862



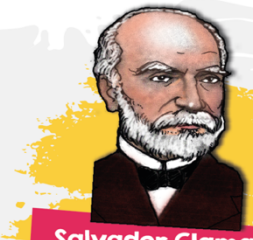
Manuel del Rio y de Narvaez
Presidente
período 6 Nov 1862 -
16 Ene 1863



Juan Agustin de Uricoechea
Presidente
período 29 Ene 1864 -
29 Feb 1864



Santos Gutierrez
Presidente
periodo 1 Abr 1868 -
1 Abr 1870



Salvador Clamacho
Presidente
período 20 Dic 1868-
2 Ene 1869



Santiago Peréz
Presidente
periodo 1 Abr 1874 -
1 Abr 1876



Sergio Camargo Pinzón
Presidente
periodo 19 May 1877 -
13 Ago 1877



Manuel María Ramírez
Presidente
periodo 22 Dic 1877 -
24 Dic 1877



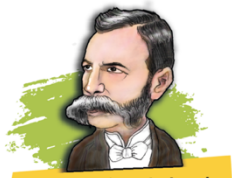
Climaco Calderón Reyes
Procurador
periodo 21 Dic 1882 -
22 Dic 1882



Antonio Basilio Cuervo
Ministro de hacienda
periodo 16 Ene 1893 -
17 Ene 1893



Guillermo Quintero Calderón
Designado
periodo 12 Mar 1896 -
17 Mar 1896



Diego Euclides de Angulo
Designado
periodo 9 Mar 1908 -
14 Abr 1908



Carlos Lozano y Lozano
Designado
periodo 9 Oct 1942 -
19 de Oct 1942



José Antonio Montalvo Berbeo
Designado
periodo 6 Ago 1963 -
8 Ago 1963



Rafael Azuero Manchola
Presidente
periodo 21 Jul 1973 -
24 Jul 1973



Indalecio Lievano Aguire
Presidente
periodo Oct 1976 -
Finales 1976



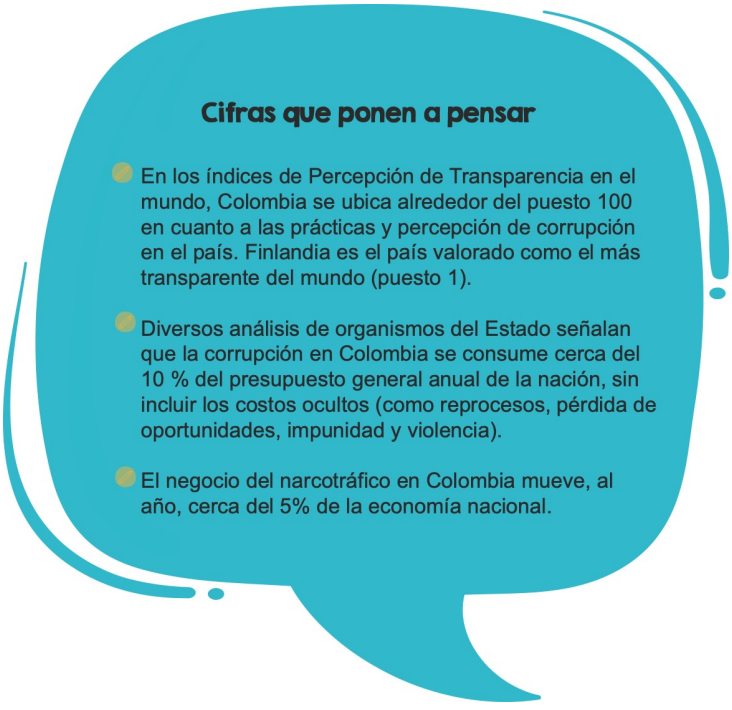
Victor Mosquera Chaux
Presidente
periodo 3 Feb 1981 -
11 Feb 1981

Capítulo 5

La ignorancia, insumo clave de un cóctel explosivo

Estos son los que, entre otros muchos, en mi parecer, son los diez principales y profundos detonantes de las rupturas del tejido social colombiano, derivados de la ausencia de una real educación y de la indebida presencia del Estado, promotores de una ignorancia crítica sobre el valor de la democracia, la construcción colectiva de una visión de país y la escasa ambición para entender el valor geoestratégico de Colombia, uno de los territorios más privilegiados del planeta:

1) **La corrupción, que permea la institucionalidad del mismo Estado en todos sus poderes.**



La permanente crisis sociopolítica que ha vivido Colombia ha puesto en permanente inestabilidad al Estado. Esto ha limitado el desarrollo integral del país, pues la corrupción se ha inoculado bajo el anhelo de la democracia.

Aunque se habla de una institucionalidad estable en Colombia, aquí se vivencian prácticas de corrupción cotidianas en todos los sectores, acciones que recurren a estrategias cada vez más sofisticadas en su capacidad de permear los derechos de las mayorías, arrebatándoles los recursos de inversiones sociales inicialmente proyectadas para el bienestar y una mejor condición en la calidad de vida.

La *Colombianitud* es una gran afectada con esta situación. Como lo mencioné desde el inicio, este término lo he referido para resaltar la actitud cálida, transparente y soñadora de un pueblo que ha confiado ciegamente en la esperanza de poseer una institucionalidad seria, rigurosa, transparente. La *Colombianitud* puede "sentirse" en las y los colombianos de a pie, orgullosamente nacidos en este país, que aún confiamos en la aplicación de las leyes, con la esperanza en una mejor y más digna nación, para nuestras futuras generaciones. Como bien lo definió Orlando Villanueva Martínez (2019), en su obra sobre el médico colombiano Tulio Bayer, dentro de los componentes de la *Colombianitud*, está el hecho de que *"ser colombiano es un acto de fe… que implica aceptar decisiones históricas y políticas ajenas a las lógicas y cercanas a la improvisación y la imposición".*

Es claro que la corrupción no es exclusiva de Colombia, ni de América Latina y el Caribe. También la hay en el resto del mundo, pero muchos países han sabido marginarla, combatiéndola como un flagelo para el desarrollo de los Estados que se afianzan en la

legalidad y la legitimidad de su justicia y en el respeto profundo hacia ella por las demás instituciones en todo orden.

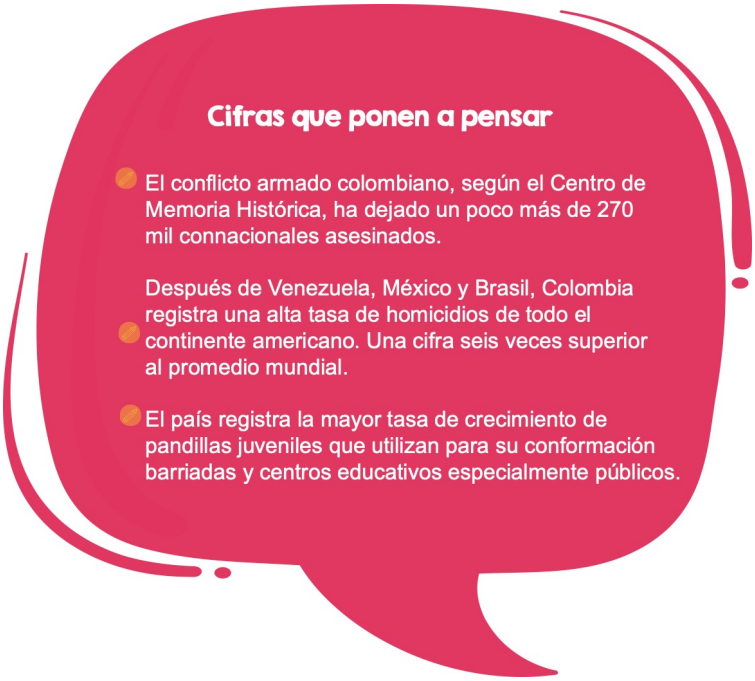
Muchos de quienes preguntamos por qué Colombia ha sido tan vulnerable a la corrupción, buscamos explicaciones de dónde, cómo y por qué esta se ha infiltrado en espacios y élites nacionales y regionales donde incluso, hay dirigentes que, privados de la libertad, siguen actuando como delincuentes sin perder su rol de caciques que persiguen y ostentan su obstinación de poder basados en prácticas ilegales, ante la mirada impasible e impávida de la sociedad.

Varios de estos "héroes del populismo" (ilusionistas de mejores condiciones sin fundamento técnico alguno) se mueven por su afán de lucro y de poder desmedido. Su nicho predilecto son poblaciones carentes de educación integral y voceros comunitarios fácilmente corruptibles por sus propias necesidades básicas de la sobrevivencia personal y familiar. Colombia pareciera hoy una nación inviable; una nación fragmentada con múltiples violencias generalizadas, incapaz de dirimir conflictos sociales, económicos y políticos; una nación sin una visión integral y participativa de su futuro como sociedad. A esta sociedad nadie le ha preguntado cuál es el sueño colectivo que debería alcanzar para que, en un mediano y largo plazo, los dirigentes impulsen políticas de Estado efectivas para solucionar los problemas estructurales de las comunidades que integran territorios y microterritorios diversos y dispersos por toda la geografía nacional.

No puedo dejar de enumerar la tendencia emergente y tristemente global del impacto de las mafias, tanto del tráfico de drogas como de armas, que se han instalado en múltiples países. Lamentablemente, la posición geoestratégica de nuestro país

constituye un antivalor al servicio de la ilegalidad para conectar mafias transterritoriales que usan sin pudor nuestras costas marítimas y el limitado control de seguridad aérea y terrestre para fortalecer el tráfico humano, de drogas y armas entre otras; asimismo, cuando la cadena de comercialización se trunca en un efecto búmeran se arriesga la vida de miles de niños y de jóvenes que sucumben en la drogadicción, depredándose su dignidad personal. Este flagelo también pone en riesgo latente la supervivencia de los hábitats, la flora y la fauna, cuya riqueza es una de las mayores en la biodiversidad planetaria.

2) **La criminalidad, que marca el lamentable devenir social y económico de poblaciones y regiones abandonadas al arbitrio de las delincuencias de orden local e internacional.**



Este fenómeno también es resultado de la histórica y acumulada desigualdad del país y de su escasa movilidad social. Con el paso de los años esto cocinó un caldo de cultivo para que la zozobra y el malestar social estén presentes en un alto porcentaje de sus habitantes, quienes se debaten entre el rechazo y la crítica a los escenarios de criminalidad, y la peligrosa conquista que la maldad puede hacer a quienes no han sido formados en principios o carecen de ingresos y cualquier sustento mínimo.

La criminalidad se ha extendido como producto de múltiples factores, entre otros muchos, por ejemplo, se puede registrar el de los años 60 del siglo pasado, con la siembra y comercialización ilícita de marihuana, que desbordó la economía local y que luego, a la par de la cocaína, derivaron en actividades económicas de carácter global, multisectorial y multiestatal. Son décadas de negocio en las que los resultados de la persecución son escasos si se piensa en una erradicación definitiva.

Las leyes nacionales e internacionales han sido sobrepasadas en sus efectos por la rentabilidad de estos negocios ilícitos que, en su andar, compran generalmente y con excepciones, conciencias de dirigentes, periodistas, jueces y cuanta persona se les atraviese a los denominados carteles de la droga. Colombia vivió una falsa ilusión ante el aparente desmantelamiento de los más reconocidos carteles de la droga (los de Medellín, Cali y Norte del Valle, entre otros), a finales de los años 90 del siglo pasado y los primeros del actual, pero con la muerte y extradición de sus cabecillas el negocio se mimetizó, diversificó y continuó con peligrosas innovaciones: ejércitos de vándalos, lavado de activos y delitos conexos.

Esos ambientes dieron más fuerza a la ilegalidad, que se extendió a todos los ámbitos de la movilidad social, el trabajo formal, la

salud pública, las ramas del poder público y la subvaloración de la educación por parte de grandes conglomerados de jóvenes. Irónicamente esta, la educación, viene siendo desplazada generalmente por rutas facilistas al dinero y la riqueza rápida en todo tipo de territorios y comunidades.

Hoy, en un escenario con mínimas o débiles garantías estatales para la seguridad y el bienestar social, estas industrias ilícitas se han convertido en multinacionales del crimen que no solo aumentan sus ganancias, sino que también tienen una enorme capacidad de desestabilización, pues su crecimiento les ha permitido deslegitimar la acción de un Estado débil.

El daño que estos negocios causan a la población viene desde la producción misma. Mujeres, jóvenes y niños que en todo tipo de territorios son utilizados para trabajar en el mundo subterráneo de los cultivos de coca y marihuana, y del tráfico de insumos y de sustancias ilícitas para la elaboración de productos y subproductos que enajenan la mente. También hay otros actores más avezados que se encargan de afianzar el micro consumo y consumo nacional de gramos y kilos de alcaloides, así como la venta y exportación de toneladas de estos, por medios marítimos, aéreos y terrestres. Paralelo, van creciendo estructuras criminales para el tráfico de armas, sicariato, trata de personas y minería ilegal, entre otras.

Es tan atractivamente rentable y peligroso este negocio, que en nuestro país diariamente surgen en municipios, barrios, calles y veredas un nuevo subnivel del negocio de los grandes emporios del crimen y de noveles carteles bautizados con nombres muy sugestivos del llamado "microtráfico" como las tristemente denominadas pandillas delincuenciales, con niños a bordo, como el "*Tren de Aragua*", "*Los paisas*", "*La Cordillera*", "*Los Pachely*",

"La Oficina de Envigado", *"El Clan del Golfo"*, y *"Los Pitufos"* y su jefe *"chiquito malo"*, entre otras muchas.

Frente a este insensato fenómeno, el propio Estado actúa de forma indolente, incapaz de limitar su expansión y sin mano fuerte para evitar el incremento del consumo interno por parte de niños y jóvenes que caen tempranamente no solo en el vicio, sino también en la espiral de violencia extendida a extorsiones, secuestros, raptos, violencia sexual, violencia intrafamiliar, feminicidios y robos a todo nivel, que desconocen la autoridad y confirman la permanente inseguridad ciudadana y paranoia colectiva.

En este contorno se comienza a afianzar, lamentablemente, la desconfianza de la ciudadanía sobre sus instituciones, públicas y privadas.

Esto se vivencia, por ejemplo, en el proceso de paz de Colombia. En este se puede predicar frases como *"no hay mal que por bien no venga"* y *"no hay bien que con el mal no llegue"*. Ante los ojos del mundo, dicho proceso (la firma de la paz con la agrupación guerrillera FARC-EP, en 2017 por parte del entonces presidente Juan Manuel Santos) se vio como una gran esperanza de transformación, pero pocos años después y pese a la anunciada desintegración de grupos de guerrilleros y de paramilitares que nos azotaron por décadas, estos han reaparecido con otros nombres y retornando a deleznables prácticas que fortalecen la indignidad humana enunciada.

Por todo ello deben estructurarse políticas, programas y estrategias para construir, entre todos, de manera inteligente y planificada, una viable ruta de progreso y de bienestar extendido, dejando atrás las tentaciones que con el coqueteo de narco

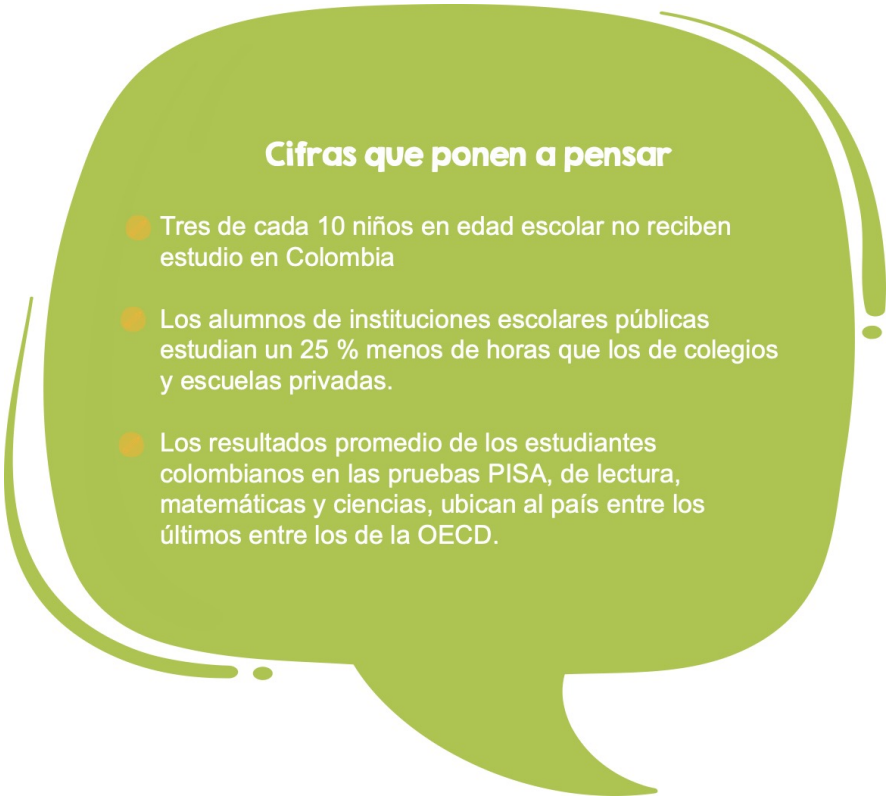
democracias vecinas y en medio de fábulas de cambio y mejora para todos, destruyeron sus propias estructuras sociales y productivas para dar paso a formas de autoritarismo soterrado con privilegios para unos pocos, mientras que los buenos ciudadanos huyen despavoridos para proteger sus vidas y sus familias.

Son múltiples las formas de violencia que hoy someten a nuestros conciudadanos y afectan dramáticamente a habitantes sumidos en la tragedia de la pérdida de sus seres queridos, por las armas y violencia moral producto de la inacción del Estado, reflejada en la reiteración de escenas de hambre, tristeza y desolación. Estas son víctimas, aferradas erróneamente a una quimera politiquera que les vende ilusión y las tranza por el dinero fácil; ellas terminan ampliando los cinturones de miseria de las grandes e intermedias ciudades.

La criminalidad debilita la *Colombianitud*. Al perder sentido y significado el valor sagrado de la vida propia y la de los demás, los valores fundamentales de la existencia humana para niños y jóvenes se desvirtúan al diluirse la esencia del respeto, la dignidad, la solidaridad y la confianza. En consecuencia, manifestaciones propias del buen colombiano como la calidez, la humildad, el respeto y la solidaridad comienzan a extrañarse.

Llegó el momento de superar la cultura de la muerte que quiere instalarse en el corazón de nuestros niños y jóvenes. Es urgente la reconstrucción de políticas de Estado para la educación, la salud, el trabajo, la soberanía, la seguridad alimentaria y el ecosistema que debe conservar nuestra gran biodiversidad y equilibrio medio ambiental.

3) **El escaso impacto de un sistema educativo excluyente, con calidad y pertinencia limitadas**



Si bien dentro de la ineficiencia de nuestro sistema educativo coexisten instituciones que sobresalen por la calidad de su formación, un alto porcentaje del mal llamado, "sistema" (por la pretensión del término que implica una debida articulación en torno de propósitos colectivos y claramente identificados) se encuentra ralentizado, pues parte de una educación básica y media pública que, aunque dispuesta para grandes mayorías poblacionales, no demuestra impactos efectivos de pertinencia y calidad. Dichos impactos deben reflejarse en la demostración del día a día, de lo aprendido por niños y jóvenes tras miles de horas en las aulas, así como en las pruebas nacionales e internacionales

basadas en estándares que comparten un nivel promedio mínimo de variables concertadas.

En la **declaración misional** de los distintos proyectos educativos de instituciones públicas, es fácil hallar un común denominador, que pudiera expresarse así: *"… la educación impartida coadyuvará a la formación integral de los estudiantes..."*; esto es, un compromiso explícito por formar buenas personas, buenos ciudadanos y, para la educación terciaria, buenos profesionales en cada disciplina.

Este escenario tampoco es ajeno, en buena medida, a una educación privada que en promedio atiende franjas poblacionales de mayor poder adquisitivo, pero que tampoco está influyendo de manera significativa en la estructuración de una integralidad formativa. Más allá de diferencias, muy visibles, entre las instituciones públicas y las privadas, en cuanto a la pertinencia y calidad de sus docentes y las instalaciones e infraestructuras físicas y tecnológicas, ambos tipos de acceso se movilizan al amparo de modelos educativos que para el hoy y para el futuro, se anquilosan rápidamente, ya que se niegan cíclicamente a aceptar mediante posturas ortodoxas la necesaria transformación pedagógica y tecnológica del sector.

Esto se agrava con una peligrosa resistencia al cambio, fundada en el *statu quo* de la falsa comodidad promovida desde sindicatos que, de manera rígida, mantienen una mentalidad ideológicamente retrasada en el devenir de los tiempos, que impide dimensionar con claridad los desafíos de los nuevos tiempos y de la sociedad actual. Son gremios añejos que ponen freno de mano al sector, impidiendo la debida cualificación de los docentes y de la potenciación de su liderazgo frente a la

transformación propia y la de los nuevos relevos generacionales de los educadores de país.

La educación pública politizada como expresión de movilización tergiversó el sentido social de la educación como sector, para privilegiar intereses soterrados, especialmente en el cumplimiento de derechos validos que respondan por las necesidades salariales y de atención en salud y pensión de los maestros; dichos derechos son sagrados y deben ser respondidos de manera eficiente por el Estado. Desde la creación y actual vigencia de la denominada Federación Colombiana de Educadores - FECODE, que a mi manera de ver es la responsable de que aún se mantengan los salarios bajos y las malas condiciones de trabajo de los docentes, dada la tiranía sindical que se opone a aceptar rutas de calidad y de reconocimiento del mérito de los maestros. Ello ha ocasionado, en gran medida, el surgimiento de la oferta privada, tanto a nivel primario, secundario y hasta universitario.

Este solo hecho demuestra también cómo en Colombia se han vulnerado sistemáticamente los derechos de niños y jóvenes de hogares de menor capacidad y cómo sus competencias empiezan a ser diferencial negativo en términos de actitudes, aptitudes y conocimientos desde muy temprana edad, hechos que repercuten en la no obtención de habilidades verbales lecto-escritoras y desconocimiento de nociones básicas en ciencias y en la estructura axiológica que debería acompañar el desempeño de los estudiantes sus diferentes niveles y ciclos formativos.

Bien vale reiterar mi invitación a la Asociación Sindical de Profesores Universitarios - ASPU, a la Federación Colombiana de Educadores - FECODE y a otros gremios sindicales de defensa de los derechos de los docentes, así como a los diferentes movimientos estudiantiles, para que se analice de fondo esta

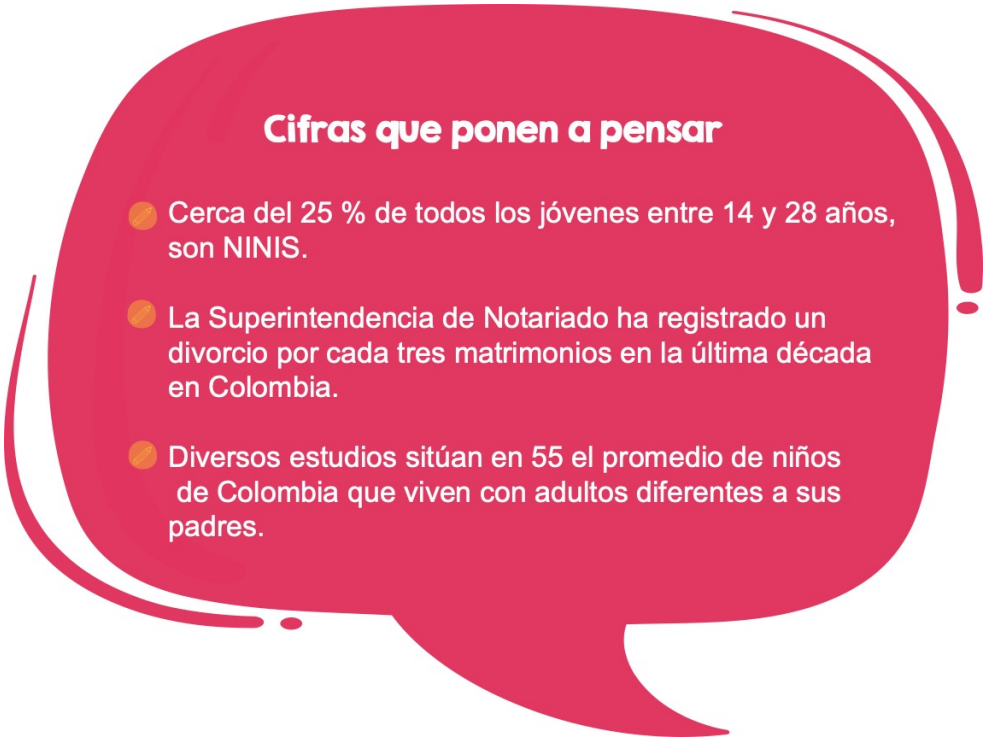
situación paquidérmica y no se siga cayendo en la trampa que generalmente se maneja para coartar cualquier posibilidad de transformación. Se requieren unas acciones colectivas profundas y duraderas, impulsadas por políticas que hagan de la educación colombiana un continuo de mejora con un mayor grado de inversiones, para que no solo se asignen recursos a las necesidades básicas de funcionamiento sino, especialmente y con el compromiso de los gobiernos, recursos para la inversión y el bienestar extendido a sus actores clave, docentes y estudiantes.

Quiero respetuosamente invitar a estos líderes sindicales a favorecer consensos y estrategias viables y de largo alcance que le quiten el freno de mano que posee el sector. Les invito a aprovechar oportunidades para cualificar el Magisterio en competencias novedosas para propiciar un mejoramiento continuo de sus actores de tal forma que esto, a su vez, les sea retribuido con mejor reconocimiento social, mayor remuneración, estabilidad y bienestar laboral promovidos desde el Estado.

En las instituciones de educación superior y universidades públicas, los líderes sindicales mezclan diversos propósitos para coadministrar lo académico, haciendo primar los intereses gremiales en la gestión universitaria. Un interés gremial contrario al bienestar solidario cuando se privilegian los beneficios de unos pocos y no los de toda la comunidad educativa.

Hay que concebir entonces una nueva política de educación, que ojalá dé paso a una nueva ley en la que se unifiquen en su secuencia y propósitos y se actualicen a las nuevas realidades del siglo XXI. Es una responsabilidad y deuda histórica que se tiene, con el país, en especial de los responsables de coadyuvar programas y estrategias para direccionar la transformación integral del sistema educativa.

4) **La crisis de la familia, por el abandono de sus estructuras nucleares y la influencia perversa de nuevos actores en grandes ámbitos de cobertura poblacional y geográfica desde las redes sociales.**



Desde la Conquista española, Colombia heredó los esquemas nucleares de la familia patriarcal, misma que hasta la segunda parte del siglo XX se caracterizó por ser numerosa en hijos. En esta, los roles masculino y femenino de los padres estaban muy definidos, incluso al punto de que se desconocía a veces la dignidad de la mujer.

El paso de diversos acontecimientos históricos, la Constitución de 1991, la violencia fratricida, los imaginarios y buenos-malos

ejemplos de los medios de comunicación, erróneas premisas sobre el rol del hombre y la mujer, la repudiable práctica del feminicidio, el aumento de la violencia de mujeres hacia hombres, y el reconocimiento constitucional del libre desarrollo de la personalidad, entre otras prácticas erróneas, revolvió la estructura familiar tradicional y legitimó la aparición y dispersión del concepto de familia (unifamiliar, nuclear, extensa, monoparental, multinúcleo, unipersonal, reconstituida, homoparental, de padres separados…[10]), sin debidas garantías jurídicas y sociales para su protección.

Si hoy el sistema educativo procurara una buena formación en valores facilitaría y promovería el reconocimiento, la armonía y el respeto de estas nuevas relaciones derivadas de la igualdad de género y del reconocimiento legal de la diversidad de expresiones sobre la identidad sexual, privilegiando la integridad del ser humano.

La institucionalidad educativa es clave en este propósito, pero con el pasar del tiempo esta ha ido perdiendo su protagonismo social, a tal punto que hoy tiene una escasa credibilidad y cedido mucho terreno ante otros actores, ahora llamados "influenciadores" o protagonistas en redes sociales, a quienes mayoritariamente

---

[10] Para el Observatorio de Políticas de Familia del Departamento Nacional de Planeación de Colombia, según el parentesco, la tipología de las familias se divide en hogares no familiares (unipersonales y sin núcleo), y hogares familiares (nucleares -pareja con o sin hijos-, extensos -nuclear y otros parientes-, compuestos -nuclear con otros no parientes- y sin núcleo primario de relación, pero con parentesco). También se identifican los monoparentales o biparentales (uno o ambos cónyuges), de jefatura masculina o femenina, homosexuales y heterosexuales y con o sin hijos.

niños y jóvenes les creen más que a sus propios docentes. Esta actividad virtual en las redes (constituida en una pseudo profesión que cada vez quieren "estudiar" más jóvenes) permite una riesgosa comunicación hacia los jóvenes de "zonas oscuras", cuyos parámetros dinámicos y escasamente regulados marcan tendencias que ellos siguen, sin un claro control social y sin mayor conocimiento de las familias en un contexto que luego los transforma como nuevos sujetos asociales influenciados por intereses de terceros, que solo buscan negocio, fama y popularidad.

Estos problemas no son ajenos a gran parte de la población colombiana, en sus más diversas expresiones, regiones, edades y condiciones culturales. Por ejemplo, es preocupante el caso de los famosos NINIS (así llamados los jóvenes que ni trabajan ni estudian). A la mayoría de estos parece poco importarles su rol social; su nacimiento y su desarrollo en entornos susceptibles y altamente sensibles. Algunos influenciadores más "avanzados", incluso con estudios, han hallado posibilidades de supuestamente, sobresalir y destacar en sus entornos, recurriendo a prácticas politiqueras o al aprovechamiento de las formas, carentes de fondo, de las redes sociales, a través de las cuales, generalmente, difunden falacias, mal gusto y oprobio a la dignidad de quienes consideren sus rivales o enemigos.

En Colombia, aunque existen valiosos influenciadores que asumen una crítica constructiva y en algunos casos divertida acción reflexiva sobre nuestro acontecer nacional, también hay otros y otras que han distorsionado el fenómeno ya que lo ejercen para vanagloriase públicamente de su discurso atrevido, agresivo y especialmente irreverente. Mientras más ofensivo y desafiante de las normas, la falta de estas los potencia para volverles más

agresivos y populares mediáticamente. Estos farsantes comunicadores reciben dadivas por difamar, ante una audiencia que se les postra con *likes* a sus cuentas de red o puntos de rating. Son auto considerados una especie de "nuevos héroes", "senséis de programas de opinión" que, con un medio digital de amplia difusión, pero sin pruebas de rigor ni argumentos sólidos, se consideran los nuevos jueces de la república y posan de ser gladiadores contra la corrupción, defensores de una decencia que no tienen, que declaran ser respetuosos de una justicia a la que buscan manipular con suspicaces y maquilladas denuncias, lenguajes que auspician nuevos moralismos que infringen, en una angustia mitómana por destruir propuestas o programas serios de transformación social. En fin, se creen ídolos mediáticos con una enorme superficialidad que triunfa sobre la exigencia de análisis serios y rigurosos evadiendo sin sonrojarse su responsabilidad de emitir juicios de manera objetiva.

El perfil de estas personas es muy diverso: desde aquellos cuasi analfabetas con mínima educación hasta aquellos con títulos de prestigiosas universidades. Pero eso no pareciera importar cuando prima, lamentablemente, el fin de lucro y de fama. Tristemente, esa corta mirada de su acción "profesional" los lleva a desinformar, a aumentar su egolatría y a pagar con la deshonra de otros para que se les rinda culto. Hoy, como nunca, cobra vigencia el adagio de que "la ignorancia es atrevida" de parte de quienes, como estos equivocados influenciadores buscan escalar socialmente sobre la dignidad de otros y la ignorancia de miles.

El problema no es solo del "ascenso social" de estos "creadores o acomodadores" de nuevas verdades, sino también de la falla del sistema educativo por su mínimo impacto, por no decir incapacidad, para generar formación axiológica y no dejar huella

sobre lo sustancial del análisis crítico de quienes pervierten los medios y redes de comunicación y de la falta de juicio por parte de quienes, por millones, los siguen y les creen ciegamente.

Buena parte del poder político en Colombia también es fruto ácido del escaso impacto educativo, pues de forma procaz este ejercicio sagrado de la democracia se envilece por quienes sin tomar en serio su responsabilidad de generar y de desarrollar políticas de Estado que den respuestas sociales efectivas que rompan ese círculo vicioso heredado de antaño, son dirigentes de barro sin nuevas expresiones frente a las problemáticas que nos acompañan también desde siempre.

La genuina Colombianitud no puede permitirse ver alterados sus valores de convivencia por prácticas que buscan cuestionar todo lo existente sin un reconocer los valores esenciales de la familia colombiana, como cuna de paz, de ejemplo social y de motivación personal y profesional.

La evolución de la sociedad colombiana requiere urgentemente determinar nuevas concepciones, identidades y valores de la cotidianidad en el marco de la denominada "globalización del consumo". Una sociedad en la que las necesidades personales y colectivas han ido variando en sus órdenes de prioridad con respecto a lo que, hace ya varias décadas, estableció Abraham Maslow (1943), como escala de necesidades, y en donde la tecnología ha cobrado un valor inusitado para saberla identificar como herramienta y no para crear dependencias insulsas – se requiere de ella para caminar hacia las demandas y necesidades formativas en la nueva "sociedad planetaria", definida visionariamente por Edgar Morin.

5) El hegemónico y soterrado machismo, frente a la lenta evolución en las oportunidades igualitarias de género

Cifras que ponen a pensar

- En 2022 en Colombia se presentaron, en promedio, 10 feminicidios cada semana
- Mientras que en el Estado se busca una paridad en altos cargos públicos, entre hombres y mujeres, en el sector privado éstas sólo llegan al 20%
- En promedio, las mujeres reciben entre un 5 y 10 % menos de salario que los hombres

Directamente relacionado con el resquebrajamiento de la unidad familiar aparece y se mantiene el machismo, como una de las más explícitas formas de irrespeto y desconocimiento de la dignidad de la mujer. El machismo se expresa en maltrato verbal y físico, indiferencia, obligatoria sumisión, abuso, violencia sexual e incapacidad de diálogo.

A pesar de los avances sociales para garantizarle a la mujer sus derechos igualitarios, estos quedan más en el discurso que en la práctica como consecuencia de que en Colombia, de manera soterrada, existe un hegemónico machismo que niega posibilidades reales a estas. Es también cierto que este mal se

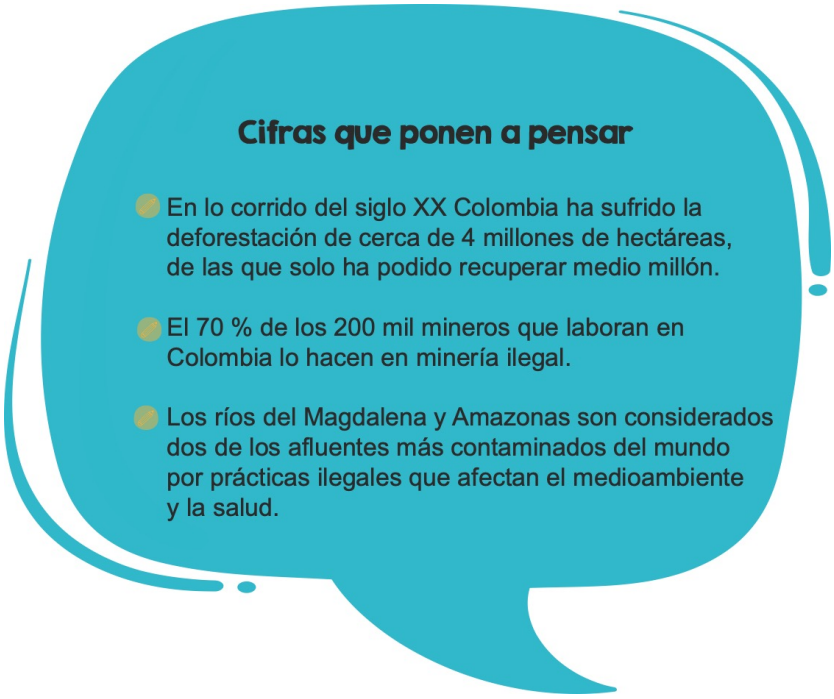
expande en el reconocimiento a sus debidos espacios de participación en la vida pública y privada a fin de lograr las mismas condiciones dadas a los hombres.

Es claro que la familia de hoy no es la misma de otrora y que los cambios fundamentales en su composición han afectado fundamentalmente a las mujeres, quienes deben multiplicarse para atender la familia, el trabajo productivo y su propia promoción educativa.

En el fondo, el machismo es una expresión del desconocimiento histórico de la dignidad personal, del dominio como una forma de justificar la ausencia del respeto, del diálogo y de la incapacidad de reconocer a las mujeres su valiosa condición de ser humano, persona y sujeto de deberes y derechos igualitarios.

Como describí en el *ítem* anterior, la nueva composición familiar y las nuevas estructuras familiares han modificado los patrones tradicionales. El tamaño de las familias se redujo, los valores culturales en torno a la mujer también han cambiado, la religión como eje articulador de la familia ha cedido espacio a otras creencias, cada vez se denomina familia a expresiones grupales de la más diversa complejidad (sin contar los hogares unipersonales) y el juego de roles, responsabilidades y aportes en gastos, crianza, cuidado y sostenimiento del hogar no siguen un patrón definido.

6) **La depredación de las riquezas naturales, como resultado del crecimiento exponencial de negocios ilícitos en sectores de la agricultura, la ganadería y la extracción del subsuelo por la minería ilegal**



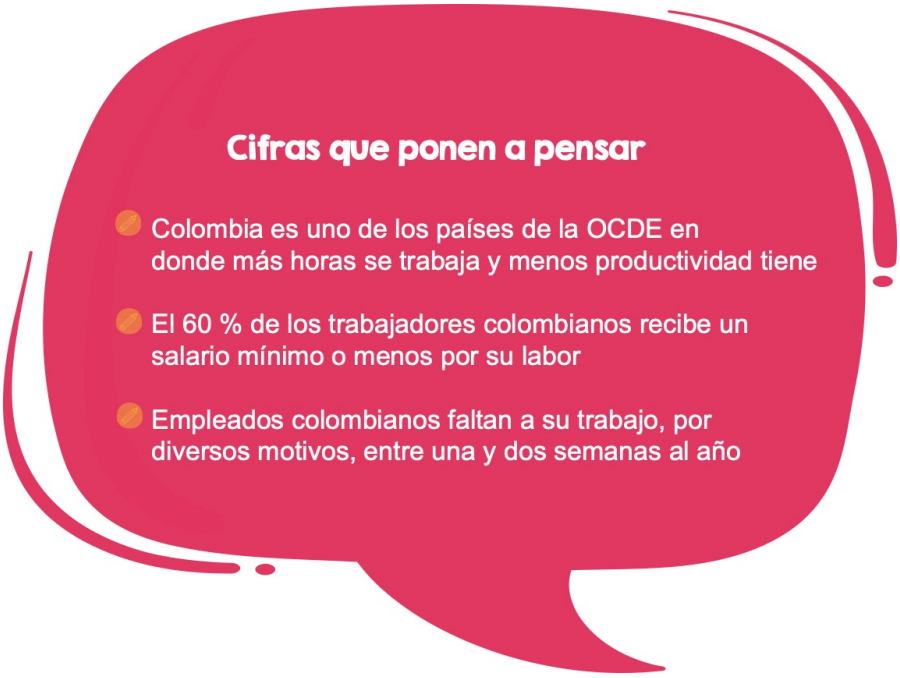
Colombia aún no da el paso firme en la constitución y gestión de políticas de Estado que impidan, de tajo, la defensa de nuestros recursos naturales y de la biodiversidad y riqueza del subsuelo, y que se han convertido en objeto de explotación de parte de las mafias y de grandes capitales.

Ello ocurre desde hace décadas y se da ante los ojos y oídos, misteriosamente ciegos y sordos, de varias administraciones públicas nacionales y locales que, pese a existir estructuras jurídicas y de control para evitar la depredación de nuestra amplia y diversa riqueza natural, sencillamente no actúan. Aunque hay un

Ministerio del Medio Ambiente, secretarías departamentales y corporaciones autónomas regionales (CAR), creadas y regladas para esos propósitos, Colombia sigue sufriendo la permanente degradación en su sostenibilidad ambiental, en el crecimiento exponencial de negocios ilícitos en sectores como la agricultura, la ganadería, la extracción de los subsuelos, la minería ilegal, la deforestación sin límites de zonas protegidas y de parques nacionales.

Lo que podría ser una importante acción de integración territorial, para crear beneficios y condiciones de mejor y mayor crecimiento económico en regiones y territorios desprotegidos, ha resultado contrario y erróneo a la garantía de existencia y perdurabilidad de microsistemas con amplia biodiversidad, que tristemente son arrasados por esa ambición que promueve técnicas artesanales como la tala de árboles y la minería antitécnica, ilegal y desaforada que desequilibran el desarrollo ecológico de micro territorios abandonados a su suerte por el Estado.

7) El trabajo informal improductivo, generador de desigualdades y cuya herencia desazona a las generaciones



Si el presente análisis se enfoca en la *Colombianitud*, es importante hablar de una de las principales características de esta expresión que define al ser colombiano como una "persona de bien": Su gran capacidad para trabajar con calidez y calidad en cualquier ámbito, profesión, disciplina u oficio. No obstante, el contexto de trabajos formales inestables y mal remunerados o informales, sin seguridad alguna, generan una estática social sin precedentes que alteran el bienestar individual y colectivo como requisito básico para la expresión referida.

Y es que el trabajo debería ser una de las fuentes de mayor bienestar y realización personal. Al fin y al cabo, dedicamos cerca de una tercera parte de la vida diaria en él. El trabajo debe ser una fuente de satisfacción personal y no lo contrario. Sus malas

condiciones, exigencias desmedidas o mínima remuneración alteran la tranquilidad propia de cualquier persona, que siente violentada su dignidad.

Cuando los jóvenes se preparan y quieren hacer el mejor trabajo generalmente encuentran tres encrucijadas: a) laborar y sentirse feliz y realizado con ello; b) sentirse frustrados en el trabajo tras el paso del tiempo sin que las expectativas se concreten y, por el contrario, se traduzcan en frustraciones; y c) la encrucijada que es la peor de no hallar trabajo que permita la subsistencia y la realización.

Parte de esta responsabilidad no solo recae en el sistema social y económico del país y la ausencia de políticas de incentivo aptas para el trabajo (seguridad jurídica para las empresas, protección a su patrimonio, incentivos por contratación…), sino también en las propias empresas u organizaciones jerárquicas ineficaces en sus formas de gobierno y obstinadas en no cambiar la ortodoxia de sus fundadores, que acertaron en su época pero que los paradigmas de dirección no se aplican a la actualidad. La manida frase de "*aquí siempre se ha hecho así*" es la puerta de entrada para la desmotivación, rutina y baja productividad.

Pocas veces reflexionamos sobre el trabajo que hacemos, especialmente cuando creemos que el trabajo se debe hacer por cumplir, cuando no para sobrevivir. Esto determina resultados incompletos e irrelevantes, especialmente en organizaciones que no se atreven a tomar decisiones esenciales de cambios y de reingeniería. Aplazar decisiones es el camino a la desaparición.

De otro lado, la improductividad se atenúa cuando se incrementan los procesos por falta de rigurosidad y de atención al detalle, convirtiéndolos en reprocesos, o -también- cuando

muchos jefes creen que para asumir las nuevas tareas se requiere ampliar injustificadamente la nómina, con lo que más personas terminan haciendo menos actividades con más impacto para la empresa y menos desafíos profesionales para los propios empleados. Esto también incide en la propia frustración de muchos directivos, que no se esfuerzan en aprender y en desarrollar nuevas competencias.

La verdadera movilidad social y educativa, como vía hacia la igualdad de oportunidades, se da cuando las economías crean oportunidades de trabajo digno y las sociedades destinan sus impuestos para satisfacer las necesidades básicas de todos sus habitantes.

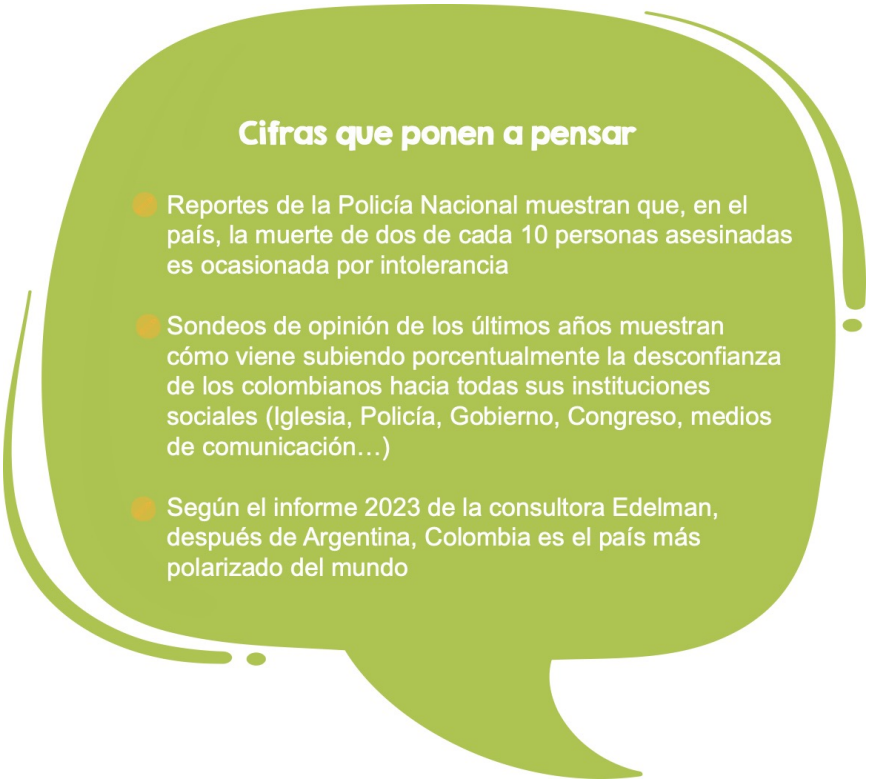
Estas deberían ser las banderas de quienes quieran asumir seriamente la conducción y dirección del Estado colombiano, proponiendo políticas sociales y económicas bajo el principio de igualdad como un primer ejemplo de una visión de gobierno basada en la moral y la ética ciudadana. Así, el orden social se convertiría por primera vez en nuestra historia, en un elemento ético inalienable e irremplazable que fomente el orden comunitario y la disciplina social y deje atrás las reprochables prácticas corruptas del manejo del pecunio público y del presupuesto de la nación.

Se requieren cambios en buena parte de las empresas no solo en los procesos de motivación de sus directivos, sino también del arrojo para cambiar paradigmas (superar las rutas ortodoxas). Si las organizaciones de hoy fueran capaces de construir nuevos derroteros con una clara visión de futuro, si se permiten evaluar críticamente aquello que no les funciona o no les preocupa, encontrarán que existen múltiples caminos alternativos de

mejora. Para ampliar esta temática les invito a leer mi libro *TIP (Trabajo Inteligente Productivo)*.



8) Los prejuicios, como un actuar basado en la desconfianza, el miedo, el resentimiento y la envidia.



La ausencia de una educación fundada en los valores, en el respeto a la diferencia, en el reconocimiento de las potencialidades del otro y en la importancia y necesidad de la articulación social como fundamento para el progreso comunitario, han llevado a que, como una forma de diferenciarse de los demás, gran parte de la población colombiana asuma que la descalificación, el juzgamiento sin pruebas, las erróneas creencias y el dejarse influenciar insulsamente con la opinión sectaria, descalificadora, burlona y fundada en falsas premisas, constituyen un práctico camino para sentirse bien, de "mejor

familia" como acostumbramos a decir, y sentir que al descalificar al otro nos estamos evaluando positivamente.

Ese actuar prejuiciado, es decir, sin fundamento racional, sin pruebas y sin siquiera dar la posibilidad de conocer, de estudiar y de analizar actuaciones, opiniones y gustos de los demás, alimenta la peligrosa polarización de la sociedad que cada día nos aleja de espacios de concertación y de diálogo. Asumir que las cosas son buenas o malas, *per se;* que si no está conmigo se está contra mí; que si no comparten mis opiniones, gustos o votos, los otros están equivocados, van por mal camino o, sencillamente, son malas personas, constituye una preocupante expresión de una sociedad en donde la educación ha sido usada para llenar de textos, pero no para dar contexto; para trabajar materias desagregadas pero no articuladas; para promover opiniones impuestas y no razonadas; y para hacer una errónea valoración del hacer y del tener, por sobre el ser y el pertenecer.

Cualquier sociedad que base la valoración de sus personas en lo que estas tienen (dinero, estudios, propiedades, tierras, relaciones, amigos...) está condenada a una feroz y subjetiva competencia social basada en la comparación, la humillación y el sentimiento de crítica humillante. El arribismo es la expresión de un materialismo, antagónico del espíritu de reconocimiento de la dignidad de cualquier miembro de la sociedad.

Ese pensamiento basado en prejuicios limita la capacidad de aprender de los demás, de romper los límites de la ignorancia, de ver más allá, de ser humilde y de reconocer los errores y ser generoso y valorar el pensamiento y aportes de los demás. Muchos de esos prejuicios son herencia del propio sistema educativo, que mal enseñó que, más allá de las diferencias de color de piel, de contexto económico o de bando político, los

blancos difícilmente pueden desarrollar convivencia con los negros, los ricos con los pobres, los del norte con los del sur, los colombianos con los venezolanos, los liberales (que en el siglo XIX iban a misa a las cinco de la mañana) con los conservadores (que iban a misa a las doce del día), los creyentes con los ateos, los de un equipo de fútbol con respecto a los de otro conjunto deportivo, o los homosexuales con los heterosexuales, entre otras múltiples situaciones.

Todo esto conlleva a la desconfianza, que elimina la posibilidad de crecer juntos, de trabajar en equipo y de aprender de los demás.

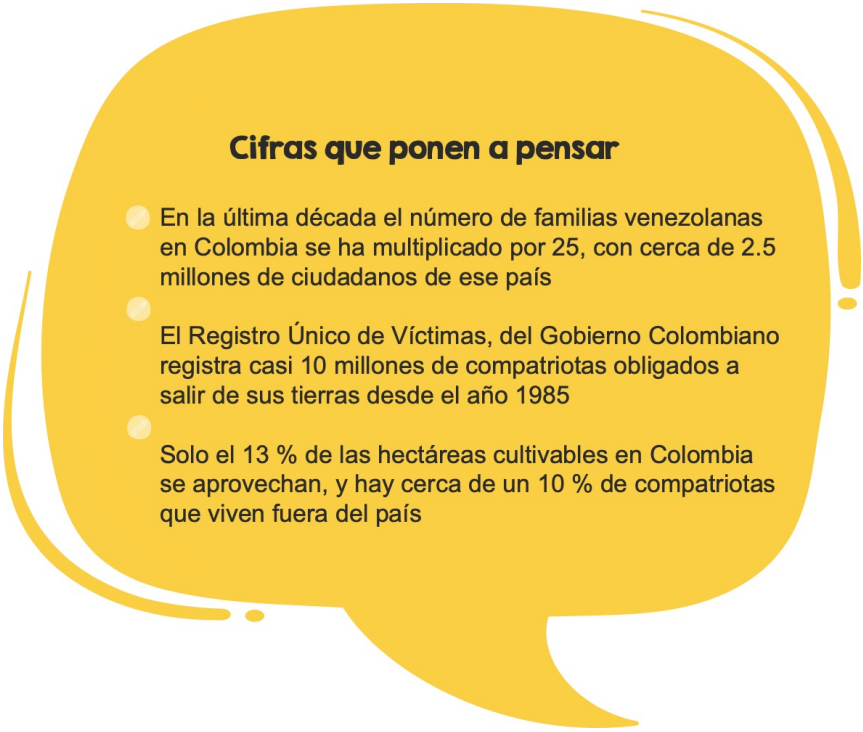
Y también conlleva a asumir como verdades, sin fundamento, estereotipos y generalizaciones, creados por la tradición, por los medios o por hechos sin la debida contrastación, que afectan negativamente la opinión pública y la buena imagen. Que Colombia es un país inseguro, que "todos" los policías, sacerdotes, políticos, taxistas.… son malas personas, que la malicia indígena (esa capacidad para saltarse la norma hábilmente haciéndose pasar por hábil y no por incorrecto o ilegal) es un "don" de los colombianos…

El prejuicio es el fundamento de la discriminación, y parte de una premisa lógica contradictoria en sí misma: quien prejuzga parece desconocer que él también es objeto de prejuicio y de discriminación, y que solo la eliminación de la desconfianza y de las falsas superioridades étnica, social, moral, económica, académica, política, e imaginaria… son el camino para la concertación, la convivencia, el diálogo, la tolerancia y, en el fondo, la paz.

Los dirigentes, los medios de comunicación, los padres de familia y el sistema educativo, deben asumir la responsabilidad de esto,

porque la calidez de la *Colombianitud* no puede contagiarse por la mal llamada malicia indígena, por el prejuzgamiento, el avivamiento sin sentido y la creencia de que el crecimiento personal, laboral y familiar solo es posible con el decrecimiento de los demás.

9) Las migraciones y el desarraigo territorial de los no escuchados ni reconocidos



Fenómenos como la migración del campo a las ciudades y la creciente urbanización aceleraron la transición demográfica, particularmente desde mediados del siglo pasado, como consecuencia del inicio de la radicalización de la violencia partidista y guerrillera y los primeros indicios de industrialización del país. Esto, indirectamente, incidió en la reducción del promedio de número de hijos, también por las políticas de

restricción demográfica (planificación, contraria al paradigma católico), inestabilidad laboral por las no extendidas seguridades contractuales de los empleados y, fundamentalmente, por la reivindicación del rol de la mujer como protagonista fundamental en el escenario social y productivo, que la llevó a estar menos tiempo en casa, a replantear la forma como se acompañaba la crianza de los hijos y a buscar oportunidades de cualificación educativa.

Así, las familias cada vez vienen haciéndose más pequeñas, y las personas más solitarias. La proletarización o el paso de una economía agraria de sustento propio a labores de trabajo, generalmente mal pago y sin las debidas seguridades, en precarias condiciones en las ciudades fueron fragmentando a los hogares. Las madres, desacostumbradas a laborar fuera de la casa, debieron ausentarse de estas para emplearse, al igual que los hombres y los hijos poco a poco se fueron alejando de sus hogares, bien por la necesidad de buscar otras alternativas, de en el caso de los hombres ir a prestar el servicio militar o, incluso, para escaparse del obligatorio reclutamiento de grupos armados ilegales.

Entre tanto, las tierras fueron adquiriendo un poder estratégico, tanto para políticos como para criminales. Mientras las ciudades se fueron llenando de pobladores, los campos se fueron desocupando. El conflicto interno entre el Estado y sus fuerzas armadas y la delincuencia, especialmente representada en grupos guerrilleros (que paradójicamente tenían en su proclama ideológica una pretendida reforma agraria), se acompañó de acciones de corrupción (titulaciones ilegales de tierra, procesos ficticios de compra y venta) e inacción del Gobierno, a tal punto que criminales terminaron como dueños de miles de hectáreas

que antes servían de hábitats de cientos de miles de familias campesinas colombianas.

Así, la migración en Colombia no ha sido producto de caravanas intencionadas de compatriotas convencidos de buscar una prometida mejor tierra, sino del abandono, no planeado y con amenazas de muerte encima, de compatriotas que para salvar sus vidas, prefirieron dejar de mirar atrás e intentar nuevos rumbos en otras tierras, mientras que guerrilleros, terratenientes, políticos corruptos, grandes monopolios, cultivadores y procesadores de droga, mineros ilegales, actores del abigeato, usureros y prestamistas, entre otros, se adueñaban de lo que nunca habían trabajado.

Entre ese grupo de no escuchados ni reconocidos, tristemente debe incluirse a pobladores indígenas y afros que, más allá de sus pequeños reductos sociales, no han tenido la ocasión de vivir plenamente su condición de habitantes de esta patria, con todos los derechos y deberes que constitucionalmente les son propios. Incluso, aunque no representan una población migrante, tristemente sí han sido desplazados de escenarios sociales y vistos como una especie de gueto, los discapacitados físicos, quienes tienen disfunción en sus órganos vitales y hasta hace muy poco, quienes han expresado su sexualidad de una forma distinta a la tradicionalmente acostumbrada. Todos estos han tenido que "migrar" dentro del mismo espacio social de la mayoría, para evitar ser vapuleados, humillados e ignorados en su personalidad.

La migración forzada, violenta y no planificada, ha ocasionado sobrepoblación en grandes ciudades, aumento en la demanda laboral y, en consecuencia, la disminución de los ingresos, la concentración de miles de personas en la periferia de las ciudades con pésimas condiciones de calidad de vida, de servicios públicos,

infraestructura digna de vivienda, escasos subsidios sociales y mínimas condiciones de educación para los estudiantes. El fenómeno del desplazamiento obligado por muy diversas circunstancias lleva a que las nuevas generaciones crezcan lejos de sus tierras de origen, vivan en muy diversas circunstancias (arrimados, subsidiados, y en condiciones, muchas veces, de extrema pobreza), porque han sido desplazados por maquinaciones jurídicas, violencia, conflicto armado, y hasta por la desatención del Estado ante inclementes condiciones de la naturaleza (movimientos sísmicos, inundaciones…)

Sin residencia fija, ni estabilidad en ningún aspecto, la educación pierde sentido de contexto, apropiación y utilidad para las familias. Si la educación no genera optimismo o proyección, aterrizada de vida, la simple titulación o certificación de estudios termina siendo un requisito sin sentido en el sistema educativo.

Sea cual sea la condición de los migrantes, de un país a otro, de un departamento a otro o, incluso en una misma región, genera insatisfacción familiar, frustración personal, angustia existencial y desesperanza de patria. El migrante pierde confianza en sí mismo, en lo que aprendió en la vida y en las promesas gubernamentales sobre mejores condiciones de existencia.

Promesas y promesas de los múltiples candidatos presidenciales de las últimas décadas han girado en torno de "salir de la pobreza" mientras que los Gobiernos, en cabeza de esos mismos candidatos, no han sido capaces de encontrar las fórmulas efectivas y suficientes para superar este fenómeno, así como tampoco de encauzar los recursos (en vez de desviarlos hacia la corrupción) que bien podrían destinarse para mejorar la calidad de vida de estos compatriotas que se hallan en alto riesgo de sufrir

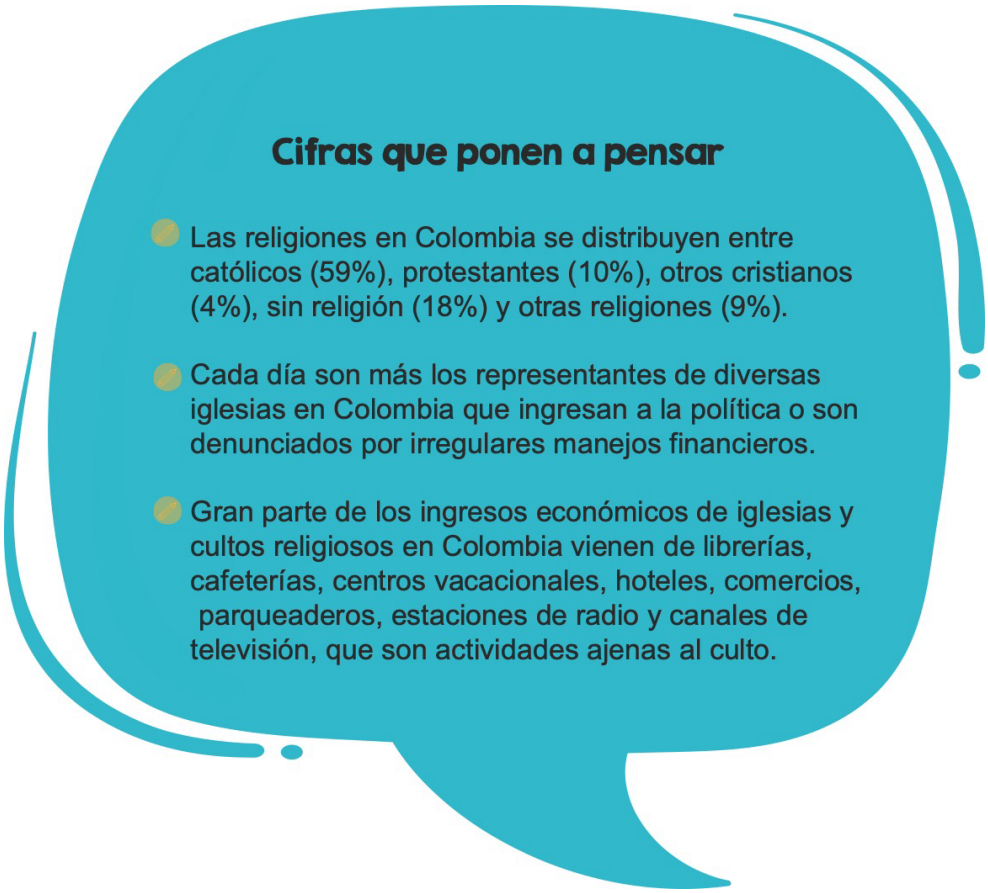
deterioro material de sus miserables hábitats y en su salud, por las extremas condiciones de insalubridad y de hambre.

Entre tanto el Estado ha actuado de forma impávida ante este fenómeno. No solo el drama de los colombianos fuera de sus tierras, sino de los venezolanos que han llegado en número indeterminado a todas las regiones del país y de otros países, dada una compleja situación política y social de ese país. Paradójicamente, en vez de ver en todos estos miles de connacionales y extranjeros a familias que necesitan integración y proyecto de vida, muchos de ellos con importantes habilidades laborales y en muchos casos personas ya con altos niveles de cualificación, que pueden ser debidamente ubicados en el sector productivo para impulsar la productividad nacional, grandes segmentos de la población ejercen una peligrosa xenofobia (hacia los venezolanos) y repulsión a los propios compatriotas, lo que confirma la presencia de prejuicios sin fundamento, contribuyendo también a la peligrosa polarización social.

Como la educación es una réplica del pensar de los "adultos" y de los generadores de política pública, esos prejuicios, inasistencia e insensibilidad social se han transmitido en los cánones de formación de las escuelas y los colegios. Como los padres tampoco, en su mayoría, lo hacen, los niños y jóvenes desconocen las más elementales prácticas de solidaridad y de bienestar extendido. Dar la mano, compartir alimento, enseñar y aprender de los necesitados y, en términos coloquiales tradicionales, ejemplificar que "donde comen dos comen tres", son prácticas elementales de la vida digna que tenemos la corresponsabilidad social de transmitir a las nuevas generaciones. Cuando ello pase, las siguientes generaciones de políticos, estadistas, técnicos, empresarios y dirigentes, identificarán gracias al ejemplo y la

buena educación que no hay política pública exitosa si esta desconoce los derechos y la humanidad de cualquier habitante del territorio.

10) La escasa credibilidad en los diversos dogmas de una religiosidad inoperante



Colombia pasó de ser una nación ferviente y devotamente católica, a una nación multi diversa en lo religioso. El monopolio de la Iglesia Católica cedió pasó a cientos de movimientos e iglesias derivadas especialmente del protestantismo y

cristianismo, así como de agnósticos, dejando al catolicismo con una fuerte reducción en su influencia en pocos años[11].

Este fenómeno confirma la sintomatología de una sociedad que busca muy diversos caminos para intentar encontrarse a sí misma. Desde la entrega de instituciones muy diversas al "Dios todopoderoso" hasta fenómenos sociológicamente complejos como, por ejemplo, el de muchos jóvenes en condición de vulnerabilidad que rezan a la Virgen para que *"salga bien su vuelta"* como sicario. Es un mundo convulsionado en ideales y creencias religiosas, muchas de las cuales intentan desde lo dogmático explicar la crisis social, pese a que muchas prácticas religiosas cuestionan y no dan espacio para la reflexión sobre la conducta de una juventud que busca reivindicar derechos.

También es lamentable ver cómo muchos de estos "pastores de almas" usan el escenario religioso para desarrollar sus aspiraciones políticas, con recursos y con la ingenuidad de sus seguidores. Muestran posturas hegemónicas sobre el devenir de almas y de espíritus provenientes de una condición humana, aun perversamente ignorante, que se inclina en millones de casos a entrelazase con estas teologías no evolucionadas.

---

[11] La Constitución Política de 1886, consagraba que (Art. 38) *"la Religión Católica, Apostólica, Romana, es la de la Nación; los Poderes públicos la protegerán y harán que sea respetada como esencial elemento del orden social. Se entiende que la Iglesia Católica no es ni será oficial, y conservará su independencia"*. Esto fue radicalmente cambiado en la Constitución de 1991 (vigente), que definió que (art. 19) *"se garantiza la libertad de cultos. Toda persona tiene derecho a profesar libremente su religión y a difundirla en forma individual o colectiva. Todas las confesiones religiosas e iglesias son igualmente libres ante la ley"*.

Socialmente aún no es visible en Colombia una acción religiosa que se identifique como aliada para superar, de manera decidida, las grandes brechas sociales y económicas que soportan quienes sobreviven en medio de miserias espirituales, de violencias múltiples y de carencias materiales.

Tanto en la Colonia como en la República, la Iglesia Católica sirvió de soporte al sistema social y político aquí descrito y cuestionado. El púlpito, la confesión y las normas, mezcladas en las costumbres, sirvieron para heredar limitaciones y una mentalidad acrítica en la institución educativa.

El rechazo a estas conductas se dio como reacción, pero con mínimos fundamentos. Los escenarios ideológicos de los partidos políticos Liberal y Conservador marcó unas diferencias más de forma que de fondo. Ambos dieron privilegios a la Iglesia Católica para que fungiera como líder de la educación primaria y secundaria de cientos de generaciones.

Las aparentes posturas y lógicas de los dos partidos mencionados tenían un común denominador en torno a lo ideológico: el respeto hacia las élites que detentaban el poder civil, incluida la Iglesia, formadora de las clases sociales. Tristemente la relación Iglesia y Estado durante tantas décadas frenó de manera dramática las opciones de una real consolidación social democrática.

Concluyo este capítulo señalando cómo la inequidad educativa conlleva a la inequidad social; esto es, a la menor garantía de calidad y de pertinencia de jóvenes y niños campesinos y de trabajadores atrapados en un círculo vicioso que segrega desde muy temprano la esperanza de un mejor futuro.

"Ignorancia" **es el factor común presente en los 10 flagelos enumerados**. Esto ha repercutido en el incremento en las tasas de

mortalidad y de criminalidad que durante generaciones han acompañado a Colombia y que han deteriorado el bienestar y la paz de regiones enteras, sin seguridad y con deficiente educación.

Capítulo 6

La educación desarraigada y sembrada para ser dependiente y mendicante

La visible ausencia del Estado para garantizar una buena educación nos debe invitar a reconsiderar bajo una óptica de costo-beneficio social, cómo sería de útil medir la ineficiencia acumulada de la institucionalidad educativa pública colombiana en todos sus ciclos y niveles, así como de sus impactos logrados en la formación integral de generaciones completas. Planteo una quinta hipótesis para que de acuerdo con este indicador usted amable lector la falsee o verifique.

Quinta hipótesis: La escasa atención histórica al sector educativo permite entender por qué la educación es coautora y responsable estructural de múltiples circunstancias adversas a la conciencia social y al aporte al desarrollo científico y tecnológico del país. Su nivel de desarrollo es directamente proporcional a su rezago en la implementación de diversos modelos de educación apropiada y pertinente.

Pese a las más de dos centurias de experiencias y conflictos, el mérito alcanzado por el esfuerzo personal y promovido por el sistema educativo sigue siendo un vector generalmente desconocido como factor de positiva diferenciación social. Dicha "normalidad institucional" ha cedido ante la facilista mediocridad del poder que se le confiere en su autonomía para ser la forjadora del pensamiento analítico y crítico de nuestra sociedad. Ello ha contribuido, salvo contadas excepciones, gracias a educadores e instituciones de valiosa postura social, incluyente e innovadora visión e importante evolución para transformar la pasividad e inercia de la educación, especialmente pública, que enfrenta una realidad mendicante y mediocre.

La falta de la educación deseada y necesaria se ha ido aplazando en su responsabilidad de fortalecer el desarrollo de nuestra identidad nacional. Dicha educación ha estado ausente

especialmente en aquellos territorios y comunidades que reclaman tener una representatividad para ejercer el valor de su riqueza cultural y étnica. Por el "ejemplo" recibido y las conductas derivadas, buena parte de nuestros gobiernos de todas las épocas y órdenes territoriales han negado los privilegios que surgen de una buena educación para todos. Su interés se ha centrado en mantener el privilegio de la buena educación para unos pocos, casi siempre por no decir siempre, ubicados en torno de los Gobiernos nacionales, del orden centralista. Las poblaciones y regiones distantes del centro político, físico, administrativo y de poder, se han ido alimentando del virus de la desesperanza y de un individualismo belicoso, frustrando de paso los sueños y potencialidades de miles de inteligencias y de talentos desperdiciados en todo tipo de generaciones colombianas.

La mayoría de los dirigentes, por crasa ignorancia o escasa solidaridad, enajenaron buena parte de las riquezas de nuestro territorio con amañadas políticas y leyes que por inservibles son corruptas y que dieron paso a absurdos contratos con empresas de papel o multinacionales, que han comprometido por décadas, el bienestar de conciudadanos y sus posibilidades de progreso. En cambio, por ejemplo, diversos líderes de Europa central y del norte, de Asia y América del Norte, han privilegiado en sus sistemas educativos el mérito, la investigación que apunta a la resolución de problemas colectivos y la innovación que se convierte en aprovechamiento de oportunidades, a partir de premisas sociales como la autoridad, la disciplina común, y el derecho colectivo sobre el individual.

Muy variados estudios técnicos destacan cómo mejores condiciones de oportunidad y de calidad educativa facilitan el progreso económico y garantizan libertad para todos. Por el

contrario, en un país como Colombia se han dejado rezagados a millones que han consumido su existencia en una desesperanza aprendida, que nos hace sentir postrados frente a un Estado intolerante, casi siempre ineficaz, y que parece oponer sus fuerzas a los derechos fundamentales de nuestra verdaderamente magna Constitución Política.

Soy consciente que lo que digo, como autor y educador, suena altisonante para el *statu quo* educativo; este es un llamado a ejercer una conciencia crítica y una ética que promueva la coevaluación para buscar mejoras de fondo en el sistema educativo. Este ensayo es una invitación a no ver la gestión educativa como letra muerta, y a que esta sea transformada en fuente permanente de resultados concretos a favor de la movilidad social que solo puede otorgar la buena educación y el bienestar social.

En la tercera década del siglo XXI Colombia aún tiene, angustiosamente, un círculo social educativo perverso, heredado para la inercia de conquistadores y, hasta ahora por falta de políticas de un Estado que para el sector bien podría habernos marcado un rumbo efectivo si de forma sistemática nuestros presidentes hubiesen puesto el dedo en la llaga del cáncer que la carcome. Esto debe movernos a gestionarnos proactivamente como nación, en contraste con aquella patria inoperante que se sembró en épocas de la conquista, desde Cristóbal Colón pasando por Alonso de Ojeda, Pedro de Heredia, Sebastián de Belalcázar, o Jiménez de Quesada.

Si bien hoy existe una evolución mundial, sin precedentes, del conocimiento, y hay avances significativos en las pedagogías y tecnologías, estas últimas solo benefician a cierta parte de la humanidad. También hay que reconocer que si se logra una

debida orientación estas también sirven para cerrar las brechas que perviven en la sociedad global y que generan exclusión educativa y por ende social.

También hay que reconocer que muchas cosas han cambiado en diversos sectores con respecto a lo heredado desde la Conquista y la Colonia, pero en el sistema social y la educación colombiana se mantienen deudas porque la institucionalidad educativa, como un todo, ha sido incapaz de impactar para bien nuestra formación integral, y quienes deben desarrollarla no siempre son ejemplo para la armonía social.

No hemos podido descifrar totalmente cómo formar integral y de manera pertinente a las nuevas generaciones de docentes para así saludar, con honores, la formación de nuevos estudiantes que, se esperaría, sean los líderes y dirigentes de un mejor devenir de país.

Es en este contexto en donde los nuevos hijos de América del Sur, y en nuestro caso los colombianos y colombianas que nazcan y crezcan como nuevas generaciones, necesitan un contundente efecto motivador de su proceso formativo para alcanzar una clara convicción por cambiar el rumbo social con una sólida, pertinente, innovadora y cualificada educación.

Es ahora o nunca cuando debemos sembrar transformaciones radicales para considerarnos identitarios y orgullosos de un ser nacional que respete la diversidad a favor del bienestar extendido.

La autocrítica es sana cuando de ella se desprenden aprendizajes como el que aquí propongo: nos hemos construido de forma desigual como una sociedad afianzada en un Estado centralista, y hemos trasladado desequilibrios a las comunidades regionales a

las que no les otorgamos valor al momento de distribuir los recursos y potencialidades del Estado.

Cada vez se siente más la ausencia de un Estado comprometido. Hasta hoy, en sumatoria, la buena educación para la más lejanas y pobres regiones y comunidades ha sido esquiva para entregar el fruto de sus beneficios y que, a la vez abandonadas a su suerte, le arrebatan oportunidades a niños y jóvenes que nacen fuera del epicentro de las grandes o medianas ciudades, mientras los medios de información registran periódicamente los resultados del fracaso en pruebas internacionales sobre el rendimiento académico. También vemos cómo los bienes idiosincráticos y las culturas propias se esfuman por el desinterés educativo en las nuevas generaciones. Entre tanto, la corrupción se roba los recursos destinados para tender redes de servicios públicos, la alimentación escolar, la salud, el trabajo digno y la cualificación por merito a nuestros docentes.

Es esta Colombia la que nos debe retar, porque nos hemos acostumbrado a observarla pasivamente, no basta con que nos digan que el presupuesto para el sector es el mayor que se aplica en el Estado y el Gobierno de turno, si la propia educación como institucionalidad diversa no asume su autocrítica y su propia transformación. Más recursos sí, pero con reingeniería profunda del sector. De lo contrario, seguiremos viendo incrementar presupuestos en proporcionalidad a gastos de funcionamiento, pero con bajos impactos en calidad y pertinencia y como quien olvida pronto siempre se dirá que los recursos para el paquidérmico elefante nunca alcanzarán para saciar su hambre.

Dicha inconsciencia nos ha hecho repetir errores sin haber podido resolver preguntas profundas que, por no haberse formulado ni resuelto en su momento, nos acostumbraron a convivir con la

urgencia de cada día y no a atender con soluciones de fondo los problemas estructurales.

Tal vez por todo ello es por lo que aún no hemos sido capaces de crear y de favorecer un sistema social pertinente, donde la educación se atreva a romper su resistencia al cambio y fomente la innovación; que procure formación pertinente para un desarrollo económico equitativo, una libertad política dialógica y una expansión cultural desde el precepto de una educación para todos; que libere las vetas creativas de las mentes; que fortalezca los talentos, y que refrende el valor de una educación pertinente.

Como bien lo han escrito diversos noveles historiadores, las equivocaciones más profundas en el relato de nuestra historia nacen en las contradicciones heredadas sobre la concepción que tenemos de nuestros ancestros y de su reacción a las imposiciones del imperio español en la Conquista y la Colonia.

Aún poseemos un falso cuadro de la singular pasividad e ingenuidad de los indígenas que nos antecedieron dibujado por el llamado "despotismo ilustrado", promovido por el reinado español y sus representantes en tierras americanas. Incluso, aún recitamos tal cual a algunos de quienes nos enseñaron el lamento sobre ese hecho histórico por lo que muchos consideran que nuestro devenir siempre fue, es y será la retaguardia para construir una verdadera visión de futuro, donde la cartografía de nuestros territorios, y no su geografía, nos permita determinar más allá del esplendor de nuestra riqueza natural y lo prodigioso de nuestras tierras y de sus frutos, la inteligencia de nuestra gente y sus talentos, ya que el entorno lo podremos aliar a nuestro sueño de una nación feliz y equitativa.

Ello podría pasar si surgen políticas claras, basadas en la argumentación derivada de la gestión del conocimiento y de la aplicación de nuevas pedagogías, así como del uso intensivo y axiológico de las tecnologías de manera más pertinente, eficiente, con una apuesta por una regionalización que atienda oportunidades múltiples en este país diverso y multicultural.

Insisto en que es hora de consolidar estos propósitos en las regiones más abandonadas, priorizándolas en las agendas políticas y educativas y sin tanta retórica, para encontrar el equilibrio cuando se pueda erradicar de estas la exclusión y la inequidad. Un esfuerzo concertado entre gobiernos locales y territoriales con el nacional constituiría un primer gran paso para acabar la fragmentación social educativa.

No olvidemos que buena parte de nuestra problemática estructural es fruto, entre otros aspectos, de nuestra inoperante educación reducida a su mínima expresión por la fragmentación geográfica, por las distancias físicas y por la ausencia de infraestructuras dignas en lo físico arquitectónico y coherentes en lo tecno pedagógico. Requerimos rutas de cualificación pedagógica docente y de ofertas formativas diversas y pertinentes para todo tipo de población estudiantil con ayuda de infraestructuras tecnológicas versátiles, claves para llegar a poblaciones de todos los puntos cardinales. Es menester, también, reconocernos para priorizar oportunidades y problemas derivados, de la ausencia y de fallas en servicios como electricidad, agua potable, telefonía, y estructuras sanitarias.

No más quejas de vanas palabras sobre quienes siguen vulnerado los derechos fundamentales. Eso sí, más acciones estratégicas para afianzar los derechos que nos entregó la sabia Constitución

Política de 1991 en cuanto a equidad frente oportunidades de trabajo, educación y salud, entre otras.

Como sociedad, nos hemos acostumbrado a la excusa por persistir en el entusiasmo de un discurso activista que denuncia hace décadas, el abandono del sector. Un discurso acompañado de la elección de ligeros dirigentes en su manera de visibilizar el país y en su irresponsable forma de no reafirmar voluntades por su incapacidad ética para actuar eficientemente y gestionar debidamente los recursos. El incumplimiento periódico de programas de gobierno local, territorial o nacional, en medio de controversias desgastantes, ha permitido aplazar para siempre el cumplimiento de las metas fijadas que se ocultan luego de un tiempo en la invisibilización mediática.

En la Colombia de hoy no coexistimos con una identidad de nación. Salvo eventos como los del fútbol y esporádicos desempeños en una que otra disciplina deportiva, o en la música o en las artes que triunfan por el esfuerzo individual de algunos connacionales en el extranjero, no hay otros elementos de cohesión nacional. Artistas como Shakira, Karol G, Juanes, Carlos Vives, Fernando Botero y Sofía Vergara, entre otros; deportistas como Falcao García, James Rodríguez, Linda Caicedo, Egan Bernal y Nairo Quintana, entre otros; y literatos como Héctor Abad Faciolince y Mario Mendoza, entre otros personajes vivos, incluido el "fabricado" campesino Juan Valdez, constituyen, entre otros, referentes de la identidad y del orgullo nacional.

Coexistimos en medio de regionalismos como por ejemplo, los de la pujanza antioqueña, la estirpe santandereana y comunera, la alegría caribe, el señorío de la capital Bogotá, el exuberante Pacífico, la inmensamente bella y verde Boyacá y, en general, de las expresiones particulares de todas nuestras bellas regiones

como los Llanos orientales, el Valle del Cauca, el Cauca, Nariño, el Eje Cafetero, San Andrés y Providencia, el Tolima Grande, la Amazonia y la Orinoquía, con sus manifestaciones culturales, musicales, de arte, danza, letras, gastronomía y con lugares paradisiacos proporcionados por una pletórica y pródiga naturaleza.

Pero, aunque la calidez es un común denominador en colombiano y la colombiana en todas las idiosincrasias de cada región (costeños, boyacenses, pastusos, caucanos, cundinamarqueses, sanandresanos, vallunos, chocoanos, caldenses, huilenses, tolimenses, llaneros, santandereanos, antioqueños, isleños, guajiros, entre otros), somos una nación pluridiversa y pluricultural con una lenta y escasa evolución en el respeto y acatamiento de los valores claves de la convivencia y el bienestar colectivo ciudadano. Los nacidos en Colombia no somos más ni somos menos que los ciudadanos de otros países. La diferencia es que somos, vivimos y morimos con los mismos problemas que se han estacionado desde hace muchos años, décadas, dos centurias y por generaciones completas, sin haber dado soluciones estructurales. Ello nos ha creado la paradoja de ser identificados como "cálidos" y, a la vez, taciturnos y conformistas, pero también quejosos. Como poco hacemos por hallar soluciones, permitimos que reine la desesperanza. Coexistimos con males eternos derivados no de la falta de inteligencia sino de la atávica negligencia y sucumbimos periódicamente ante las promesas de líderes de oropel.

Con este ensayo quiero proponer un alto en el camino y como lo planteé en el capítulo 1 revisar ¿por qué somos así?, ¿por qué somos contemplativos de los problemas de siempre?, ¿por qué nos hemos empeñado y casi empecinado en destruir lo bueno que

se ha logrado?, ¿por qué con la envidia, el rencor y otros antivalores desconocemos y flagelamos a los que logran cambios trascendentales?, y ¿por qué le damos más importancia de lo debido hasta llegar al asombro por lo que se hace en otras latitudes? Nos acercamos más desde la crítica destructiva a justificar la inercia, a veces al comportamiento vegetativo social, frente a lo que pasa. Nos quedamos en vociferar en torno del qué, pero pocas veces somos capaces de identificar el cómo y el porqué, en cada gobierno, época, generación tras generación, colombianos y colombianas hemos dejado pasar y dejado de hacer y construir un país más justo y equitativo, mejor educado, formado y respetado.

Y lo hemos hecho así o más bien no lo hemos hecho, porque desafortunadamente nuestro sistema educativo (que, de entrada, no actúa como sistema), se mal acostumbró a ser inerte y poco eficaz en la formación integral que le compete como responsabilidad suprema, y nuestros avances en ciencia y tecnología, aunque con cierta mejora en su productividad en los últimos años, no han servido para reafirmar en niños y jóvenes una verdadera vocación por el respeto al otro, ni mucho menos salvo excepciones, a apasionarse por cualquiera de las ciencias en los diversos campos del conocimiento.

Como lo presentaré adelante, nuestro sector educativo incorpora elementos que endógenamente lo someten a periódicas crisis y lo hacen ineficaz. Su mayor motivación se encapsula en satisfacer especialmente los intereses de gremio, haciendo que buena parte de sus actores sean olvidadizos de lo que implica su vital trabajo socioeducativo a favor del beneficio por los proyectos de vida y desarrollo de personas, comunidades y territorios.

Nos hemos acostumbrado a reprimir el aparato escolar en el que el ciudadano se forja desde su niñez y su juventud, sesgando la capacidad para pensar y comportarnos decentemente, la motivación para crear y las competencias para desarrollar pensamiento crítico y autónomo. Nos falta autocrítica y autorregulación objetiva de parte de los actores políticos y los dirigentes educativos. Esta Colombia se acostumbró a seguir a pequeñas hegemonías que manipulan y suprimen el trabajo digno, inteligente y productivo y el ejercicio de una educación motivadora y liberadora de grandes talentos.

La educación colombiana aún no refleja su propósito central de formar integralmente a quienes en ella se educan; no crea modelos prospectivos de crecimiento social de los niveles de formación básica, media y profesional e incluso de formación posgradual.

La educación colombiana aún no refleja el valor fundamental que debe dar para motivar la pasión de niños y de jóvenes por la ética y por la moral como brújula de su existencia, por las ciencias básicas y las tecnologías disruptivas, y por el trabajo en equipo para la construcción participativa. Al ser una educación incapaz de trazar su destino y que se resiste a nuevos desafíos, busca soluciones facilistas brindadas por actores que la valoran como negocio. Es una educación que se niega a incorporar innovaciones sociales y formativas que, aun siendo reconocidas en otras latitudes del mundo, son de manera increíble fustigadas por los propios dirigentes y comunidades que prefieren creer que es mejor lo extranjero a lo que el propio país podría generar si se invierte en modelos educativos innovadores para impulsar mayores esfuerzos colectivos en pro de afianzar múltiples inteligencias y talentos en el lugar donde ellos nazcan y estén.

Este escenario educativo resistente, mendicante, facilista y excluyente no es nuevo. El pedagogo Alberto Martínez Bloom (1989), lo relata muy bien en su libro *Crónica del Desarraigo*, al señalar el nefasto legado del dominio español, que sembró el desinterés por la educación de los colonizados. Cuenta cómo desde esas antiguas épocas se trasladaron a este territorio parte de los rigores de la Inquisición y, en especial, la falta de interés y la ausencia de coherencia para educar. Desde allí se supo que el analfabetismo era, y es una de las principales armas para arrasar a decenas de miles en ese tiempo de indígenas y mestizos, incluso por tres siglos esa fórmula sirvió para que miles de indios traicionaran a sus congéneres aliándose a los conquistadores europeos antes que apoyar a la defensa de sus propios coterráneos.

A los colombianos nos falta educarnos con calidad y pertinencia para fortalecer nuestra capacidad de asimilación y la capacidad de integración para el mejoramiento de las condiciones de vida. Pareciera que a colombianos y colombianas nos gusta doblegarnos ante el foráneo que creerle al connacional, vivimos en un misticismo ingenuo que pide a dios para que nos dé el milagro de mejores condiciones de vida, pero olvidamos que es con educación, esfuerzo y disciplina como se mejora el bienestar individual y colectivo.

Este fenómeno autodestructivo de arrasar con los propios se reafirma aún hoy cuando de confiar en educación o en tecnología se prefiere por parte de los entes gubernamentales a las agencias extranjeras. Se evita apoyar lo propio y quien tiene el poder de decidir no siempre es consciente de que la historia también se hace con todos los que hacen parte de la misma nación.

No quiere decir esto y menos hoy en la era de la globalidad, que lo foráneo no sea valioso ni importante. Quiero significar la importancia del sano equilibrio en las decisiones sobre el devenir de nuestra sociedad y sobre el enfoque de nuestra institucionalidad educativa. Esto es entender la necesaria creación de políticas educativas que valoren la existencia de la institucionalidad educativa no para ayudarle a sobrevivir, sino para que sobre indicadores de impacto real se asignen recursos para multiplicar su efecto, para mejorar su calidad y su eficacia, para resolver problemas a las próximas generaciones y fomentar nuevas oportunidades.

Son múltiples los hechos de nuestra historia que explican por qué culturalmente nos hemos vuelto autodepredadores e incoherentes entre lo que pensamos, decimos y hacemos. Esto no debe ser una justificación, más allá de que estos hechos y factores no son propios ni exclusivos del ser colombiano, y que se irradian en todas las sociedades del planeta.

Es cierto que el principal factor de la casi extinción de la población indígena puede identificarse fácilmente en la enfermedad de la viruela, con la que sucumbieron millones, pero también es cierto que algunos de nuestros ancestros indígenas coadyuvaron a devastar otros pueblos, inclusive y en algunos casos el de ellos mismos, en una complicidad sin mayor explicación con los extranjeros que de manera inmisericorde explotaron la riqueza de este territorio. Todo ello pone de presente una segregación de diversos grupos y de conglomerados que se han dado de manera constante y también periódica en cada región y en cada comunidad, dejando de lado cruces que permanecen en la memoria histórica entre los pobladores de diferentes etnias y regiones.

Si hacemos conciencia, un alto porcentaje de niños y niñas connacionales de hoy parten en la vida con la herencia de estar sumergidos en una sociedad que esclaviza tempranamente desde una escuela o un colegio en los que en sus primeros años llegan a una institucionalidad educativa pública mayoritariamente deprimente; una institucionalidad que anda a la captura de sus sueños para frustrarlos y destruirlos y que hoy ronda bajo la amenaza de quienes tienen su control, que no son sus directivos sino pandillas de estudiantes manipulados desde la criminalidad externa, que nutren la deformación basada en la violencia como referente certero en cada generación que se marca como tatuaje fatídico para desechar el camino educativo como transformador benéfico de la existencia.

La educación inerme no denuncia lo descrito, y se amilana ante los desafíos para asumir cambios estructurales que deben promoverse urgentemente para que no sea nuevamente nuestro legado una herencia de desesperanza para las nuevas generaciones.

Hacia una educación con sentido

Sin una educación debidamente pensada, estructurada y orientada en el mismo camino de la institucionalidad del país, dependemos de hechos espontáneos, ajenos a la planificación y con consiguiente peligro de cambiar de rutas, de métricas y de objetivos de un momento a otro. Una educación sin sentido se somete a irreflexivas reacciones del libre mercado que hoy traza la globalidad. Debemos diseñar una educación que nos provea réditos y permita mostrar valores agregados en la formación

integral de los niños y jóvenes que en el mañana sean nuestros dirigentes responsables de transformaciones económicas y sociales viables, con una visión equitativa de la distribución de la riqueza en un ambiente de sana competencia y de transparencia.

En Colombia también se nos hizo costumbre ver la realidad local y nacional como una muestra común de adversidades complejas. Primero, por no tener una visión clara de hacia dónde debemos ir; segundo, porque la dirección y los incentivos para construir colectivamente no se expresan en acciones estratégicas sino, por el contrario, en decisiones populistas equivocadas, que fomentan preocupantes polarizaciones, convirtiéndonos a unos y otros en enemigos sin causa y, más grave aún, sin consideración alguna por la vida y la dignidad.

Requerimos una educación que nos dignifique plenamente como personas, impidiéndonos vernos explícita o implícitamente como adversarios por el solo hecho de pensar diferente. Ser más tolerantes y nunca enemigos, más argumentales y dialécticos y menos viscerales. Si bien no somos, como pasa en todos los países del mundo por el hecho de ser humanos, una nación de ángeles, sí debemos comprometernos con construir un sistema educativo que siembre los cimientos de la paz, de la participación y de la actuación por y hacia los otros, superando las prácticas y erróneos paradigmas de nuestros antepasados, quienes sucumbieron en guerras y violencias que enterraron sueños de millones de compatriotas.

Quisiera proponer que rescatemos lo valioso del país, de gente y su cultura, entendiendo los desafíos y retos a los que debemos aspirar para fortalecer nuestra democracia y cerrar brechas de libertad, igualdad y equidad.

Llegó la hora de proponernos, por convicción, a transformar la educación para abrazar la paz como bandera, la solidaridad como consigna y el bienestar colectivo como gran propósito. Al aprender sobre la importancia del esfuerzo personal y colectivo estaremos dando importantes pasos para serlo y parecerlo. Llevar esto a la práctica incidirá en próximas generaciones para que lo referencien como algo propio de la nación soñada.

Así buscaremos alianzas estratégicas para construir un entramado de instituciones públicas y privadas eficientes que sumen al propósito de conformarnos como una nación en donde las contradicciones se reconozcan como necesarias, flexibles y respetadas. El redireccionamiento de nuestro sistema educativo nos debe impactar como colombianos para reafirmar nuestra identidad, respetada y respetable entre nosotros mismos.

Hago referencia a una nación que reconozca las potencialidades de cada región y demuestre un aprendizaje significativo de sus comunidades, en donde se reivindique la democracia participativa, y se enseñe a prospectar las nuevas realidades posibles de sus habitantes.

Estamos frente a una gran y favorable coyuntura para priorizar la institucionalidad educativa de Colombia. No podemos perder esta oportunidad, en momentos en que los síntomas de nuestra degradación como sociedad hoy se sienten más evidentes y visibles que nunca.

Dicha institucionalidad educativa debe formarnos para aprender a respetar, para entender las costumbres de otros, para reafirmar su idiosincrasia, para afianzar la identidad nacional y regional, y para priorizar nuestra pertenencia desde lo regional y lo nacional.

Nuestra innovación como valor de nación es escasa, porque a la inteligencia y al talento le hemos cerrado la puerta del acceso educativo. No la hemos dejado prosperar por culpa de una educación que ha impedido soñar, que ha limitado las fantasías y castrado la motivación.

Debemos dejar atrás esa educación que solo ha servido como escenario de quejas de una parte del sindicalismo que es egoísta, justificado en que *"siempre lo hemos hecho y no puede ser de otra forma"*; debemos dejar a un lado esa educación que se retrasó a sus tiempos por el facilismo del menor esfuerzo. En cambio, deberíamos desarrollar una educación que comprenda su vanguardia social y que no se restrinja en asumir sus nuevos desafíos. Atrás debe quedar esa educación que se queja del presupuesto asignado, y el que recibe poco lo aprovecha. En fin, debemos dejar atrás esa educación que se auto reproduce en su inacción.

Hago énfasis en la educación porque soy educador y un convencido que esta emancipa, invita a argumentar y a debatir como formas de superar el yugo de la prisión mental en la que se encuentran miles de educadores colombianos. Afortunadamente, también hay muchos educadores que han sabido desencastillarse de esas demagogias, y han podido ver la educación como la oportunidad social para generar confianza, para proteger, para enseñar a comprender, para aprender a aprender, y para formar buenas personas, a partir del ejemplo positivo para todo quien lo necesite. Más que profesores, son maestros empeñados en dejar huella para ser recordados por su gran entrega a una mejor Colombia.

Se necesita una educación en donde todos, ojalá, sonrían tras las tristezas que por generaciones han derramado lágrimas de

docentes íntegros quienes, a pesar de sus voces y esfuerzos, nada cambió, y la ausencia educativa por falta de oportunidades de acceso, de pertinencia y de calidad seguían superando los esfuerzos.

Por supuesto, la educación no es solo un acto gestado desde la institucionalidad, sino también de quienes como padres o tutores influyen en la formación de hijos y herederos, conscientes de que lo clave en la educación es que esta siembre el valor de la prudencia y del dominio desde el argumento; que coloque siempre en primer lugar de formación el valor de la verdad; que sea liberadora y no libertina; que enseñe a asumir el civismo; que sirva de ejemplo para reconocer el error y rectificarlo; para compadecer y actuar en pro del apoyo; que inculque en las nuevas generaciones el cómo ejercer los derechos; que enseñe a asumir como algo propio y no impuesto el cumplimiento de los deberes y, en especial, que enseñe el valor del diálogo y aporte con el ejemplo la sinceridad, la rectitud y la caridad.

Necesitamos de una educación que siembre rectitud, que enseñe cómo dejar atrás las vanidades, que muestre la honradez, que oriente la recta conciencia, que ejemplifique por qué, cómo y cuándo hablar, y que también enseñe a callar para evitar la acusación falsa y el insulto para ofender. Una educación que impulse a dejar atrás la miseria humana, que defienda la nobleza y la benevolencia, y que propicie el raciocinio en todos sus procesos educativos.

Será la inteligencia y el trabajo colectivo para que con paciencia encontremos la ruta que nos ayude a visionar colectivamente las estrategias para mapear el país que deseamos. Será la prudencia la que nos ayudará a entender qué visión y qué acciones

tomaremos para solucionar los graves problemas estructurales que nos tienen sumidos en las sombras.

Del conflicto a la convivencia

Como sociedad, estamos obligados a actuar con cautela, pero con la exigencia rigurosa de leer lo sucedido en años y décadas anteriores y, por supuesto, de entender que la historia suele convertirse en un ciclo, pero también un círculo perverso si de ella no se aprende, pues la humanidad siempre está al acecho de actores interesados en mantener su *statu quo* a costa del bienestar extendido.

Cuando no se toma conciencia de las consecuencias trágicas de un presente sin rumbo claro, el futuro se enajena sin referentes de acción.

El mundo hoy vive hiperconectado, y toda actividad, por remota que sea, es conocida, casi en tiempo real, por buena parte del planeta.

Vivimos una época de cambios y es necesario enfrentar un análisis urgente y colectivo del devenir, para aprender a leer nuestra realidad y entender que nuestra historia debe ir más allá de las valoraciones de vencedores y de vencidos, que han acompañado nuestra lenta evolución e identidad.

El mundo vive una época de polarización entre izquierdas y derechas. Estamos en un momento de convulsiones generadas por, entre otros, por la guerra de Rusia y Ucrania, de Israel y Palestina, por las tensiones entre las Coreas, por el posicionamiento estratégico de China, por el juego de poder de

los países de Oriente Medio e, incluso, por las guerras de la humanidad por superar visiones extremas cambio climático.

En medio de un ambiente belicista, es paradójico revisar que, si se hiciese un recorrido por los grandes imperios y su ánimo expansionista de conquista de riquezas y de tierras, se podría encontrar que los más prósperos fueron los que no arrasaron los pueblos conquistados, sino los que aprendieron a convivir con estos.

Es hora de dejar atrás sectarismos y regionalismos que se nutren maquiavélicamente de todo lo malo que ocurre. Mantenerlos lleva a reiterar visiones sesgadas que solo favorecen unas minorías insensibles.

Solo un pueblo educado podrá afincar y convivir en la solidaridad, la pertinencia y la efectividad para garantizar principios de política de bien común (de escenarios distributivos de riqueza, de participación y producción colectiva) sobre modelos socioeconómicos inapropiados.

Ante este panorama, el desarrollo equitativo e incluyente de Colombia será viable siempre que esté acompañado de una siembra educativa que afiance una perspectiva moral que garantice la legitimización ética en cada colombiano y colombiana, así como del posicionamiento y reconocimiento del Estado ante su propia sociedad civil.

De no hacerse de manera colectiva e imperativa, esta reflexión-acción sobre nuestro modelo de convivencia como sociedad se seguirá deteriorando para propiciar más sufrimientos y para cobrar más víctimas mortales en medio de un conflicto que, a todas luces, ha involucionado ideológicamente y que se mantiene

vigente por la confusión que crean mentes criminales, astutas y enfermizas que generan la desazón y desesperanza social.

Es vital analizar por qué este conflicto también se alimenta de prejuicios y falsedades con las que nos hemos movilizado históricamente y que hoy nos mantienen en situaciones de una dominación injustificable por aquellos que siempre han ostentado el poder. También por otros actores que como lo presento más adelante, empiezan a crear caos a partir de la subjetividad de las expresiones de violencia en todas sus manifestaciones y que ya han sido permitidas en tiempos pasados, creando paradójicamente una condición resistente a la construcción de una visión colectiva de país.

Reitero que es indiscutible reconocer que enfrentamos un cambio de era y que tal vez esta sea una oportunidad muy especial para descubrirnos como parte importante del mundo, pero también para reflexionar positivamente sobre una realidad subyacente a las ventajas comparativas que tenemos en común quienes hemos tenido la fortuna de haber nacido o haber sido acogidos en este hermoso territorio.

También insisto en que no se trata de seguir cayendo en la polarización, haciendo caso a argumentos ajenos a realidades objetivas de parte de falsos líderes que, en un prodigioso uso de la perversidad inmoral (correr la línea ética), y de manipular medios con mensajes incoherentes y distorsionados, dejan evidencias de que de no corregir el rumbo habremos de sucumbir generacionalmente como sociedad viable.

Repito que la humanidad lleva un ritmo frenético ante el cambio en un entorno de globalización y de hiper digitalización. Tenemos una historia por construir que será para bien, si sabemos cómo

proyectarnos en el futuro, si no caemos en la tentación del facilismo rentista de ilusiones para muchos y ganancias para pocos.

Necesitamos abordar la formación integral de los compatriotas con un espíritu de liderazgo transformador, que marque un punto de partida sobre el valor de la educación para todos, con capacidad investigativa, para que desde la ciencia y la tecnología hagamos accesible el usufructo de nuestras riquezas para todos. Colombianos y colombianas, y latinoamericanos en general, debemos salir del espacio marginal en el que nos hemos ubicado por la falta de convicción, de protagonismo y de limitadas creencias sobre nosotros mismos.

No hemos sido capaces de reconocer nuestro potencial, nuestra inteligencia y nuestros grandes talentos para crear y dar valor a nuestra riqueza humana, sin depender, cual consumidor adicto, de lo que creen terceros extraños.

Es hora de prepararnos y de preparar a las nuevas generaciones, con buena, pertinente y extendida educación, para que el resto del mundo entienda el valor que también tiene Colombia y ojalá, América Latina y el Caribe, para fortalecer el bienestar común y la felicidad de todos.

Reitero que, en Colombia, una educación de calidad y en prospectiva a las nuevas demandas de modelos innovadores podrá ser el motor de cambio necesario para mejorar tanto las condiciones de bienestar de sus gentes como las condiciones de vida digna en otros entornos del planeta. También necesitamos abordar, con urgencia, un análisis del fenómeno de la occidentalización y de las necesidades crecientes que aparecen en

el mundo del sudeste asiático y de varias regiones del África subsahariana.

Hoy más que nunca tenemos un incremento profundo de la miseria y la pobreza en muchos países, en especial del bloque sur. En nuestro diario vivir visibilizamos cómo lo sufren millones de personas, pero no todos sabemos el porqué de las recesiones que avanzan ante la torpe visión de quienes dirigen y han dirigido en el pasado y en el presente esta patria.

Responder qué tan lejos estamos de construir una visión de futuro conveniente depende de nosotros. Dicha visión es necesaria para motivar nuestra participación en el libre comercio, en los acuerdos comerciales multilaterales y en las inversiones propias y extranjeras que ayuden a mejorar los indicadores de educación y de trabajo dignos, de salud oportuna y eficiente y, por supuesto, de darle valor estratégico a instituciones del Estado que con una política rigurosa incentiven eficiencias que aporten al desarrollo para el equilibrio social de nuestros tiempos.

Un Estado ausente debe ser reemplazado por uno basado en la productividad y en la competitividad. De no ser así, con innegable frustración nuestra realidad se extenderá en el tiempo, no para una sino para varias generaciones futuras, pues es más fácil extender la pobreza que distribuir la riqueza.

Más de dos siglos después de haberse constituido Colombia como nación hemos aprendido a extender y a profundizar nuestros problemas estructurales de exclusión e inequidad social, ampliando las brechas sociales que configuran pobreza y miseria tanto material como de valores axiológicos. Nuestra sociedad no ha ganado la conciencia necesaria a través de los gobiernos y dirigentes de turno, muchos de ellos con promesas

bienintencionadas, pero con saldo en rojo en su actuar. Se trata de configurar y de desarrollar políticas y estrategias, entre ellas educativas, que permitan dar un gran paso a la querida Colombia para dejar de ser una nación sometida.

Desde el principio, nuestras ideologías partidistas parroquianas han fracasado rotundamente. Prueba de ello es cómo en los constantes debates sobre el devenir de nuestra sociedad, no se aprecia una verdadera y objetiva confrontación política, sino una manipulación electoral de charlatanes populistas mal formados y mínimos niveles de argumentación.

Otro de los aspectos que también nutren esta reflexión sobre la falta de una educación pertinente es la criminalidad, que se apegó al régimen o Gobierno de cada época para justificar guerras fratricidas (bien entre liberales y conservadores, o entre izquierdas y derechas, o entre bandidos de todos los confines) y que han dejado toda clase de grupos armados que se movilizan como "Pedro por su casa" por los territorios olvidados por el Estado.

Estos conflictos que parecen eternos dan argumentos para ratificar la falta de claridad de nuestros dirigentes y para calificar que estos nunca pudieron anteponer la libertad y el orden, como lo reza nuestro escudo nacional. Hemos sido cómplices de políticas internas y externas que vulneraron la dignidad de generaciones y que por muchos años afianzaron grupos armados irregulares de izquierda o de derecha (guerrilleros, paramilitares y otros), en su único propósito de acabar con lo poco de lo construido, especialmente en casi todo el siglo anterior.

Si guardamos distancia para analizarlo objetivamente, la paz en Colombia nunca se ha concretado. Hemos soñado con ella, hemos

intentado hacer avances en las regiones de mayor conflicto y violencia a través de conversaciones amplias o diálogos entre los actores armados, pero el anhelo de paz reiteradamente se ha aplazado, frustrando una vez más la gestión del Estado y de sus instituciones, especialmente las educativas.

Una apuesta para recrear un nuevo escenario de paz, con alta viabilidad, debe partir de una política de Estado que oriente la formación de nuevas generaciones en todos los ciclos y niveles educativos, de tal forma que cada uno de nosotros, sin importar edad, se sienta involucrado en el amor por el país, en la búsqueda de soluciones a todo tipo de conflictos y de apostar a una paz cierta y duradera.

La Colombia de hoy es una nación aparentemente ubicada en un callejón sin salida, especialmente porque todos queremos desentendernos de lo que sucede sin valorar las consecuencias de dicho desinterés. No olvidemos que provenimos de herencias culturales que, gestadas desde la Conquista y la Colonia, nos dejaron una prevalente y contraproducente actitud de escasa motivación a participar, y que frente a los llamados indolentes de diversos gobiernos civiles nunca se quiso ser parte activa de la solución argumentada, escogiéndose siempre el fatídico y facilista camino de la guerra y de violencia surgida de la desidia de *"si no es conmigo no me importa".*

Así, la desestabilización heredada socialmente del ¿por qué somos como somos? ha tenido como efecto una descomposición social sin precedentes. La actual realidad responde a intereses minoritarios que se hacen fuertes frente a pugnas sectarias de izquierda o de derecha o de nuevos movimientos que nacen y desaparecen sin soluciones de fondo para los problemas estructurales y los acontecimientos que, día a día, nos hacen

menos previsivos para accionar inteligentemente en las coyunturas. Por la falta de preparación estratégica, nuestros dirigentes han sido poco confiables e imprevisibles en sus decisiones.

Por todo esto, nuestra educación necesita por mérito propio alcanzar una posición de vanguardia social, que ayude a construir una nueva historia jalonada por la transformación cultural, por el reconocimiento de la identidad e idiosincrasia diversas, de nuestros valores, de nuestros esquemas investigativos y de la innovación en el conocimiento. No en vano, aún no somos una nación que genere una conciencia sobre nuestra identidad y sobre los valores que invocan nuestro actuar, el respeto por las leyes, las garantías de igualdad y las expresiones de libertad y de fraternidad.

Nuestra apuesta como nación debe ser que nuestro sistema, y no solo el sector educativo, actúe en el ejemplo y en la actitud positiva de sus líderes, directivos y docentes transformadores, porque es fuente de creación de nuevas posibilidades de transformación desde lo intelectual y no desde los eslóganes políticos usados por pseudo líderes dogmáticos que ni siquiera entienden lo que dicen o cómo lograrlo.

Capítulo 7

Una nueva oportunidad para la educación híbrida de vanguardia. La UNAD y la educación virtual

Este ensayo ha procurado llamar la atención sobre la importancia de resignificar la formación de las y los colombianos para que la educación sea coherente y constante en el desarrollo de procesos que cambien para bien, el devenir formativo de las nuevas generaciones, permitiendo fortalecer el espíritu humano y soñar en buenos ciudadanos y en buenas personas.

Desde finales de las décadas 80 y 90 del siglo pasado se ha venido ampliando y, a la vez, visibilizando el concepto de *Sociedad del Conocimiento* que para muchos no es más que un titular de revista científica o educativa, pero cuyo sentido y significado no podemos desconocer en el ámbito de todo tipo de campos y de ciencias (sociales, básicas, educativas, de la salud, de política, de economía, entre muchas otras).

Dicha Sociedad del Conocimiento nació y se constituyó en una era de la humanidad que debió haber marcado con mayor impacto la exigente transformación educativa necesaria para el siglo XXI en todos los continentes, según el concepto de aldea global de Marshall McLuhan (2011).

Esta noción sobre la importancia del conocimiento en el contexto cultural creó postulados para una nueva sociedad marcada por la generación y la aplicabilidad de todo tipo de aprendizajes, pues con conocimiento todo es posible y no hay región ni campo de estudio que se aparte de este.

La Sociedad del Conocimiento es también una sociedad de información, actuante y dinámica con los saberes y que invita al aprendizaje como un *continuum* de la cotidianidad de todos. Fue la propia originalidad, iniciativa y espíritu humano el que la impulsó. Se expresa con el desarrollo disruptivo de tecnologías que, sin preguntar, nacieron y evolucionaron a un ritmo frenético.

Varias de ellas incluso, tuvieron su génesis en garajes[12] en donde jóvenes inquietos y a la vez insatisfechos con el paso lento que, como freno al desarrollo creativo ha tenido buena parte de la institucionalidad educativa del planeta, no dejaba prosperar sus innovadoras iniciativas a los ritmos que requerían sus brillantes mentes.

Lamentablemente, hay que decir que, como lo he mencionado, nuestra herencia educativa de la España Medieval se instaló más para mal que para bien. Reitero que, como lo relata Alberto Martínez en su *Crónica del desarraigo*, no solo nacimos mal en educación, sino que continuamos peor, como lo he declarado en varios tópicos de este ensayo. En Latinoamérica este mal es endémico y ha deteriorado gravemente el avance social de nuestras democracias.

Hoy en día, salvo sistemas educativos pioneros por su auge, pertinencia y garantía de calidad, como los instalados en Finlandia, Suecia y Alemania en el norte y occidente europeo, o los de países asiáticos como Japón, Corea China, Singapur, en los de los países de América Latina y del Caribe nos resistimos al cambio y hasta creamos diversos argumentos para que la propia educación se desconecte de la vanguardia social que le corresponde y se ralentice en su escasa capacidad transformativa y transformadora.

---

[12] No son pocas ni de menor tamaño las grandes empresas que se incubaron en pequeños garajes, gracias al espíritu visionario de sus fundadores. Algunas de las que se pueden mencionar son Hewlett Packard, Apple, Microsoft, Dell y Google.

La virtualidad como una opción irrefutable

En la *Conferencia Mundial sobre Educación Superior* –CMES– realizada por la UNESCO en Barcelona, España, en 2022 (dos años después de programada, por la aparición del COVID 19), se identificaron preocupantes efectos de la pandemia, especialmente en los escenarios convencionales de la educación superior: El incremento de la inequidad educativa promedio en todo el mundo; la reducción de los grupos de estudiantes presenciales y el despido de miles de profesores en la mayoría de los países. La pandemia confirmó que una acostumbrada y lamentable costumbre de rechazar la tecnología solo condujo a postergar una realidad apabullante de cambio y de transformación: Las nuevas pedagogías y didácticas basadas en el aprender a aprender y las tecnologías como soporte, complemento o escenario vital para la educación, para el trabajo e, incluso, para el entretenimiento, hicieron razonar a propios y extraños del sector para en muchos casos, concientizar su valor.

La pandemia llevó a que buena parte de los actores del sistema tradicional educativo, docentes y directivos, que en muy poco o nada recurrían a plataformas tecnológicas, repositorios digitales, laboratorios remotos, laboratorios simulados, ambientes, multimedia, aplicaciones y dispositivos de interacción digital, tuvieran que incorporar de un día para otro en sus modelos educativos interacciones virtuales o, mejor, clases remotas con estudiantes que casi desde cero en muchas ocasiones o con peligrosos errores para la calidad, tuvieron que adecuar rápidamente materiales distorsionándose la esencia y rigurosidad del escenario del aprendizaje virtual, sin aprender lo mínimo de las nuevas y diversas estructuras pedagógicas e incurriendo en una

subjetiva valoración del verdadero e innovador modelo de la educación virtual.

No en vano, mientras que en todo el mundo y en Colombia aumentó la deserción en las aulas universitarias, cayeron las tasas de matrícula y hasta hubo cierre de programas en algunas universidades, en nuestro país la Universidad Nacional Abierta y a Distancia - UNAD, ya había recorrido por casi 40 años este camino, a tal punto que con la pandemia creció mucho más que antes[13].

Me permito traer y presentar en este ensayo, como un hecho fehaciente, el modelo educativo e innovador que lidera desde hace más de cuatro décadas la UNAD, la universidad pública más grande en número de estudiantes en Colombia, acreditada institucionalmente en alta calidad por parte del Ministerio de Educación Nacional.

La UNAD nació en 1981 y se especializó como única expresión educativa pública dedicada exclusivamente a dinamizar su modelo de educación abierta y a distancia en ambientes virtuales. La historia, obstáculos y logros de la UNAD en sus primeros 40 años los describí en el libro "*Educación, Virtualidad e Innovación*" y cuyo enlace digital queda a su disposición con el siguiente código QR; querido lector, también agrego una nueva hipótesis para que la falsee o la verifique.

---

[13] Entre diciembre de 2019 y diciembre de 2021, la UNAD creció su población estudiantil en más del 30 %, cifra que, de forma inversa, fue lo que perdieron la mayoría de las universidades presenciales tradicionales.



Sexta hipótesis: *Gracias a las pedagogías múltiples y a las tecnologías disruptivas, hoy la educación puede expresarse en todas sus dimensiones sin poner en riesgo su calidad y su finalidad de formar integralmente a las personas en cualquier campo del conocimiento y disciplina, con currículos innovadores, pedagogías basadas en neurociencia y didácticas digitalizadas.*

La virtualidad como modelo educativo ha pasado todo tipo de pruebas de calidad y de pertinencia sobre sus responsabilidades, para formar, investigar, innovar, internacionalizar, y, sobre todo, incluir a toda clase de personas en programas y servicios no solo de educación superior sino también en los ciclos y niveles previos de formación.

Este modelo se centra en el aprender a aprender que *per se,* evoluciona los conceptos y métodos clásicos que han imperado en la enseñanza convencional, impulsándola hacia un ejercicio pedagógico diferencial en cuanto al rol de los docentes, afianzado

competencias de comunicación efectiva y enfatizando en la transformación del acompañamiento a cada estudiante en su propia motivación por el conocimiento.

La UNESCO ha reconocido y valorado la virtualidad desde hace más de 30 años. La considera el devenir de la educación superior integrada a una sociedad hiperdigital para favorecer la conexión con los entornos locales y contextos globales. En la UNAD hace mucho iniciamos ese camino de virtualidad, criticada por muchos, pero para la historia mundial de la educación afortunadamente certero y socialmente de muy alto impacto.

Hoy la UNAD representa un dispositivo gubernamental esencial para brindar educación superior gratuita, universal y de calidad, además de atender proyectos de inclusión educativa en todos los niveles y ciclos educativos, dentro y fuera del territorio nacional. Tiene estudiantes en los diferentes sistemas de pregrado y de posgrado, en todos los campos y áreas del conocimiento, también otros matriculados en programas de alfabetización, de básica primaria y bachillerato virtual, además de cursos de educación continua, y de formación multilingüe.

Su presencia territorial se extiende a través de una red de 72 regionales (arquitecturas tecno pedagógicas) a lo largo y ancho del país donde desde donde se atienden estudiantes provenientes de 1.016 de los 1.123 municipios colombianos, además de dos seccionales internacionales legalmente constituidas: la primera, nacida a finales de los años 90 del siglo pasado, en Estados Unidos y reconocida como UNAD Florida, y la segunda en España, desde 2021, para atender compatriotas en dichas regiones del planeta.

Pero los desafíos de la educación superior mundial van más allá de la experiencia de la UNAD. Las nuevas formas de educar varían los

insumos, formas y objetivos del conocimiento que tradicionalmente se ha impartido. Esto, acompañado del anhelo global de la humanidad por asegurar que el acceso a la educación superior corresponda a un derecho universal, inalienable, y que lamentablemente aún no se logra en muchos países (incluido Colombia), por sus costos económicos y restricciones en el acceso, la cobertura y la conectividad, entre otros. Aún está en déficit el debate en torno de la conveniencia, beneficio e importancia de la virtualidad como la mejor política pública para garantizar el anhelado derecho.

Considero que **los nuevos modelos híbridos que combinan la virtualidad inclusiva y personalizada con la presencialidad deben contribuir a valorar más la diferencia a todo nivel. Estos son uno de los caminos para la vanguardia que impulse la educación superior que nos demanda la sociedad Colombiana**. Se requiere una educación que vaya hasta donde está el estudiante y que no lo desarraigue; una educación que se ajuste a sus condiciones socioculturales y económicas; una educación que reconozca que el aprendizaje y la formación de calidad deben ser una real posibilidad para todas las personas, en todos los momentos, edades y etapas de crecimiento en su vida; en fin, una educación que ayude a erradicar la desesperanza.

Esta reflexión no se acomoda a los hechos. La Hoja de Ruta que la UNESCO trazó en la CMES, denominada *"Más allá de los límites. Nuevas formas de reinventar la educación superior"*, confirma cómo apuestas como la de la UNAD, no hacen parte del pasado ni tampoco son una alternativa, sino que configuran una realidad de gran proyección de futuro.

Esto lleva a concebir que la virtualidad y las diversas tecnologías no solo deben hacer parte del proceso de interacción docente-

estudiante y del aprender a aprender, sino que deben contribuir a reconocer las diferencias, a favorecer la innovación y el cambio, a enfrentar los desafíos económicos, sociales, políticos, culturales y ambientales de la humanidad (tales como el cambio climático y la pérdida de biodiversidad, los conflictos armados, la desigualdad de ingresos y el declive general de la democracia), y a buscar formar y responder a los desafíos globales, identificados en los *Objetivos de Desarrollo Sostenible -ODS-*, a los que la UNESCO ha invitado a las universidades a comprometerse, incorporándolos en los planes de estudio y en dispositivos propios, pragmáticos y sensibles a la realidad de cada país.

Los sistemas y modelos de educación superior en el mundo deben afianzarse para ser vanguardia, pero eso no será posible si la institucionalidad no se atreve a llenar expectativas de formación de los nuevos ciudadanos que lideren esta visión. Es imperativo que este sector se siga evolucionando y aumentando esfuerzos en torno de las nuevas pedagogías y didácticas, con la debida cualificación de las nuevas competencias esperadas en los docentes para comprender su nuevo rol en un mundo, radicalmente diferente al de antes, y en el que se requiere la conciencia suficiente para dimensionar la velocidad y frecuencia de los cambios, que al fin y al cabo son lo único constante en el mundo de hoy.

En capítulos anteriores he descrito, indirectamente, a una Colombia históricamente paciente, casi estacionada y siempre expectante frente a cambios sociales que ayuden a superar la inequidad y la desigualdad. También, que uno de los caminos para ello radica en la educación inclusiva y de calidad, critica y actual para pensar en mejorar la convivencia, las condiciones básicas de existencia, la investigación aplicada, la integración de otros

niveles y públicos al sistema educativo y la elevación de los índices de calidad de vida. En momentos críticos como los actuales, la educación superior se convierte en catalizadora que podría afianzar el bien común y disminuir riesgos que puedan afectar la sustentabilidad y la sostenibilidad del planeta.

Para lograr este propósito hay que reenfocar la gestión educativa. Si bien ciertas experiencias son positivas, como la de la UNAD donde estamos adelante con respecto a la virtualidad que hoy desafía a la gran mayoría de instituciones de educación superior, no debemos resignarnos con esto. Colombia y su sector educativo han sufrido de un conformismo crónico que no solo es daga que hiere a las instituciones sino a toda la sociedad.

Resignificando la labor educativa

Mi llamado es a que sigamos evolucionando y recreando una educación que sea garantía de calidad, de equidad, de inclusión y de justicia social para una humanidad aún lejana de su esencia existencial: el servir y servir desde el aprender a aprender como meta aún no alcanzada.

Hay que superar la tradición colonial de una educación transmisionista que solo ha provocado una mala memorización de conceptos y de aprendizajes (¿recuerda la lapidaria frase según la cual "la letra con sangre entra"?) y que hicieron que, por ejemplo, muchos despreciaran el valor de las lenguas clásicas como el latín y el griego, que no dieran importancia real a la filosofía, así como al aprendizaje de la historia. Ni qué decir del escaso impacto de las ciencias sociales, de unas matemáticas que se convirtieron en el "coco" de los estudiantes y no en una oportunidad para

comprender y sacar provecho de las ciencias básicas de la naturaleza. Porque hasta hoy todos estos saberes claves en la formación se han presentado más como requisitos para la obtención de calificaciones, de certificados, y de títulos, alejándolos de real aporte y valoración al proceso continuo del crecimiento integral individual y social.

En cualquier proceso formativo en donde se asuma con urgencia la resignificación de los niveles formativos, desde el grado cero hasta los escenarios de formación universitaria, se necesitan transformaciones radicales para alcanzar una educación resignificada en todos sus ciclos y niveles desde un enfoque integral que se acompase armónicamente en los currículos de todos los niveles y en donde docentes y estudiantes sean agentes dinámicos de transformación social.

La formación integral deberá ser resultado de un proceso que determine un crecimiento en la forma de ser, razonar, actuar y, por supuesto, de sentir nuestra identidad en el respeto y la calidez que define la *Colombianitud*, pues esta está ligada a nuestra condición solidaria como parte de una nación que da valor al aprendizaje significativo y en contexto histórico, político y social.

Esto implica asumir el desafío de causar rupturas fundamentales con lo heredado y vigente, que ha degradado el rol de la institucionalidad, de sus docentes y estudiantes. Espero que esto que afirmo no resulte ofensivo para algunos, pero la transformación a fondo implica desaprender formas instaladas como defensa del facilismo, y que impiden la comprensión y la implementación de nuevos enfoques y metodologías educativas.

Esta ruptura incorpora un llamado (de atención) a aquella élite intelectual que se ha adueñado por décadas de la posibilidad de

expandir y gestionar el conocimiento para contribuir a la equidad social. Es un romper, acabar, terminar con aquella clásica visión institucional que aún se resiste a cambiar y que se sigue amparando en la educación que añora el aula y la educación soportada en la transmisión memorística de conocimientos, pero que no logra comprender el gran aporte que hoy brindan modelos pedagógicos más abiertos con dinámicas de conocimiento motivantes para el estudiante mediante currículos atados a la contribución de problemáticas sectoriales o comunitarias, y haciendo uso intensivo de herramientas expansivas como las tecnologías, que nunca reemplazarán a aquel docente que orienta, motiva y acompaña sinceramente el proceso formativo.

En este escenario de reflexión, increíblemente me hallo con posturas de quienes reclaman volver a los libros de papel denigrando de las versiones digitalizadas de los libros y de las tecnologías que facilitan la virtualidad, como si estos hubieran perdido su vigencia y tal vez hoy son más buscados que nunca. Lo que pasa es que la gente hoy los lee en sus versiones digitales que facilitan su traslado y acceso. Las bibliotecas siguen siendo tan vigentes como siempre lo han sido y lo serán, lo que pasa es que se han incorporado, además, como repositorios que, en el mundo digital, amplían y facilitan intercambios en redes y grupos de discusión con blogs y foros virtuales para potenciar su usabilidad. Ordine (2013) declaraba que la virtualidad da muerte a los libros clásicos y de la poesía como si hubieren sido expulsados de nuestra humanidad y de las universidades, pero, por el contrario, gracias a la sociedad del conocimiento, con apoyo de la tecnología, es más fácil reconocer su esencia, y no solo para unos pocos privilegiados que están en las aulas físicas, como antes, sino para cualquier habitante de este planeta que los accede a través de la red internet.

Algunos todavía añoran al docente disciplinar y contemplativo de otras épocas que prestó un gran servicio porque fue luz en la vida de sus contemporáneos y su pensamiento, pero en la actual sociedad del conocimiento de lo que se trata es de cuestionar vehementemente a los docentes para que aprendan a aprender del cómo la comunicación del uno a uno sigue siendo vigente, pero que ya no es única y que demanda una reflexión pedagógica a fin de afianzar competencias y comportamientos claves para el bienestar en la vida.

Claramente la humanidad de hoy no se parece en casi nada a la que presenció la antigüedad y la edad media. Por ello resultan absurdas aquellas manifestaciones que intentan calificar a la educación de hoy como mercantilista con respecto a lo vivido en el pasado, desconociendo la diferencia de los tiempos y los vínculos que debe tener, tanto la universidad en particular como la educación en general, con su época y con las generaciones que se deben formar para encarar con éxito el futuro.

Sea cual sea el enfoque, modelo o estructura de la universidad actual, este requiere entender y asumir las pedagogías y tecnologías de vanguardia para ponerlas al servicio de su misión y sus fines. La universidad debe entender que es tal vez, la organización social más trascendente en el último milenio, y que hoy más que antes debe repensarse para impulsar, desde la investigación, la innovación, la internacionalización, la inclusión y la transformación y movilidad social, aquella formación integral que ha hecho crisis al perder protagonismo esperado.

En Colombia, particularmente, la universidad debe contribuir a reconocer con urgencia, la esencia de nuestra identidad nacional y regional para establecer rutas claves en la formación de niños y de jóvenes, privilegiando valores como la solidaridad, el respeto

por el otro, los deberes y el inalienable sentido del amor a la patria y a la familia. La educación deberá potenciar la singularidad de aquellos talentos que, con inteligencia, aporten al bienestar colectivo. Debe garantizarse que los educandos desarrollen una conciencia libre y responsable sobre las consecuencias y alcances de sus actores y de la relación con los demás.

La educación así visionada se constituirá en requisito clave para que el aprender a vivir y a convivir, con una orientación ética (e incluso estética), garantice lo mejor de todos, en un ambiente de tolerancia y de disciplina en lo personal, lo comunitario y lo familiar, como impulsores de libertad y de formación integral. Ello llevará a la concreción del pensamiento y de la palabra en acciones orientadas al bien común por sobre el interés individual, en un escenario que lleve a entender que la superioridad específica no la marca el valor material o la condición económica sino el valor espiritual y el mérito de quienes contribuyen a los propósitos de justicia y libertad para los demás.

La riqueza del idioma que compartimos, las creativas y nobles costumbres ancestrales, y la bondad de nuestra raza e interacciones como hermanos y hermanas de nacionalidad recobrarán su esencia en la medida en que, desde la educación, fortalezcamos los valores propios y los propósitos de patria.

Debemos potenciar educadores transformadores, conscientes de actuar con espíritus abiertos, con flexibilidad formativa y con una metacognición vívida en toda circunstancia de la vida. Si podemos sembrar en las nuevas generaciones el concepto de lo ético y una clara capacidad de discernimiento para emitir juicios justos y solidarios, trascenderemos a una educación forjada para lo colectivo, contraria a la tradición de un peligroso individualismo

(aquel del *"primero yo, segundo yo y tercero, yo"*) que nos ha impedido cualquier posibilidad de diálogo o concertación.

Acompañada por un buen docente, una persona integral hallará sentido a su quehacer, actuará por causalidades y proyectará ámbitos competitivos virtuosos que le visualizarán nuevos desafíos y horizontes en la sociedad planetaria, como bien lo describió Edgar Morín.

Porque formar personas implica reconocer su esencia integralmente, no solo valorar su potencial cognitivo o su capacidad de hacer, sino dar una mirada metafísica de la mejor expresión de su ser, en una apuesta por intentar ser perfectible, realizada en la posibilidad de desarrollar la vocación de servicio y de convivencia a partir de lo deseado.

Esto es posible necesariamente en cada institución, a la luz de su autónomo e independiente proyecto educativo para los diferentes niveles y ciclos educativos, siempre y cuando estos sean visualizados desde una dimensión ética y política, que iluminen en cada estudiante el sentido y el significado de su vida, y el sentido y el significado de su existencia, para convivir y procurar reducir la desigualdad y las brechas sociales.

Hoy nuestra sociedad civil es débil por su escasa capacidad argumentativa y, en particular, porque no ha logrado aprovechar los escenarios que se abren para la participación ciudadana en el interés del debate y construir colectivamente. Este propósito en particular debe ser abordado por las instituciones de educación básica, media y superior y en especial, por las universidades que, por lo general lejanas de las realidades de comunidades y territorios, despliegan currículos que, en medio de un círculo vicioso, sobrestiman el valor del conocimiento teórico y

restringen su aplicabilidad, deslegitimando la pertinencia formativa y su impacto social efectivo.

Son las universidades, en particular las públicas, las que deberían reconocer su papel de vanguardia en la construcción de sociedad, ayudando a identificar estos puntos de inflexión como resultado de debates académicos sobre qué organización y tipo de conocimiento enseña a aprender para aprender.

La historia de nuestra educación pública colombiana, reitero, ha mostrado cómo esta ha sido generalmente alienada, porque su ser y su quehacer han sucumbido por décadas al erróneo arbitrio sindical y a sus recurrentes activismos colectivos; a una injustificada resistencia al cambio avalada por discursos de resentimiento, de arengas y de desesperanza activista que socaba la probidad del ser docente en su espíritu y desvirtúa su quehacer profesional. Reitero mi invitación para que el actuar sindical sea inalienable y que oxigene a los docentes de verdadera dignidad social y compromiso con el bienestar social extendido.

Aceptar ese punto de inflexión gracias a un diálogo abierto y argumentado significaría dar un giro histórico que Colombia siempre ha esperado y que, de una vez por todas, transitaría hacia una política de Estado que fortalezca el sentido y el significado del mérito docente.

Con la mirada propuesta, la profesión docente sería una de las más prestigiosas y mejor reconocidas, generadora de confianza social (respeto ético), de libertad suficiente y autonomía para que los maestros, con o sin legislación, desarrollen un ejercicio disciplinar desinteresado de aporte especialmente para todo el colectivo generacional de niños y jóvenes.

Edgar Morín (1999), ilustró esta dimensión de la trascendencia personal en su obra *Los siete saberes para la educación del futuro, así:*

En primer lugar, desde la visión integrada de la ciencia, incluyendo las ciencias humanas, que articuladamente deben trabajar hacia una concertación permanente con el pensamiento científico.

Segundo, sobre la pertinencia del conocimiento en la medida en que este adquiere importancia cuando es aplicable en contextos diversos para el aprovechamiento de oportunidades y la resolución de problemáticas estructurales.

Tercero, en el aprendizaje sobre la incertidumbre que implica tener conciencia para abordar y superar la realidad, con resultados que afecten, ojalá positivamente, a la misma.

Cuarto, en reconocer el valor de los entramados sociales para fortalecer vínculos que, con el tiempo, se reproduzcan para superar conflictos y den la garantía de un manejo equilibrado del poder, en cualquier ámbito de lo local o de lo global.

Quinto, en reconocer la cosmovisión ética de cada ser, en donde el "nosotros" siempre esté por encima del "yo" para evitar la desgastante confrontación entre lo singular y lo particular; según Morín este será el eje de sostenibilidad presente y futura de la humanidad en un concepto que requiere una reflexión profunda de la institucionalidad educativa, para abordar efectos morales del mundo actual y futuro.

Sexto, en reconocer el valor de los procesos formativos en cada modalidad y metodología de enseñanza y de aprendizaje, que perfilen la rigurosidad científica, el manejo de las tecnologías de la información y el arte de hacer preguntas.

Séptimo, y último eje, el valor de la neurociencia y de la neuro pedagogía, incorporadas en la comprensión de las inteligencias múltiples y en su papel dinámico y activo en la relación de los dos actores fundamentales del hecho educativo: estudiantes y docentes.

Si la educación de hoy, teniendo como centro de atención su impacto en el mañana, es capaz de asumir este desafío de proyectar su propia restructuración y aceptar el cambio urgente que requiere su institucionalidad, es viable que se den las condiciones para caminar hacia una formación integral, apoyada, primero, en el aprender a aprender y en el aprender a pensar, y luego en el aprender a hacer y, muy especialmente, en el aprender a ser.

La educación propuesta del mañana, ojalá vivida desde hoy, deberá estar asignada y signada por la experiencia y por la vivencia, porque solo así dejaremos atrás el saber contemplativo que se nos proporcionó por décadas a varias generaciones, en donde el arte de educarse se fue transformando por un oficio mecánico sin mayores incentivos, dando prioridad a juicios provenientes de intereses particulares, sembrados en colectivos, que poco o nada aportaron el devenir de una sociedad próspera.

No es Perogrullo decirlo: cuando se habla de formación ética y moral de los estudiantes, se habla también de los mismos conceptos de formación ética y moral de los docentes. Solo así se parte de la solicitada garantía de coherencia necesaria para que los docentes entiendan el rol privilegiado de su papel social y lo asuman como sello indeleble de su cotidianidad. La reflexión sobre su conducta y disciplina debe inspirar nuevas normas que regulen nuestra institucionalidad educativa y apalanquen la conciencia crítica de la sociedad esperada del proceso educativo.

En tal sentido, se trata de crear condiciones que fortalezcan a la educación para desde ella fortalecer a la sociedad colombiana incentivando en los niños escenarios de formación social axiológica, que determinen en sus tareas el reconocimiento de la importancia del espíritu científico y en las garantías de la formación intelectual para que el proceso formativo, como un continuo planificado, garantice capacidades de pensamiento y competencias que deriven en destrezas intelectuales soportadas en la visión pluralista de la vida, del entorno y del valor fundamental del aprendizaje, para que tanto docentes como estudiantes los ejerzan en el arte del saber ser, del saber pensar y del saber hacer.

Si somos capaces de ello, la formación integral dejará de ser una simple repetición o rezo gramatical del proyecto educativo de cada institución. Este desafío implica afianzar una vocación, desde la formación cero hasta la formación universitaria, en donde la ética se asuma como el discurrir propio de todo acto educativo y, en consecuencia, más allá del conocimiento, se oriente hacia la acción humana integral solidaria y racional.

Si así se proyectare se darían, en la visión de Jürgen Habermas (2010), comportamientos basados en el diálogo, en el respeto y en la acción moral justa, para forjar personalidades con un liderazgo transformador. Sería un magisterio que piensa y actúa desde su ser social afianzando el deber ser ciudadano y en el respeto, dando preponderancia a la razón como referente fundamental del interés general en la ruta formativa de sus estudiantes.

Sembrar la ética y la moral como principio y fin de la educación en general para nuestro país, implica el ejercicio práctico de una acción que supera lo individual como interés hacia lo colectivo,

como lo fundamental. Es así como esta dimensión de la educación mujer-hombre en torno a los valores básicos coadyuvará a que disminuyan las brechas hoy establecidas, de tal forma que la igualdad, la inclusión, el reconocimiento y el respeto verdadero, sean expresión individual y colectiva de quienes son y serán en el futuro, y de quienes ostenten el orgullo de la nacionalidad colombiana.

Nacionalidad que será reconocida en el mundo entero por una hermenéutica de la ética, como expresión comparativa de nuestro actuar, de la responsabilidad como un ejercicio pragmático, de nuestro razonamiento y del respeto a la dignidad humana como hecho clave del comportamiento ciudadano del colombiano y la colombiana.

Esta Colombia soñada, basada en una educación que se convierta en su sustento moral como fuente de equilibrio y de sostenibilidad social, determinará condiciones propicias para la paz, desde el consenso básico por la existencia y de la construcción de país en un actuar afianzado en el pluralismo, en la diversidad y en la cosmovisión de una nación de regiones que institucionalice el valor del Estado y del respeto hacia este.

Las nuevas generaciones crecerán en el desafío por su contribución permanente al afianzamiento de una sociedad abierta, plural y equitativa, soportada en el diálogo y en cuya voz exprese mayoritariamente la voluntad para definir estrategias y acciones que involucren un desarrollo humano sostenible por encima de cualquier otro tipo de acción humana.

La educación así transformada será una espiral que agrega voluntades individuales y colectivas por y para el bien común. Es allí donde los valores, las normas y las actitudes infundidas por

una formación inicial rigurosa y a la vez flexible, determine un valor agregado fundamental para que todas las acciones de los gobiernos de cualquier índole respondan con políticas y acciones prácticas concretas que trasciendan a todo sector actuante en la interacción sociedad-Estado-educación.

La educación colombiana debe ser capaz de transformar su propio devenir, asumiendo el compromiso de una formación integral para liberar la mente de los estudiantes, propiciando tareas reflexivas y hábitos que fortalezcan la convivencia ciudadana, la seguridad social, el pensamiento crítico y la acción social solidaria. Así se habrán dado pasos significativos para concretar la formación de nuevos ciudadanos que evolucionen desde sus estadios mentales, y su inteligencia y talento sean reconocidos desde su propio aprender a aprender.

Ello hará que se vuelva trascendente el valor de la vida, iniciando en manifestaciones y condiciones de reconocimiento ciudadano como el responsable constructor de un bienestar extendido orientado al respeto y acatamiento de las normas y la justicia.

Si la educación es capaz de aceptar este desafío se convertirá en lo que, por definición, es su deber: ser transformadora social básica. Una educación afianzada en el aprendizaje significativo contribuirá a incrementar el valor del ciudadano libre en el ejercicio de su propio pensamiento y sus acciones hacia los demás, gracias a la madurez de su discernimiento.

A manera de síntesis, la formación educativa para todos en Colombia, en todos los ciclos y niveles, debe conformar un verdadero sistema. Este, de por sí, ya es un desafío inaplazable para quienes hacemos parte de la institucionalidad actual, así

como de quienes, desde el legislativo y el ejecutivo, definen la política pública educativa.

Dicho esto, se trata de construir un macrosistema educativo, que fortalezca, sin importar la condición de cada uno, pero en función del mérito basado en inteligencias y talentos, la sensibilidad humana y, sobre todo, la gran capacidad para convivir y sembrar ambientes de respeto, de tolerancia y de sana paz, tanto en lo local, lo nacional, como en lo global.

La formación impulsada desde la innovación, la libertad y la creatividad, permitirá dejar atrás modelos prusianos, anclados desde inicios de la era industrial, pues estamos en la avanzada sociedad industrial 4.0 y es allí en donde es menester crear las competencias en torno al vivir para reconocer la libertad propia y del otro y para gestionar el conocimiento desde la formación, la investigación y la innovación como finalidades propias de fortalecimiento de nuestra sociedad civil.

Así, la educación forjada para las demandas de la modernidad nos permitirá contribuir a construir una sociedad que fortalezca la auténtica nacionalidad colombiana y su identidad educativa. Es una tarea prioritaria, inaplazable y vital para afianzar nuestra democracia como nación justa, igualitaria y equitativa.

Capítulo 8

Autonomía y confianza, motores claves para la mejora continua de la educación colombiana

Las ventajas competitivas de todo sector se corresponden con su capacidad de hacer efectivos modelos y estrategias que favorezcan la atención a las poblaciones que dieron lugar a la creación de una determinada institucionalidad. En el caso de la educación, hay países e instituciones que han implementado estrategias exitosas en su desarrollo y alcanzado ventajas competitivas en cuanto a la manera como han alcanzado, tras un tiempo de evolución, la madurez necesaria para asegurar el cumplimiento de metas y los impactos favorables a las poblaciones estudiantiles que buscan satisfacer. A continuación, formulo una séptima hipótesis para su consideración querido lector.

Séptima hipótesis: En el caso de la educación, las ventajas competitivas vienen determinadas por una clara relación con la innovación y con la ruptura de paradigmas, que no siempre son comprendidos por los mismos actores del sector y de la propia institucionalidad. La educación históricamente ha reflejado una clara resistencia al propio cambio para su mejora; en especial de las estructuras clásicas de su organización y de modelos pedagógicos que fueron creados desde el siglo XII y cuyas actividades han implicado diferenciaciones más de forma que de fondo, en cuanto a su relación con las coyunturas históricas y etapas de la sociedad a la que sirven.

Es vital insistir, nuevamente, en la urgencia de que se dé una transformación disruptiva en el sector educativo colombiano y mostrar las interrelaciones que deberían asumirse como parámetros o postulados para la formulación de una estrategia que convoque a la participación efectiva de la sociedad en su visión educativa para los próximos 30 años y cómo esta institucionalidad será factor clave para fortalecer la democracia y

la propia visión de un país que debe ser equitativo, igualitario, competitivo, productivo y de alta capacidad científica y tecnológica.

Ello dará base a una sociedad coherente con oportunidades para sus ciudadanos, niños y jóvenes de acceder a una educación de alto nivel, que favorezca la gestión del conocimiento, las competencias y los comportamientos de orden axiológico, científico, epistemológicos y teleológicos y que proyecten a las próximas generaciones, el orgullo nacional de construir una nación equitativa e igualitaria.

Comprender por qué un sistema educativo único permitirá el desarrollo de una cadena de valor para que los diferentes niveles y ciclos de la educación se conviertan en una poderosa herramienta, minimizará los efectos que hoy padece la sociedad colombiana en cuanto a su limitada pertinencia de ofertas formativas y de escasez de valores integrales sembrados en el plano axiológico de niños y de jóvenes, a fin de que tengan un claro comportamiento como buenas personas y ciudadanos de bien tanto en el presente como en el futuro.

Se trata entonces, de valorar nuevos conceptos, modalidades y metodologías y de destacar las pedagogías referenciadas en la neurociencia.

Es hora de romper las ataduras que generan las estructuras jerárquicas que hoy imperan en buena parte de nuestra institucionalidad sectorial. Quienes no lo han hecho, pueden transformarlas, en ejercicio de su autonomía, para lograr máximos alcances formativos e indicadores de impacto competitivos (como las valoraciones de la OCDE), desde una perspectiva sistémica que contribuya a garantizar una integración

con múltiples referentes de diversidad, propias de esta nación pluricultural y pluriétnica.

Un sistema integrado de educación permitirá valorar las interrelaciones desde la formación inicial hasta la formación universitaria posgradual, y acompañará a niños y jóvenes, como sujetos de dignificación humana que son, para que afiancen sus talentos e inteligencias y sus proyectos de vida les aseguren plenitud y bienestar.

Por otra parte, dicho sistema deberá avanzar hacia la total cobertura geográfica y poblacional para permitir que cada institución comparta y coordine estrategias y actividades de valor a través de procesos formativos articulados con las características y condiciones propias de cada entorno regional y de cada comunidad en la que se desarrolle la vida del estudiante.

También, los comportamientos, competencias y conocimientos que integren la cadena de valor de cada institución, deberán motivar una transformación radical y armónica de un sector educativo que debe asumir su vanguardia sin mayor dilación.

UNAD: Autonomía con calidad

Como aporte a este debate, y por la pertinencia del tema para Colombia y los países de la región, transcribo los principios construidos por parte de la comunidad educativa de la UNAD, enviados al Ministerio de Educación Nacional de Colombia, en julio de 2023, frente a la invitación de este organismo al país a fin de avanzar en una propuesta de ley estatutaria única de educación:

Dado que la educación es un derecho de todos, que permite dignificar vidas, elevar los escenarios de democracia y potenciar el desarrollo personal y profesional, Colombia debe tener una sola ley estatutaria, que proteja constitucionalmente el acceso al conocimiento, la continuidad educativa, la articulación, el bienestar, la protección para la formación integral de estudiantes, la dignidad de los docentes y la modernización de todas las instituciones públicas y privadas en todos los ciclos y niveles de la educación colombiana.

La definición de actores, instituciones, niveles de formación, metodologías y organización de programas y servicios deben estar precedidas de consensos nacionales sobre los propósitos y fines de un sistema educativo integral que aporte a lo social para que el país consolide una política educativa nacional de Estado que defina claramente y a largo plazo, su visión y derrotero sustituyendo planes periódicos de Gobierno y de sector que tan solo han dado dejado impactos y acciones inmediatistas y no atención real a la crisis del sector.

La educación superior debe ser pensada y gestionada dentro de la integralidad que demanda la totalidad del sistema educativo, atendiendo a unos principios y fines axiológicos, teleológicos y epistemológicos. Su calidad e impacto serán más pertinentes para el país en la medida en que esta esté debidamente articulada con la educación inicial, básica y media, la formación para el trabajo y el desarrollo humano, y las más variadas modalidades y ofertas que probadas por su impacto favorezcan la calidad formativa de cara a los desafíos de la sociedad del conocimiento.

Más allá de las características, niveles, estructura y modelo académico de las instituciones, los proyectos educativos deben ser innovadores y reconocer el contexto social y económico de

sus educandos, la diversidad de formas de aprendizaje y las realidades para aportar desde sus egresados a la evolución dinámica de sus entornos. Solo así se puede coadyuvar de manera efectiva el cierre de brechas que dificultan el acceso y la permanencia en la educación superior.

La autonomía en todos los niveles y ámbitos educativos e institucionales, condicionada por los valores esenciales de la democracia, la convivencia y el respeto constitucional, debe caracterizar el fuero propio de proyectos educativos que coadyuven con la visión de país concertada para un mediano y largo plazo y, en consecuencia, debe protegerse.

La pretendida formación integral, esperada en todos los procesos educativos de antaño y de hoy, debe asegurar la disposición, competencias y comportamientos para posibilitar que todo connacional que pase por la institucionalidad educativa vivencie y promueva escenarios de libertad con responsabilidad, solidaridad a todo nivel, alternativas de emprendimiento, pasión por el conocimiento, orgullo y defensa de los valores axiológicos y aquellos propios de la identidad colombiana, iniciativas de innovación, reconocimiento y respeto por la diversidad, y sea ejemplo en la defensa de la inclusión a todo nivel.

La creación de nuevas instituciones o sedes o educativas deben surgir amparadas por inversiones rigurosas derivadas de proyectos que, entre otros, sustenten en el corto y mediano plazo tanto su sostenibilidad como su impacto en la consolidación de escenarios en los que el sector social y productivo coadyuven los programas de fomento al emprendimiento de los gobiernos nacional y locales. Así, será requisito riguroso que se presenten apuestas educativas estratégicas que coadyuven al crecimiento productivo, al impacto de la investigación y al fomento de la

innovación de cara a un desarrollo sostenible y sustentable de las comunidades, territorios, y microterritorios.

Las innovaciones pedagógicas, las nuevas didácticas y el uso intensivo de la conectividad y de las nuevas herramientas informáticas, así como la pertinencia de tecnologías disruptivas deben ser una opción inalienable para todo tipo de institucionalidad y actores educativos, como sustento en el fomento del aprendizaje autónomo, el aprendizaje significativo y el trabajo colaborativo, como deben hacer parte, también, de los ejercicios de innovación curricular para enriquecer el proceso formativo de los estudiantes y prepararlos para enfrentar los desafíos de la sociedad del conocimiento y la sociedad del aprendizaje.

Las interrelaciones de los diferentes ciclos de la educación deberán dar cabida a dos rutas principales: una, la formación académica clásica en desarrollo de disciplinas derivadas de los campos y áreas de formación que, como la medicina, el derecho, las ingenierías, las ciencias agrícolas pecuarias, del medio ambiente, las ciencias administrativas, financieras y económicas y también contables así como las ciencias sociales y humanas, las artes y las ciencias de la educación, se incorporen para desarrollar profesiones afines con las necesidades y en especial problemas estructurales de sus territorios. La segunda ruta derivada de la formación dual del nivel técnico ocupacional, o técnico profesional y tecnológico con sus posgrados a nivel de especialización, magíster o doctorados.

La financiación estatal también debe reconocer, en equidad, los esfuerzos, condiciones y logros medibles a través de indicadores de gestión que fomenten la labor por parte de las instituciones educativas en temas tales como impactos de regionalización

desde la investigación aplicada, la generación, adaptación y adopción de conocimientos y tecnologías para el servicio y bienestar de comunidades y territorios vulnerables, las tasas de graduación basadas en el impacto de los egresados en el desarrollo regional y nacional, la innovación en estrategias de bienestar extendido, la movilidad académica nacional e internacional que procure investigación de frontera aplicable y efectiva, así como para favorecer la gratuidad en el acceso y permanencia de los estudiantes.

El ejercicio responsable de la autonomía

También retomo una reflexión mía sobre autonomía universitaria realizada en el libro *La autonomía universitaria en Colombia. Precisiones sobre su concepto*", desarrollado por la *Asociación Colombiana de Universidades, ASCUN* y la UNAD, en 2016, y que mantiene su plena vigencia:

> *"…quiero rememorar, como seguramente lo harán muchos de ustedes, el importante hito sembrado en la década de los años 80 y en los primeros años de la década de los años 90 con el seminario de gestión universitaria desarrollado por el inmejorable maestro y sacerdote jesuita Alfonso Borrero Cabal, para destacar dos de sus importantes enseñanzas en torno al papel de la Universidad y de sus rectores. Él decía: la universidad es una fuerza social; es la conciencia de la sociedad; conciencia que es la de los estudiantes, la de los profesores, y la de los administradores del más alto nivel; y también nos decía: la voz del rector es la voz de la conciencia universitaria dirigida hacia los acontecimientos sociales; la*

universidad, mencionada y reiterada, es el espacio en el que se busca la verdad y en el que se construye la verdad".

En tal sentido, la autonomía, tema de esta reflexión, fue concebida por la Asamblea Nacional Constituyente que derivó en la actual Constitución Política, y desarrollada por la jurisprudencia para que las instituciones de educación superior de carácter universitario puedan estructurar proyectos de formación profesional encaminados a lograr una misión educativa y cultural propia, dentro del ámbito académico de la educación superior.

La generalización de la autonomía para todo tipo de institucionalidad educativa, como principio, se constituiría en una garantía jurídica que protege la libertad de configuración de sus proyectos educativos y de las estructuras organizacionales, de sus diversas ofertas de servicios y de programas cuyo fomento sirve para acompañar y para afianzar sus procesos de formación y sus demás responsabilidades sustantivas que hoy solo le son propias a la educación superior.

En síntesis, el concepto de la autonomía implica la consagración de una regla general que consiste en la libertad de acción de los centros educativos, de tal modo que las restricciones sean excepcionales y deban estar previstas en la ley, según lo establece con claridad legislador, cuyo papel es bien importante ya que es en la jurisprudencia en donde se encuentran los límites de la señalada autonomía.

En efecto, es importante prever que el ejercicio de la autonomía no constituye, por sí misma, la creación de islas dentro de un escenario educativo y que, por el contrario, nos exige gestionarnos con los atributos de un sistema educativo multinivel.

La Colombia de hoy es la consecuencia de la base de sus saldos en rojo en sus instituciones educativas, pero también, del lado de los gobernados, hay un problema sociocultural grave. Está claro que en los orígenes de nuestra moderna democracia no fuimos educados para ser solidarios, entre nosotros y para nosotros; tampoco fuimos educados para ser respetuosos de la vida de los otros; las violaciones a nuestra ley nunca nos conmovieron demasiado, y la educación, que debería ser la protagónica en la formación integral del pensamiento y los valores ciudadanos, ha actuado como una espectadora más, porque nunca construyó los suficientes frutos pedagógicos para coadyuvar a la verdadera y efectiva transformación del sector y de la formación de sus estudiantes que en consecuencia, han sido, son y serán los ciudadanos que desde sus edades más tempranas en el mañana ejercerán como líderes y dirigentes.

Creo que no es tarde, y podemos reconstituir desde la educación, el liderazgo de nuestras instituciones educativas y con ellas el futuro cierto de una Colombia preparada para el bienestar integral y colectivo de los colombianos y colombianas de hoy, pero particularmente del mañana.

Esta reflexión mantiene vigencia en sus ideas centrales, a pesar de que la elaboré hace cerca de ocho años. Por eso la cito en este ensayo que aboga no solo por la autonomía para las universidades, sino también para todo tipo de instituciones públicas o privadas en cualquiera de los niveles y ciclos de la educación, dentro de un sistema que debe abordar su gestión y desarrollo a partir del ejercicio pleno de su autonomía y de una plena confianza del Estado.

La confianza recíproca

Los principales y más importantes sistemas educativos del mundo coinciden en la confianza que el Estado brinda a su institucionalidad para que esta responda, con garantías de alta calidad, de la formación de diversas generaciones de niños y jóvenes para que, desde pequeños, estos se conecten con la visión de nación que han construido colectivamente para fomentar el conocimiento y el talento que, integrados, nutran de experiencias personales y grupales a sus diferentes generaciones.

Retomo también la idea presentada en mi libro *TIP Trabajo Inteligente Productivo* relacionado con las acciones de doble vía. "*Para confiar hay que ser confiable. Es una condición imperativa para la armonía. Conlleva una profunda responsabilidad en torno de la verdad, del compromiso y de la coherencia entre lo que se dice y se hace*". Esto de por sí, es un gran desafío para la institucionalidad educativa colombiana y para sus diversos actores.

En TIP también señalo cómo:

> "*ser confiable, se podría decir, es la mejor expresión de ser una persona ética, correcta, coherente. Quien es confiable y confía en los demás, no polariza, modera sus expresiones, tiene una actitud positiva, trabaja en equipo, es paciente y respalda y acompaña los propósitos y el trabajo de los demás, aunque los resultados a veces tarden*".

Si el Estado extiende esta confianza a las personas jurídicas cuya naturaleza pública o privada es la de prestar el servicio para garantizar el derecho a la educación significa que está extendiendo la responsabilidad de ser confiable; es decir, de entregar resultados de impacto social esperados.

La institución educativa depositaria de esta confianza no tendrá ninguna otra opción para conservarla y profundizarla que ejercer una conducta correcta enfocada en el reconocimiento social, la empatía, el respeto y la cercanía con y desde los otros que hagan parte del sector. Una organización educativa que cumpla se hará confiable porque garantiza que su trabajo se gestiona conforme normas y acuerdos preestablecidos y que sus metas, indicadores y compromisos también se cumplen cabalmente.

Una institución educativa será confiable porque se ha ganado dicha confianza, pero también porque extiende la confianza hacia sus actores clave: directivos, docentes y estudiantes, quienes deberían actuar en coherencia con los demás como quisieran que actuaran con ellos.

La desconfianza, en cambio, es costosa. Las personas, familias, comunidades y empresas en donde esta prima, se hacen inviables, sus miembros se enfrentan con odios y soberbias, la mayoría de las veces se hacen ineficientes por los reprocesos (revisiones, repeticiones...), generan pocos buenos resultados y enfrentan más conflictos. Pero cuando hay confianza, las relaciones fluyen, las personas se sienten mejor valoradas, comprometidas y empoderadas dado que la productividad aumenta y el entorno se hace más grato.

Una organización educativa que extienda la confianza hacia sus docentes y demás servidores será eminentemente ganadora y exitosa. Ello hará que, de manera coherente y visible, sus líderes (directivas y docentes en particular) serán un ejemplo permanente que expresará, en su pensar y actuar, la vivencia de los propósitos misionales, y motivarán a sus equipos a alcanzar una mayor comprensión sobre la visión de su proyecto educativo por medio de las posturas axiológicas asumidas, y en particular

para afianzar una cultura solidaria que impregne la cotidianidad del trabajo formativo.

Con ello habrá un crecimiento exponencial en los estilos de liderazgo transformador, como producto de un proceso formativo coherente de cada institución educativa.

En el caso de los docentes, es importante entender que la confianza hacia y desde el profesor se asume en el ser de cada uno y se gestiona en el hacer y en el cómo estos liberan la inspiración para generar conexiones con el otro; es decir, con cada estudiante que a la vez identifica por qué y para qué estudia y actúa socialmente.

De allí que la vida ejemplar representa la posibilidad de determinarnos como docentes y como personas con grandeza, cuyo interior potencia la liberalización del potencial de cada quien, no en la perspectiva del control y el autoritarismo del pasado (como ya lo mencioné: "la letra con sangre entra"), sino en la lógica de la inspiración del "saber con aprender transforma". Una persona es integral cuando su labor no solo ejemplifica, sino que inspira, o sea que va más allá de la motivación. Una persona es integral cuando entiende que siempre habrá para todos y que en su papel de liderazgo es más importante cuando se antepone el cuidado de otros y del equipo a la competición malsana entre ellas.

No se trata de asumir las labores solo como tareas, sino de anteponerlas al servicio y al interés de todos. Este tipo de acciones derivadas de la confianza deben generar influencias perdurables en el tiempo, ya que nacen desde dentro y se orientan hacia el otro en la externalidad de su condición humana. Para empezar a liberarse la confianza debe ser, a la vez, individual y colectiva;

debe ser el propósito de un líder cuya disposición permanente está en el servir bajo la ejemplaridad derivada de la confianza y la inspiración a otros.

La educación *per se* debe generar modelos de comportamiento de docentes y estudiantes, demostrando que su propósito en el servicio hacia se afianza en la propia credibilidad y la autoridad moral. Un docente es sinónimo de confianza, de ejemplo y de inspiración; hace parte de la construcción, en el aquí y el ahora, de equipos humanos que dan significado a la contribución, a la solidaridad y, por supuesto, en dar claridad al estudiante de todo tipo de razones sobre el por qué, el cómo y el para qué conseguir mejores relaciones con otros, dando como resultado mejores condiciones de acceso al conocimiento basadas en el aprender a aprender.

Esta presunción motiva el intentar ayudar a alcanzar los nobles ideales en un país y en una sociedad, vista desde esta perspectiva, llena de personas y de líderes confiables que inspiran las hazañas más poderosas, y que generen condiciones de grandeza, donde quiera que estas se produzcan.

Donde quiera que exista un docente o una red de docentes debe estar siempre prevista la condición de logro tanto individual como colectivo de sus estudiantes, porque allí está la verdadera inspiración para el éxito. Es su disposición esencial: servir a los jóvenes y niños que como personas son movidas como ejemplo por la grandeza de sus propios profesores.

Un docente siempre debe confiar y creer en lo dignificante de su papel, en el ejercicio de un rol que nace porque ha confiado en sí mismo y porque está dispuesto a confiar en otros, y porque esa confianza al mismo tiempo ha generado confiabilidad para que él

sea capaz de afianzar desde su espíritu el ejemplo del camino de uno o de todos los estudiantes que le ven como faro de luz.

Cuando nos constituimos en un ejemplo de servicio, la gente piensa *"yo quiero ser como esa persona"*. Por ello, invito a los docentes para que se incorporen, por convicción, a contribuir a cada quien para servir de ejemplo y servir de inspiración.

La organización educativa colombiana basada en su institucionalidad necesita permanentes faros de luz para afianzar ciudadanos nuevos que nutran de motivación a sus familias y, desde ellas, a sus comunidades. Colombia, hoy más que nunca, necesita sentirse como parte de una gran familia, de una gran comunidad, de una gran sociedad, entendiendo que nuestro país no requiere de más conformismos, sino de verdaderos líderes transformadores.

Este es un efecto en cascada que determina nuevas formas de liderazgo del ejercicio del educador que, con determinación, asume nuevas maneras de vivir confiando e inspirando a los demás.

Los diversos roles que hasta hoy se han ejercido en la institucionalidad educativa no nos han servido para generar una mejor sociedad. Esperemos que hacia adelante tengamos, en especial los docentes, una clara determinación por llegar a ser más hacedores de personas.

Este texto invita también a la reflexión para el cambio en torno a lo que implica un ejercicio docente. Una docencia hoy tristemente impregnada de autoritarismo y de excesivo y represivo control, y que debemos recrear para convertirla en una acción inspiradora y motivadora positiva de todas las personas.

Porque el ejemplo que se da implica tener clara la necesidad de la mejora continua para que quienes ejercen como docentes sepan qué implica su labor, pues quienes les rodean, sus estudiantes, se benefician permanentemente de sus estilos de docencia.

En fin, se trata también de desarrollar en cada estudiante sus mejores talentos, sus condiciones de inteligencia, para ayudarlos a verse a sí mismos y a tratarse a sí mismos utilizando sus propias grandezas, sus propias condiciones y competencias y sus propios talentos, para que sean seres auténticos que conectan con otros en una ruta de vida.

Capítulo 9

El papel de Colombia en la globalización, y viceversa

El título dado a este capítulo no tiene intención diferente a la de sumar en este análisis estructural del futuro, ya que no podemos olvidar que justo en estos años estamos viviendo, inevitablemente, una época que para algunos es enloquecedora, pero al mismo tiempo interesante. Una época en la que presenciamos una profunda transformación del mundo, especialmente en el último siglo y medio. Las constantes innovaciones en la tecnología, y particularmente ahora con la llegada de la inteligencia artificial, deben constituirse positivamente, en una realidad que ojalá contribuya a favorecer el buen vivir de todos los habitantes no solo de Colombia sino de todo el planeta.

Para adentrarnos y comprender más, a la luz del contexto que vengo presentando, el concepto de **Globalización**, ahora trato cinco conceptos clave que podrían contribuir a entender el porqué de la gran oportunidad que se nos abre a todos en esta nueva era de la humanidad.

A continuación, formulo una octava hipótesis para su falsación o verificación.

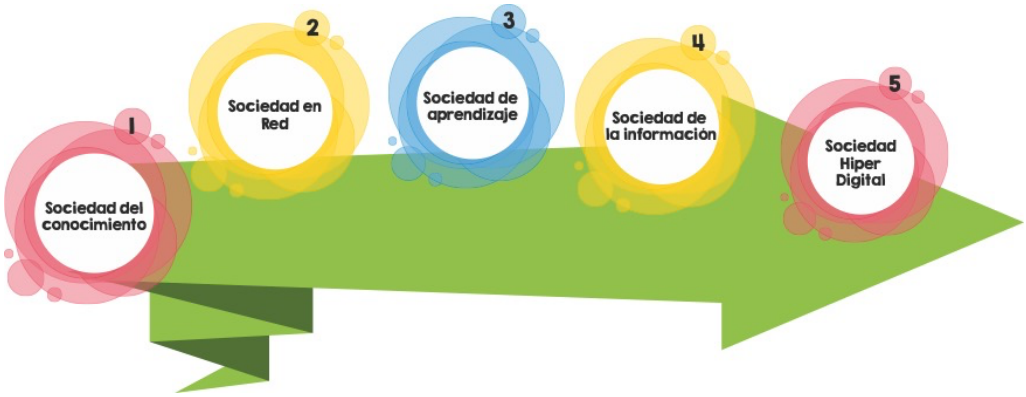
Octava hipótesis: en la sociedad del conocimiento, el valor y el poder de cada uno están íntimamente ligados con el conocimiento profundo y especializado sobre alguno o varios campos o temas y por el reconocimiento social que pueda alcanzar derivado de ello, bien porque comparte su saber, porque lo aplica, o porque produce bienestar para otros.

El primero, la *"Sociedad del Conocimiento" (1)* que, como antes expuse, corresponde a la reordenación de los órdenes científico, tecnológico y social que ha vivido el mundo en sus últimos 60 años, desde cuando fue descrita por diversos analistas

organizacionales, hoy considerados futurólogos, como el austriaco Peter Drucker (1969) y el norteamericano Daniel Bell (1973), quienes vieron cómo el cambio asumido como algo constante sería la expresión más genuina de la nueva humanidad. Dicha realidad se complementó como segundo concepto, con la forma como el mundo comenzó a conectarse individual y colectivamente desde cualquier lugar del planeta, razón por la cual el sociólogo español Manuel Castells (1998) la denominó también como *"Sociedad en Red"* (2).

La sociedad del conocimiento se relaciona íntimamente con la *"Sociedad de Aprendizaje"* (3) que refiere a aquella que da singular importancia al aprender a aprender. En un mundo en donde el cambio es constante, los conocimientos adquiridos en alguna época de la vida son rápidamente obsoletos, lo que implica necesariamente tener capacidades de aprendizaje continuo y de asimilación comprensiva de nuevos conceptos y métodos, y de reevaluación de los saberes incorporados en nuestras mentes en algún momento de la vida.

Los dos últimos y no menos importantes conceptos relacionados con la globalidad son, por un lado, el de *"Sociedad de la Información"* (4), que refiere a aquella que, gracias a las bibliotecas, bases de datos, redes sociales e internet, se mantiene al tanto de hechos que ocurren en cualquier lugar del mundo, muchas veces en tiempo real. Y, como quinto concepto, la globalidad que empieza a expresarse como *"Sociedad Hiper Digital"* (5), derivada de nuevas formas de interacción, acceso y transmisión de información y, en general, de cualquier modalidad de comunicación gracias a la digitalización, a la inteligencia artificial y a las tecnologías disruptivas.



Estas cinco expresiones nos han traído a una era sin precedentes en la evolución humana, de impactantes dimensiones sociales, económicas, culturales y políticas y, en particular, para los dirigentes y educadores de todas las naciones. Esto nos obliga a repensar nuestro papel en la vida y en la forma como debemos transitar en esta evolución, aprovechando lo mejor de ella y creando oportunidades para solucionar problemas estructurales que históricamente se han acumulado restringiendo la inclusión, la justicia y la democracia para millones de personas.

Para nadie es un secreto que el presente y nuestro futuro están íntimamente ligados a saber cómo entender **la sociedad del conocimiento y la era hiperdigital** que, como lluvia al final del verano, están determinando cambios importantes para prever el otoño de cada existencia.

Nos encontramos frente a una inminente transformación global donde la humanidad se enfrenta a una revolución digital sin precedentes, que desde hace cinco décadas viene manifestándose con mayor poder, para invitarnos a construir y participar creativamente en un mundo interactivo basado en intereses comunes que a diferencia de lo hasta hoy construido,

superará esa actualidad que hoy nos convierte en seres ególatras e individualistas, y que no gozan de la posibilidad de ser partícipes en la construcción de la sociedad justa y equitativa que todos soñamos, aunque actualmente parecemos incapaces de construirla.

Colombia no se aparta de esta reflexión. Como país también vive uno de los tiempos más interesantes de la humanidad y además de consolidar una identidad con sentido, debe subirse al tren de la modernidad; es decir, de transformarse y de potenciar su posición de vanguardia en el entorno global, proyectándose y con la responsabilidad de haber consolidado el compromiso político y real de contribuir a la distribución de la riqueza, de la igualdad sin condiciones y de la generación de oportunidades de progreso gracias al mérito y al talento. Es decir, del fomento y de la protección de la democracia, que hoy sigue siendo un gran ideal en muchos países por falta de una visión colectiva.

Aunque este país no escapa a múltiples amenazas para su democracia, la visión deseada debe surgir de una participación consciente y ordenada, fruto de un alto impacto gestado por la educación en sus ciudadanos, gracias a la cual niños y jóvenes asuman su valor como personas, den protagonismo y vanguardia al ser social y ciudadano, dejen atrás patologías históricamente heredadas que solo contribuyen a ampliar brechas sociales (violencia, corrupción e ineficiencia estatal en todos sus ámbitos).

Una educación para transformar la realidad y consolidar la democracia

La realidad social de Colombia ha cambiado más para mal que para bien, y la ausencia de respuestas contundentes por parte del Estado nos debe retar al "ahora o nunca". No podemos desafiar la suerte o arriesgarnos a variables sociales inmanejables.

Debemos ir al espíritu nacional y no a los cientos de leyes y miles de normas que se gestan, pues no solo desgastan la acción de democrática legislativa, sino que más grave aún, han dejado de lado los valores fundamentales de la convivencia humana. La política mal llevada por buena parte de quienes la ejercen ha incrementado el hastío de quienes los elegimos, empujándonos a ser una sociedad sin claro ni sostenido rumbo, que vive de resbalones, peleas, polarizaciones y tropiezos, que no aprende del error, que juega a los bandazos, y que escucha al que más grita y no al que verdaderamente argumenta.

Tal vez no se ha entendido que carecemos de una simetría política que ponga, en primer lugar, preguntas fundamentales, que nunca, de manera consciente y organizada, se nos han planteado como sociedad pensante. Tampoco se planifica con visión de largo plazo ni con un coherente encadenamiento de los gobiernos locales, territoriales y nacional. Aún hoy es normal el predominio de conglomerados políticos minoritarios que, sin resultados que los avalen, buscan mantener el poder en cada periodo electoral enfilando sus baterías para perpetuarse. Ello ha dado lugar a que cada día se planteen alternativas de solución desconectadas de las diversas y críticas realidades que se viven en los diferentes territorios y comunidades.

Hace décadas la democracia en Colombia está amenazada por su inacción, como si estuviera autosecuestrada. Con escasa vitalidad, como reflejo del déficit programático y pragmático heredado de diversas generaciones. La ausencia de una educación pertinente y de calidad, que afiance la convivencia humana, que entienda el valor del ejercicio social de la política y que oriente el desarrollo y funcionamiento de una sociedad organizada y no anárquica, han contribuido a esta triste situación.

La democracia se minimiza cuando presenciamos hechos que superan la imaginación por su crueldad, actos de expulsión del territorio, corrupción de quienes hipócritamente la denuncian, intolerancia e ineficiencia del Estado, perdemos el interés por la legitimidad de los actos oficiales, la soberanía del Estado y el respeto a la autoridad. No lo justifico, solo lo describo.

La incredulidad, la falta de respaldo estatal a las ideas de valor y de programas de fomento a la creatividad, entre otros, nos ha hecho desconocer el valor de la ciencia como herramienta para el consenso social y de las tecnologías como ayuda a la evolución del pensamiento de niños y de jóvenes.

Y en vez de reaccionar ante este panorama, la propia educación no se percibe a sí misma como una estructura de vanguardia social. Sigue estancada en sus propias explicaciones banales y lineales que sobrevaloran su actuar histórico e impide la autocrítica objetiva de sus actores, para reconocer sus fallas y debilidades, para ampliar sus fronteras de pensamiento y de conocimiento. Hay que generar ruptura con este nefasto encadenamiento para crear políticas que desafíen la cualificación de la propia educación y de su papel en la consolidación de nuestra nación.

La resistencia al cambio nos ubica en una condición de debilidad crónica. Por décadas, pequeñas élites intelectuales, atascadas en su supraego, de forma lenta y perversa, han desestimado soluciones eficientes y efectivas provenientes del pensamiento científico y social para resolver los problemas reales de la sociedad colombiana. Una educación de minusvalía genera una sociedad minusválida.

Salvo acciones individuales de algunos gremios o industrias, y hasta de universidades, la productividad y las relaciones entre el sector educativo y la empresa, están realmente alejadas de la ciencia y del efecto que ella produce para el fortalecimiento de la democracia.

Esta crisis crónica que vive Colombia debe ser vista con rigurosidad, para que, indefectiblemente, desde diversos sectores especialmente académicos y de investigación, así como el de la economía, la sociología, la ciencia política e inclusive la ingeniería y la filosofía política, se conviertan en permanente escenario de diálogo y de acción participativa, interdisciplinaria, en respuesta al desafío consignado en nuestra Carta Política de 1991. Es urgente repensar nuestra democracia para revivirla afianzando derechos que están íntimamente ligados al querer expresado en Constitución.

Para afianzar a Colombia como sociedad democrática, es clave entender la lógica del cómo abordar sus problemas más complejos, para así ser capaces de gobernar basados en estrategias que apunten a una solución estructural. Se trata de generar la capacidad de pasar de la teoría a la práctica.

Nada ganamos si cada cierto tiempo líderes, dirigentes y candidatos a ocupar los cargos del Estado y de los organismos

gremiales y productivos en el nivel nacional o regional nos proponen soluciones que, a la larga, resultan ineficaces, porque los problemas han sido mal identificados y por lo mismo, sin la debida planeación. Nada ganamos si seguimos en la polarización que se afianza con la desconfianza. Nada ganamos si nos aferramos a posturas tecnócratas sin contexto y que terminan gobernando mal, porque solo se guiaron por criterios técnicos olvidando las obligaciones legítimas de leer las realidades desde el orden humano y social.

En medio de las ya tradicionales, y no por ello efectivas, construcciones ideológicas más significativas, reconocidas como izquierda, centro y derecha, prevalecen posturas populistas que se venden como redentoras de reclamaciones históricas del pueblo. Se revisten de discursos de eslóganes y frases llamativas, pero con escaso fundamento práctico. Al final no son de derecha, de centro o de izquierda y, perdón por la comparación, se identifican con numerosos nombres, cual mal salpicón de frutas ácidas, amargas y podridas, del que difícilmente se puede saborear algo.

Estos malos y mañosos maridajes, para no siempre decir salpicón, carecen de fondo conceptual, y caen en un remolino de supuestas ideologías con múltiples metáforas enfocadas en la "superación" de la crisis del capitalismo, que hace ya varias décadas y desde la destrucción del Muro de Berlín y la desestructuración de la Unión Soviética, tomaron un auge sin precedentes en el mundo, fortaleciendo el concepto del interés individual por sobre el colectivo, desconociendo dimensiones claves en la valoración social y en la necesaria inserción de todo tipo de sujetos a las estructuras propias de un estado democrático. Superar esos reduccionismos es posible en un sistema realmente democrático

soportado en una educación de vanguardia que promueva el bien común.

¿Cómo hacer para que estos "ligeros y diversos movimientos o grupos de reivindicación" surgidos actualmente, sean partidos políticos fuertes y rigurosos? Para ello, debemos partir por ordenar el papel de cada uno de quienes integramos esta sociedad. De no hacerlo corremos el riesgo de que nos sigan gobernando posturas reduccionistas, con visiones anárquicas sesgadas por ideologías de extremas, de liberación del pueblo o de posturas sindicalistas limitantes, en la creencia de que todo se puede solucionar a través de una participación anacrónica de líderes que operan más como activistas o rígidos ideólogos, que como verdaderos lideres gestores y gerentes de la anhelada democracia participativa.

Si hubiera que contestar a la pregunta sobre si en Colombia hay democracia, tendríamos que decir: *"claro que existe la democracia",* aunque también debemos reconocer que esta es débil y que corresponde a una errónea aplicación de lo visualizado por los constituyentes de 1991. La democracia necesita construir escenarios coherentes y compatibles para su desarrollo. La nación debe responder a un Estado organizado, planificado y visionario.

Aún se deben cumplir múltiples exigencias constitucionales, tanto en los deberes como en los derechos, para fortalecer una verdadera idea de país democrático y rebosante de equidad, de inclusión y de bienestar, para superar la convulsionada realidad vivida por Colombia. Hasta ahora, la inercia como Estado frustra una anhelada paz. El dinamismo interno es permanentemente interrumpido por la ineficacia de sus gobiernos.

En mi experiencia como líder de una organización pública educativa metasistémica, he podido dar fe, con mis equipos de líderes, del valor de la cibernética y del manejo de la complejidad desde dos conceptos que son fundamentales: la simplificación y la simplicidad para coadyuvar a una administración efectiva y eficiente, haciendo uso entre otras, de tecnologías exponenciales que, no lejanas al escenario global de una democracia y de su interdependencia con otras sociedades, ayuda a mantener, a través de estructuras reticulares (redes humanas), una adecuada capacidad de respuesta para los problemas coyunturales y una importante capacidad de previsión para aminorar y dar respuestas de fondo a los problemas estructurales que, en acumulación coyuntural, permanentemente se presentan.

La mejor manera de gestionar la complejidad empieza en el propio órgano legislativo de una nación, suficientemente preparado por un sistema educativo consciente del valor de la inteligencia que forma solidariamente ciudadanos. Ello permite que el ejercicio de la ética rigurosa sea fuente de una moral social que supedite el análisis previo a las propuestas de leyes para que, cuando estas lo sean, afiancen decisiones sustentables en el bien común.

Se trata de que, desde la educación, se siembre el esperado fruto de una generación capaz de formular un modelo estructurado de nación, y en donde la administración estatal integre y combine políticas, recursos y capacidades humanas para fortalecer el progreso equitativo de sus millones de ciudadanos.

Colombia ha demostrado una lamentable incapacidad para transformarse como nación competitiva, en medio de un entorno global que demanda inversiones sociales, equilibrios financieros y avances en la innovación y la investigación. Para tener espacio de actuación real se requiere capacidad de reacción oportuna para

integrarse en un mundo donde la economía global fluctúa permanentemente, y que requiere de capacidades de conocimiento para fortalecer sus exportaciones y dar un valor y ventaja competitiva a sus bienes y servicios.

En este entorno nuestro modelo de desarrollo se ha limitado al reconocido avance de los sectores productivo y financiero, pero la alarmante incapacidad estatal para distribuir ese impacto ha degenerado en que millones de nuestros habitantes tengan una escasa movilidad social, y que los más pobres y vulnerables que son cerca del 60% estén privados de condiciones mínimas de vivienda, de transporte, de educación, de salud y de justicia.

Se requiere, entonces, que la política y quienes la ejercen sean ejemplo de transparencia y de moralidad, que con el poder otorgado gestionen las expresiones de la globalidad aquí descritas, para que estas sirvan para generar estructuras políticas sensibles a la participación social. Hay que construir condiciones para la convivencia y el desarrollo de instituciones que privilegien el mérito, en donde se imponga el respeto por las reglas como requisito fundamental para insertar integralmente a Colombia en la economía global, y en donde las actividades criminales sean erradicadas.

Colombia podría volverse ejemplo para América Latina si el Estado fortalece la seguridad ciudadana y da paso a un modelo de desarrollo cuyos patrones de acción estratégica afiancen una nación con una visión moderna basada en la diversidad de nuestras culturas regionales, el turismo ecológico soportado en accesos viales por rutas de primer nivel a las maravillas y bellezas naturales de nuestro territorio, en festivales para el arte, la música, la cultura diversa, en multiplicidad de congresos para todo tipo de sector y campo del saber, para la salud y nuevas

tecnologías, en gestas deportivas de talla mundial, en los deportes extremos, en la agricultura orgánica, en la industria regional multiservicios y en los productos transformados con innovación y creatividad.

Solo así el Estado colombiano obtendrá la debida legitimidad democrática. Sería un modelo sin precedentes soportado en el beneficio colectivo, en la aplicabilidad de la ciencia, del conocimiento, del saber y de la investigación, a favor de las comunidades, creando espacios públicos para una real movilidad social, dejando atrás épocas de confrontaciones y polarizaciones, en donde los aparatos de poder ejerzan su autonomía de forma transparente y sean punto de partida para el trabajo coordinado y efectivo entre lo privado y lo público.

La Colombia por construir no deberá cimentarse en las ruinas de proyectos políticos de escaso impacto, salvo para aprender de su fracaso. La globalidad representa hoy una gran oportunidad y es una gran aliada para que Colombia asuma una nueva postura, que requiere paciencia histórica y conciencia social extendida, para hallar caminos precisos frente a la manera de afrontar las múltiples crisis, volviéndolas en oportunidades para que todos quepamos, como actores sociales vitales. Dicha globalidad nos llama a una nueva sociedad capaz de entender la preponderancia de la democracia instalada desde el afecto y el respeto por la ley, y que sirva para fortalecer la dignidad humana.

Un referente para entrar en esta transformación son los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) que, con altura ética, reconstruirán la cultura humanística de nuestro país y la propia supervivencia mundial. Se trata de establecer nuevas formas de vida para que la democracia permita prácticas políticas y culturales basadas en principios y fines fundamentales, dando

valor a la justicia, a la educación y a la vida. Se trata de forjar una sociedad basada en el ejemplo de sus líderes y dirigentes, para ir gestando una nueva nación que soporte su visión de futuro, en una acción ciudadana deliberativa y con pensamiento crítico, para que el debate y la participación sean los nuevos referentes del trabajo y la acción individual y colectiva.

Con ello se dará garantía al respeto por la vida digna. Para esto se requiere una educación que siembre un pensamiento autónomo con la convicción sobre el valor de la participación democrática para aportar a las decisiones políticas, para que la reflexión analítica sea la que acompañe la construcción de la autonomía individual, pero también para pensar en el respeto a la autonomía colectiva. En este orden de ideas, deberán prodigarse escenarios para múltiples movimientos socioculturales en defensa de la diversidad, que permitan crear hábitos de valor ético y, especialmente, para que las poblaciones, especialmente las hasta hoy vulneradas históricamente y alejadas de la posibilidad del bienestar, sean el punto de partida de la gesta igualitaria por la equidad y la justicia.

Esa Colombia así reflejada será respetuosa y promotora de las tradiciones de nuestros pueblos indígenas y afrodescendientes y de la diversidad de géneros, y dará trascendencia a la construcción de espacios para que se reivindiquen las diversas identidades, idiosincrasias étnicas y regionales, y para fortalecer la identidad del ser colombiano y el orgullo nacional.

Con estos referentes, la identidad política de los jóvenes se forjará en el deseo de participar para construir proactivamente en sus ámbitos locales, regionales y nacionales, inspirando soluciones a problemas estructurales de todo orden. Jóvenes que en lugar de crear desesperanza forjen la esperanza basada en el

cumplimiento de acuerdos fundamentales. Para ello será necesario entender cómo, de forma participativa, se puede planificar el futuro, de tal manera que Colombia sea local, y a la vez global, y se movilice desde el conocimiento riguroso para que sepa resolver las demandas de su sociedad dando valor a lo estratégico de la educación, de la ciencia, de la tecnología, de la innovación y del desarrollo integral, para dejar atrás épocas de corrupción e ineficiencia e impere la ética, y para que se priorice lo moral para el desarrollo individual y colectivo.

Revisando el paradigma educativo

Hasta aquí, este ensayo se ha detenido en sus primeros ocho capítulos en ilustrar y reflexionar sobre el devenir de una sociedad que, como la colombiana, refleja, para sus mayorías, la ausencia de un estado dinámico, prospectivo y con una clara visión de futuro. El resultado hasta ahora, en clave de pasado y de presente, es el de una sociedad con una educación postrada en su resistencia al cambio y que tras más de dos centurias de transcurrida nuestra independencia no despierta de su letargo.

Los frenéticos cambios de la segunda mitad del siglo XX y las primeras décadas del XXI y su especial impacto en los medios de producción, en el conocimiento, en la naturaleza del trabajo, en la distribución de la riqueza y en los mecanismos de difusión del conocimiento (gracias a los enormes desarrollos tecnológicos), deben llevarnos a pensar sobre nuestra prospectiva como humanidad, que no es otra cosa que la visión de nuestro futuro como especie.

¿Qué nos espera en lo que viene hacia adelante en las próximas décadas? Ello será seguramente influenciado de manera directa por la hipersociedad: una sociedad que no solo está viviendo los primeros albores de la transformación digital, sino que verá cómo las implicaciones sociales, económicas y personales serán la expresión de una hipertransformación.

Todo esto derivará necesariamente en radicales cambios de paradigma, especialmente en escenarios tan transversales como los de la propia educación. Estamos en tiempos de oportunidades, y como colectivo tenemos que asumir una posición central en torno a lo que América Latina y el Caribe, y en especial Colombia, podrán referenciar para tener el control de esta nueva época.

Debemos ser conscientes que vivimos en un momento de la historia de la humanidad donde lo cotidiano son los vertiginosos cambios diarios. Por lo mismo, es imperativo que la institucionalidad educativa se constituya en un faro para que la humanidad tenga capacidades, competencias y comportamientos que, de entrada, permitan comprender el porqué y el cómo de las transformaciones que requieren de análisis cada vez más profundos, así como de resultados pragmáticos y efectivos.

Porque, hay que reconocerlo, hasta hoy el enfoque reduccionista del método científico clásico no ha permitido explicar fenómenos políticos, sociales, económicos y naturales de mayor escala; este ha llevado a dar una mirada desde especialistas que solo ven la parte y no el todo. El estudio individual de un fenómeno, a través de disciplinas no genera las mismas respuestas que pueden obtenerse por medio de la interacción inter, multi y transdisciplinar de los conocimientos que lo conforman. Surge, entonces, la necesidad de un cambio de paradigma educativo que permita al sujeto formado una observación integral de lo que

ocurre en ciencia y conciencia alrededor de su entorno inmediato y de su entorno global.

Contrario al pensamiento simplificado, Edgar Morin planteó las nociones básicas de la complejidad, término que semánticamente denota, para el común de los pensamientos, desorden, incertidumbre y confusión, y que al mencionarlo lo primero que viene a la mente es un problema y no una solución. Pero ello requiere de la educación como único dispositivo social clave para, con urgencia, fortalecer el pensamiento complejo mediante relaciones abiertas y complementarias en una interacción dialógica entre situaciones contrarias, como por ejemplo entre lo racional y lo irracional, la incertidumbre y la certidumbre, el orden y el desorden, lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo, en fin…

La simplicidad, a su vez, es la noción antagónica de la complejidad. La simplicidad del pensamiento occidental, representada por el racionalismo de Descartes, con la búsqueda de la certeza a través del método inductivo- deductivo y de la intuición del "pienso luego existo". Dicha simplicidad posteriormente fue trabajada por sus seguidores, como Pascal con el racionalismo antropológico sobre el cuerpo y el alma y el idealismo que limita el conocimiento de la realidad a un conjunto de ideas que son más dogmas de fe que demostraciones reales de su existencia. La simplicidad ha sido asimilada por el positivismo lógico y el racionalismo crítico, y en ambos casos la evidencia empírica fundamental para validar teorías garantizando la objetividad y la neutralidad de la producción científica está limitada, ya que el sujeto es un ser pasivo y la concepción del conocimiento es solo lineal.

Aun cuando desde hace tres décadas Morin (1994) ya reconocía los aportes de la simplicidad en el avance de la ciencia, le hace severas críticas por considerarla un obstáculo para la evolución

del conocimiento científico. La principal observación de Morin se halla en que, en su parecer, el pensamiento occidental además de racionalizador, hiperespecializado y formalizador, constituye una falta de contextualización de esta forma de educar.

Esto en razón a que la distinción que se hace de la descomposición de las partes elimina la relación integral del sujeto con el objeto estudiado. La objetivación de la ciencia terminó por ser una influencia limitante del sujeto social sobre el objeto y la explicación de hechos radica en un mero análisis sin contexto. El pensamiento simplificado puede conseguir un resultado que, determinado por el reduccionismo, no puede ni se atreve a mirar lo holístico ya que sería el resultado de observar el todo y la parte al mismo tiempo. Por muchos años este principio de simplicidad ha sido la guía y orientación de un pensamiento que nos enseñó a dividir para analizar o a unificar para sintetizar, pero que difícilmente logró complejizar nuestros análisis y resultados derivados.

Observar las singularidades implica detenernos en las partes y con ello nos arriesgamos a perder de vista el conjunto, lo cual tampoco es lo más conveniente. Es necesaria la integración de los partes con el todo formando una entidad cerrada y aislada de un contexto que lo afecta y lo transforma de infinitas maneras por lo que la educación actual nos relativiza en la intervención sobre las realidades.

La fragmentación del pensamiento caracteriza el conocimiento científico en el mundo contemporáneo occidental, dominado por mecanicistas y simplificadores incapaces de visualizar la globalidad ignorando las interrelaciones entre los fenómenos lo que conlleva a la pérdida del sentido de la realidad.

Esto no significa que la abstracción no sea importante, sino que lo particular solo tiene valor determinante en el marco de una previa contextualización. Hoy se requiere de una marcada tendencia hacia la inter, multi y transdisciplinariedad, lo que produce una evolución y enriquecimiento del conocimiento mismo; lamentablemente las disciplinas aún se mantienen mayoritariamente en la interacción con y entre ellas mismas afianzando una concepción reduccionista dividida en fragmentos del conocimiento especifico.

En el tradicional proceso educativo, el aula de clases representa el contexto inmediato en el que el sujeto que aprende se desenvuelve, y en el que se originan diferentes niveles de intercambio, pero pocas veces se conecta con el contexto de la realidad como se plantea en el paradigma del pensamiento complejo de Morin. Para ello es vital fortalecer la formación que afianza el pensar para repensar lo conocido; el conocer para solucionar, y el crear para innovar. Así, el estudiante aprende el valor de lo dialógico con pares y docentes entablando conversaciones con sentido, encontrando en colectivo soluciones a los problemas que se le planteen, aprovechando el intercambio de ideas, comunicando sus conocimientos, confrontando sus observaciones desde diversos puntos de vista teniendo que encontrar oportunidades diversas de construir su forma de ser, de sentir y de pensar.

Una nueva forma de "ser inteligente"

El actual milenio trajo el Internet como una alternativa de comunicación que no fue tan notable para la mayoría de los

humanos en sus primeros años, pero que actualmente es imprescindible en la cotidianidad de casi todos (por no decir todos). Como un complemento, aún incipiente frente a lo que se cree que llegará a ser, se instala la inteligencia artificial, que para algunos futurólogos es tan importante como el propio descubrimiento y aplicación del fuego. Lo claro es que nos encontramos frente a la necesidad ya no de reinventar la tecnología, pues esta se reinventa todos los días, sino de reinventarnos nosotros mismos frente a los nuevos productos y servicios como una nueva manera de ver, de conocer, de comprender y de hacer las cosas.

La historia se ha hecho para aprender de ella, aunque muchas veces no se haga. El futuro se construye a medida que el cálculo prospectivo nos acerca a la creación y a los resultados derivados de nuestra propia innovación y emprendimiento. Quienes viven su vida atados al pasado y a sus prejuicios generalmente encuentran todo tipo de obstáculos para superarlos, ya que estas vidas están llenas de imposibles para construir nuevas realidades, lo que implica dificultades para tener certezas sobre los nuevos caminos a construir.

Bien dijo Shakespeare que "el pasado es un prólogo". Yo complementaría afirmando que el presente se puede entender como un libro a escribir, con un enorme potencial de gran valor educativo para la existencia humana y el bienestar extendido.

Creo que quienes han sido los diseñadores de la inteligencia artificial, de seguro tuvieron como aliada a la inteligencia emocional, aquella que expresa todo el potencial del cerebro humano, madurado desde el nacimiento y la infancia y que marcan para bien o para mal la mente y el corazón de cada destinatario. El aprendizaje a lo largo de la vida permite redireccionar la

inteligencia emocional de los diferentes entornos donde ella actúa ya sea el familiar o en laboral.

He intentado en este ensayo, dejar claro el valor de la educación como la principal gestora de líderes. Sin esta la educación no se siembra la inteligencia emocional incluyendo la propia, no hay liderazgo que valga, ya que dicha inteligencia no solo depende del coeficiente intelectual sino de la manera como este se fusione con los nuevos aprendizajes cotidianos como determinantes de la conducta individual y colectiva y con el rendimiento que este determine en el aquí ya mencionado Trabajo Inteligente Productivo.

La inteligencia emocional es sinónimo de capacidades y de comportamientos adecuados como determinantes para establecer si cualquier persona, hombre o mujer, puede asumir retos de transformación de su propio ser como punto de partida, para que pueda descubrir, por sí mismo, el potencial que le permita direccionar su destino, y con su experiencia acompañar a aquellos que también busquen ruta de transformación.

Hace pocas décadas no se entendía bien el concepto de inteligencia emocional en el mundo educativo, y mucho menos en el laboral. Hoy, las competencias, comportamientos y habilidades que cada quien cultive y posea son garantía de éxito y una condición *sine qua non* para ejercer el liderazgo transformador que se expresa en el ejemplo.

He sido reiterativo en denunciar la mala herencia de una educación basada en la transmisión de conocimientos y en la oportunidad de transformarla por una basada en la gestión de conocimientos, que dé valor significativo al aprender a aprender y al trabajo en equipo, pues son los colectivos humanos quienes

pueden desarrollar máximos niveles de creatividad, y por ende de productividad.

Lo anterior quiere decir que la sumatoria de la inteligencia individual de unos y otros se convierte en la plusvalía de la inteligencia colectiva, lo que implica saber articular y coordinar saberes y esfuerzos en búsqueda de una meta común y que en su justa dimensión requiere de comportamientos abiertos y mentes flexibles.

La educación debe ser consciente de su propia autoconciencia, de su empatía con los entornos externos (es decir, de su conciencia social), y debe tener rigor (no solo en la transmisión de conocimiento sino en la gestión de este). Por supuesto, debe hacer ganar en cada uno de sus integrantes el autocontrol, la autorregulación, la adaptabilidad (siempre con una actitud positiva) y la proactividad del colectivo (que conforme exitosos equipos de gestión formativa).

Así como la inteligencia artificial es fruto de algoritmos estáticos, la inteligencia emocional se basa en la interconexión de neuronas que producen sinergias de aprendizaje permanentes. La vertiente diferencial está en la neurogénesis, que nos muestra que tenemos un valor agregado ya que estamos dotados de neuro plasticidad, que implica la capacidad de restructuración permanente de nuestro cerebro frente a las experiencias cotidianas que vivimos. Fruto de ello se da la activación de nuevas conexiones que pueden modificar hábitos y costumbres, si así lo deseamos, porque estos circuitos siempre están dispuestos a crecer para adaptarse a nuestras nuevas motivaciones.

Formar esas mentes con un interés inusitado por el buen actuar y el amor por el conocimiento, para saberlo gestar en procura del

bienestar extendido, corresponde a una buena y competitiva institucionalidad educativa.

Es hora de que Colombia, en su empeño por una transformación educativa en desarrollo de una transformación social, supere la minusvalía -en vez de la plusvalía. Es hora de que dicha educación dé forma colectiva a lo que podría ser uno de los capítulos más relevantes de su propia historia asumiendo el espíritu emprendedor como un elemento vital para su propia transformación y para saber manejar los desafíos que en medio de la compleja realidad, requieren de rutas estratégicas que sepan aprovechar las oportunidades de la evolución tecnológica. Porque, para asumir la formación integral, la educación necesita generar entusiasmo en niños y jóvenes para que estos puedan aprovechar las ventajas competitivas de los recursos naturales de toda índole.

El nuevo escenario debe superar incógnitas y establecer nuevas alianzas entre los actores prioritarios de la organización nativa, con sinergias que edifiquen posibilidades reales de transformación, en donde los sectores público y privado sean socios potenciales que conviertan la educación como esencia de la vida cotidiana de todos los niños y jóvenes.

Es claro que una sola golondrina no hace verano, que para propiciar una transformación educativa se requieren esfuerzos y voluntades que surjan desde la propia institucionalidad, y que ello requiere convicciones y compromisos de sus actores, así como de una conversación para la concertación y, al mismo tiempo, de inversiones sociales sostenidas con políticas de Estado que definan recursos proporcionales a indicadores de impactos satisfactorios. De darse estas condiciones, la cualificación de los docentes activos de todos los niveles y ciclos educativos, y la

pertinente y transparente incorporación tecnológica, contribuirán para que la buena educación se expanda adecuada y equitativamente y gane reputación cuando sus impactos respondan a los intereses y consoliden un círculo virtuoso que de real credibilidad al sector.

Capítulo 10

La pasión por el bienestar y el vivir sabroso

El título de este capítulo habla del vivir sabroso y para ello es vital reconsiderar el papel protagónico de la educación. Cómo lograrlo es lo que intento responder.

El concepto de "Vivir Sabroso" lo he puesto intencionalmente, en referencia a que la vicepresidenta de Colombia (2022-2026), Francia Márquez, lo popularizó como una forma de expresar un propósito de estilo de vida y acción política deseado para el país. La vicepresidenta, líder social afrocolombiana y defensora de derechos humanos, dijo: *"vivir sabroso es empezar a dejar de vivir en comparación; vivir sabroso es la libertad y los intereses de integrarse a los demás como una filosofía que nació en el Sur africano y que lleva como nombre Ubuntu, que significa 'soy porque somos¨"*. Es, en síntesis, un estilo de vida lejano a la violencia y cercano a una paz que sea resultado de la reconstrucción en todos los niveles sociales.

Por otra parte, según lo planteado por Diego Angulo Martínez (2022) en su ensayo "Vivir Sabroso", este enfoque lo componen las condiciones de una filosofía que busca reconstruir y generar condiciones para el desarrollo social entregando oportunidades de reivindicación a quienes no han sido escuchados por décadas. Angulo llama a la reflexión sobre la justicia realmente económica e invita a construir pacifismo desde la reparación al feminismo y las garantías de igualdad que con un diálogo abierto puede darse en el interés de construir una sociedad solidaria.

Ahora formulo la novena hipótesis para su falsación o verificación, amable lector.

Novena hipótesis: El desarrollo conceptual sobre el **vivir sabroso** nos permite acercarnos, como colectivo social, en la búsqueda de una nación participativa que reconozca en la falla de su propia

historia el interés por la construcción solidaria, equitativa y en paz, que integre las visiones étnicas, las diversidades culturales de pueblos y de razas que hoy integran la identidad colombiana.

Así será viable formular verdaderas políticas de equidad y de igualdad que reflejen libertad y bienestar, soportados, como lo señala Angulo (2022), en la justicia económica, para que las oportunidades sean derechos básicos y para que la riqueza se extienda de la misma manera para todos.

Ese *"vivir sabroso"* debería tener como lema *"me gusta la gente"* (como la canción): aquella que vibre con entusiasmo por aportar a la visión colectiva; a la que no hay que obligar, a la que no hay que decirle lo que tiene que hacer porque ya sabe dónde llegar, con capacidad para analizar y para no dejar soluciones a medias o a la suerte. Nos debe gustar la gente que le hace el quite a la tristeza, que es flexible para trabajar en equipo, que no pierde de vista de nuestra humanidad, que se distingue por su actitud sincera y franca, y que es capaz de oponerse con argumentos serenos y relacionados al pensamiento contrario, siendo capaz de criticar constructivamente y de frente, porque tiene criterio, porque no traga entero, porque reconoce sus errores, porque es leal y persistente, porque no desfallece frente a los obstáculos y los asume como reto y desafío, porque trabaja por resultados efectivos, y ante todo, porque se guía por convicciones más que por el dinero o los bienes materiales, sintiéndose orgullosamente colombiana.

Hacia una vida con sentido… y sabor

René Descartes, fundador del racionalismo moderno, aportante a las ciencias matemáticas y a la geometría analítica, nos dejó su famosa frase *"cogito ergo sum"* -pienso luego existo- o pienso porque existo, en una precisa descripción de la importancia de la vida ligada a su propia existencia. ¿Para qué llegamos al mundo?, ¿Por qué tenemos la obligación de dar sentido y significado a nuestro vivir y existir?, o, lo que es el mismo, ¿Cómo orientar e impulsar dentro de una corta o larga vida, hábitos que coadyuven al sentido de la felicidad, derivada de nuestra propia y frágil condición humana?

Son demasiados los ejemplos de mujeres y hombres que, se pueden citar en la historia de la humanidad, supieron responder a esas preguntas, explicando el éxito de su existencia. Más allá de circunstancias excepcionales o de golpes de suerte, en contados casos, en la mayoría de quienes dieron sentido y significado a sus vidas, hay una serie de rasgos que comunes, y que, en mi parecer, son especialmente estos cinco:

Primero, su capacidad para valorar y sacar provecho del tiempo, que corre en contra. Fueron suficientemente observadores para reconocer que, con un estudio riguroso, un esfuerzo sostenido y métodos no convencionales podrían resolver problemas o cambiar formas de vida valoradas desde otro enfoque, propiciando condiciones innovadoras fruto de su creación para abordar cambios radicales que, como ocurre siempre en un escenario emergente, seguramente para muchos fue poco comprendido por sus contemporáneos.

Segundo, fueron capaces de tener un verdadero espíritu visionario adelantándose a los cambios estructurales, inesperados, culturales, operacionales… que se han ido dando en la sociedad y que, con valentía para sus tiempos y actuando con mucha pasión y convencimiento, aportaron para transformar sus sueños en realidades que propiciaron felicidad colectiva. Ello les permitió ser reconocidos en su momento o en el futuro, como ejemplo disruptivo del valor de cambio que produce la creación en cualquier orden del conocimiento.

Tercero, encabezaron revoluciones, silenciosas o bulliciosas, en torno de transformaciones necesarias para brindar bienestar a cientos, miles o millones de humanos.

Cuarto, se atrevieron a cambiar su historia, sin decepcionar, aportando interesantes lecciones sobre sus vivencias, esfuerzos y también sufrimientos, siendo importantes emprendedores en la construcción del mapa de su respectivo presente y en especial aportaron de manera positiva y significativa al futuro de miles.

Quinto, fueron sembradores de semillas de solidaridad y de triunfo extendido, dejando importantes huellas de su paso por el mundo para forjar futuro, y su pensamiento se constituyó para otros en escenario esencial de vida con su propio ejemplo, a pesar de no haber sido entendidos en su momento como forjadores de la concepción de lo que hoy asumimos en nuestro devenir cotidiano como que lo constante es el cambio.

En un mundo como el actual abundan libros, guías, manuales, sobre cómo lograr la felicidad. Muchos de ellos con importantes recomendaciones, e incluso, pasos que orientan al lector en dicha búsqueda, pero más allá de si dichas rutas son ciertas o no, es importante entender el sentido de la voluntad humana y del

significante valor de la mente encarnada en nuestro cerebro como los conceptos que actúan de manera clave como referentes para propiciar la creencia en valores y principios que guían nuestra existencia.

La reflexión sobre este tema también podría servir para incrementar la conciencia en torno de las interrogantes sobre ¿quién soy?, ¿cómo sueño ser?, ¿por qué y para qué vivo?, ¿cómo puedo alcanzar los sueños?... Apostar por dar una debida respuesta a estas preguntas puede ayudar a tener control sobre nuestro propio proceso existencial. No es fácil. Desde el nacimiento evolucionamos y en pocos años pasamos de ser niños y jóvenes a adultos que cada vez envejecen con más rapidez, pues la vida es un suspiro que no da tregua. Eso es justo lo que nos pasa a casi todos; soportamos momentos y aprendizajes difíciles antes de encontrar las formas claras del porqué y el para qué existimos.

Quienes supieron encontrar, por propia motivación e iniciativa, un buen rumbo, han sido, son y serán conductores de su propio futuro. A estos les sonríe la vida porque tienen el control y la visión del hacia dónde y cómo sacar provecho de la limitada existencia y su apuesta de vida busca, pasar y dejar huella. Fueron, son y serán quienes nunca dudaron del por qué ni del cómo de su existencia ni del valor agregado que, en cada día, procuran para el bienestar de su vida y la de quienes están a su alrededor.

Otros en cambio, por diversas circunstancias (familiares, laborales, profesionales, sentimentales o económicas, entre otras muchas), desisten de caminar y paran para no luchar. ¡Craso error! Dejaron de asumir la adrenalina de los retos, de saborear los triunfos, de actuar sobre principios y valores; dejaron de lado las oportunidades, evadieron la perseverancia, ahuyentaron el crecimiento personal, hicieron el quite a la productividad derivada

del esfuerzo, y nunca supieron de la felicidad plena y menos del valor por la dedicación que exige la sabiduría.

El aforismo popular reza que *"mal de muchos, consuelo de tontos".* Esto pasa a millones de personas que pasan su existencia dejándose llevar por la cotidianidad, que nunca se preguntan el porqué y el para qué de su rumbo. Son vidas intrascendentes que desaparecen sin dejar huella. Su tiempo, energía y metas por lograr se convirtieron en un frenético sinsentido, dejándose llevar por una incontrolable cadena de acontecimientos de los que pocas veces o nunca tuvieron control. Fueron y son personas que no han disfrutado de una verdadera existencia y, por el contrario, se han sumido en un círculo vicioso de hechos inestables que, sin ningún respaldo personal o social, les ha alejado de la propia confianza y de la tranquilidad que nutre una buena existencia.

Nadie quiere lo que no se enseña a querer y por supuesto nadie ama lo que no se enseña a valorar. En Colombia necesitamos precisar el valor de nuestros rasgos culturales para ponerlos al servicio de nuestra vida colectiva, para afianzar nuestra cultura colombiana en las futuras generaciones. Llegó la hora de no avergonzarnos por lo que somos y por lo que fuimos; llegó la hora de mostrarnos con orgullo frente al mundo por lo que somos y representamos. Las actuales generaciones deberíamos repensarnos como semillas que se siembran para un nuevo bosque, como la escorrentía de ríos que ha de cuidarse para disfrutar de su transparencia y para ser el oxígeno puro que alimentará el nuevo aire que deberán respirar los colombianos. Una generación que deberá disfrutar de la tranquilidad de estar cubierta de las tormentas, consciente de los aprendizajes de los fracasos de sus antecesores, y optimista de un futuro mejor, por la confianza, el respeto y la libertad para interactuar.

No podemos intentar reconstituir a Colombia sin un cambio actitudinal verdadero que supere nuestra demencial y, a la vez, inerme concepción sobre el desastre doloroso de la violencia. Un cambio de actitud reflejado en acciones que transformen la injusticia en justicia plena, que den sentido al valor de la existencia y respeto profundo a la vida propia y la de los otros.

Es necesario que nuestra educación nos impulse y dé fuerza y comprensión sobre la axiología, para apropiarla con sabiduría y para que cada uno dé sentido y significado a la sana convivencia, a lo colectivo y a lo participativo, para comprender, entre todos, el trabajo en equipo que nos permita superar diferencias y adversidades.

Debemos dejar atrás las frustraciones históricas y debemos revivir ese espíritu de la *Colombianitud*. Tenemos que asumir que los problemas son de todos y que su solución implica elegir opciones que superen las quejas y permitan enfocarnos en los errores para superarlos y corregirlos, y no para hacer uso maniqueo del convivir con ellos.

¡Cuán diferente sería la cotidianidad y la vida de los colombianos si los talentos, la inteligencia y la energía que hemos desgastado en culpar a los demás de nuestros problemas, los hubiéramos gastado y empleado efectivamente en resolverlos! Por lo general, a los colombianos se nos reconoce en el mundo por nuestra alegría y sonrisa; es decir, por nuestra calidez, aunque no solemos pensar positivamente ni agradecer todos los beneficios que tenemos. Nos encontramos en el límite entre lo que queremos ser y una desesperanza acumulada**.** La mayor amenaza de una nación como Colombia no será la guerra fratricida y ni siquiera las enfermedades virulentas, sino nosotros mismos si no asumimos con rigor la responsabilidad personal, social, histórica y hasta

moral, de gerenciar nuestro propio destino como país. No aprender de los fracasos y de las tragedias del pasado y no revertirlas, sería nuestra mayor amenaza como sociedad.

Superarnos y trascender a sí mismos

Llegó la hora de que Colombia deje de ser pelele de múltiples intereses, particularmente oscuros, que, ante un Estado inoperante, se han instalado como espiral en crecimiento de corrupción alimentada por mafias nacionales e internacionales revelando nuestra incapacidad por la ausencia del ojo guardián que inspira la conciencia crítica y a la vez, actuante sobre la realidad de nuestro país.

El alma colombiana debe estar ligada al espíritu indómito sembrado en la mezcla étnica. Necesitamos que nuestros corazones se sumerjan, como una pasión, en la construcción colectiva; que las nuevas generaciones respiren libertad, que aborden la formación de conductas rigurosas y a la vez amables, y que nuestros niños y jóvenes no busquen salidas facilistas a la desesperanza. Llegó la hora de que Colombia beba en copas de optimismo, respire aires de prosperidad y alegría, y que la voluntad de todos supere las cadenas que muchos llevan por dentro, traídas de anteriores generaciones.

Para que lo aquí dicho no suene a discurso politiquero, debemos asumir la simplicidad y la simplificación como variables con las que hay que administrar la compleja realidad sobre la regla básica de estar siempre dispuestos a perder algo para ganar el mayor tesoro: la paz sostenible, sustentable y extendida. Esto significa que los colombianos tendremos que perder para ganar si

queremos rescatar la sonrisa. Perder las malas energías, la desesperanza y el pesimismo; ganar más ilusiones, emociones y esfuerzos, como los que nos brindan nuestros deportistas que logran gestas maravillosas, y ser conscientes que los problemas no se solucionan de un día para otro pero que, cuando se quiere con corazón y compromiso, los sueños son posibles de alcanzar.

Hacia adelante, Colombia tendrá que entender que el verdadero cambio debe asumirse de manera colectiva y positiva, orientado a solucionar problemáticas, estructurales y no coyunturales; y a superar visiones ideológicas radicales que solo fragmentan en vez de unir.

Y tendremos que aprender que para la solución de los problemas se requiere tiempo y planificación bajo un criterio ético.

Colombia: disposición positiva

Es en el entorno de las hipótesis aquí planteadas donde se vive la *Colombianitud* como la actitud de aquel buen colombiano o colombiana que transita por el mundo con la fascinación de descubrir lo que le rodea, que expresa sus talentos como ser humano de buena voluntad, que es un gran ciudadano, observador y respetuoso de las leyes y de las normas, y que sin importar su oficio o profesión sirve de ejemplo a todos, en especial a los niños.

El espíritu que encarna la *Colombianitud* es de quien aprende a mirar lo simple para darle sentido a lo complejo; quien pone su conocimiento y quehacer al servicio de causas colectivas; quien insiste, con tesón y gracia, para que su mente, corazón y ojos se

conecten y proyecten el deseo de ir más allá en el conocimiento; quien se interesa por la información veraz y objetiva para encontrar verdades, quien busca experiencias para conocer el mundo y sus maravillas; quien quiere afianzar sus propias competencias y sus capacidades de asombro ante nuevos conocimientos en busca de una mejor existencia para todos.

La actitud de todo buen colombiano y colombiana estará también relacionada con su encanto por conocer y por difundir su geografía y bellezas naturales; de valorar lo verdadero e importante de nuestra historia. Esa actitud sabrá respetar la vida de los demás, dejando atrás épocas de violencia; potenciará la ciencia, el arte y las poderosas expresiones de la autenticidad y la felicidad del connacional, para que Colombia sea reconocida como una nación ejemplo para otros países del mundo.

En fin, la *Colombianitud*, es la expresión bella y afable del carácter de los connacionales de esta esquina del planeta que actúan con humildad y entrega para servir como líderes y lideresas, y como promotores de solidaridad, de amor por el planeta y por la patria, pese a haber sufrido persecuciones. La *Colombianitud* se reconocerá como la actitud del ser colombiano que sabe dinamizar, con proyectos de servicio, la diversidad de su actividad y la de sus territorios y que, además, es estudiosa y a la vez curiosa por aprender de su pasado para construir un mejor futuro.

La consolidación de una real ciudadanía

Todo lo anterior debe llevarnos a constituir una verdadera ciudadanía democrática en la que todos los ciudadanos tengan como referentes de acción la moral y la ética. Al fin y al cabo, una

ciudadanía bien formada es el soporte clave de una democracia consolidada. Ello demanda, necesariamente, que todos (ciudadanos y ciudadanas) tengan la debida educación para reconocer cuáles son las prácticas cívicas y las virtudes propias de su actuar ciudadano, de tal forma que no sean indiferentes a los problemas sociales, políticos y económicos de todas las comunidades.

Una sociedad está debidamente consolidada y vive bien cuando reconoce que ella es parte de la solución de sus problemas y tiene conciencia de lo que implica no garantizar la debida inclusión, la necesaria equidad y el fundamental bienestar extendido para evitar violencias sociales que como las vividas por Colombia en diferentes épocas de su historia y que han destruido su tejido social y han creado, como se ha planteado varias veces en este ensayo, desesperanza de vida y el deterioro de nuestro orgullo del pertenecer a esta nación.

Porque no se es un real ciudadano por el simple hecho de nacer en un territorio, sino cuando se entiende el valor de lo que implica hacerlo y de las obligaciones que conlleva ser parte de una sociedad democrática, libre e igualitaria. El reto de vivir bien y sabroso requiere, especialmente, de una formada conciencia moral y social, y ello implica que la educación como referente clave de la formación integral debe dejar huella tanto en el orgullo como en la vergüenza social que debemos sentir ante situaciones indignas que provoquen la acción crítica, reflexiva y representativa de la sociedad, en defensa de sus propios intereses.

Los errores de Colombia como sociedad democrática no pueden ser repetidos. La educación debe contribuir a salvaguardar los principios y valores fundamentales de nuestra democracia. Ello

implica que los niños y jóvenes sean motores de cambio, que promuevan la igualdad, rechacen la injusticia y lideren con el ejemplo lo que se conoce como una "sociedad decente".

La transparencia también implica una condición *sine qua non* para el desarrollo de un buen gobierno caracterizado por el orden social y por la participación de la ciudadanía en la gestión, territorial y nacional, de decisiones públicas orientadas por acciones éticas en todos los actos que procuren el desarrollo social efectivo.

Esta Colombia del vivir sabroso requiere, urgentemente, debilitar la corrupción y generar confianza ciudadana derivada de la efectividad de reformas sociales democráticas que inicien por los más desfavorecidos. El desarrollo humano sostenible, el crecimiento del Producto Interno Bruto y la debida distribución de la riqueza, son requerimientos necesarios para que todos y cada uno de los ciudadanos colombianos, en cualquier lugar del territorio, sientan una efectiva presencia de un Estado que proteja y respeta sus derechos. Un Estado, como el proyectado por la Constitución Política de Colombia y calificado como Estado Social de Derecho, debe ser sensible para que sus decisiones se soporten en el bienestar extendido y se garantice transparencia, eficacia, eficiencia y oportunidad en la provisión de oportunidades para todos y todas.

Así, la Colombia del vivir sabroso requerirá de servidores públicos que en su diario ejercicio laboral fortalezcan el trabajo inteligente productivo para beneficio de los usuarios de los servicios que representan, creando una férrea voluntad para derribar la corrupción y ejercer el debido control de lo público.

El vivir sabroso también requiere de la necesaria transformación de la educación colombiana para ser generadora de una relación dinámica con las nuevas pedagogías y con las tecnologías que, frenéticamente, generan la imperante disrupción formativa en un mundo cada vez más hiperdigital. Será la educación la que nos ayudará a pensarnos respecto a nuestra prospectiva como sociedad colombiana, que no es otra cosa que la visión de nuestro futuro como nación.

Es claro que la hipersociedad digital nos desafía con nuevos, y aún muy desconocidos, escenarios en el mediano y largo plazo. Las nuevas sociedades que se irán delineando demandarán una hipertransformación social, económica y personal donde la educación de vanguardia y anticipatoria, preparé a las nuevas generaciones de ciudadanos cuyos líderes superen la actual cotidianidad arraigada en violencias diversas, inseguridad colectiva e individual e inequidades múltiples. Esto derivará, necesariamente, en cambios radicales del paradigma educativo actual para ser efectivo transversalmente en todo tipo de escenarios sociales y productivos.

Esta es una de las razones por la cual esta reflexión quiere aportar propositivamente a estos escenarios de diseño de visión de nación, para tomar en cuenta vectores que, rápidamente, deben transformarse, y para así entender que estamos en un tiempo de oportunidades que, como colectivo, debemos asumir para coparticipar en la co-construcción global que demandará un innovador diseño de las sociedades local, nacional y planetaria.

Todo ello demanda, especialmente a la institucionalidad educativa, constituirse en el faro en el que la Colombia visionada sea proyectada y se den las capacidades, competencias y

comportamientos para que las nuevas generaciones comprendan el porqué y el cómo construir colectivamente dicho sueño.

Las transformaciones esperadas demandan de análisis profundos y de resultados pragmáticos y efectivos, dejando atrás definitivamente el enfoque reduccionista de país.

Dichos cambios conllevan a revisar los paradigmas del método científico, visto en páginas anteriores, tal y como se advirtió por Edgar Morin en el sentido de que este aún se limita para dar explicaciones holísticas a fenómenos de todo orden ya que viene enseñado tan solo para valorar de manera aislada una parte constitutiva del problema o de la oportunidad, pero no, para aprender a valorar la integralidad del todo.

Lamentablemente aún la capacidad científica en Colombia no se desarrolla con el rigor ni la profundidad con la que se realiza en otras naciones del mundo, y esto responde a que no es ni siquiera un propósito principal de la política pública y un objetivo visible del sistema educativo. Basta ver los escasos presupuestos gubernamentales para impulsar su desarrollo, sumado a que su enseñanza no parece apasionar a niños y jóvenes, no motivados en los escenarios pedagógicos ni didácticos. Al fin y al cabo, el estudio individual de un fenómeno a través de una óptica limitada por una disciplina no genera las mismas respuestas que pueden obtenerse por medio de la acción científica inter, multi y transdisciplinar de los conocimientos. Es por ello, que surge la necesidad de un cambio de paradigma educativo menos simplista, que permita al sujeto formado una valoración integral de lo que ocurre alrededor de diversidades de entornos tanto el inmediato, como el global.

¿Y esto que tiene que ver con el vivir sabroso? Se preguntará el lector. ¡Pues mucho! Contrario al pensamiento simplificado, Morin plantea las nociones básicas de la complejidad, término que semánticamente denota para el común de las personas, el desorden, la incertidumbre y la confusión, y que al mencionarse lo primero que viene a la mente es un problema y no una solución; por ello para vivir sabroso también se requiere que el sistema educativo actúe como dispositivo social clave que, con urgencia, fortalezca en cada uno de nosotros un pensamiento científico que nos enseñe a propiciar relaciones abiertas y complementarias en una interacción dialógica con otros, para compartir situaciones similares o contrarias, como por ejemplo entre lo racional y lo irracional, la incertidumbre y la certidumbre, el orden y el desorden, lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo; en fin, para aprender a respetar, aprender a convivir, aprender a argumentar y de esta manera cerrar históricas brechas comportamentales de violencia sin diálogo. Requerimos educar de otra forma para vivenciar valores y para que estos junto a la ciencia del conocimiento se aprendan desde tempranas edades a contextualizar y concertar.

Hoy se requiere de una marcada tendencia hacia la inter, multi y transdisciplinariedad. Ello produce evolución y enriquecimiento de la formación integral. Lamentablemente, en Colombia aún las disciplinas se mantienen mayoritariamente afianzando una concepción reduccionista dividida en fragmentos del conocimiento específico que influyen incluso en la manera de diseñar los currículos en diferentes ciclos y niveles formativos.

En el proceso educativo tradicional, el aula de clases representa el contexto inmediato en el que el estudiante aprende bajo la repetición y la escasa aplicación del conocimiento y bajo un

reducido intercambio con el contexto, ya que pocas veces se articula con la realidad externa como lo plantea en su paradigma del pensamiento complejo de Morin. Para ello es vital fortalecer la formación que afiance en pensar sobre cómo mejorar lo conocido; el aprender para solucionar; el crear para innovar; de esta manera el estudiante aprende el valor de lo dialógico con otros pares estudiantes y con sus docentes entablando conversaciones con sentido, encontrando en colectivo soluciones a los problemas que se le planteen, aprovechando el intercambio de ideas, comunicando sus conocimientos previos, confrontando sus observaciones desde diversos puntos de vista, así tendrá la oportunidad de encontrar múltiples oportunidades de afianzar su forma de ser, de sentir y de pensar. En síntesis, sentando las bases necesarias para luego aprender a "vivir sabroso".

La Colombia soñada… y posible

La Colombia soñada debe forjarse desde ya. ¡No hay más tiempo! Dicha Colombia servirá para transmitir nuestra calidez a otros, como producto de nuestra propia evolución y conciencia de que debemos dejar atrás a quienes nos invitan a involucionar.

La Colombia soñada debe dejar atrás el lastre de la desesperanza, para caminar sobre la confianza. La Colombia soñada debe ser fuente de fortaleza y de renovación permanente, para sanar sus heridas con la convicción diaria de aprender a cómo superar las dificultades. La Colombia soñada debe enseñar a tener fe en la propia fortaleza y en la capacidad de renovación para superar las dificultades, y para construir soluciones viables en medio de la diversidad de problemas y oportunidades.

La Colombia soñada debe ayudarnos a identificar las rutas para garantizar la paz en armonía, más que para sobrevivir el día a día. La Colombia soñada debe guardar, como un tesoro, su identidad para el orgullo de los actuales y nuevos connacionales, puesto que allí se depositarán sus alegrías y sus capacidades para aprender a superar problemas y penas. La Colombia soñada asume el perdón como parte del conocimiento propio y sabe valorar, como aprendizaje, una historia de violencia y de dolor que debe evitarse repetir. En fin, la Colombia soñada es un refugio para todos, para vivir plenamente la vida en gozo y plenitud en este terruño.

Capítulo 11

El tránsito colectivo hacia el bien común

Las tradicionales posiciones políticas vivenciadas en Colombia dejan la sensación de que esta es una nación sin una identidad ideológica definida con certeza. No anclada por convicción ni a la derecha ni a la izquierda ni al centro. Somos un país donde todos estamos esperando qué hacer para romper un círculo vicioso de los reiterados fracasos de nuestra historia política nacional, que una y otra vez derivan en más tensiones.

A continuación, se formula la décima hipótesis para su consideración.

Décima hipótesis: intentar romper este círculo vicioso, disentir de la forma como nuestros dirigentes han actuado y buscar alternativas fundadas en valores y en criterios, implica asumir una postura de crítica constructiva en búsqueda de respuestas efectivas y de una visión pensada desde la diversidad de lo que somos y representamos.

Para ello necesitamos aprender a disentir de manera argumentada, buscando **los cómo** para llegar a ser lo que soñemos como patria. El abordar discursiva y respetuosamente las diferencias ideológicas, regionales, y hasta de aquellos dialectos que históricamente se han ido invisibilizando, constituyen condiciones esenciales para crecer en dicho escenario. Volver a caer en pugnas, fracasos, polarizaciones y corrupción como forma de vida, constituiría un real fracaso de nuestra modernidad, y esta es una posibilidad que ni siquiera debemos contemplar en nuestro sistema educativo, que es lo primero que debe transformarse.

Esa nación, unida por el lenguaje común, debe contemplar diversos caminos y formas de pensar, pero -eso sí- que siempre lleven a la consolidación de la democracia, como el entorno en

donde cada mañana descubramos afectos, compartamos el dolor de las víctimas y, sobre todo, miremos con objetividad el futuro para aprender del fracaso y soñar con el bienestar.

Conocer y admitir los hechos de la historia para aprender de ella debe ser otro propósito para caminar hacia el bien común y no desgastarnos en controversias sin sentido. Significa dejar atrás enemigos, ajenos o cercanos ideológicamente, para que la identidad colombiana refleje lo más profundo del espíritu. Las muy diversas posiciones políticas (derechas, izquierdas, centro, centro derecha y centro izquierda…) no nos hacen más o menos civilizados. Con miradas diversas, todas intentan responder por una mejor salud, mejores condiciones de trabajo y, sobre todo, una mejor educación.

Un efectivo sistema educativo, con apropiados métodos de aprendizaje, que ayude a resolver los problemas de nivelación académica y de mortalidad temprana que hoy se presenta, nos ayudará en este propósito. Un sistema con acceso flexible, promoción rigurosa con currículos pertinentes para resolver desde la investigación formativa en los primeros ciclos educativos y la investigación aplicada en la educación superior, atención a las diversas problemáticas locales y nacionales, y a las competencias de aprendizaje y de pensamiento analítico.

Los egresados de un sistema educativo como el propuesto podrán coadyuvar a plantear y evolucionar el presente estado del arte social, para evolucionar hacia una madurez como país, en donde el respeto por el pensar, decir y actuar coherentemente, como parte de la nueva ética nacional, sean parte de nuestra cotidianidad y del sentido común de las nuevas generaciones.

Para nutrir correctamente los currículos, en su evolución hacia el conocimiento con ayuda de las tecnologías, se requerirá un potente cuerpo académico-docente que jalone el desarrollo armónico del proceso formativo. Cuando la inteligencia crece y se dan condiciones para favorecer el conocimiento, el criterio y la innovación, el buen humor también crece, porque se valoran debidamente los retos de la vida. Eso resalta, también, el orgullo por ser parte de la patria. Necesitamos una Colombia que no se detenga en su ruta por el irrespeto a todo y a todos, que no viva del pasado salvo para aprender de su fracaso y para no generar mayores odios y resentimientos, y que solo recuerde los horrores vividos para no repetirlos.

La historia nos enseña que los enemigos desgastan, pero que con los amigos se construye, si los miembros de una nación se proponen trabajar por el bien común, en poco tiempo surgirá la confianza, basada en el construir, en el compartir y en el contribuir colectivamente a la realización de ideales y al afianzamiento de nuestra identidad y cultura.

Esto será posible si comprendemos íntegramente que la vida de la nación pasa por nuestras mentes y por nuestras manos, por nuestros deseos y por nuestros pensamientos, por el valor que demos a la libertad y al orden, por la disciplina y la cultura social, y por la exigencia de los derechos luego de ser conscientes y responsables con nuestros deberes.

Mientras más colombianos desarrollemos estos niveles de conciencia (y la educación es la mejor forma de propagar el buen ejemplo), sin lugar a duda se incrementaría el sentido de pertenencia y sería más expedita la construcción de una visión para un mejor país en donde todos respeten la cotidianidad del otro. Colombia necesita comenzar con una nueva consigna sobre

su identidad nacional y ello implica darle sentido democrático al descubrimiento de los afectos por lo que somos y por lo que debemos enseñar, para que las nuevas generaciones aprendan desde muy pequeños a respetar, a escuchar y a entender la historia, en lo bueno para afianzarlo y en lo malo para no repetirlo.

A más educación, más progreso, mejor convivencia, mayor productividad y más imaginación social a favor de la paz. La educación favorece su propia movilidad, gracias a más libertad, más pensamiento y más creatividad.

Los colombianos no podemos continuar desplegando un complejo de inferioridad y quedarnos inermes observando cómo ante el mundo los apologistas de la existencia y los medios amarillistas mercadean una imagen que nos resalta a todos como criminales y perversos socios, como se muestra en series televisivas y películas que distorsionan y desvirtúan el ser y que hacer colombiano. Al contrario, somos esa patria creativa, original, de buen humor, inocente y optimista que, en medio de hermosas figuras literarias, creó el nobel Gabriel García Márquez con su "realismo mágico". Se trata de entender que estamos ingresando a la modernidad como nunca con una cultura impregnada de valores que rechazan el auto fracaso, la insensatez y la inacción; una cultura capaz de asombrarse, capaz de echar al olvido a los antihéroes.

En una nación equilibrada, los derechos a la salud, a la educación y al trabajo no son sesgos políticos, sino el resultado de un ejercicio constitucional en la trazabilidad y extensión de las políticas de Estado; ello definirá la visión de la Colombia que anhelamos y por la que tenemos que trabajar colectivamente. Un país que no reste y por supuesto, que tenga como consigna superar las condiciones de recesión y de pobreza que siempre

acompañaron las luchas políticas sin sentido y que alteraron política y socialmente a nuestro país.

Los nuevos planteamientos sobre un *"Plan Futuro Colombia"* (puede ser cualquier nombre) deben desarrollar las condiciones y terrenos para las reformas agraria, industrial, tecnológica, científica e investigativa, entre otras. Hoy más que nunca necesitamos las trayectorias de una nación que dé valor económico al esfuerzo y al trabajo inteligente productivo, público o privado, para no despreciarnos ni materialmente, ni moralmente y por supuesto, para acercarnos al mundo y tener vínculos culturales, económicos y sociales con los países de la región.

La Patria que heredemos a las próximas generaciones deberá ser una Colombia donde todos puedan nacer en iguales condiciones, y vivir según el desarrollo de talentos que les sean reconocidos por sus méritos. Démosles la oportunidad de sembrar su dignidad en todo lugar y circunstancia. Dejemos atrás la nación que expulsa a sus habitantes de sus territorios, y que permite que los líderes sociales puedan avanzar en sus sueños de bienestar extendido.

Ayudar a construir y a soñar colectivamente una visión de las expectativas del país nos ayudará a superar los actuales defectos de esa existencia imprecisa, que aún vivimos y vivieron muchas de nuestras anteriores generaciones. Requerimos resarcir heridas y resentimientos para superar las polarizaciones y aprender a afrontar las consecuencias de un cambio trascendental mañana. Sé que nada será fácil en cuanto a la transformación positiva de nuestras gentes, y que ello no se dará mientras cada uno no comprenda por qué y para qué vale la pena cambiar. No me cansaré de señalar que el punto de partida se debe dar en el sistema educativo.

Hay que dejar atrás parloteos insensatos, hay que vivir sin las cadenas a las que en muchas ocasiones nos sometió la historia, hay que sacar provecho de nuestra diversidad regional como una forma de consolidar nuestra idiosincrasia; y hay que afianzar el sentido de la unidad nacional, de la dignidad y del orgullo patrio.

Los ámbitos educativos también deben incluir el conocimiento y la valoración, como nación, del folclor y de su diversidad, que representan expresiones de orgullo por y hacia nuestros grandiosos artistas, cantantes, compositores y representantes del arte colombiano. Esto se extiende a deportistas, y hasta reconocidos intelectuales e investigadores.

Es importante trabajar el autoconcepto positivo del ser colombiano en los más pequeños. Ese orgullo de llamarse colombiano, sumado a la natural creatividad y recursividad nuestra, reconocidas en otras latitudes, además de nuestra capacidad de trabajo, nuestra inteligencia y la belleza física, especialmente de nuestras mujeres colombianas, potenciarán el deseo de aprender más y de enseñar más lo que somos y podemos hacer. Si esto lo complementamos con la reflexión y conciencia en torno del respeto por las normas y el buen ejemplo, estaremos potenciando poderosos líderes.

Tenemos la gran oportunidad de revertir comportamientos erróneamente generalizados e impulsados por pensamientos como *"el vivo vive del bobo", "dar papaya", "la malicia indígena", "así somos y qué", "de malas".* Este tipo de expresiones pueden cambiarse para sorprender con formas asertivas y respetuosas, fundadas en la rigurosidad.

Colombia necesita crear vivencias en las que la capacidad y calidez de sus gentes sean reconocidas propias. El optimismo debería

marcar nuestra cotidianidad y para ello es menester la motivación, que por el bienestar se sienta en nuestros procesos formativos desde la familia y la escuela.

Debemos alejarnos de la corrupción en todas sus formas, creando valor por méritos y no por apellidos o posibilidades de acceso al poder. Debemos dar legitimidad a la gobernabilidad desde la participación ciudadana. Como sociedad tenemos que jugárnosla por el mérito, pero sin exclusión alguna, para dejar atrás la lotería de la cuna. Como decía Sancho *"un hombre no es más que otro, sino que lo hace mejor que otro".*

Si nos preguntamos seriamente ¿qué queremos ser y qué debemos hacer para llegar a serlo?, podremos hallar las respuestas para ser un país educado. Soñemos un país digno, que reconozca la historia para no repetirla, pero también para mirar el futuro y el cambio como una constante cuyo motor sea la buena educación, que permita superar la inercia de quienes nunca se esforzaron por lo colectivo y el compromiso social. El futuro depende de nosotros y seremos lo que nuestra responsabilidad nos permita construir como visión de futuro viable. Es hora de cerrar las disputas del pasado y de proyectar las lecciones que queremos dejar al futuro, para creer en lo que somos como colombianos y colombianas *"bien verracos, ¡carajo!".*

Llegó el momento de unirnos en el propósito de afrontar los problemas, para dejar atrás debates anacrónicos, para que Colombia algún día se convierta en una de las potencias más valoradas del mundo, aprendiendo a respetar, a ser y a sentirnos solidarios, y a reconocernos en nuestras fortalezas, talentos e inteligencias múltiples y diversas.

Como he mostrado, la violencia heredada no ha garantizado a nuestra sociedad lograr continuidad en sus políticas y oportunidades para el bienestar individual y colectivo. Superar dicha violencia significará permitir a todos los colombianos, sin discriminación alguna, poder educarse bien, entender el valor del bien común, del sentido del altruismo, de la solidaridad y del servicio. Si las instituciones, especialmente del Estado y quienes trabajan en y para él, cumpliesen el propósito de servir a otros, se crearán espacios sociales solidarios económicos y políticos a favor de todos.

Colombia requiere perfilar su sociedad soportada en un Estado que inicie, desde ya, el aporte sustantivo de la comprensión del bien común como la oportunidad y principio de vida que cobija a todos, cubriendo sus necesidades básicas, en medio de la democracia participativa.

Estas apuestas deben dirigirse a la que llamo, la "pro socialidad". Toda la sociedad y la institucionalidad volcada a la maximización de recursos, eficacia en el trabajo e impacto en los productos y servicios de calidad a favor de una comunidad respetuosa del otro, de su historia y potencialidad. Cuando un Estado como el colombiano pueda generar prosperidad, sus nuevas acciones corregirán poco a poco los síntomas y efectos de la violencia que nos han acompañado por siempre, ya que aquel Estado que no ha estado será sustituido por uno social solidario, equitativo y justo.

Con la pandemia el mundo demostró cómo el esfuerzo colectivo bien direccionado permite superar grandes desafíos. Cuando hay confianza y se planifica bien el orden político, de este se pueden esperar satisfactorios resultados de corto y de mediano plazo. Por ejemplo, la España de inicio de los años 80, era considerada un país con múltiples carencias y expresiones de subdesarrollo y hoy,

40 años después de avocar una transformación sin precedentes, es una de las naciones con mayor equilibrio y distribución equitativa en el conglomerado europeo, demostrando la relevancia de un Estado que aprende a confluir desde una visión colectiva y que diseña estrategias para la superación de crisis históricas. España es un país muy cercano al sentimiento colombiano y de dicha nación se puede aprender reorganización geopolítica y sus éxitos en construcción de infraestructuras enfocadas a satisfacer las necesidades básicas de todo tipo de poblaciones, especialmente la convivencia y el respeto, porque las condiciones clave de vida: salud, trabajo, educación y soberanía alimentaria, son satisfechas.

He mostrado la debilidad histórica del Estado colombiano, desde su propia conformación. Debilidad que ha crecido con el tiempo por la no resolución oportuna de complejos problemas. No soy yo quien debe plantear este análisis, tal y como lo harían con mayor profundidad y argumento economistas, sociólogos, psicólogos, politólogos y otros exponentes de importantes disciplinas. Eso sí, como educador considero que puedo plantear una visión optimista e históricamente demostrada con resultados.

Se deben considerar alternativas que no desinstitucionalicen lo avanzado, que permitan una reingeniería de nación, sobre políticas que impacten el diario vivir de los colombianos y sus entidades públicas y privadas. Para que la institucionalidad estatal deje de privilegiar los intereses basados en un afán individual y colectivo de resguardar y defender logros sindicales, que debieran ser respetados siempre y cuando más que pensar en lo suyo aporten al bienestar de la ciudadanía.

Invito a que dejemos de actuar sobre espejismos y definamos apuestas de país a favor de la ley para evitar confusas marañas

jurídicas. Hablo de la urgencia de respetar y de vivenciar, como país, los derechos universales, fundados en la ética personal e institucional imbuidas desde una educación que nos haga más exigentes con nosotros mismos y con nuestros colectivos, en procura de un bien común extendido. Una educación en procura de darle poder a la legitimidad al Estado, para que este descentralice los recursos con la confianza de todos para el bienestar de todos.

Es necesario entender que el solo Estado no será capaz de responder a las carencias históricas, y que la sociedad civil y las organizaciones privadas que trabajen por el bien común también deberán comprometerse.

Si bien los problemas enunciados requieren un análisis estructural de su porqué y de su para qué, es indispensable proyectar cómo se abordará la transformación del Estado. No se trata de abordar el camino de las dilapidadas reformas que demoran años y nunca garantizan efectividad. Colombia es aún, un país joven que debe superar esos hábitos y costumbres mañosas que han atentado contra la equidad y la convivencia. La apuesta, entre los adultos, está en reflexionar sobre el bienestar integral para darle valor a la vida individual y colectiva y que permita que nuevas estructuras organizacionales puedan moldear nuevos comportamientos en los ciudadanos y en los servidores públicos.

Diseñemos estructuralmente esa visión colectiva del país, para crear un escenario de futuro que permita reducir fracciones y evitar interrupciones en el progreso de una nación que, como la colombiana hoy, es inequitativa por su falta de justicia y por la ausencia de solidaridad, creando situaciones de gravedad, en particular por la inconsciencia de nosotros, sus habitantes.

La Colombia de hoy necesita instituciones con tiempos y ritmos efectivos de gestión que fortalezcan el trabajo colectivo inteligente, que superen la complejidad que aparentemente tiene y cambien esas tentaciones por el servir. Esto debe enmarcarse en un ámbito de confianza, de resiliencia y de dedicación para que el trabajo común satisfaga a todos. Se trata de dar continuidad a lo bien hecho y de evitar que los cambios de gobierno no echen al traste lo poco o mucho que se haya construido antes.

Nuestra sociedad necesita una educación que afiance competencias en todo tipo de campo de conocimiento, que promueva una capacidad de razonamiento integral en todos quienes buscan el dominio del conocimiento y la atracción. Necesitamos construir, a diferencia del pasado, soportes y plataformas de transformación para que los jóvenes entiendan el uso racional de los recursos naturales y la necesaria transformación de estos en productos manufacturados destinados a ser parte de una economía circular, cuyo objetivo sea afianzar competitividad y productividad. Hay que enfrentar el reto de revocar la obsolescencia y la inercia de la industria nacional, para que esta fortalezca su crecimiento.

Es un modelo de Estado con una moral a toda prueba y con una auditoría colectiva que garantice a las generaciones actuales y futuras una economía equilibrada y armónica, que transforme la energía y que entienda que la fuente constante de la vida está en las cosas básicas.

Hoy el mundo y nuestra nación deben ser más eficaces. Uno de los retos en esta transformación debe ser mejorar la calidad de vida con mejor educación, que permita entender que hay una íntima relación entre el ecosistema y las formas de educar; que hay una interdependencia compleja, pero también sostenible, de quienes

en entornos lejanos pueden tener una huella de satisfacción en esta economía sostenible.

El salto tecnológico… hacia el bien común

Es imposible no dejar de mencionar la inteligencia artificial, la Big data, el *iCloud computer* y todos aquellos desarrollos y tecnologías que se vinculan a la investigación científica y al diario vivir. Esto plantea en todo momento nuevos derroteros para cada campo del conocimiento y disciplina, pues demandan crear, adaptar y adoptar herramientas y métodos capaces de ayudar a comprender al mundo actual. Esta intervención se hará más efectiva en la medida en que la educación se transforme para ayudar a introducirnos en un concepto basado en principios y en la operacionalización de modelos, cada vez más fiables y afines a los seres humanos, que no solamente las deben producir sino utilizar en virtud de sus necesidades y en la mejora de su calidad de vida.

Colombia tampoco puede escapar a la transformación de la sociedad a causa de la evolución tecnológica. Además de una revolución social desde su estructura transversal educativa, esta patria requiere aplicar, adoptar y crear nuevas tecnologías para su propio desarrollo económico, cultural y político, y esto nos debe obligar a cuestionarnos no solo como nación, sino el papel que jugamos en el contexto mundial.

Es imprescindible entender que vivimos tiempos exclusivos antes no vividos, pues nunca habíamos tenido el privilegio de observar, de sentir y de vivir un cúmulo simultáneo de innovaciones y de creaciones desde y al servicio de la inteligencia humana.

La era digital nos ha cambiado radicalmente la forma de vivir y de convivir, marcados por las comunicaciones múltiples y planetarias en tiempo inmediato. Los medios de producción se automatizan a diario cambiando las formas como conocimos el trabajo físico y el trabajo intelectual, y para todo esto la educación debe prepararse para asumir sus responsabilidades, ya no en la lógica de la transmisión de conocimientos, pues ellos fluyen con más rapidez y se encuentran asequibles para todos, sino para dar un cambio radical hacia la gestión del conocimiento. Los enormes cambios que presenciaremos los ubican de cara a un concepto clave que debe modificar profundamente nuestra manera de ver y de hacer las cosas, y de entender que el elemento fundamental de la humanidad, del futuro y en especial la de hoy, debe estar marcado por un interés esencial hacia el bienestar. La tecnología digital hace parte de las nuevas concepciones sobre la hipereconomía, los avances tecnológicos y una nueva manera de concebir el cambio, ojalá soñado para vivir en paz.

Hoy más que nunca somos testigos de la evolución del conocimiento y del cambio de roles en todos los campos, áreas y disciplinas del saber. Las tecnologías derivadas de la inteligencia humana, llamadas inteligencias artificiales, pueden servir para convivir y cooperar en la búsqueda de una mejor calidad de vida, aunque también al reto de enfrentarse a la pervivencia de los objetos por los humanos creados frente a su propia finitud. Es menester que este ensayo sirva para interesarse en participar en un debate que requiere urgentemente nuestra Colombia, en torno a una educación de vanguardia que lidere los cambios sociales, económicos y de los demás sectores del Estado hacia el bien común.

Si Colombia entra de lleno y de manera integrada a comprender el porqué de su cambio como nación en torno a propósitos, todos desde su comprensión y sueños de país, empezaremos a sumergirnos de manera consciente en una responsable lectura analítica de la realidad que vivimos. Se trata de formular uno o muchos modelos educativos, que fortalezcan la formación de mentes estratégicas con ánimo de colaborar y de potenciar el efecto exponencial del conocimiento existente y del nuevo conocimiento.

Cada día en la era digital, los dispositivos tecnológicos servirán para asumir responsabilidades que antes estaban situadas solo en la capacidad humana. Es necesario impulsar conocimientos aplicados en los diferentes niveles y ciclos educativos, y por supuesto, hacer una reingeniería profunda sobre la utilidad de las formas clásicas de evaluar y de certificar el conocimiento de estudiantes como de docentes. Cada nuevo día en la era digital prescindirá de las formas mecánicas con las que operaron millones de fábricas en el mundo, para dar paso a la automatización o robotización como uso intensivo de inteligencia artificial.

Si todo esto se hiciera evidente en un país como Colombia, tendríamos una clara oportunidad de disminuir desigualdades y nuestro modelo social y económico no produciría diferencias tan marcadas en las hoy denominadas clases sociales, que por su estratificación crea diferenciaciones injustas e innecesarias y pocas oportunidades de educación, de salud y de trabajo.

Tarde que temprano toda esta generación de infraestructuras tecnológicas y digitales se extenderá a todas las naciones y sociedades del planeta, razón por la cual un país que se prepare previsiblemente para que su talento humano pueda gestionar su

conocimiento, será también reconocido entre las economías que distribuirán riqueza. Es claro que los hoy denominados países ricos, afianzados en la era de la digitalización de los robots y de la inteligencia artificial, querrán mantener su primacía e intentarán seguir apalancando su reducción de costos con fuerza laboral barata de aquellos países que, como Colombia, es considerado tercermundista, precisamente por no haber atendido, ni planificado la preparación de sus ciudadanos, en conocimientos apropiados que les permitiese ser competitivos en los nuevos y actuales tiempos.

Si la educación colombiana, como sistema e institucionalidad, se prepara para gestar sus propias transformaciones, los nuevos relatos de su efecto en la sociedad servirán para crear oportunidades a una sociedad que con sus individuos se preparen para abordar las nuevas realidades hiperdigitales. Llegó el momento de tomar decisiones de fondo por parte de nuestros dirigentes y líderes, y de que Colombia produzca una "revolución inteligente y dinámica" que anteponga los intereses de la gran mayoría de sus ciudadanos, para formarlos de manera capaz en áreas y campos significativos del conocimiento y de las tecnologías, a través de modelos pedagógicos que favorezcan el aprendizaje y dejen a cada quien la capacidad de gestionar su propia formación y autorregulación.

Capítulo 12

Reflexión final en torno a un buen café colombiano

Y bien, apreciado lector, hemos llegado al final de una perspectiva de la historia de Colombia mirada desde una expresión autocrítica sobre nuestra educación como factor central para entender esa crisis social que se nos ha vuelto constante. Una crisis en la que, lamentablemente, la desesperanza aprendida de nuestra sociedad colombiana limita nuestro ánimo colectivo, dado ese flujo continuo de intolerancias y de exclusiones que, por décadas y siglos, han expresado preocupantes situaciones derivadas de una violencia que se nos ha vuelto endémica.

Permítame ahora invitarle a tomar un café, y reiterarle mi manifiesto interés por reflexionar con usted sobre algo que podría servirnos para centrar primero, nuestra atención, y luego nuestras energías en la perentoria búsqueda de la transformación hacia una educación que sirva como referente de vanguardia para asumir el direccionamiento social en su perspectiva de formadora integral de seres humanos.

Con ello pretendo apuntar a la urgencia de disminuir en las nuevas generaciones la angustia prolongada por la actual Colombia como una nación que se desvanece en nuestras manos, ya que sus rendimientos sociales han sido poco efectivos y el Estado se ha visto mermado en su capacidad de respuesta eficaz frente a las diferentes problemáticas a lo largo y ancho del territorio nacional.

Este primer sorbo de café lo hago para que pensemos si sería viable que transformemos aquellas emociones negativas que nos han perjudicado enormemente y han secuestrado la debida atención que deberíamos haber tenido como sociedad en colectivo, para dar valor al sueño de un mejor país en el que las nuevas generaciones conciban y sientan que su educación es el vehículo transmisor de nuevos y mejores comportamientos. También para responsabilizarse por alentar y por distribuir, para

beneficio individual y colectivo, a millones de talentos e inteligencias colombianas para que sensiblemente aborden, como bandera, el espíritu de la *Colombianitud* y lo afiancen ante el mundo y ante los propios como un estado de ánimo que amplíe nuestras capacidades, competencias y comportamientos individuales y colectivos, así como nuestra solidaridad para que los colombianos seamos capaces de generar percepciones valiosas de nuestra propia estima y actuación natural como un conglomerado de personas positivas, emocionalmente centradas en el trabajo inteligente productivo y capaces de distribuir sentimientos de calidez para implicarnos en la solución de problemáticas.

Así, las nuevas generaciones de compatriotas irán dejando como marca un trato con otros fecundado, a diferencia de lo que sucede en el presente, en la ilusión por construir en la felicidad, en el optimismo, en la dignidad y en las ganas de vivir. Porque estamos en una época donde la frustración, la ira, la indignación y la tristeza acompañan una atmósfera de desesperanza que aumenta permanentemente la ansiedad y la preocupación no solamente de adultos sino también de jóvenes y niños.

Hacer este tránsito nos lleva a otro sorbo de café, para hacer una rigurosa prospectiva con la que soñemos y diseñemos, con una importante representación de compatriotas, el esfuerzo de delinear un sistema en donde, dadas las buenas competencias y comportamientos futuros, se permita estar siempre a gusto donde se trabaje, donde se estudie, en donde el buen humor y la buena actitud favorezcan la vida plena y la eficiencia de las mentes y de los talentos. Desde hoy debemos soñar con una sociedad que sepa respetar y aplicar las normas, que garantice formar integralmente buenas personas, para que formemos verdaderos

líderes que tengan capacidad para tomar decisiones complejas, gracias a mentes flexibles, influidas desde una forma de pensar colectiva, imbuidas por un optimismo serio, y que permita, en lo individual y en lo colectivo, avanzar en metas y objetivos consolidados gracias a la persistencia y el discernimiento.

Estos nuevos connacionales serán el fruto de una educación que les haya ayudado permanentemente a reconocer la creatividad impulsada, desde el inicio, por una formación que coadyuve a estimular inteligencias y talentos pero, especialmente, a reconocer el valor del diálogo y de la comunicación efectiva a partir de la confianza con otros y hacia otros, incrementando y destacando aptitudes y actitudes donde la inteligencia emocional les convierta en entusiastas de la vida y del trabajo solidario y cooperativo.

El ensayo que usted está acabando de leer no se ha hecho bajo ningún propósito de crítica destructiva de líderes actuales o de generaciones anteriores, pero sí asume una actitud crítica frente a una historia que no nos ha sido bien contada y, mucho menos, que no se nos ha enseñado a reconocerla en su esencia para aprender de ella y para no repetir errores que se han vuelto pan de cada día y germen de conflictos y disputas por un poder que, particularmente en lo político y en lo educativo, le ha fallado a la nación colombiana.

Hoy se requiere de nuevas generaciones bien formadas, que comprueben en su práctica el fabuloso escenario que dentro del globo terráqueo nos ha sido concedido para ser una de las mejores naciones del planeta, que refleje armonía y que garantice que valen la pena los esfuerzos conjuntos para equilibrar la aplicación y distribución equitativa de la riqueza como fuente del bienestar colectivo. Trabajos con calidad y calidez en las

relaciones de los miembros de cualquier tipo de empresa u organización para que vivamos todos dentro de un clima cordial donde el buen ánimo del cada día sea una constante para todos y cada uno de los habitantes de esta inmensa y bella Colombia.

Es menester que la actual generación de dirigentes y de líderes y las que vengan en los próximos años, se comprometan en el interés de direccionar cualquiera de los sectores en el ámbito público y privado de Colombia; que desarrollen esfuerzos adicionales para satisfacer una visión próspera y justa del futuro próximo, y que desde un sistema de educación integral e integrado pero también desde el ejemplo de sus actuales líderes, se permita crear una cultura de respeto entre nosotros mismos, dado que nuestro ejemplo moral y ético hacia jóvenes y niños que hoy están imbuidos en el mundo superficial del cinismo, de la mediocridad, de la drogadicción, de la criminalidad y del facilismo que les hace sensibles al contagio miserable de esos 10 flagelos aquí descritos.

Desde siempre, pero más visible hoy, buena parte de los dirigentes han llevado al país en dirección contraria a su bienestar colectivo. Ellos, con valiosas excepciones, erróneamente, han visto que el deber ser de lo público es estatizar y crear más burocracia y que lo privado es sinónimo de enriquecimiento ilícito ampliando brechas sociales y generando mayor polarización social. También han patrocinado un escenario de continuismo feudalista amparado hoy en un capitalismo salvaje. Por todo ello, sería un terrible error seguir cualquiera de esas dos sendas, máxime cuando la educación contagiada defiende mayoritariamente intereses mezquinos y de colectivos particulares que poco le benefician al deber ser de su vanguardia como sector.

Lo aquí descrito consolida la radiografía de un escenario político de cientos de dirigentes y de una institucionalidad educativa con saldo en rojo, dados sus limitados impactos a lo largo de más de 200 años. Una institucionalidad educativa dependiente, carente de liderazgos transformadores y con reacciones de descontento permanente, de incertidumbre, de resentimiento y de poca influencia entre la sociedad.

Hoy muchos, por no decir que casi todos los colombianos, somos el fruto de una sociedad que no ha renovado ni enriquecido su pasado porque no supo ni ha sabido aprender de sus fracasos y errores acumulados. Una organización social que apueste por su propia mejora a partir de la redefinición de su institucionalidad educativa para aportar al nuevo ciudadano y para forjar a Colombia como nación justa, equitativa, incluyente, igualitaria y emprendedora.

Si se miran los indicadores, diagnósticos y análisis de todas las épocas sobre la movilidad social en Colombia y los factores que han influido históricamente en sus pobres resultados, podremos entender cómo la ausencia de buena y amplia cobertura educativa ha sido, entre otros, una de las principales causas para entender el porqué del comportamiento de nuestra gente y de su escaso interés por participar en la construcción de nación. Esta sociedad ha sido incapaz de crear condiciones para garantizar el orgullo nacional y para cubrirnos del sentimiento que nos impulse a un mejor futuro. Seguimos siendo influenciados por un modelo macabro en el que la insensibilidad social crece exponencialmente y nuestros propios relacionamientos disminuyen en la confianza hacia los otros.

Este sentimiento nos limita en la interacción y muchas veces nos congrega más para ejercer el mal que para afianzar el bien. A partir

de allí planteo una interrogante sobre qué pasaría si nuestros niños y jóvenes con una buena educación aprendieran a superar diferencias desde sus propias experiencias en el estudio; una educación que logre el cierre de brechas, y todos, niños y niñas, sin excepción, se formen con currículos que inspiren en aprender a aprender e inspiren que las relaciones con otros se deben basar en el respeto, en el diálogo y en el poder de la inteligencia.

Con esta mirada se redireccionaría el rol de actores clave, como docentes y estudiantes, para que se nutran simbióticamente del ejemplo, basado en el optimismo colectivo que reporta rendimientos conjuntos de la propia educación y del resultado que, hacia delante, sus egresados provean como líderes transformadores a la sociedad. Se debe garantizar un encadenamiento para que en un funcionamiento continuo contagie emocionalmente de la esperanza y del optimismo a toda nuestra gente, dentro y fuera de cualquier tipo de organización, y donde se experimenten emociones conscientes e inconscientes que fortalezcan las interacciones con los demás, creando una cultura soportada en una verdadera conexión entre connacionales y con habitantes de los diferentes países del planeta.

¡Manos a la obra!

Si la Colombia y los colombianos de hoy fuéramos capaces de crear la visión de cómo la educación transformada puede crear impactos positivos para la sociedad colombiana del mañana, garantizando excelencia formativa y efectividad organizativa, este ensayo habrá cumplido su **primer propósito**, el de **servir útilmente como guía de reflexión y de motivación efectiva para**

que los dirigentes educativos de hoy y del futuro, en especial docentes y los propios estudiantes, desarrollen una conciencia sobre lo que implica la educación para forjar una sociedad con condiciones ideales para que la gente triunfe en la perspectiva humana.

Espero, honestamente, que mis reflexiones hayan contribuido en algo para su conocimiento, comprensión, análisis y, sobre todo, toma de acción en cuanto a lo que el rol de cada uno de nosotros tiene de protagonismo frente a esta realidad.

Si este ensayo ha dejado por lo menos la inquietud del **necesario cambio de la educación actual** para que, entre otras, se entienda su gran influencia en el desarrollo emocional de los estudiantes y de motor para sembrar el privilegio de servir a otros y superar herencias y malas costumbres, así como de enfrentamientos absurdos, que como hasta hoy han sido fuente de nuestra violencia endémica en todo tipo de clase social y nivel formativo, se cumplirá el **segundo propósito** de este.

Insisto que se requiere, como punto de partida, que los actuales actores educativos asuman una autoconciencia emocional que conecte sus sentimientos con la visión de un nuevo país creado sobre la base de los valores de la ética y la moral como referencia clave del necesario cambio.

Cuando en el sistema educativo colombiano se formen personas que actúen como buenos ciudadanos, que sus egresados sean buenos líderes que sepan mostrarse francos y auténticos ante los demás y sean capaces, frente a cualquier eventualidad, de ser propositivos al estar convencidos de sus principios y valores fundamentales para aportar a los demás, la sociedad colombiana habrá madurado en una real democracia.

Por ello mismo se requiere **que la institucionalidad educativa y sus actores entiendan el valor de la autoevaluación como responsabilidad derivada de una autoconciencia que reconoce y expresa, sin temor, sus limitaciones y sus fortalezas**, a fin de asumir la crítica constructiva y los resultados del rendimiento como una opción real y efectiva de acompañamiento para su mejora continua y, desde allí, centrar estrategias de capacitación y de cualificación como soporte necesario e indiscutible para asumir nuevos retos y desafíos de liderazgo educativo. Si esa sensibilización es posible, se habrá cumplido el **tercer propósito** de este escrito.

Este ensayo buscó, como **cuarto propósito, dejar un mensaje a todos y cada uno de los docentes de dominar muy bien sus conocimientos, capacidades y competencias** para fortalecerlas en su continuo aprendizaje, pero también para que reconozcan sus deficiencias y actuar hacia una permanente cualificación que les destaque en su ejercicio docente, con miras a generar impactos que, a futuro, se esperan de su propia autogestión formativa como ejemplo de superación para sus estudiantes.

Abordar la transformación radical del sector educativo en Colombia requiere, como **quinto propósito** de este escrito, que los dirigentes y líderes sectoriales se propongan la creación de innovadoras estrategias para canalizar los múltiples descontentos que actualmente perturban los climas educativos y por lo que se hace necesario superar la crisis actual evidenciada, en gran parte, por posturas de líderes que actúan de manera poco transparente. Se requiere del ejemplo y la integridad necesaria demostrada hacia las comunidades educativas (docentes, estudiantes y egresados, y hasta los propios colegas directivos) buscando también que se reconozca la ruta de mejoramiento continuo que

implica revisar a fondo problemas coyunturales y que estos no se vuelvan estructurales, ya que afectan conductas éticas de la profesión docente.

Por lo anterior, hago un llamado a los dirigentes educativos y docentes para que proactivamente sepan adaptarse a las nuevas e innovadoras formas de gestionar sus organizaciones. A los docentes, para que sepan de manera efectiva gestionar currículos a través del innovador ejercicio de pedagogías múltiples que ayudan a superar ambigüedades enquistadas en las formas de evaluar al estudiantado y de saber transformar la rigidez por una flexibilidad que permita la adaptación efectiva a los nuevos desafíos y retos que requieren de agilidad mental y emocional del aprendizaje significativo.

La constante desde ahora y hacia delante debería ser siempre el cambio continuo y la planeación prospectiva. En este orden de ideas, la recursividad debe ser una expresión permanente en la gestión de la *praxis* educativa para que los objetivos propuestos frente a la formación estudiantil sean siempre valorados y medibles, pero al mismo tiempo estimulantes. Ello crea un nuevo rasgo fundamental que debe ser apreciado en el trabajo de los docentes para que orienten y acompañen en el aprender a aprender, pero también en el enseñar a los demás a mejorar, tomando como base el propio ejemplo.

No se podría avanzar en este redireccionamiento educativo sin darle paso a la iniciativa de cada institución que debe estar acompañada de su propia autonomía para llevar el camino de su propia misión y visión, para que los miembros de dicho conglomerado, en comunidad, aprovechen oportunidades y sean capaces de crearlas. Así, se crearán innovadoras transformaciones para construir el propio futuro. Un reto será aprender a percibir

oportunidades y disminuir las amenazas en la medida en que una comunidad educativa aprenda a ver el vaso medio lleno y no medio vacío.

Toda institución educativa en Colombia debería dar relevancia a la conciencia social, que no es otra cosa que entender lo que hemos reescrito en todos los capítulos de este ensayo para compenetrarnos con la realidad de cada comunidad a la que se atiende. Porque la educación debe ser efectiva a la hora de guiar y motivar responsabilidades que le son propias como la investigación la innovación y la proyección social. Se requiere empatía entre los líderes y los estamentos, cualquiera sea su naturaleza, de tal manera que cada institución llámese escuela, colegio, instituto, fundación o universidad, sea capaz de construir su propia cultura organizacional, de tal manera que en un mundo como el actual la garantía de reconocer el valor de las redes sociales y de las redes de aprendizaje se conviertan en las estructuras de mayor fortaleza para operar los valores rectores de cada misión y visión institucional.

La cultura instalada deberá estar cobijada por el buen servicio, entendiendo que de hoy en adelante, y por convicción de la propia comunidad educativa, ese será el reto que debe acompañar la sana competencia entre instituciones, de tal manera que las personas que hagan parte de cada comunidad entienden el valor de la satisfacción de sus usuarios como la mejor expresión y premio al esfuerzo diario y cotidiano y a la fidelización de quienes en un momento, actuando como sus estudiantes, serán en el mañana quienes mejor representen el legado educativo como sus egresados reconocidos socialmente.

Este ensayo toma sentido si se transforma en una fuente de inspiración para cada lector, pero, sobre todo, para cada miembro

del sector. No es otro el interés que el de impulsar una transformación de fondo que encarne el verdadero sentido histórico de la educación para estimular a cada ser humano en el mejoramiento de sus proyectos de vida y de su cotidianidad y así contribuir a lograr el fin último de la existencia humana que no es otro que la felicidad y el bienestar individual y colectivo.

Cumplirá su **sexto propósito** este ensayo si también es capaz de **influir para que se creen indicadores que permitan valorar el impacto de la institucionalidad educativa con una dinámica llevada a construir una mejor sociedad colombiana que impulse cambios y se renueve a sí misma.** Una nación consciente de las fallas del *statu quo* actual y de la necesaria visión de respaldar un cambio que propicie convicciones que superen impedimentos y prejuicios que hasta hoy ha mantenido en el círculo absurdo de la inoperancia social efectiva.

Es innegable que Colombia sufre de una débil gestión de la organización estatal, que no produce el debido impacto social y presenta graves rupturas del tejido social que, al no ser solucionadas de fondo, nos mantienen conviviendo periódicamente con disfuncionalidades. Como el Estado no ha estado, la incertidumbre y la desesperanza han cobrado protagonismo en el pueblo, que se ve inerme frente a sus Gobiernos. Esto, de acuerdo con especialistas sociólogos, podría llamarse "anomia social", término utilizado para registrar cómo hay una predisposición a la crisis no solo por la creación de millones de normas y de leyes que en lugar de articular e integrar para bien, entorpecen y paralizan al Estado y lo hacen inefectivo frente a problemáticas que, como las descritas en cada capítulo, coinciden en sus ausencias éticas y morales, desde antes de nuestra génesis como nación libre en 1819.

Tal vez lo más preocupante, y que aquí reitero, es la manera como estas cuestionables conductas se extienden a cada nuevo dirigente en cada época, que no aprende de los fracasos de la historia, pero sí de las mañas y torcidos artilugios de los dirigentes de antaño.

Esta patria hoy es fruto de lo que en su momento quisieron hacer de ella guerreristas, feudalistas y terratenientes, que crearon ejércitos de humildes para pelear por intereses mezquinos y por causas para la mayoría de ellos y ellas desconocidas. Ello hizo que buena parte de nuestras generaciones previas se sumieran en la infelicidad del abandono estatal. La violencia se convirtió en un virus que aún nos contamina, sigilosamente inoculado por los violentos de antaño y que retomado por nuevos capos y sicarios de potentes grupos nacionales e internacionales pululan como mafias criminales, que en el transcurrir de cada día nos dejan sumidos en una crónica desesperanza.

Pese a los discursos y en la retórica en sentido contrario, lo cierto es que la exclusión sigue siendo una realidad no superada, y por el contrario radicalizada con la violencia, que se apropia del patrimonio público, arrasando con ira desmedida lo construido con nuestros escasos recursos como nación.

Muchos de los discursos de nuestros dirigentes son más decorativos y curiosos por sus propuestas, a nombre de una democracia y libertades mal interpretadas. En el fondo, carecen de una visión de patria, de la educación como soporte social, de la ciencia, de la investigación y de la innovación como "armas" para construir una nación justa y próspera.

La argucia y la artimaña politiquera se fortalecen, en contra del mérito que debe reconocerse a cualquier compatriota,

independientemente de su origen, raza, región o clase social. Es hora de empezar a trabajar para que se silencien las armas y se sustituyan, por la fuerza del espíritu solidario, la intriga, el fraude y la corrupción. Es hora de que las nuevas generaciones de colombianos y colombianas sientan y vivan, en su actuar cotidiano, el interés de construir escenarios de argumentación que estructuren la descentralización regional, la autonomía, la dignidad, la justicia y lo colectivo como propósito en las prioridades de los Gobiernos.

Anomia social es un término de la sociología que se refiere a la ausencia de normas prácticas para lograr las metas de la sociedad; sin embargo, en Colombia, ha sido "más grave el remedio que la enfermedad", pues se cuentan más de 5 millones de leyes forjadas tras la Independencia, que en general, han estado al servicio de pequeñas minorías.

Colombia no puede seguir sucumbiendo en proyectos de bajo impacto que desvían el interés colectivo para evitar responder el hacia dónde, el cuándo, el cómo y el porqué. Colombia no puede seguir promoviendo proyectos y macroproyectos con fecha de vencimiento indefinida, mientras que el impacto social que buscan lograr no se alcanza y, por el contrario, aumentan sus efectos adversos, así como la desesperanza a lo largo de toda nuestra geografía. Consecuencia de ello, también ha sido la exclusión de minorías étnicas y de grupos poblacionales mayoritarios, como el campesinado y los trabajadores de grandes urbes, que crecen sin control con muy diversas problemáticas, dada la escasa efectividad de la voluntad política para solucionarlas y la ausencia de una masa crítica de dirigentes y de líderes debidamente formados por un sistema educativo que aún

no ha logrado actuar suficientemente como conciencia social del ser y del deber ser de nuestra sociedad colombiana.

Las estadísticas en torno a la desigualdad y la inmovilidad social de Colombia no solamente son críticas, sino también aberrantes: El 40 %; es decir, 20 de nuestros 50 millones de habitantes se encuentra por debajo de la línea de pobreza, lo cual es un fenómeno que, en lugar de tener algún nivel de solución, en la última década empeora cada día[14].

El afán de quererlos ideologizar al servicio de intereses políticos o sindicales desde el mal ejemplo de sus propios docentes les genera mayor desesperanza, frustración y resentimiento. Los hechos hablan por sí solos: el crítico puesto que ocupa anualmente Colombia dentro de los países de América Latina en el desempeño de las pruebas Pisa, así como la media nacional en las distintas Pruebas Saber (en todos sus niveles) confirman preocupantes diferencias entre colegios públicos y privados, y

---

[14] Thomas Piketty, economista francés especialista en desigualdad económica y distribución de la renta, ha advertido cómo en Colombia entre el 70 % y 80 % de la riqueza está en manos del 10 % de la población, mientras que el 50 % inferior apenas posee cerca del 1 %. Según el Departamento Administrativo Nacional de Estadística, DANE, un poco más del 40 % de la población vive en condición de pobreza (más de 20 millones de personas, de los que más de 7 millones viven en pobreza extrema -sus ingresos no les alcanzan para consumir las calorías que necesita una persona para tener buenas condiciones de salud). Los indicadores de violencia doméstica, abuso sexual, inequidad salarial entre hombres y mujeres, y hasta de familias con carencias de servicios públicos y niños que mueren por desnutrición, confirman el preocupante panorama.

entre aulas con niños y jóvenes de menores y de mayores recursos económicos.

Toda esta mirada confirma la ausencia de soluciones de fondo para Colombia, un país que se debate en una confusión ético-política sin precedentes. Un sistema educativo de vanguardia dinámica no alienado y consciente del papel histórico, que puede jugar en la construcción de una mejor sociedad, nos puede y debe dar valiosas luces.

Estoy seguro de que mucho de lo aquí planteado en estas páginas será fuente de conflicto argumental, pero valoro que esto suceda para entender hasta dónde estamos dispuestos a escuchar y a comprender diversos puntos de vista sobre cómo confrontar el ideal de país y de nación que deberíamos bosquejar de parte de toda la sociedad.

La Colombia que soñemos es también una corresponsabilidad de los educadores, comprometidos con una formación integral consciente de rehacernos como colectivo solidario y próspero, para superar con creces los escasos réditos sociales que nos ha dejado nuestro pasado.

Necesitamos asumir la construcción del futuro con una educación que extrapole de la sumatoria de fracasos sociales, el diseño y la gestión de nuevas formas de trabajo y de educación, y siembre las virtudes requeridas para que los colombianos del futuro sean también ejemplo de creatividad.

Necesitamos, colectivamente, trabajar y educarnos para que los habitantes de este planeta entiendan la peculiaridad de un país cuyas nuevas generaciones tengan la certeza de transformar a Colombia para superar una realidad clavada en medio de ignorancias múltiples, como principio explicativo de un pasado

que inerme ha sido cuna de violencias y escasamente visionario para que en el futuro ello nunca más se deba repetir.

Para concluir, invito a no olvidar que la relación estratégica de Colombia con otras naciones del mundo, si fuera proyectada como nación de manera inteligente, nos permitiría diseñar y afianzar un sueño de nación viable, cooperativa y solidaria entre nosotros y con los demás países asumiríamos un papel de manera protagónica para así dar pasos importantes de cooperación global con efectos sociales positivos sin precedentes, que incentive un libre flujo de inversiones y de intercambio de productos y servicios provenientes del cada punto cardinal del país. Habitamos uno de los entornos geográficos más privilegiados del planeta en cuanto a su valor bioestratégico que con socios confiables hará de Colombia una nación indispensable para el resto de la humanidad.

Solo así podremos redirigir toda la energía desplegada como fuente de inspiración del ideal común de nación próspera, equitativa y de bienestar extendido para las siguientes generaciones de colombianos y colombianas.

Mi reiterado reconocimiento al equipo que acompaño desde diferentes ópticas esta producción y a mi familia quienes como siempre me regalaron el tiempo que siempre les he quitado para cumplir con esta causa educativa.

EPÍLOGO

BANDERA DE COLOMBIA
Eduardo Carranza

EL VIENTO DE LA PATRIA

Cuando en las noches oscurecidas allá en mi guardia tranquilo estoy, pienso en mi patria fiel y querida y en que por ella la vida doy...

Y marchábamos por las calles del pueblo en ingenuo remedo de los desfiles militares. Iba sobre nosotros la ráfaga tricolor de la bandera. La ráfaga del pan, la sangre, el Sueño. Brillaba el viento en los maizales. Y el son de una corneta se alzaba en el dorado silencio de la tarde campesina. Una emoción nos invadía, imposible de repetir ahora con cansadas, lloviznadas, encanecidas palabras; era una especie de purísima embriaguez que cantaba en las sienes infantiles, una como sublime punzada que nos alzaba a un vibrante, a un ilusionado mundo de Ensueño y Heroísmo. Una como levitación en lo heroico, mágica y misteriosa. Nos sentíamos herederos y continuadores de algo sagrado y muy hermoso. Y un sentimiento de fiero orgullo por lo que fue, y de fe; esperanza y Amor por lo que vendrá, descendía sobre nuestra frente. ¡Era la Patria circulando por nuestras venas: Colombia, Colombia, ¡Colombia! A lo lejos, el humo azulado esfumaba las montañas. El corazón se deshacía de ternura e ilusión y un secreto de Amor y de Honor, latía en el fondo del porvenir. Fina y translúcida, asomaba la Luna del atardecer:

Cantemos la gloria y el triunfo marcial de los colombianos allá en Boyacá...

Un niño entre los niños era el Soldadito Carranza, bajo su bandera. El mismo que ahora vuelve hacia esos días, hacia esa Bandera, el Corazón encanecido...

En ese pueblo, en esa calle, en ese dorado campo atardecido, a la sombra de aquella torre desvanecida, en aquella plaza donde soñaba el agua de una pila de piedra, en ese trémulo recuerdo infantil, voló por vez primera sobre mi Corazón de seis años la Bandera de Colombia. Ahora tengo veinte años y un lucero en la mano. La juventud, como una savia azul, me maduraba el Corazón. El día, como un rojo gavilán, volaba entre palmeras. En torno, las muchachas morenas con la luz en los dientes. Cruzaba una venada blanca con su cinta azul. "Yo iba a caballo y con puñal al cinto". Y, en la diestra tremolaba una estrofa:

...Todo está bien: la frente que me espera, el agua con su cielo caminante, el rojo húmedo en la boca amante y el Viento de la Patria en la Bandera... Me seguía la luz de los Llanos, donde vive lo antiguo de mis venas, la luz manchada de hojas como un tigre.

Cuando era el alto Mediodía de mi vida, escribí el Preludio para un Himno a la Bandera de Colombia, que dediqué a mis hijos Ramiro y Juan Carranza pasándoles la rosa, la brasa y la Bandera:

Toma hijo mío, esta bandera Ponla sobre tu corazón como si fuera un rostro amado. como si fuera la canción nacional de la primavera o la palabra Amor.

Allí, el campo de las espigas al espacio azul ascendió y en arroyo aéreo de seda el cielo azul se adelgazó y la gota heroica de sangre en rojo pájaro voló.

Y el inmenso árbol de la patria en asta fina se tornó.

Alza, hijo mío, esta bandera apoyada en tu corazón hasta que toque las estrellas de Bolívar.

Hazla flotar pura y entera, cual la palabra Honor. Ella es el viento de la patria.

Si la besas, besas su frente atlántica v sus pies amazónicos.

Si en ella pones el oído oyes latir venas de oro, venas de ensueño y de jazmín y el pulso antiguo de los ríos y la respiración del abismo y arder la sangre del verano en la cintura de la tierra y huir los potros por el llano ante la soga del relámpago.

Y oirás los mares de la patria: el que la baña de canto y nácar y el que la baña de soledad. Sus dos mares como dos alas abiertas sobre el porvenir.

Alza los ojos, hijo mío para mirar esta bandera.

Ella es la ráfaga del pan. la poesía y la juventud - que, dicen, es de color púrpura – Y con los sueños de tu pueblo y con su sangre se tejió.

Mira pasar, en ella, al pueblo con su recuerdo y su ilusión.

Viene de atrás como Colombia y de mano a mano pasó, de corazón en corazón sobre la noche, sobre el día sobre el dolor, sobre el amor, sobre el dormido que sonríe y el despierto que sueña y canta que ama, que sufre, que trabaja:

¡cómo soñada por el tiempo y por el viento azul de Dios!

Sueña, hijo mío, esta bandera inaugurando el porvenir como un arcángel tricolor.

Mira, hijo mío, esta bandera volando como una canción: hacia el país de la esperanza. ala de cólera y de amor.

¡Alza, hijo mío, esta bandera apoyada en tu corazón! Y hace años está escrito mi Epitafio:
Este fue llama. Fue la boca juvenil de la Primavera. Cuando muera, ponedle en tierra. Con su tierra vestidle el sueño. Ponedle bajo su bandera...

Donde el gallo poned la Cruz. ...Y solamente este letrero: Aquí espera Eduardo Carranza.

Segovia, octubre 1983

FUENTES CONSULTADAS Y CITADAS

Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos. (s. f.) *Datos estadísticos de las economías mundiales*. https://www.usa.gov/es/agencias/agencia-central-de-inteligencia

Arias Escobar, F. (2023) *¿Otra historia de Colombia?* Editorial Debate.

Angulo Martínez, D., (2022) *Vivir Sabroso*. Planeta de libros.

Banco de la República. *Anales*. Colombia. https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/

Banco Mundial. (2023) *Colombia: Panorama general*. [Artículo Web] https://www.bancomundial.org/es/country/colombia/overview

Botero, Clara. (2006) *El redescubrimiento del Pasado Prehistórico de Colombia: viajes, arqueólogos y coleccionistas 1820-1945*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Universidad de Los Andes.

Bushnell, D. (2021) *Colombia, una nación a pesar de sí misma.* Editorial Crítica.

Castells, M. (1998) *The Rise of the Network Society. The Information Age: Economy, Society, Culture V. 1*. Oxford: Blackwell Publisher.

Centro de Memoria Histórica. https://centrodememoriahistorica.gov.co/262-197-muertos-dejo-el-conflicto-armado/

Colón, Cristóbal. *Cartas que escribió sobre el descubrimiento de América y testamento que hizo a su muerte*. Consultada en

https://www.elhistoriador.com.ar/primera-carta-de-cristobal-colon-anunciando-el-descubrimiento/

Colombia.co (s. f.) *Win - Gallup International ubica al país como el más feliz del mundo, mientras que el estudio Happy Planet Index lo ubica como el tercero.* [Artículo Web] https://www.colombia.co/pais-colombia/los-colombianos-somos-asi/colombia-el-pais-de-la-alegria/

Correal Urrego, G. y Van der Hammen, T. (1977) *Investigaciones arqueológicas en los abrigos rocosos del Tequendama. 12.000 años de historia del hombre y su medio ambiente en la altiplanicie de Bogotá*. Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular.

De Castellanos, J. (2007) *Elegías de varones ilustres de Indias.* Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, (Publicación original: Caracas, Parra León Hermanos, 1930).

Departamento Administrativo Nacional de Estadística, DANE. *Estadísticas*. www.dane.gov.co

Departamento Nacional de Planeación DNP. *Observatorio de Políticas de Familia del Departamento Nacional de Planeación de Colombia. www.dnp.edu.co*

Drucker, P. (1969) *La era de la discontinuidad.*

Duque, C., Parra, M. V., Valencia, A. V., Bedoya, G, y Ruiz-Linares, A. (2012). "Comparación de cuatro programas utilizados en la determinación de la composición genética ancestral de la población antioqueña". *Revista Colombiana de Antropología, 48*(1), 233–257. https://doi.org/10.22380/2539472X.1031

Edelman. (2023) *Trust Barometer 2023. Encuesta anual de confianza y credibilidad de la empresa.*

https://www.edelman.lat/estudios/edelman-trust-barometer-2023-america-latina

Eduardo Carranza, Colombia ES, (1983) OP Gráficas Ltda. Editorialaser, Bogotá.

Fondo Monetario Internacional. (2022) *Informe Crisis sobre Crisis. Informe anual del FMI 2022.* [Documento en Internet] https://www.imf.org/external/pubs/ft/ar/2022/spanish/

Habermas, Jürgen. (2010) *Teoría de la acción comunicativa*. Editorial Trotta- España.

Happy Planet Index. (2019) *Índice Planeta Feliz 2019.* [Sitio web] https://happyplanetindex.org/hpi/

Kicillof, A. (2019) *De Smith a Keynes: siete lecciones de historia del pensamiento económico. Un análisis de los textos originales.* https://materiales.untrefvirtual.edu.ar/documentos_extras/1225_Introd_a_la_econ_y_econ_social/Kicillof_De_Smith_a_Keynes.pdf

Langebaek, C. (2021) *Antes de Colombia: los primeros 14 mil años.* Editorial Debate.

Leal Afanador, J. (2021) *Educación, virtualidad e innovación. Estudio de caso para la consolidación de un modelo de liderazgo en la educación incluyente y de calidad.* https://hemeroteca.unad.edu.co/index.php/book/issue/view/475

Leal Afanador, J. (2022) *TIP, Trabajo Inteligente Productivo. Ensayo sobre las necesarias convicciones de los líderes y los empleados para su crecimiento personal y el de las organizaciones del siglo XXI.*

López Jerez, M.; Barbosa Amayo E., (2021), *Historia de Colombia*.

Martínez Boom, A., Castro, J., y Noguera, C. (1989) *Crónica del desarraigo. Historia del maestro en Colombia*. Magisterio.

Maslow, A. (1943) *A theory of Human Motivation.* Salvat.

McLuhan, M. (2011) *La aldea global.*

Mira Caballos (2023), La gente piensa que España colonizó América, pero la conquista fue pactada entre indígenas y españoles: el 95% de los conquistadores eran indígenas. [Entrevista internet en bbc.com del 7 de julio de 2023]. https://acortar.link/Wk1NI6

Mira Caballos, E. (2023) *El Descubrimiento de Europa. Editorial Crítica.*

Morín, Edgar. (1999) *Los siete saberes para la educación del futuro.*

OECD. *Informe de resultados de Colombia.* https://www.oecd.org/pisa/publications/PISA2018_CN_COL_ESP.pdf

Olano Duque, Iván. (2022) *Francia Márquez: de la resistencia al poder. Contexto y Acción.* [Artículo Web] https://ctxt.es/es/20220801/Politica/40472/francia-marquez-colombia-la-toma-vivir-sabroso.htm

Ordine, N. (2013) *La utilidad de lo inútil.* Ed. Acantilado.

Ospina W., (2010) *En busca de Bolívar.* Grupo Editorial Norma.

Pernett Cañas, N. (2022) *Presidentes sin pedestal. Una historia cínica de los gobernantes de Colombia.* Penguin Libros.

Piketty, T. (2014) *El Capital en el Siglo XXI*. México, Fondo de Cultura Económica.

Policía Nacional de Colombia. *Estadística delictiva*. (s. f.) [Sitio Web] https://www.policia.gov.co/grupo-informacion-criminalidad/estadistica-delictiva

República de Colombia, (1991) *Constitución Política de Colombia*. 2.ª Ed. Legis

Spinoza, B. (s. f.) *Ethica Geometrico Ordine Demonstrata.* [Documento en Internet] https://www.uv.es/ivorra/Filosofia/Historia/Ethica.html

Torres, C. (1809) *Memorial de Agravios*. https://www.revistacredencial.com/noticia/memorial-de-agravios-1809-extracto-camilo-torres

UNESCO. (s. f.) *Agenda 2030 para el desarrollo sostenible. Objetivos de Desarrollo Sostenible*. [Sitio Web] http://en.unesco.org/sdgs

UNESCO. (2022) *Más allá de los límites. Nuevas formas de reinventar la educación superior.* Hoja de Ruta de la Conferencia Mundial de Educación Superior. Barcelona.

Unidad para las Víctimas. (s. f.) *Registro Único de Víctimas.* Gobierno de Colombia. [Sitio Web] https://www.unidadvictimas.gov.co/

Universidad Nacional Abierta y a Distancia - UNAD. (2023) *Manifiesto de la más grande universidad colombiana, la UNAD, a propósito de la propuesta de reforma de la Ley 30 de 1992.* [Artículo Web] https://noticias.unad.edu.co/index.php/unad-noticias/todas/5948-por-una-reforma-integral-que-responda-a-la-educacion-que-necesitamos-y-esperamos-los-colombianos-y-colombianas

Universidad Nacional Abierta y a Distancia - UNAD y Asociación Colombiana de Universidades, ASCUN. *La Autonomía Universitaria en Colombia. Precisiones sobre su concepto.*

Villanueva Martínez O., (2019) *Tulio Bayer El luchador solitario.* Universidad Distrital Francisco José de Caldas. https://editorial.udistrital.edu.co/detalle.php?id=1189&f=6

A lo largo de 12 capítulos este ensayo recorre la génesis de nuestra patria, desde la descripción de nuestros antepasados y su evolución como sociedad, analiza el papel jugado por la educación en la construcción de nuestra actual composición y desarrollo social y desde diversas aristas insiste en la urgencia de revitalizar la educación, como estructura, sistema y política pública, para recuperar la esencia de nuestra nacionalidad, nuestra colombianitud y nuestras posibilidades para ser una nación progresista y en paz.



ISBN-978-958-651-964-9